

PAUL BRUNTON
LA CRISIS
ESPIRITUAL
DEL HOMBRE

H
KIER



2156

PAUL BRUNTON

LA CRISIS ESPIRITUAL DEL HOMBRE

Versión castellana de la 2a. edición inglesa por
GABRIELA CIVINY

CUARTA EDICION



EDITORIAL KIER S.A.
SANTA FE 1260
1059 - CAPITAL

Título del original inglés:
The Spiritual Crisis of Man
Editado por Rider & Company (London)

Ediciones en español:
Editorial Kier, S.A., Buenos Aires
años: 1968 - 1975 - 1979 - 1987

Tapa:
Baldessari
Libro de edición argentina
I.S.B.N.: 950-17-0049-6

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
© 1987 by Editorial Kier, S.A. - Buenos Aires
Impreso en Argentina
Printed in Argentina

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La India Secreta
El Sendero Secreto
El Egipto Secreto
Un Mensaje Desde Arunachala
Una Ermita en los Himalayas
La Búsqueda del Yo Superior
La Realidad Interior
Más Allá del Yoga
La Sabiduría del Yo Superior
La Crisis Espiritual del Hombre

NOTA PERSONAL

Paul Brunton murió el 27 de julio de 1981, en Vevey, Suiza. Nacido en Londres, en 1898, escribió trece libros, desde La India Secreta, publicado en 1935, hasta La Crisis Espiritual del Hombre, en 1952. Por lo general, se lo reconoce como quien introdujo el yoga y la meditación en Occidente y presentó los antecedentes filosóficos de aquéllos en un lenguaje carente de tecnicismos.

Su modo de escribir consistía en anotar párrafos a medida que se sentía inspirado. Con frecuencia, los asentaba en los reversos de sobres o en los márgenes de diarios mientras paseaba por los floridos jardines que orillan el Lago Lemán. Más tarde, ya mecanografiados y clasificados, él solía revisarlos y unirlos en una narración coherente.

Paul Brunton había vivido en Suiza durante veinte años; le agradaba el clima apacible y el majestuoso panorama de montañas. Llegaban hasta él visitantes y correspondencia de todo el mundo, y representaba un papel importante en las vidas de muchas personas.

"P.B.", como le conocían sus seguidores, era un hombre afable del que emanaba una aureola de benevolencia. Su erudición se había forjado en el crisol de la vida, y su espiritualidad refulgía como un faro. Pero, desanimando los intentos de formar un culto alrededor de su persona, solía decir: —Deben encontrar a su propio P.B. dentro de ustedes mismos.

Kenneth Thurston Hurst

CAPÍTULO I

LA CRISIS EN LA SOCIEDAD

El mundo de preguerra buscó ansiosamente y tragó con avidez una dosis excesiva de placer para dar gusto a los sentidos y de progreso para satisfacer a la mente. Empero tan pequeño era su dominio sobre la vida que no tardó mucho en verse forzado a tragar una dosis excesiva de sufrimiento y de daño. En el mismo momento en que su triunfo era mayor, cuando había logrado la conquista suprema sobre las cosas materiales y sobre fuerzas sutiles, la civilización del mundo se convirtió en tragedia.

Tanta gente esperó y creyó que la terminación de la guerra y el comienzo de la paz darían principio a un período en que las dificultades serían cada vez menores y la normalidad iría en aumento. Tanta gente esperó y creyó que las naciones empezarían una nueva época de amistad y comprensión. Pero la historia del mundo de posguerra, que hubiera debido ser la historia de un triunfante movimiento de lo malo hacia lo bueno, en lugar de eso llegó a ser la lastimosa historia de un movimiento de lo malo a lo peor. La paz que debía seguir a la guerra nunca llegó a ser una verdadera paz.

Los tiempos de posguerra se destacan por su supremo suspenso, por el desagradable caos y la inseguridad que domina a países y hasta continentes, y por su estado de crisis continua. Por más de veinte años una crisis siguió a otra sin que se vislumbrase siquiera el fin de esta situación. No hubo época en el pasado en que tanta gente se sintió presa de tanta incertidumbre, de tanta confusión y desasosiego. Los signos de esta situación son claros y nadie puede dejar de verlos. Ya en el momento del desayuno nos tenemos que enfrentar con esta confusión. Los cambios se

producen con terrorífica velocidad. Apenas pasa una semana sin una noticia sensacional. Nuestros diarios nos dan en un solo número los sucesos que en el pasado tenían lugar en un mes. Sus páginas nos desaniman y nos pasman con relatos de nuevas crisis que se siguen unas a otras rítmicamente; nos ponen los nervios de punta con descripciones de la caída de mercados o de la humanidad oprimida; nos confunden con la historia de rápidos cambios. La situación ya es demasiado dramática y sería fantástica si no fuese tan trágica.

Expuestos de este modo a las agitaciones de nuestra época, nos cuesta mucho más guardar la mente serena que antes. Demasiado a menudo se oyen noticias desalentadoras y los temores que nos acongojan son demasiado insidiosos como para permitir que mantengamos la serenidad sin pagar un duro precio por ella. Sin paz interior, sin seguridad exterior, el hombre moderno que durante tanto tiempo tuvo compasión de sus antepasados de la antigüedad y la Edad Media es merecedor ahora de compasión. Hay algo de alarmante en el aumento del desequilibrio emocional y de la inestabilidad mental. Son demasiadas las excitaciones neuróticas y los disturbios patológicos, las pasiones vehementes y las indecisiones peligrosas en la mente y la vida del hombre moderno.

En las palabras que se pronuncian hoy día en el mundo se sienten tristes armonicos. Los hombres fruncen el ceño preocupados al ver la aparición y desaparición de sus esperanzas. Viven en prolongado suspenso y en ansiosas expectativas. Se miran unos a otros buscando fortalecerse mutuamente, pero es inútil. El temor reemplaza a la fe, y el desconcierto y la seguridad van de un lado para otro. Hay tristes presagios en el corazón de los hombres y la confusión en sus mentes. Empiezan por preguntarse: "¿Es éste el final sin gloria al cual nos conduce nuestra tan alabada civilización moderna?"

Las guerras y las crisis pusieron al desnudo la terrible potencialidad para el mal que aún se oculta en el hombre, a pesar de su aspecto civilizado. No hace tanto tiempo que creía haber dejado el salvajismo para siempre, pero sus actividades recientes en la época contemporánea nos muestran definitivamente que todavía no lo logró. La verdadera tragedia de nuestro tiempo no depende tanto de los inauditos acontecimientos exteriores como de la indigencia ética y la flaqueza espiritual que revelan tan crudamente. Cuando recordamos los impresionantes esfuer-

zos y los legados institucionales de los profetas religiosos, y cuando añadimos a esto la enorme cantidad de literatura exhortatoria dejada como guía de la posteridad por los sabios filósofos y los famosos pensadores de tantas épocas pasadas y de tantos lugares del mundo, esperábamos razonablemente no ver tanta barbarie velada, un materialismo tan desprovisto de intuición y un egoísmo tan violento como los que se exhiben desenfrenadamente en nuestra época. ¿Acaso cada edad tiene que aprender de nuevo su propia ética? ¿Nunca descansará la vagabunda alma del hombre? El mundo está grávido de experiencia, pero ésta es al parecer inútil en nuestra hora de necesidad.

La triste confusión de nuestra época parece completa. No es menester pintar un cuadro vívido de las condiciones que han llegado a ser evidentes para la mayoría de los fatigados habitantes de este atormentado planeta. El hombre de ciencia que trabaja en su laboratorio, el político que pronuncia sus arengas desde los bancos de un parlamento, el historiador que mantiene la mirada fija sobre los testimonios de los siglos pasados, el economista que lucha con apretadas columnas de cifras, el sacerdote preocupado por las páginas apocalípticas de las escrituras, y el soldado atento a las pasiones nacionales, todos ellos nos ofrecen sus opiniones, sus firmes convicciones y sus panaceas preferidas. No cabe duda que lo que nos ofrecen es cierto en mayor o menor grado, pero cuando los oímos clamar todos juntos es como si nos hubieran transportado a alguna moderna torre de Babel, tan antagónicas y contradictorias son sus explicaciones de los eventos y tan apegadas a las normas habituales son sus sugerencias. Los oscuros problemas de nuestra época no serán resueltos fácilmente por nuestros profesores, y a los hombres de buena voluntad no les queda otro recurso que pedir consejo a las estrellas. Si para unas pocas mentes esta crisis ha hecho que las perspectivas sean más claras, para la mayoría ha dejado todo en la mayor confusión. Ya no saben a quién recurrir para que les diga la verdad, ni qué creer en el presente, ni qué esperar en el futuro. Se hallan desconcertados por la paralizante incertidumbre y desalentados ante los estremecedores titulares que todos los días encabezan sus diarios. Tales acontecimientos los hacen sentir como si fuesen arrastrados, pero no saben a dónde. De ello resulta que no saben cómo luchar con las dudas que infestan su conciencia ni con los obstáculos que ponen trabas a su conducta.

La terrible conmoción física de la guerra tuvo como repercusión subsiguientes conmociones mentales. Los hombres se vieron forzados a examinar, y en consecuencia a descubrir el valor y la verdad tanto como el error y el engaño de sus opiniones. El curso de los eventos los forzó a preguntarse si sus actitudes merecían sostenerse y si sus creencias eran ciertas o falsas. Las respuestas tal vez fueran equivocadas, pero no era fácil rehuir estas preguntas.

Las conmociones del tiempo de guerra y las ansiedades del tiempo de paz dejaron sentir su influencia en el carácter de los hombres para bien y para mal. Quienquiera haya vivido a través de estos eventos y siga siendo el mismo hombre, siga manteniendo los mismos puntos de vista, es un sabio o un tonto, y los sabios que se toman el trabajo de sondear las profundidades y no se contentan con la superficie de las cosas, son escasos. Desde luego hay personas que creen sinceramente que no son distintas de lo que eran antes. Están equivocadas. Superficialmente parecen no haber cambiado, pero el subconsciente ha quedado marcado. Las heridas del cuerpo causadas por la guerra se curan rápidamente, pero los efectos más profundos de la guerra se manifiestan con lentitud.

Un curioso efecto que produjo en la gente tanto la guerra como la crisis es el haberla dividido en tres grupos distintos y diferentes, a tal punto diferentes que su descripción es paradójica. Porque, aunque padecieron la misma e idéntica experiencia de la penuria de la guerra y del caos de la paz, sacaron de esta experiencia conclusiones divergentes. La misma desdicha mundial o personal que destruyó la fe religiosa en cierto número de personas, la fortaleció en el otro grupo; mientras que dejó un tercer grupo indiferente y apático hacia la religión, preocupado únicamente de los aspectos políticos o económicos de la vida que se basan en la lucha de clases o en el odio nacional. La misma catástrofe que dañó la frágil fe de algunos hombres, fortaleció y dio nueva vida a la fluctuante fe de otros, o hizo conocer la fe por primera vez a otros hombres; empero, son muchos los que ya no se interesan en aceptarla o negarla, y prestan su atención a asuntos más mundanales. De aquellos que han reaccionado aceptando la religión, no pocos lo hicieron porque necesitaban urgentemente una suerte de refugio, aunque no se preocuparon por saber si era un refugio verdadero o duradero.

Y precisamente por las mismas razones otros se entregaron a la bebida, o a la sensualidad, o a la violencia política.

Todas las crisis de la humanidad condujeron a algunos hombres a una mejor vida, pero también apartaron a muchos de ella. Es una verdad trillada el que los hombres son seres complejos. En ellos el bien y el mal están mezclados, los fines exaltados y los propósitos bajos están entrelazados. De ahí que su conducta y las circunstancias que ahora prevalecen son igualmente complejas. Si muchos sucumbieron a las desenfrenadas sollicitaciones de un sensualismo de corta duración, otros oyeron el elevado llamamiento de la búsqueda espiritual; otros, también, hallaron su satisfacción en adherir con entusiasmo a los partidos políticos o a las doctrinas económicas que llevan en alto la bandera del altruísmo, pero que conducen finalmente a una violencia demoníaca.

La humanidad, trastornada en sus nervios y herida en sus sentimientos, pasó por la prueba de la guerra mundial, ora para caer moralmente debido a un análisis negativo de sus experiencias, ora para elevarse espiritualmente debido a una comprensión positiva de su verdadero significado. La primera acrecentó el egoísmo y estimuló la animalidad. La otra disminuyó el egoísmo y venció la animalidad. La segunda reacción elevó al hombre por encima de las desdichas de la guerra y de las ansiedades de la crisis a la búsqueda espiritual. La primera, a través de los mismos eventos, lo condujo a la negligencia espiritual y a la degradación o a un destructor y feroz odio social.

Sucedió a la violencia de la guerra el tumulto de la paz. El sacrificio e idealismo de la primera fue seguido por una recaída en el egoísmo y el cinismo del segundo. Las influencias de desintegración moral y de desorganización social actúan en forma amenazante. A despecho de las desgracias y de las lecciones de vida en las tierras asoladas por las batallas, el antiguo error y el antiguo espíritu están otra vez en medio de nosotros. El efecto moral de lo que la humanidad padeció no se muestra bastante en la elevación del carácter y de los fines necesarios para atravesar este peligroso período. Aunque queden algunos restos, alguna huella definida en el carácter, la inspiración pública y la generosidad individual que tantas veces surgieron en los críticos años de guerra, han desaparecido en gran parte, dejando en su lugar la frustración y la apatía. Las normas sociales se

volvieron más rígidas, menos sensibles y más materialistas que antes, preocupadas más que nunca de la comodidad del cuerpo y del placer de la mente; ya no respetan más la pobreza honorable. La amplia degradación de las maneras es la mala compañera de la caída de los ideales.

Cuando las sanciones religiosas de moralidad se vuelven impotentes, como se han vuelto tan dramática y extensamente en ciertos países, los resultados son graves. Cuando la vida interior de la religión está vacía de contenido, cuando la fe y la reverencia ya no existen más para la vieja generación y carecen de sentido para la joven, es inevitable que la vida exterior de la sociedad exhiba el caos o el crimen y que los hombres sientan desagrado por sus prójimos o desesperen de ellos. Cuando la fortuna es incierta, cuando la vida es barata, y las tormentas sociales prevalecen, los hombres que no ven en ello un aviso que trascienda todo en la búsqueda espiritual del yo, están tentados a olvidar todo en una temeraria búsqueda del placer. Están descontentos de su situación personal y la futilidad y falta de sentido de la vida no los satisface. Por eso se dejan estar en su superficie, tratando de olvidar, y repiten las líneas de Ronsard, el poeta francés del siglo xvi:

Y ya que nadie sabe lo que ha de ocurrir mañana,
Vivid, recoged hoy las rosas del mundo.

El vehemente deseo de excitaciones físicas, la tendencia a abandonarse a intrigas sórdidas y la licenciosa aceptación de los impulsos animales son fomentados por muchos hombres en nuestra negligente civilización y fomentados a nuestro riesgo. La catástrofe tanto personal como pública llevó a los desequilibrados a encontrar un solaz transitorio en el cinismo y el sensualismo, que terminan por resultar inútiles, en vez de conducirlos al ayuno, la plegaria y la reflexión, que a menudo resultan útiles.

Hemos visto en el curso de una vida cambios de pensamiento y opinión, de conducta y medio tan grandes que si un profeta inspirado los hubiera predicado no lo habrían creído. Con todo, siempre sigue en pie el hecho de que el carácter moral de amplios grupos humanos es en gran medida peor que antes, que las motivaciones son más materialistas que nunca. Muchos que antes eran indiferentes a la religión, siguen siendo indiferentes. Y son más los que consideran que el estudio espiritual o

las prácticas místicas son un lujo inútil y declaran que no tienen tiempo que perder en estos menesteres. Cierta sector de intelectuales se mofan de esto y lo califican de escapismo, y nunca se les ocurre que ellos son los verdaderos escapistas. Ni tampoco se les ocurre que esta cuestión sea parte del verdadero propósito del ser humano. La visión que tienen de la vida está definitivamente fuera de foco. La guerra no los sacó de su actitud escapistista; el horror y la conmoción, la sangre y la desdicha no les hicieron ver su insuficiencia. Si un hombre es creyente y habla de cosas espirituales, lo toman por un tonto ingenuo o un hipócrita astuto.

La angustia y la desesperación de las infortunadas víctimas de las malvadas maquinaciones y malvadas opresiones dejaron a muchos en la duda en cuanto a la existencia de un poder superior, y el escepticismo en cuanto a su beneficencia. La alta tensión, el terror y la angustia de la época no sólo dañaron a mucha gente sino que resultaron ser excesivos para muchas otras. La primera guerra mundial fue el acontecimiento que dio el golpe de gracia a la fe que Thomas Hardy, novelista inglés, tenía en un Dios benéfico. La segunda guerra mundial condujo a otra brillante intelectual, a Virginia Woolf, también novelista inglesa, a refugiarse en el suicidio, y dejar estas tristes palabras: "Tengo el sentimiento de que voy a enloquecer y no aguanto más estos tiempos terribles". La zozobra de esta vida resultó excesiva para sus sentimientos. La perversidad del mundo sojuzgó su espíritu.

Muchos que antes creían que en el destino de la humanidad había un movimiento que la elevaba hacia el Bien, creen ahora que este movimiento la conduce hacia el Mal. ¿Podemos censurarlos si las oscuras fatalidades de nuestros tiempos produjeron este inesperado cambio de fe? Cuando la bondad es escarnecida y la gente buena es arrojada en la desesperación, cuando los falsos, los crueles y los diabólicos tienen tanto poder, no cabe sorprenderse de que la mente del hombre sea corroída por la duda. Frente a fuerzas monstruosas, que se repiten y al parecer son victoriosas, que muestran tanta malignidad e ignorancia, bestialidad y astucia, es preciso perdonarlos si a veces creen que sus mejores esperanzas no son sino ilusiones, que todos los valores religiosos y morales no son sino meros engaños. No es posible saber con exactitud si el número de los que han perdido la fe religiosa supera al de aquellos que la han conservado, pero son

demasiados los que han llegado a ser espiritualmente indiferentes a causa de toda la tragedia y el horror que sufrieron.

Sin embargo, otros esperan que después de todo este sufrimiento, después de todo este horror, una nueva humildad aparecerá en el mundo, la humildad que reconoce y reverencia a un poder más elevado que el del hombre. Cuando tanta gente y en tantos países, ha visto que lo que creían seguro era sólo ficticio; cuando tantas cosas se derrumbaron bajo su paso y tuvieron que mirar más allá de las desdichas y aflicciones presentes, se creyó que había enseñado a los capaces de aprender, la necesidad de creer en Dios. Los precedentes históricos nos enseñan que las destructoras zozobras de la guerra y las caóticas desdichas de la paz llevan a muchos hombres a un agotador pesimismo, y que por eso buscan en otra mundanalidad lo que no pueden hallar aquí.

La posibilidad o imposibilidad de que se cumpliese tal esperanza es discutible, pero hay una cosa que no lo es: la crisis enseñó ante todo, y sigue enseñando que aquellos que no enfrentan el problema de su existencia espiritual en la tierra de un modo decisivo y final, no podrán escapar a la inseguridad mental y a la ansiedad. No sólo ha planteado tales cuestiones, sino que ha forzado a la gente a buscar las respuestas. Si fueron capaces de sufrir las experiencias de esta guerra y de esta crisis sin detenerse a veces para preguntarse cuál es el significado de la vida humana, están condenados a seguir sufriendo en esta forma insensata. En medio de la caída de las posesiones, del despedazamiento de la fe, de los eventos catastróficos, sólo aquellos que han hallado valores permanentes que les permitan sobrevivir a estos desastres serán capaces de mitigar su sufrimiento mental, de relajar sus tensiones y reducir su temor. En los otros, la conciencia de un vacío interior se ha vuelto más aguda, el sentimiento de que es necesaria una satisfacción interior que no pueden hallar, se ha vuelto más fuerte. Empero, la idea de lo que necesitan sigue siendo nebulosa y vaga o trágicamente equivocada.

Los cínicos han dicho que el hombre es todavía un bárbaro, que esperar su mejoramiento espiritual en un futuro próximo es una utopía. Pero decir que es una locura esperar un renacimiento espiritual rápido y general, no quiere decir que la guerra no haya dejado en un sector de la humanidad un legado espi-

ritual. El correo de todo escritor que se ocupe de temas espirituales nos ofrece la prueba de que mucha gente se está interesando por ese tema por primera vez y por razones que surgieron de la crisis mundial. Ya empezó el despertar de la letargia espiritual, aunque haya costado un terrible precio. La historia nos demuestra que, en especial, en los momentos de desdicha general, de conmoción social y valores destrozados, de crisis religiosa y desafío moral, es cuando se buscan concepciones de vida más amplias y más elevadas y nacen nuevos movimientos espirituales.

Si la guerra trajo a la humanidad una profunda miseria, también trajo la profunda oportunidad de ser humillado por los sufrimientos, enseñado por la reflexión y avergonzado por los errores. De este gran sufrimiento —este baño de sangre humana— todos tuvieron la fortuna de levantarse más limpios, más puros y más sabios. Con vacilación y de un modo confuso, algunos aprendieron correctamente su lección bajo la horrible presión de los acontecimientos, y quedaron puros de disparatadas creencias y de conceptos materialistas. Su drástica conmoción y su desdichada consecuencia hicieron que algunos perdieran sus apoyos externos; y esto a su vez produjo la pérdida de sus apoyos internos. Barridos por oleadas de pesimismo, buscaron el consuelo religioso, los confortantes mensajes proféticos o la experiencia mística. (La palabra “místico” ha llegado a ser posiblemente demasiado vaga y demasiado amplia en su significado para que sea realmente útil. La palabra “espiritual” es apenas mejor. Sin embargo no hay en el idioma inglés una palabra equivalente que dé idea de lo que se quiere expresar. El sánscrito, a este respecto, es más conveniente. No obstante, emplearemos aquí estas palabras para no alargar demasiado el texto, pero sólo cuando sea demasiado molesto evitarlas.)

Después de la primera guerra mundial estuvo de moda ser cínico, alegre y superficial; no era bien visto interesarse seriamente en la naturaleza y el destino del alma humana. Pero después de la segunda guerra mundial, con su tragedia más extensa y sufrimiento más hondo, se piensa en comparación con mucho más intensidad acerca de este tópico. Al enfrentarse directamente con su experiencia, algunos empezaron a pensar con conceptos más verídicos y anhelaron llevar sus actividades a un

nivel más alto. Gran parte de la humanidad aún no logró tal perspectiva, pero en verdad ya la lograron algunos individuos.

¿Cuántos se vieron obligados por lo que perciben del orden de las cosas imperante en este planeta a entregarse a una búsqueda consciente del significado de la vida? ¿Qué impulso tienen estos movimientos en la actualidad? ¿Es visible en esta era de posguerra una mayor santidad, una conducta más pura y un decrecimiento de la mundanidad? Es cierto que hay más gente que busca ahora la verdad espiritual que antes de la guerra. Pero su número es aún demasiado reducido y su aumento demasiado lento para que este movimiento logre una influencia decisiva. Sólo un número comparativamente reducido de personas sintieron el impacto de la crisis mundial y buscaron la vida interior. Aquellos que se preocupan por el idealismo personal, que aspiran a un mejoramiento del yo y que van en pos de lo divino, son todavía demasiado escasos. La regeneración que podría haber resultado de una guerra de tan inusitado carácter, tiene que mostrar más signos de haber empezado, si no queremos ver desvanecerse la expectativa de un despertar espiritual general. La gran oscuridad que cubría a la humanidad de preguerra sigue aún cubriendo a una gran parte de la humanidad de posguerra. Y esta oscuridad es la causa de mucho sufrimiento y desdichas, fácilmente evitables, de pecado y desesperación que no tienen razón de ser, en suma, de las condiciones ahora existentes en el mundo y para las cuales no hay mejor solución que tal despertar.

CAPÍTULO II

¡NO HABRA UN MUNDO MEJOR SIN HOMBRES MEJORES!

Le hubiera sido fácil a una generación que vio conflictos inigualados y males sin precedentes perder su fe en el poder divino y en la sabiduría divina. Esto es lo que le está ocurriendo a mucha gente en esta época; se preocupan tanto de las circunstancias externas de su vida que descuidan su propósito más elevado. El análisis que efectúan de los acontecimientos históricos y de la evolución humana no es lo bastante profundo ó es completamente equivocado. ¿Qué otro resultado cabe esperar de hombres que carecen del conocimiento de las leyes espirituales que gobiernan la causalidad de esos acontecimientos y que controlan esa evolución?

Los tiempos mencionados en forma tan vívida aunque breve en varios pasajes del *Nuevo Testamento* han llegado. Recordad cómo dicen que la señal que los identifica es la aparición de falsos profetas. San Lucas nos previene con estas quemantes palabras: "Cuida de que no te engañen... no vayas pues tras ellos." El error que se comete casi siempre en la comprensión de estas páginas es el de creer que se limitan a la sola referencia de los profetas religiosos y místicos. Pero los maestros y conductores de los movimientos destructores, cuyos dogmas fueron recibidos con fervor emocional y difundidos con fanatismo intelectual, no sólo deben incluirse en esta referencia sino que debe dárseles el primer lugar. Han desviado hacia ellos exactamente la misma clase de fe o devoción que la que se da a los dirigentes religiosos como Mahoma.

Un millón de personas seguirán fervientemente a un dirigente de fácil palabra que levanta contenciosos clamores y los

conduce finalmente a la destrucción, mientras que el inspirado conductor espiritual que los lleva a la verdadera bienaventuranza sólo será seguido por un reducido número de personas. Esto nos demuestra que prevalece en la gente un equivocado sentido de los valores, sobre todo en quienes ignoran por completo el hecho de que si su actitud interior hacia la vida es equivocada, todo cuanto les es personalmente exterior, como las cuestiones políticas y económicas, también andará mal. Nos muestra que la masa de la humanidad no tuvo éxito en su civilización por la sencilla razón de que tampoco lo logró para sí misma. Al no tener bastante fe en las fuerzas más elevadas, o al no dejarse conducir por ellas, pusieron su fe en las fuerzas destructoras.

Quando oímos referir la maravillosa historia de la larga elevación del hombre, nos damos cuenta de que posee en sí mismo el poder de vencer las dificultades. Puede realizar grandes cambios y dar un nuevo impulso a su mundo, pero sólo lo podrá hacer de una manera constructiva y pacífica si disciplina la violencia de su naturaleza animal. La sociedad y el medio ambiente del hombre son las consecuencias de la historia. La experiencia pasada de la raza humana y el conocimiento tradicional que ha acumulado no pueden desecharse. Nos cabe a nosotros aprovecharlos.

Aquellos que fundan su metafísica en el materialismo dialéctico han excluido de su consideración del hombre la gran verdad de que el fin último del ser humano en la tierra es su desarrollo espiritual. Lo consideran únicamente como un cuerpo de carne cuyos intereses primarios son materiales. Pero el hecho de descartar esta verdad no los excluye de la esfera en que ella es operante. Mientras sigan sustentando un concepto tan incorrecto de la naturaleza humana como es el concepto materialista, las ilusiones del egoísmo extremo y los males del acerbo odio florecerán entre ellos. Bajo la influencia de un pensar tan equivocado y de una comprensión tan limitada, los hombres ingenuos que se aventuran por este camino andarán peligrosamente cerca del borde de un precipicio. Viven en una oscuridad a la cual se han acostumbrado tanto que la confunden con la luz. Esto los deja en una situación precaria.

Hoy la verdadera lucha es una lucha confusa y oculta; no es aquella guerra exterior y evidente que todos los periódicos mencionan. Es la lucha entre la gran mentira del concepto ma-

terialista de la vida y la gran verdad del concepto espiritual de la vida. Calificamos al primero de mentira porque afirma que estamos en la tierra únicamente para satisfacer los apetitos del cuerpo y los deseos del ego. A todo lo largo de la dilatada historia del hombre, los videntes más sabios y los más iluminados profetas han proferido este descubrimiento —no es una opinión— más que comprobado: las fuerzas de la Naturaleza, Dios, nos trajeron aquí para disciplinar aquellos apetitos y elevar aquellos deseos como paso preliminar al más elevado fin de la vida, el descubrimiento del Yo superior y la unión consciente con él.

Millones de seres humanos se dejaron engañar por la apariencia de las cosas y creyeron que su existencia es física y nada más. Hoy comeq la amarga fruta de esta falsa creencia. Una comprensión correcta de sí les hubiera mostrado que no son sólo criaturas compuestas de cuerpo, sentimientos y pensamientos sino también de intuiciones espirituales. A ello sé debe que los ciimientos más firmes sobre los cuales sea posible edificar una estructura social es la ética esencial a toda enseñanza espiritual. Esta ética deriva fundamentalmente del conocimiento místico de ciertas leyes morales y espirituales que gobiernan al universo. Una nueva comprensión de estas antiguas leyes, cuyo alcance es mucho más profundo que el de la doctrina político-económica, nos llevaría necesariamente a una mejor integración de la sociedad, la que reflejaría entonces el pensamiento ético.

Un observador imparcial tal vez parezca pesimista, pero sabe que las conferencias mundiales fracasarán mientras los estadistas vayan a ellas sólo para proteger sus intereses presentes, para buscar soluciones parciales y evitar concesiones incómodas. Fracasarán mientras los gobernantes y los pueblos prefieran las opiniones huecas a las profundas. Resultarán, como lo predije hace varios años en otro libro, en nuevas desilusiones mientras un ideal ético más elevado y un conocimiento metafísico superior no las animen. Cuando una civilización materialista llega a ser exteriormente grandiosa pero permanece interiormente empobrecida, cuando las relaciones políticas se convierten en una fachada adornada que oculta habitaciones espiritualmente vacías, es seguro que aparecerán por todos lados problemas amenazadores. El verdadero problema contemporáneo que está tras todos los demás, es el problema de la regeneración mental y moral.

Aquellos que conocen los ocultos poderes del pensamiento en la vida y el destino del hombre, saben que la paz exterior no puede lograrse mientras las luchas internas sigan librándose en el corazón. Mientras los hombres no doman su ira, no disciplinan sus deseos, no pongan freno a su codicia, no modifiquen su materialismo y no repriman la crueldad y el daño que hacen a los animales, las causas fundamentales de la guerra seguirán en pie. Lo único que pueden hacer en la actual etapa de la evolución humana es crear una institución internacional que desempeñe el papel de policía de las naciones. Así como la creación de la policía en las ciudades no puso fin a todos los crímenes aunque previno gran número de delitos, así también la creación de tal institución no detendrá todas las guerras aunque pueda prevenir muchas contiendas. Cada una de estas proposiciones está acompañada de sus propios riesgos. Empero, hay que aceptar y cumplir algunas de estas proposiciones, sean cual fueren sus riesgos, pues no hay otra manera de que se abra una perspectiva de vida más pacífica para la humanidad. Si la historia venidera muestra su trágico fracaso al no poder cumplir la proposición contemporánea, esto se debe únicamente a que las más profundas lecciones de la historia pasada, mencionadas aquí, fueron insuficientemente comprendidas o por completo ignoradas. Pero así como las tristes necesidades de la guerra nos forzaron a aceptar cambios que era imposible evitar, de igual modo las tristes necesidades de la paz nos forzarán a aceptar los cambios personales y nacionales que a muchos de nosotros, por no estar aún bastante evolucionados, les costará mucho incorporar a su vida. Al final y pese a todo lograremos un nuevo y mejor mundo. Pero su alumbramiento nos costará grandes sufrimientos si en vez de aceptarlo voluntariamente, permitimos que nos sea impuesto compulsivamente. Al final el Verbo reemplazará a la Espada.

Cabe dudar de que alguna vez prevalezca una armonía absoluta entre los hombres, mientras no cumplan primero el fin espiritual que Dios les señaló. La vida social crea sus propios problemas, sus propios conflictos de grupo y de intereses personales. La vida nacional lleva a airadas querellas con las otras naciones o a invadirlas agresivamente. En el mundo de las formas manifiestas, cada una de las cuales difiere de todas las otras en algunos puntos, algunas veces se producen

necesariamente roces en esos puntos. Aparentemente no es posible lograr un reino de perfecta armonía en la tierra. Al parecer la naturaleza del mundo y la naturaleza humana lo impiden. *Pero lo que no podemos hallar fuera de nosotros, existe y puede ser hallado en lo más profundo de nosotros.* Cuando Jesús anunció la buena nueva a sus oyentes y les dijo en sencillas palabras que "el reino de los cielos" estaba dentro de ellos, quiso decir, si ésta fue su intención, que la cosa más importante y más deseable en la vida no podía hallarse en algún lugar, en alguna cosa, en alguna persona o en alguna posición que estuviese fuera de nosotros; sólo podía hallarse en el estrato más hondo del pensamiento y del sentimiento del hombre. El doctrinario que habla a gritos y que no cree en esta verdad, que trata de persuadir a la gente de ver únicamente la superficie de sus problemas, puede decir lo que le da la gana, pero una utopía física nunca existió y nunca pudo ser hallada. Es como un espejismo que atrae a los hombres y los engaña. Se asemeja también a un horizonte que siempre se aleja o a un sueño del cual deben despertar los ilusos que lo buscaron. Aquel que creó este sueño puede pintar agradables cuadros de una sociedad ideal o de una comunidad religioso-ascética donde reinará un orden perfecto y donde todos serán felices, pero la realidad nunca podrá ser así, porque hay que construirla con elementos materiales o con hombres imperfectos y falibles.

Si los ashrams, los retiros espirituales de Oriente, y los monasterios religiosos de Occidente, con una doctrina tan elevada y espiritual como muchos de ellos poseen, fueron incapaces de desarrollar comunidades perfectamente armoniosas y moralmente intachables, sufriendo por el contrario las mezquinas debilidades de la desdichada naturaleza humana, ¿qué esperanza le queda a la humanidad de realizar este sueño fuera de los muros de los monasterios, donde las aspiraciones son menos urgentes y menos profundas? ¿Dónde hallar el material humano para edificar tal sociedad de superhombres? ¿Acaso es posible hallar un número suficiente hoy día? Los milenarios terrenales siempre se posponen, nunca se realizan. Así ocurrió en el pasado, así ocurrirá en el futuro. Cualquier sociedad o colonia idealista sólo puede ser relativamente buena en el mejor de los casos, durante cierto tiempo y en cierto lugar. No puede escapar nunca de la relatividad, imperfección y transitoriedad de que este mundo está

penetrado. La naturaleza humana dejaría su actual estado de ignorancia si pudiera hacer los sacrificios que espera de ella el optimismo fácil aunque falaz de los idealistas humanitarios, sociales o religiosos. El paraíso que los hombres desean alcanzar es una condición que ellos mismos deben crear *interiormente* por medio de lentos esfuerzos. Tan pronto como se hagan espiritualmente merecedores de un mundo más perfecto, ya estarán más cerca de él. El hombre sabio no busca establecer el reino de los cielos en la tierra, en el sentido de una utopía física, para su bien. Está demasiado imbuido de la transitoriedad de todas las cosas y tiene una percepción demasiado profunda de la imperfección inherente a todas las cosas para que lo engañe tal fin materialista. Más bien trataría de establecer una mejor morada terrenal para la humanidad a fin de que le sirviera de trampolín para aspirar al verdadero reino de los cielos, el cual es y siempre será un reino interior. No es un reino en el espacio. Jesús, este sagaz pescador de hombres, les previno contra ello: "¡Mirad! Porque en verdad el reino de los cielos está en vosotros." Sin embargo no pocos de sus seguidores creyeron que este reino podía ser llevado al exterior. Creen que es posible crear una suerte de utopía gobernada por sacerdotes, tanto como el sector de los materialistas creen en la posibilidad de crear una utopía económica libre de sacerdotes. Los soñadores místicos creen que alguna clase de comunidad perfeccionista puede ser creada. Pero un conjunto de seres humanos imperfectos nunca puede conducir a tal resultado.

En este caso lo cierto es que los problemas externos que atormentan al hombre son en realidad proyecciones de los problemas internos que fue incapaz de resolver en su corazón y en su mente. No hay respuesta que pueda satisfacer las principales cuestiones políticas y económicas si no se halla antes una respuesta satisfactoria a las más importantes cuestiones de la vida misma, tal como los interrogantes: "¿Qué es el hombre?" "¿Cuáles son los fines verdaderos para los cuales una sociedad organizada existe?" "¿Cuáles son los fines últimos que se pueden lograr a través de estos medios?" A menos que hallen las respuestas correctas, los hombres seguirán obrando en la oscuridad y despilfarrando inútilmente su energía, o peor, dañando gravemente el material humano con el cual está hecha la sociedad. La ignorancia de estas respuestas es la principal causa de nuestra triste

suerte actual. Hoy los dolores nos aferran como un horrible tremedal en el cual nos hundimos cada vez más profundamente con cada paso que damos, simplemente por no conocer y ser incapaces de ver el verdadero destino hacia el cual debemos dirigirnos. Por otra parte, si logramos una clara concepción de esos objetos y fines, podremos avanzar con mayor eficiencia, actuar con mayor eficacia y vivir con más felicidad. Pero ¿cómo hacerlo y tener éxito si no conocemos antes la principal dirección hacia la cual las fuerzas evolucionarias de la misma vida nos impulsan inexorablemente? Sin un cabal conocimiento de la voluntad divina, sólo tropezaremos en la oscuridad y correremos el riesgo de herirnos gravemente, como ya nos hemos herido en este trágico siglo. Hasta ahora hemos cumplido nuestro destino ciega e inconscientemente, lo cual equivale a cumplirlo dolorosa y estúpidamente. Pero la política de dejarse llevar a la deriva espiritual ya no es más remuneradora. Podemos seguirla y salir bien librados en tiempos más fáciles, pero no podemos hacerlo en épocas de graves crisis como la nuestra.

Los problemas que apremian a la humanidad son mayormente políticos y económicos y como tales deben tratarse con medidas políticas y económicas. Pero su fondo sigue siendo siempre moral y metafísico. Ninguna solución es fundamental si ignora estos dos elementos. Ningún camino que la humanidad tome para salvarse del peligro que la enfrenta, será satisfactorio si deja a un lado el camino espiritual; todo otro camino que siga la llevará finalmente al fracaso. Sólo cuando el político y el economista, el estadista y el soldado tengan bastante sentido para advertirlo y bastante valor para admitirlo; sólo cuando sean lo bastante humildes como para declararse en quiebra y faltos de bienes, el milagro tendrá lugar y la ayuda de un poder más elevado vendrá a rescatarnos y hacer por nosotros lo que no pudimos hacer.

Lo que más conviene al individuo es a la larga lo más conveniente para la sociedad. Quienquiera examine el desenvolvimiento de su propia existencia o el de la existencia humana en su conjunto y lo haga sin prejuicios, comprenderá que esta verdad es irrefutable. Y si el individuo puede lograr verdadera felicidad siguiendo una mejor manera de vivir, la sociedad también puede lograrlo. Si se siguen maneras de vivir más fáciles, los resultados serán naturalmente inferiores. Desde el punto de

vista político, las reformas sociales y económicas no pueden por sí mismas llevar al hombre a la verdadera felicidad. Esto no quiere decir que no sean necesarias, pues pueden conducirlo a una felicidad parcial o transitoria. Son paliativos útiles capaces de aliviar sus dolores, no remedios radicales que pueden curar su enfermedad.

Una economía industrial que en la práctica no reconoce al hombre como ser espiritual o al universo como la obra de leyes divinas, está preñada de peligros psíquicos para su pueblo. Si bien los que la planearon proporcionan a la masa general del pueblo un lugar más satisfactorio donde vivir, no pueden proporcionar los ideales por los cuales esa gente tendrá que vivir si quiere cumplir el propósito más elevado de su encarnación, ideales que por último determinarán el destino de ese lugar. "El hombre propone, Dios dispone", tal vez suene trivial pero no deja de ser eficaz. Aquellos realistas y racionalistas que desechan la aplicación de los más valiosos ideales por considerarlos como reclamos de soñadores y slogans impracticables, se engañan a sí mismos.

Nuestro fracaso en la edificación de una sociedad que merezca el nombre de tal es principalmente un fracaso moral. Pero antes de que se produzca una reforma moral, tiene que producirse una reforma espiritual. Esta está en la raíz de todas las otras.

No debemos, en nuestro juicio de la doctrina materialista que predica lo contrario y de los hombres desorientados que la simbolizan en el mundo de hoy, enjuiciar a las masas confundidas que la siguieron. No debemos olvidar su igualdad última, que las vincula con Dios. Debemos recordar que de una manera ciega e inconsciente, también ellas, están buscando la verdad; también ellas, un día se encontrarán en reverente silencio en presencia del Espíritu. También ellas aceptarán, con el tiempo, el ideal salvador de buena voluntad y desecharán el destructor ideal del odio. También ellas, aprenderán que el amor divino está detrás de todos los acontecimientos y que en cuanto lo busquen, lo verán adelantándose hacia ellas. Nuestro Padre está siempre en los cielos y nuestra tarea es reconocer que somos sus hijos. Esta única verdad está en el corazón de toda enseñanza espiritual.

CAPÍTULO III

LA EDAD DE LA MÁQUINA

El amor a la velocidad que impera hoy en la vida, en las tareas y en todo cuanto hace el hombre ha producido tensiones nerviosas que a su vez llevaron a los hombres a hallar alivio en estimulantes artificiales y en drogas narcóticas. Aquellos cuya voluntad era débil llegaron a tal exceso que por último quedaron moralmente deshechos.

Otra consecuencia de este amor a la velocidad es al parecer trivial, pero en realidad no lo es en absoluto. Produjo el desprecio por los países donde los cambios se hacen más lentamente, donde el paso de los antiguos tiempos a la existencia mecanizada se demora. Tras ese desprecio se oculta el fracaso y la incapacidad de comprender por qué la gente en aquellos países quiere que la dejen tranquila, que la dejen obrar a su antojo en su propio desarrollo y no perder el gozo interior que posee. Las dos naciones que en este planeta han hecho de la velocidad el ideal de vida se han vuelto incapaces de simpatizar con los deseos de los pueblos atrasados que prefieren preservar y seguir su demorado ritmo de vida. Estos últimos se contentan con una pequeña parte en la carrera por el poder y las posesiones. Consideran que el medio en que viven las naciones de Occidente es desagradable, que su condición mental es una especie de locura, y que el apresuramiento y el tumulto no valen el precio que hay que pagar por ellos. Y lo que es aún más curioso, consideran que la máquina es una especie de juguete.

No obstante, a despecho de sus opiniones, es cierto que los métodos industriales modernos, debido a su tremenda capacidad de producción, lograda por la técnica de masas basada en las

máquinas, perdurarán. Pero, ¿perdurarán acaso en su forma actual? Dan al trabajador su pan y su manteca, pero también lo privan de las satisfacciones interiores y de su valor funcional individual. Hasta cierto punto lo convierten en parte de la máquina y lo despojan de su hombría. En tanto la máquina lo priva de su individualidad y hace que ejecute unos pocos movimientos mecánicos cada día a lo largo de su vida de trabajo, lo expone a que su desarrollo quede detenido. El trabajo en serie en las grandes fábricas que derraman enormes cantidades de bienes, no exige nada del espíritu creador de los trabajadores y los mantiene ocupados en tareas que se repiten ininterrumpidamente. Las disposiciones físicas y la atmósfera mental de tales fábricas son a menudo dañosas para el sistema nervioso del hombre.

Debemos tener una industria mecanizada, pero no es necesario que paguemos un precio tan alto por ella. Aquellos industriales y economistas que tratan al hombre, incluso a sí mismos, sólo como cifras estadísticas, o como simples "peones" de fábrica a quienes es preciso regimentar en masa para que se conviertan en meros instrumentos de producción como si fueran tornos, y no como un ser humano sensible que siente y piensa, atrofian su talento y estropean su espíritu creador. Tratan con robots humanos y no se preocupan de los valores más elevados. En su adoración por el aspecto mecanizado de la vida, pierden el equilibrio así como aquellos otros idólatras de la máquina que los denuncian políticamente en nombre de un colectivismo forzado pierden también su equilibrio. Ambos están hipnotizados por esta forma moderna del materialismo. Ambos creen que la máquina hará el trabajo tan liviano y aumentará la prosperidad a tal punto que toda la gente será feliz. La tecnología inventiva hace y está haciendo cosas sorprendentes en nuestra época, pero no podrá hacer nunca a un hombre feliz. Ha librado al hombre de los trabajos penosos, pero, por ejemplo, ¿puede librar al hombre de la angustia mental? ¿Cuántos hombres de los millones que trabajan en fábricas se han desarrollado mentalmente por encima de las máquinas que manejan? ¿Y cuántos conocidos ejecutivos del mundo de los negocios han llegado a ser algo más que simples autómatas del mundo de los negocios?

El panorama de nuestras grandes ciudades es un verdadero espectáculo. Porque es en aquellos lugares de rápido crecimiento y muy poblados del mundo occidental, adonde los pioneros de

hoy día son atraídos. Los grandes constructores, los grandes ingenieros, los financieros astutos, los científicos inteligentes, los negociantes emprendedores, los millones que trabajan bajo sus órdenes, junto con los artistas, los escritores y otros hombres que viven del ensueño, están todos allí. En las ciudades, toda clase de fuerzas luchan por el predominio; tanto las ambiciones elevadas como las bajas, vestidas con tentadoras ropas, se esfuerzan por ganar los primeros premios. El campo de los negocios se convierte a veces en un campo de batalla. Los gigantes del intelecto y de la astucia libran allí sus combates. Como un molino gigantesco, cada ciudad obtiene de la molienda de sus habitantes toda la habilidad, la energía y el valor que poseen.

La vida ciudadana desarrolla la mente humana. La competencia aguza las facultades humanas. Esto es bueno cuando este orden de cosas es equilibrado por sentimientos elevados, es malo cuando no ocurre así. La vida en las grandes ciudades estimula la inteligencia, fomenta la ambición y desarrolla la personalidad, mientras que la vida en el campo endurece el cuerpo, aumenta la confianza en sí mismo pero achata la personalidad. Los hombres y las mujeres que viven en ciudades populosas perdieron en gran parte su contacto con la Naturaleza, aquel contacto que sus antepasados campesinos poseían. Los valores y virtudes que la vida ciudadana desarrolla en la humanidad se convierten en desmerecimiento y vicios al ser llevados al exceso. Cuando una zona metropolitana no se restringe hasta cierto punto, crea inquietud, peligro y daño. Llega a ser una de las causas que contribuyen al desalmado materialismo de sus habitantes. El tamaño de esa monstruosa colmena humana que es la moderna metrópoli, ya no es conveniente. Las mismas dificultades de los transportes internos la obligarán con el tiempo a reducirse en tamaño o a modificarse.

El rápido crecimiento de los grandes centros comerciales e industriales ha llevado a una vida artificial y alejada de la Naturaleza. En esta forma se produjo un desequilibrio en la mente y una falta de salud en el cuerpo. La vida de una familia que sólo conoce los pavimentos de dura piedra, que se siente encerrada entre altas paredes de ladrillos y bajos cielorrasos de yeso, que contempla los árboles, el pasto y las flores con el reverente asombro con que se miran las cosas que se desconocen, que está sometida sin cesar a los destrozadores ruidos de la existencia ur-

bana, es una vida en que se corre el riesgo de sufrir un daño espiritual. Aquellos que viven en feas callejuelas o en madrigueras de calles angostas, sin árboles, no ven el mismo horizonte mental que aquellos que viven en arboladas avenidas. Con la difusión de los vehículos automotores y la consiguiente transformación de las calles en centros de ruido, de prisa, de incesante actividad, cada ciudad gigante se vuelve mentalmente ponzoñosa para la raza humana, produciendo tensiones psicológicas y disociaciones espirituales. Los ruidos estridentes dañan los nervios y trastornan la salud mental. Una sociedad que los acepta sin vacilación alguna tiende a convertirse en una sociedad más materialista. Al parecer sólo la depresión económica, el desastre financiero o hasta la amenaza de un bombardeo atómico hará que escapen de las ciudades los hombres que se internaron demasiado profundamente en el materialismo urbano, que perdieron su contacto con la Naturaleza y su intuición de espíritu.

Las grandes ciudades son el karma que expresa lo que somos. A medida que nos volvemos mejores, las ciudades se vuelven mejores. En aquellos medios donde nos encarnamos, hallamos las lecciones que tenemos que aprender, u obtenemos los frutos de lo que hemos hecho en el pasado, o encontramos las condiciones que nos obligan a cambiar y nos hacen mejores, y al hacerlo así nos desarrollamos.

La creencia común de que la economía industrial tal como existe hoy es la mejor posible, es un concepto que puede ser corregido desde un punto de vista técnico, pero demasiado a menudo se ignoran sus efectos destructores en el organismo nervioso del hombre, en su talento creador y en su carácter moral. Una evaluación más correcta de su eficacia haría ver la verdad. Si el juicio actual lo descarta, es porque su opinión fundamental del hombre es parcial y materialista.

Hoy, cuando la ciencia hizo la vida complicada y el intelecto llenó al hombre de inquietud, una actitud serena y equilibrada está al parecer fuera de su alcance. Empero su necesidad se ha vuelto imperativa. Sólo un misticismo filosófico puede enseñar al hombre, preso actualmente en una compleja trabazón de actividades urbanas y que lucha contra la velocidad y las presiones de la vida ciudadana, enloquecido por las trepidaciones y la agitación, y tal vez esforzándose por librarse de la carga de las necesidades económicas, a suprimir sus conflictos interiores y a

disfrutar de una calma sublime. Pero la multitud no está interiormente pronta para esta verdad filosófica, por eso todo cuanto se pueda hacer exteriormente para ayudarla a lograr un mejor equilibrio psíquico, debe hacerse.

El ardiente deseo de gozar de las verdes bellezas del campo y de su consoladora paz que se expresa en las excursiones de fin de semana, o en los jardincillos que rodean una casa, es fundamentalmente un deseo espiritual. La separación de todo contacto con la Naturaleza por largos períodos hace que el habitante de las ciudades carezca de sustento vital para su ser interior. Sadhu Sundhar Singh, el místico cristiano de la India, dijo que sentía siempre que el espíritu del mal era todopoderoso en las grandes ciudades. "Tener que ir a una gran ciudad siempre me contraría, y tengo que esforzarme para hacerlo. Comprendo por qué los ermitaños prefieren vivir en cavernas y en las montañas. Yo también lo prefiero. Pero estando en éxtasis me ordenaron ayudar a mis prójimos en el mundo", agregó. Creía también que el materialismo era más fuerte en las ciudades que en las aldeas.

Cuando un hombre sensitivo anda por las calles de una ciudad, luego de haber experimentado en los bosques solitarios la paz de la Naturaleza, se siente ajeno a aquellas casas que muchas veces no son hogares sino barricadas contra el dolor. Por otra parte, es muy raro encontrar a un labrador cuya mente se eleve por encima de la pesada estolidez de su trabajo en los campos. La idealización romántica de la vida campesina se desvanece en cuanto se piensa en los campesinos de la India y de China, analfabetos y padeciendo hambre. Carece tanto de sentido en el siglo xx como la romántica idealización de la vida ciudadana.

El pensador filosófico no ataca el surgimiento del industrialismo, que era inevitable y necesario, empero defiende el movimiento contemporáneo hacia la descentralización, porque hoy es una necesidad ambiental. Nota fenómenos de los cuales cualquier observador concienzudo es testigo, aquellos fenómenos psicológicos y físicos que resultan de la vida urbana y de la vida rural. Habla de la necesidad de una economía correctamente equilibrada, de un modo de existencia social que se desarrolla armoniosamente por todos lados y no se desvía o se vuelve extremista. Deplora con justicia los repulsivos males que un industrialismo excesivo, parcial, ha traído, pero admite que el nivel de

prosperidad y comodidad física es, en cada país, proporcional al empleo que se hace de las máquinas. Los críticos deben protestar **no contra los procesos mecanizados**, que por cierto son útiles y provechosos, sino contra la manera de usar los hombres y mujeres que operan las máquinas a que condujo un ciego industrialismo, obligándoles a llevar una vida artificial y a perder los valores elevados, por ser incapaz de diferenciar las máquinas de los seres espiritualmente humanos.

Ya no podemos volver más a condiciones primitivas o medievales. Las máquinas se pueden usar contra los hombres y las mujeres, en la guerra, o en pro de ellos, en la paz. La noción ascética, popularizada por hombres como Tolstoy y Gandhi, de que las máquinas son necesariamente dañosas y malignas, se basa en una verdad parcial, pero en sí y fundamentalmente no es equilibrada ni filosófica. La máquina está aquí y debemos aceptarla. Pero esto no quiere decir que debemos permitir que nos domine, que nos convierta en esclavos. Con una raza espiritualmente despierta, artísticamente creadora, la civilización de la máquina ya no demostraría su verdadero crecimiento, sino que pondría la máquina en el lugar que le corresponde y la utilizaría como una positiva ayuda para promover el progreso y la elevación de la sociedad.

La ciencia y la inventiva, la organización y la técnica abren grandes posibilidades al futuro confort físico de la humanidad. El progreso de las invenciones salva a la raza humana de las tareas monótonas y rutinarias y así libera a la mente humana para tareas más elevadas. Si el hombre prefiere hacer uso de esta libertad para propósitos degradantes, éste es el riesgo que acompaña cada progreso de la raza. Pero si el riesgo se torna demasiado grande, si la vida humana sólo tiene en vista los fines materialistas, entonces los inventos detienen y no ayudan al verdadero progreso. Mientras el mundo no ponga sus inventos mecánicos, como también sus reformas, sobre una base filosófica, como tendrá que hacerlo algún día, cada nuevo bien que se logra trae consigo el mal. La velocidad ayuda la aceleración de la civilización moderna, pero no es preciso a causa de ello impartir mayor velocidad a todo cuanto se necesita para cultivar nuestra naturaleza más profunda, el alma verdadera. Una civilización que sólo es mecánica y cuya eficiencia es puramente exterior, sigue dejando al hombre insensible y desalmado, y al final no es sino un fracaso.

Todo esto no significa empero, que las tentativas prácticas

para crear un mundo cada vez mejor no deban hacerse. El mejoramiento del medio exterior es siempre beneficioso; ayuda a crear una atmósfera en la cual los más elevados ideales son siempre bien recibidos; pero al final no puede nunca substituir ni tampoco reemplazar al mejoramiento del ente humano que debe morar en ese medio ambiente. Sin embargo, ofrecer una panacea, como muchas veces lo han hecho los idealistas místicos pero no filosóficos, capaz de curar los males sociales de la humanidad, que es sólo un cambio de ánimo individual, no hacer nada sino esperar que se produzca un cambio improbable y desechar todas las proposiciones prácticas, equivale a la bancarrota intelectual. Es sólo falta de equilibrio y una evidente estrechez de miras lo que hace afirmar a los idealistas que un cambio de la naturaleza humana es el *único* cambio que se requiere. Su error no estriba en afirmar que un cambio de ánimo producirá un cambio del medio ambiente. Esto es evidente. Se equivocan al rechazar el segundo cambio mientras esperan que se produzca el primero. Porque en las condiciones en que vive el hombre, hay muchas cosas malas que impiden que ocurra ese cambio o, si no pueden impedirlo, traban su realización.

Este panorama histórico, que para los millones que lo padecen es una trágica realidad, pero que es sólo una danza de sombras para los místicos que meditan lejos de él, sólo es evaluado correctamente por el filósofo.

La filosofía, porque su ideal equilibra razonablemente la concentración de sí, y el altruismo en definitiva exige que los cambios exteriores se realicen pero al mismo tiempo sostiene que las más grandes esperanzas del hombre estriban en mejorar a tal punto el carácter del individuo que este mejoramiento afectará inevitablemente todas sus relaciones sociales con los otros hombres e irradiará desde su persona hacia el exterior. Insiste que si bien las fuerzas que modelan el destino externo de los hombres y de las naciones son más bien internas psicológicas, éticas y mentales sin embargo contribuyen de una manera efectiva a este fin las fuerzas externas sociales políticas y económicas. Afirma que el camino de la evolución moral y mental provee una verdadera base para cualquier cambio que merezca el nombre de tal, pero también sostiene que la evolución puede ser ayudada y apresurada mediante mejores condiciones físicas. Deplora la triste situación de nuestros pensadores que abandonan el mate-

rialismo científico del siglo XIX y redescubren la verdad espiritual del siglo XX, mientras que las masas trabajadoras, debido a su ignorancia, van a la zaga.

Hoy día el camino que conduce al dominio espiritual es hasta cierto punto el camino social. Los males ambientales deben mejorar en cierto modo antes de que la gente —los ricos tanto como los pobres— lleguen a tener conciencia de sus males interiores, y debido a ello presten atención a un bien más elevado. El hombre sometido a preocupaciones forzadas y continuas por el problema de ganarse el sustento o mantener una familia, por cierto tendría que ser insensato si no diera a este problema la primerísima importancia que razonablemente le es debida. Hasta el hombre más afortunado, no hace nada malo y al contrario tiene razón en procurarse el confort material y comodidades modernas, un buen hogar, ropa decente y alimentos adecuados. El mal empieza cuando los hombres ponen estas cosas en altares como si fuesen ídolos y los adoran como si fuesen los fines de la vida, olvidando que hay fines más elevados; cuando tienen el corazón colmado de ataduras a estas cosas y padecen hambre de ideales y, más especialmente, cuando se las procuran al precio de los valores espirituales o violando su integridad moral.

Cuando los hombres actúan por motivos altruistas pero tienen miras limitadas, buscan eliminar la pobreza de posesiones materiales sólo en casos individuales. Si sus esfuerzos carecen de sabiduría, pueden hacer tanto mal como bien. Cuando estos mismos hombres logran una comprensión más profunda de las cosas, tratan de eliminar la pobreza de posesiones materiales en toda la sociedad, ocupándose de sus verdaderas causas personales y sociales. Pero cuando actúan no sólo por motivos altruistas sino por una profunda comprensión de la vida, buscan eliminar la pobreza de pensamiento, la pobreza de perspectivas y la pobreza de alma, al mismo tiempo que las condiciones físicas degradantes.

Lo que se necesita hoy día es un organismo social de un tipo más elevado que los que existen actualmente, un organismo que descansará en una obediencia consciente a las leyes más elevadas, que proveerá también al hecho de que el hombre es un ser espiritual tanto como un ser físico. Nuestra esperanza inmediata en un mundo mejor no descansa por entero en un cambio interior, pues ésta es una exigencia demasiado grande, ni tampoco en un

cambio exterior, pues ésta es una exigencia demasiado pequeña. Descansa en una síntesis proporcionada de las dos.

Mientras las masas se preocupan sobre todo en luchar por ganarse el sustento, no se las puede culpar de ser indiferentes a una más elevada cultura espiritual y artística. A ellas tal cultura, les parece muchas veces remota o imaginaria. Aparte de su menor preparación intelectual —no hay que confundirlo con la inteligencia— en esta situación el factor esencial es que no pueden prestar suficiente atención a tal búsqueda de la verdad o aspirar a lograrlo personalmente mientras se vean trabadas por su inevitable dependencia de las condiciones económicas.

Las cuatro necesidades elementales, persistentes, estables, de alimento, ropa, vivienda y combustible siempre deberán satisfacerse antes que las necesidades culturales, religiosas, místicas o metafísicas. Es cierto que la necesidad de ganarse la vida fue siempre la necesidad más importante de la existencia de la mayoría de los hombres. El trabajo pesado para mantener el cuerpo vivo, la constante esclavitud a la tarea mecánica, el demoledor esfuerzo de la lucha de todos los días para ganarse el sustento, dejan escaso tiempo a los pensamientos elevados y traban el nacimiento de las ideas nobles. La desesperación física de los desocupados y la inseguridad de los empleados muchas veces hacen aparecer los elementos más bajos de la naturaleza humana. Hacen que la mente se obsesione negativamente por los problemas mundanales, que luche encarnizadamente contra los demás para salvar la propia existencia, que solucione con violencia y agresividad las dificultades económicas y que por envidia o amargura ahogue las intuiciones espirituales. Aquellos que tienen que padecer estas tristes condiciones no pueden sentir la atmósfera divina entre sombrías escenas de escualidez. En mayor grado en épocas pretéritas, y en mucho menor grado en época reciente y en ciertos países, el pensamiento de las masas, condenadas a largas horas de tareas pesadas para ganarse el sustento, se preocupó más por todo cuanto tenía que ver con el cuerpo físico y sus necesidades animales. A medida que la sociedad civilizada cambie su actual forma materialista, se verán libres de la opresión del exceso de trabajo, del desempleo y de la demasiada pobreza, y tendrán suficiente tiempo para una cultura más elevada, la apreciación estética, el desenvolvimiento creador y el desarrollo mental no vocacional.

No pertenece a estas páginas discutir los argumentos de quienes sostienen la idea del provecho personal y de quienes no lo tienen en cuenta. En los dos casos actúan movidos por el egoísmo, cuya consecuencia es, y siempre fue, la de producir roces, pero que es inevitable en el curso del desarrollo humano. Nadie acepta trabajar si no tiene una idea que lo sustente, tanto para edificar un estado colectivista como para edificar una fortuna privada. El santo o el sabio que sirven generosamente, porque lo hacen obedeciendo las órdenes de un poder más alto, son los únicos que escapan a esta necesidad, pero estos hombres pertenecen a otra raza. Es cierto, sin embargo, que se resolverían muchos conflictos industriales si ambas partes apelaran a la actitud mental de cooperación que implica cierta negación del ego personal.

No nos ocuparemos aquí del asceta que va a los extremos y que consciente y deliberadamente trata de vivir con la menor cantidad de bienes posible. La renuncia que se ha impuesto a sí mismo tiene cierta nobleza, mientras que degrada cuando los pobres la padecen involuntariamente. Sigue un camino extraordinario tras un propósito especial, y cuando lo logra, la Naturaleza puede ordenarle que retorne o no al camino medio, como lo hizo con el Buda. Pero los que sólo encuentran la felicidad en un mundo de pobreza, la espiritualidad en una economía de escasez, pertenecen a una época primitiva o medieval y no son otra cosa que seres retrógrados. Normas de vida más elevadas y la multiplicación de las necesidades no son en sí un mal, si bien cuando no están acompañadas por disciplinas espirituales se convierten fácilmente en mal, como lo hicieron en algunos países occidentales. Es lamentable que el poder corruptor de un próspero estado de sociedad sea un hecho histórico, lamentable porque en un carácter bien equilibrado, espiritualmente alerta, la prosperidad le muestra el bien que se puede hacer antes que el mal. Mas para la mayoría de las sociedades —y ciertamente para Occidente— llega el momento en que una vida más sencilla es el único camino que conduce a una vida más sana, y negarse a aceptarlo conduce a la enfermedad, la decadencia y la autoaniquilación.

Es, empero, nuestra actitud mental hacia la multiplicación de las posesiones lo que las hace buenas o malas. Cómodos hogares, una alimentación adecuada y la participación en las actividades

culturales no deben impedir a nadie pretender un despertar espiritual y a su logro.

Aun cuando no sea posible, con los falibles materiales humanos de que disponemos, lograr un milenario terrenal, una utopía terrestre; aun cuando el perfeccionismo político-económico es un mero sueño para doctrinarios emocionales, es posible hacer un mundo de cooperación más bello que el que existe. Esto demandaría todo el poco sentido común, todo el pensamiento concreto y claro, toda la buena voluntad moral, toda la dirección sabia, artística y espiritual, todo el espíritu de empresa que nuestros mejores hombres pueden dominar. Si es imposible realizar en la tierra este sueño utópico, no hay razón alguna para que no intentemos realizar parte de él.

No podemos evitar este movimiento hacia una forma más elevada de civilización. La guerra ofreció al individuo y al Estado la oportunidad —muchas veces mal recibida— de señalarles qué lugar ocupaban en la lucha por la vida y de demostrarles cuál era la meta que en realidad perseguían. Todos los hombres, hasta aquellos que emergieron de la guerra trastornados y golpeados, se ven envueltos en un caos, y entonces descubren nuevas direcciones y se reajustan a las nuevas corrientes evolucionarias, o, por egoísmo, ceguera, cobardía e inercia se ven arrastrados a desastres que terminan en la destrucción.

Comprenderemos estos sucesos cabalmente si los comprendemos en términos de un cambio universal mucho más amplio que abarca a la misma existencia humana en su totalidad. La guerra marcó una pausa en un titánico cambio de rumbo en la historia mental y moral de la humanidad. En realidad fue la señal exterior de un conflicto interior entre las fuerzas de la luz y de las tinieblas, la cual todavía sigue. Tras la crisis visible, tal como se expresa en tremendos eventos históricos, hay una crisis secreta e invisible que es en verdad su causa activante. Exteriormente, el conflicto se produce hoy entre grupos políticos y sistemas económicos. Pero, interiormente —y por lo tanto en su esencia—, es una lucha entre las opiniones opuestas del hombre acerca de su vida y de su propósito en la tierra. Es un conflicto entre el más extremado materialismo, unido a un áspero idealismo por una parte, y por la otra a un materialismo parcial, unido a una fe religiosa parcial. Somos los testigos de las últimas convulsiones, de la última y desesperada acción de la naturaleza homi-

cida dejada en el hombre por las reencarnaciones animales de su etapa de evolución prehumana.

Es contrario al egoísmo humano aceptar el categórico y antiguo dicho español: "La verdad, aunque severa, es una amiga sincera". Y hasta los escasos hombres que la aceptan estarán siempre en la duda de no haber podido conciliar las demandas de los principios filosóficos con las demandas de la practicalidad mundana. En una época normal, dudar de ella se asentaría en sólidas bases. Pero vivimos en una época extraordinaria. La vida es hoy un desafío del cual es imposible evadirnos.

CAPÍTULO IV

LA CRISIS DE LA CIENCIA Y DEL INTELLECTO

El progreso científico que conduce a la autodestrucción

Las necesidades personales del hombre acucian su ingenio mental. Las invenciones ván a la zaga de cada necesidad consciente. La Naturaleza entrega sus sorprendentes maravillas a la explotación del hombre. Ningún hombre que viva hoy puede escapar a los resultados tanto malos como buenos de la actividad científica. Muchos son ayudados de alguna manera, muchos son heridos de otra manera, por las consecuencias de estos adelantos rápidos y espectaculares. Un hombre oye a otro hombre hablar a centenares de kilómetros, sin otro medio que un delgado alambre o una invisible onda; esta ayuda proviene del pensamiento de los hombres de ciencia y del trabajo de los ingenieros. Un hombre se desploma muerto a nuestros pies, atropellado por el descuidado conductor de un automóvil; esta muerte se debe en última instancia al pensamiento y al trabajo de estos hombres.

El intelecto razonante en su alta perfección, tal como lo vemos en los grandes hombres de ciencia de nuestra época, es algo que merece y exige nuestro mayor respeto. Los métodos escrupulosamente exactos de investigación y las cuidadosas y metódicas observaciones son dignas de admiración; su actitud cauta es extremadamente valiosa y por completo necesaria en el lugar que le corresponde. No pertenecemos a la clase de los hombres que desdennan los logros culturales y científicos con el fin de alabar los logros místicos de la intuición. No tenemos el deseo de denigrar las maravillas de la ciencia moderna a fin de señalar las maravillas del antiguo misticismo. No nos cabe aceptar el dogma de que

el pensar consciente y razonable no conviene a quien aspira al conocimiento espiritual, pero conviene al materialista mundano. Por demasiado tiempo el místico fue antagónico a los procesos intelectuales y no se sentía a gusto con los prácticos.

La edad científica e industrial era inevitable si el hombre debía progresar en el desarrollo de *todas* sus facultades, y no sólo en el desarrollo de algunas. La obra de la ciencia y del intelecto tenía que empezar y extenderse. Era una fase necesaria de la evolución humana. Sólo aquellos que realizaron extensos viajes por países primitivos saben cuán enorme es la cantidad de supersticiones absurdas y de costumbres parásitas y cómo ahoga la vida interior y exterior de sus habitantes. Este es el pesado precio que tuvieron que pagar por una fe completa y ciega en sus tradiciones. El beneficio que derivan de su fe es destruido por el daño que les hace su superstición. Por cierto la filosofía ordena al hombre desarrollar su poder de raciocinio. De igual modo la ciencia le ordena ponerse en guardia contra los puntos de vista superficiales, las exposiciones incorrectas, el énfasis exagerado, la premisa carente de base, el hecho no demostrado, el razonamiento falaz y la descripción desfigurada. Simpatiza con André Gide, el intelectual francés y lo respeta cuando, en estas palabras, busca integrar su razón con su religión: "Deseo honrar a Dios con cada parte de mí mismo". Si le advierte los peligros en que caen la mayoría de los intelectuales, los peligros del orgullo, la arrogancia, la mojigatería y la intolerancia, lo hace así porque no debe, a medida que su poder de pensamiento y su juicio crítico crecen, ser menos humilde, reverenciar menos a Dios y orar menos. Debe fortalecer y no debilitar sus instintos más elevados. No creer más en un poder más elevado que su propio poder o en el de la Naturaleza, la doctrina de que sólo el medio físico moldea el carácter, el materialismo que se convierte al mismo tiempo en interpretación del universo y en código de conducta, éstos son unos cuantos síntomas de los cambios producidos por una excesiva adoración del intelecto. Lo que ocurrió en realidad a sus fanáticos modernos es exactamente lo contrario de lo que había ocurrido a los pueblos primitivos, y por lo tanto es tan pernicioso para aquellos pueblos que deben pagar un pesado tributo por su ciega fe como lo es para los hombres modernos que deben pagar igualmente un pesado tributo por su ciego escepticismo. El bien que se logró con el proceso intelectual fue destruido por el mal que lo acompaña.

Si los modernos y los primitivos no modifican su modo de pensar de tal manera que puedan recobrar el equilibrio, no hay nada que los pueda sacar de esta situación.

Nadie podrá comprender justamente el complejo problema mundial si no ve antes los profundos cambios que se han producido en el problema humano y que son en parte responsables de este orden de cosas. El progreso moderno ha dado al carácter humano amplitud sin profundidad, facundia sin sabiduría. La ciencia condujo a la parte pensante de la humanidad en dos direcciones divergentes. Ha destruido la fe espiritual de un numeroso grupo, pero reforzó la fe del grupo más pequeño. Este resultado paradójico no es por cierto tan extraño como parece. Porque ambos grupos interpretaron los hechos y las observaciones que realizaron de acuerdo con sus inclinaciones personales e innatas, en sus tendencias y sentimientos. Los hombres son tan diferentes en las disposiciones de su carácter que tal resultado era inevitable. Pero esto no quiere decir que el valor de los dos resultados sea igual. No lo es. El primero pierde algunas de las lecciones más hondas que toda experiencia produce y que, en realidad, los datos de la ciencia no contradicen.

La incesante actividad de nuestro progreso exterior y superficial ciega los hombres a la verdad de que ninguna civilización puede perdurar si no logra el equilibrio entre las fuerzas materialistas y espirituales. Eventualmente su pesado materialismo la hace vacilar. Este es el significado apocalíptico de los acontecimientos contemporáneos que conmueven al mundo. La civilización moderna ha sido llevada a su fin lógico y ha levantado la cosecha de lo que sembró.

Los hombres acusan con justicia a Hitler de haber puesto en peligro a la civilización, pero nunca vieron que la así llamada civilización, a causa de su desequilibrio, era un peligro creciente para la humanidad. Los expositores de la ciencia popular describían gustosos el paraíso hacia el cual la ciencia aplicada nos llevaba. No les importaba que este paraíso era un paraíso para la mente que no daba cabida al corazón o que en el mejor de los casos era un paraíso para el cuerpo y dejaba a un lado cuanto hay en el hombre de sensible, espiritual, intuitivo y moral. No comprendían que su carácter ético, los motivos que lo hacían actuar, su actitud hacia sus semejantes y, sobre todo, su comprensión de los fines últimos de la vida seguían siendo el verdadero

poder que conduce la maquinaria provista por la ciencia. La historia moderna nos mostró lo que habían olvidado, que cada vez que el hombre mejoraba la faz exterior de la vida pero no mantenía su equilibrio mental, tenía que pagar un precio muy alto por esta mejora. Con cada paso que daba se alejaba cada vez más del centro original de su ser. Por cada nueva facilidad que su fértil cerebro ideaba, lo pagaba con la pérdida de su poder espiritual. Los hombres que se precian de ser realistas prácticos creyeron que el mundo de posguerra se convertiría milagrosamente en un paraíso a causa de las máquinas, inventos, nuevos materiales y reajustes económicos, pero no se dieron cuenta que era preciso un cambio paralelo en el ser interior de la humanidad, y los mismos acontecimientos probaron que eran soñadores, que se engañaban a sí mismos.

No hace tanto tiempo que esos hombres creyeron, y es preciso perdonarlos, que el progreso de la ciencia y el adelanto de la industria resolverían todos los problemas de la vida. Sin embargo, cuanto más quemaban incienso en los altares del progreso, tanto más el destino se burlaba de ellos asestando demoledores golpes a la civilización que hubiera debido experimentar este progreso. Cuanto más oscura se hacía su percepción del carácter cíclico de la historia debido a la prosperidad y los descubrimientos científicos, tanto más se parecían a hombres que andan por el borde de un precipicio. Cuanto más identificaban el bien supremo con el solo desarrollo físico e intelectual, tanto más las fuerzas primitivas y bárbaras surgían para destruir ese desarrollo. No fueron capaces de ver que, si bien la razón cuando se eleva a su punto metafísico más puro, se vuelve impersonal y ennoblece al hombre, cuando desciende a la más oscura profundidad materialista, se torna en simple astucia egoísta y convierte lo mejor en el hombre en lo peor.

La ingenua creencia de que la ciencia mejoraría a tal punto el estado del hombre que con el tiempo alcanzaría una felicidad utópica, se desvanece rápidamente. Todos pueden ver ahora que deja a la naturaleza moral del hombre intacta, a su naturaleza animal sin gobierno, a su debilidad para seguir falsos caminos imperturbable. Todos pueden ver que por más que tengan la casa repleta de máquinas, el corazón sigue siempre vacío de satisfacción. La noción del progreso sin fin primero lisonjeó a los fanáticos de la ciencia y ahora asusta a sus víctimas. Era muy agrada-

ble cuando el siglo XIX observaba el paso del vapor a la electricidad, pero espantoso cuando el siglo XX observa el progreso de las granadas de mano que llegan a ser bombas transportadas por cohetes. La cómoda satisfacción de que todo iba de mejor en mejor está desapareciendo. Es reemplazada por la desdichada noción de que el progreso es demasiado parcial. Muchos se preguntarán qué clase de progreso es aquel que nos hace ver tanta lucha y desorden, tanta bestialidad e irracionalidad. Si queremos tener una idea justa de este tiempo debemos contemplarlo en su propia perspectiva histórica y psicológica. Entonces veremos que el progreso técnico que se logró no fue compensado por la regresión espiritual que lo acompañó. La evidente disparidad que hay entre estos dos progresos llama la atención.

La era cuyo paso presenciamos, no puede ser descrita como no espiritual, pero las tendencias que más se destacan entre las dos guerras mundiales pueden ser justamente descritas como tales. Esta fase albergó una civilización que cantó poemas en honor de su talento romántico, industrial, mecánico e ingenioso. Este adelanto, su lugar, era apropiado y necesario. Pero haberlo comprado al precio de leyes morales destrozadas, de la entronización del intelecto por encima de la intuición, de la codicia, egoísmo, violencia, y de la pérdida de fe y de veneración a un poder más elevado, tales himnos de alabanza dejan entrever una grotesca superficialidad, pues este movimiento se tornó en un progreso hacia el abismo. ¿Quién puede vislumbrar adónde nos lleva este proceso degenerativo que obra en nosotros? Cada década de los últimos cien años vio más orgullo pero menos veneración, más información pero menos sabiduría, y más franqueza pero menos bondad que la década precedente. Debemos llorar la pérdida de estas cualidades. Pagamos un precio demasiado alto por reemplazar la adoración a Dios por la adoración a las cosas.

Porque tenemos el automóvil, el aeroplano y la bomba atómica, creemos saber más que nuestros antepasados y que los exóticos asiáticos. Es cierto, pero nuestro conocimiento sólo concierne a las cosas. En realidad, sabemos menos acerca de nosotros, de los ocultos propósitos de la vida, acerca de la realidad interior del mundo. Cuanto menos nos preocupamos de las cosas que tienen verdadera importancia tanto más nos preocupamos de todo lo que es comparativamente trivial. El alcance del conocimiento en los antiguos filósofos tenía sus límites, pero la profundidad del cono-

cimiento era ilimitada. Así los filósofos que eran más místicos tenían la posibilidad de lograr este milagro: con menos hechos a su disposición sacaban verdaderas conclusiones *últimas* acerca del universo de las que los modernos pudieron obtener, como también un conocimiento más verídico del ser esencial del hombre. No debe ello sorprendernos si recordamos que al decirnos la misma ciencia que debemos basar nuestra búsqueda de la verdad en los hechos aducidos por nuestros sentidos, nos dice también que los sentidos son limitados, inciertos e imperfectos. ¡El místico, tantas veces criticado por el hombre de ciencia, debe considerar esta situación con bastante ironía!

La ciencia ha explorado e investigado el universo en todas las direcciones excepto una... ¡el mismo hombre de ciencia! Tales son las presiones y tensiones de la así llamada vida civilizada que cada vez le es más imposible al hombre encontrar tiempo para examinarse a sí mismo, y aún menos para estudiar su propia interioridad. Por eso los que se juzgan desde un punto de vista materialista pudieron arribar a tan amplias conclusiones basándose en tan escasos hechos. Hubiera sido preferible no llegar a conclusión alguna en lugar de llegar a una conclusión falsa. Esta carencia de sentimiento religioso, esta indiferencia hacia la experiencia mística, esta incapacidad de amor a las cosas elevadas y a las leyes morales, que empezó hará uno dos siglos, para mostrar en toda su extensión y en forma visible sus malignas consecuencias, necesitó suficiente tiempo. Pero ya ha tenido lugar. La violencia y la guerra, la codicia y el odio, éstos son los amargos frutos de la pérdida de fe en un poder más elevado y de no creer más en aquellos que están en comunión con ese poder. Si abrieron la puerta a la desdicha para la mayor parte de la humanidad, debe echarse la culpa a quienes persistieron en esta actitud negativa. El intelecto, cuando el sentimiento no le imparte fervor ni la intuición lo ilumina, traiciona al hombre y le hace creer en una verdad ilusoria. Y este estado es mucho peor que la ignorancia de la verdad. Por eso el frío hombre de ciencia contribuyó mucho más a la desdicha de la humanidad que el campesino analfabeto. En resumidas cuentas, es la vanidad intelectual del hombre lo que le hace creer que con el tiempo llegará a vivir en la tierra tal como lo desea gracias a los poderes del conocimiento científico. Siempre habrá un infinito número de circunstancias a cuyo

dominio el hombre no puede escapar y que le impidan lograr este estado.

El aspecto de la ciencia y el acrecentamiento del intelecto no son en sí fenómenos malignos. Son indispensables y necesarios a la plena evolución del ente humano. En su origen *último* no eran menos espirituales que la fe del religioso y la intuición del místico. Pero su abuso era malo, como también lo es la falta de equilibrio a que ha llevado al ente humano.

Llegó la hora de despertar y ver lo que nos hemos hecho a nosotros mismos, ver lo que una ciencia parcial y un helado intelectualismo nos han hecho, y buscar un equilibrio que descansará en ellos, sí, pero también en la fe y la intuición. Y ya que hechos echado demasiado peso en un platillo de la balanza, y no bastante en el otro, se nos exige que nos concentremos en un esfuerzo de aspiración hacia lo alto, que tengamos una urgente conciencia del desarrollo espiritual. El hombre moderno necesita una contraparte espiritual para el extraordinario progreso fenoménico de los últimos doscientos años, ya que todas las imponentes e impresionantes conquistas de la ciencia aplicada no pueden ocultar más el vacío interior de su vida. Necesita aeroplanos y autos, sí, pero necesita satisfacciones más elevadas y, aún más, un cambio de orientación mental. Necesita hacer nuevas estimaciones, hallar ideas insólitas, crear nuevos pensamientos, expresar actitudes generosas, realizar experiencias expansivas y, sobre todo, necesita un nuevo dinamismo espiritual. Su civilización debe equilibrar las justas exigencias del cielo y de la tierra. Esta no es una necesidad teórica y no esencial, sino urgente y práctica, en estas tensiones de la crisis mundial. Nunca fue tan vitalmente importante para el hombre el que alimentase su mente y su corazón en las fuentes divinas. En caso de no hacerlo, la torre de Babel levantada por la ciencia, la civilización, la economía y la política corren peligro de derrumbarse y aplastar a sus adoradores.

Muchas personas se preguntan a menudo por qué las religiones existentes fueron incapaces de poner un freno a la expansión del materialismo. Débese en parte a su gran antigüedad y, en consecuencia, a que carecen de vitalidad e inspiración. Si los trágicos presagios de nuestra época no han de cumplirse, sólo se deberá al nacimiento de un nuevo impulso espiritual. Que tenga lugar dentro o fuera de las antiguas religiones y de los nuevos cultos, o al mismo tiempo dentro y fuera de ellos, no tiene la

importancia que muchos le atribuyen. Ninguna religión, ningún culto, ningún grupo nunca logró asegurarse el monopolio de las inspiraciones y revelaciones de Dios, la gracia y salvación del Yo superior. Lo importante es que este impulso surja *en el corazón de los hombres*. Porque lo que los hombres sientan profunda, secreta e interiormente dentro de sí mismos, es lo que al final dominará. La humanidad tuvo un respiro de veinte años entre la primera y segunda guerras mundiales para enmendarse y mejorar sus perspectivas, para evitar sus errores pasados. La incapacidad de aprovechar esta oportunidad le costó mucho. La segunda paz le ofrece la misma oportunidad y el mismo respiro. La cómoda satisfacción de llevar una vida que no conoce ni tenga que rendir cuenta al propósito más elevado de la vida, no puede durar indefinidamente. Tiene que llegar a una culminación. No está muy lejos la hora en que la humanidad deba despertar a este propósito y tener conciencia de los primeros inicios de la verdad espiritual o lamentar esta negligencia. Aquellos que hacen oído sordo al desafío contemporáneo, porque turba la tranquila corriente de su vida, no podrán escapar a sus consecuencias. Conviene que quienes gobiernan a los hombres o dirigen el pensamiento sean capaces de leer las señales de los acontecimientos venideros. Nuevos y terribles desarrollos yacen como simientes incrustadas en la tierra de este siglo. Por cierto pertenecen a su verdadera naturaleza. Su aparición es segura.

El hombre: animal, intelectual, espiritual

Los movimientos violentos, rugientes de pasión, en vez de ser los promotores de pensamientos constructivos, fenómeno que tuvo tanta repercusión mundial y representó una nueva religión para los jóvenes, en parte surgieron porque las religiones no tienen el valor de enfrentarse con las nuevas tendencias actuales y, en parte, porque los antiguos sistemas no afrontan las nuevas necesidades. Estas creencias han aceptado el concepto científico del hombre considerado como animal racional, y la historia nos muestra cuán peligroso es este concepto cuando se cree implícitamente en él. Si todo lo que nos preocupa ahora y en el futuro es la existencia del cuerpo, que con el tiempo se convierte en polvo, entonces es perdonable la estúpida locura y los violentos crímenes de la humanidad.

El animal desarrolla el uso de sus cinco sentidos. El hombre en su cuerpo animal los usa de la misma manera. Pero varias diferencias importantes lo elevan por encima del animal: su facultad del habla, su postura física erecta, y el hecho dramático de que en la esfera de las operaciones mentales es capaz de realizar lo que ningún animal puede realizar. Quienquiera examine por primera vez un cadáver en una sala de disección verá que el cerebro humano es por su estructura mucho más complicado que el de los demás animales. No es todo. Si examina la calidad de su cerebro, observará su marcada superioridad. ¿Por qué? Porque la mayor diferencia entre el hombre y la bestia es una diferencia de *mente*. No hay animal que pueda comprender lo que comprende el hombre o que tenga, como el hombre, la capacidad de sentir un hambre intelectual.

La visión de un águila o la rapidez de un gamo son muy superiores a las del hombre. Empero, la inteligencia racional y la imaginación creadora del hombre son muy superiores y mucho más valiosas que la inteligencia instintiva de cualquier animal. Pues la inteligencia permite al hombre inventar un ingenioso telescopio que lo capacita para ver lo que un águila no puede ver, y su imaginación le permite recrear un mundo físico a su propia manera y construir un sorprendente aeroplano con el cual vuela más rápidamente que el ave más veloz. Su poder de razonamiento y su capacidad de premeditar un curso de acción, imaginando las consecuencias más probables, también lo separan del animal.

Los animales, aves, peces e insectos pueden gozar de grandes placeres físicos, pero no pueden gozar de placeres estéticos como la pintura y la música. Este es un privilegio exclusivamente humano. Sus potencialidades hasta permiten que el hombre supere al animal de una manera por completo diferente, porque lo llevan al elevado mundo del ser. En él, la vida, por primera vez, empieza a reflexionar sobre su propia significación, y así llega al pensamiento metafísico. No hay ningún animal salvo el ser humano, que pueda razonar abstractamente, y sentir la necesidad de comprender la verdad y alejarse del error, para juzgar las apariencias y apreciar la realidad. Débese esto a que es una especie situada en un nivel por completo diferente de las otras. En su progreso se ha acercado a la capacidad de reconocer su propio ente metafísico, y tal razonamiento es una de las señales de este progreso. No sólo el poder de tener conciencia de sí mismo como

ser intelectual es lo que lo eleva por encima del animal: es más bien el poder de tener conciencia de sí mismo como ser espiritual. Si la posesión del pensamiento abstracto distingue al hombre y hace de él un ser superior, uniéndolo a un cerebro que puede abarcar el universo y penetrar en algunos misterios de la vida física, la posesión de la intuición le permite desenvolverse su alma sagrada. Si los animales no pueden seguirlo en los dominios que están más allá de la sensación física, en los dominios del arte creador y los pensamientos abstractos, ¿cómo podrían seguirlo en los dominios que están aún más allá de los dos anteriores, en la sublime experiencia mística y en el venerado sentimiento espiritual?

Si en realidad el hombre sólo fuera un animal, tal como afirman nuestros materialistas, se contentaría con su finitud mental y sus apetitos físicos. La ardilla que me está mirando, posada en la rama de un árbol cercano, está contenta con su suerte. Pero no el hombre. ¿Por qué? Porque hay en él algo que lo impulsa a buscar el Más allá, que lo urge a elevarse al Más. Y este "algo" no es otra cosa que la presencia oculta de su alma divina. No le satisface ser únicamente práctico. El castor es también una criatura práctica, pero la vida más elevada, de la cual ningún castor puede forjarse el concepto, distingue verdaderamente al hombre de este animal.

El hombre de ciencia que considera que la religión es sólo superstición, y que cree que él no es nada más que un cuerpo, está en una triste condición. Ha perdido cuatro valiosas características que lo elevan y, entre otras, distinguen a la criatura humana de la animal; la fe en un poder invisible superior, la humanidad y la veneración al pensar en él, y la capacidad de rogarle. Freud, por ejemplo, denunció la creencia religiosa como una ilusión de la cual había que librarse en una sociedad más evolucionada, sin embargo abrigaba la ilusión de que la sola ciencia era capaz de todo el apoyo que un hombre necesitaba en la vida. ¿Cuántos hombres que alguna vez pensaron como Freud, siguen haciéndolo hoy, después que la terrible experiencia de la guerra científica les reveló su pobreza interior y los hizo caer de rodillas en completa impotencia y desesperada plegaria?

En este sentimiento de veneración religiosa, de adoración íntima y de aspiración personal hacia un poder invisible y una Mente que está más allá de él, el hombre ha llegado a alturas tales que no hay animal que pueda seguirlo. No hay en la tierra otra

criatura, aparte del ser humano, capaz de crear, recibir o contemplar el misterioso concepto de un Dios, mucho menos la idea de su propio ser espiritual. Aún más, es el único ser que puede pasar del sentimiento intuitivo al pleno florecimiento de la experiencia mística del Yo superior, al cual los hombres denominan el alma interior. Es esto lo que lo vincula, y es al mismo tiempo una vislumbre, a la existencia última, a la Mente universal, a quien los hombres llaman Dios. Un hombre o una mujer puede desarrollar esta conciencia, pero no lo puede hacer un pavo real o un leopardo. El eco distante y tenue, la ahogada intimación de la existencia del alma dentro de lo hondo de su corazón, es una insalvable diferencia que lo distingue de los animales. Se manifiesta de dos maneras. Primero, está la conciencia moral, el sentido de lo justo y de lo injusto, el deseo y la capacidad de elegir el bien o de desechar el mal. Segundo, está la capacidad de tener compasión de las otras criaturas, del sentimiento generoso para y con ellas. ¿Cuál es el animal que practica el amor y siente generosa y genuina compasión hacia los demás animales? Existe pero es extremadamente raro.

Para que estos pensamientos no nos permitan tener un complejo de superioridad demasiado grande, es preciso contrarrestarlos recordando que en varios puntos los animales están más favorecidos que el ser humano. Aquí nos bastan dos. La placidez de la vaca fue señalada burlescamente por muchos escritores, empero el habitante de nervios tensos y semineurótico de la ciudad moderna cambiaría con provecho sus tensiones por la característica de relajamiento de la vaca. La incapacidad que demuestra el ser humano por actuar de acuerdo con sus conocimientos o sus creencias, ya sea debido a la debilidad de su voluntad, a una hipocresía convencional o a motivaciones inconscientes, es desconocida en el reino animal, donde la expresión de sí es espontánea y perfecta.

No obstante, el reino animal representa una etapa revolucionaria en lo que respecta a las ondas vitales provenientes del reino vegetal, pero retrógrada en cuanto a las del reino humano. La lucha egoísta de la supervivencia de los más aptos, el empleo de fuerzas violentas y destructoras contra otras criaturas sólo para sustentar y nutrir la existencia, es natural y propia de la bestia, pero inmoral e impropia en el hombre. Aquellos atributos supuestamente humanos como la ira, la codicia, el odio y el deseo

de venganza son en realidad atributos de los animales. En la guerra encuentra su peor y más plena expresión. A medida que evoluciona en la comprensión de sus posibilidades verdaderamente humanas, el hombre borraré de su corazón las que son inhumanas y desterrará la guerra de sus actividades. A medida que la paz se haga en él, de la misma manera se logrará en la tierra.

Los animales domésticos como el perro en Occidente y la vaca en Oriente aprenden de su asociación con el hombre a satisfacer con mucha inteligencia unas pocas de sus preguntas, algunas de sus palabras y muchas órdenes. Esto es meramente incidental, pero nos ilustra sobre la ley de desarrollo.

Las creencias ateas, por seguir una falsa dirección de teorías científicas desechadas y haberse enredado en las telarañas de su propio pensamiento, se formaron un concepto erróneo de la naturaleza del pensar al que asocian con la animalidad del hombre. Su mentalidad es de aquellas que se denominan a sí mismas científicas, pero que en realidad es pseudocientífica. Se apresura demasiado en descartar lo místico calificándolo de superstición, la metafísica como carente de sentido, y desacredita a las dos en cuanto oye hablar de ellas. Es demasiado impaciente y ni siquiera quiere discutir su supuesta insustancialidad, y mucho menos investigar sus hechos, como debe hacerlo una verdadera ciencia. Se asemeja a esa clase de misticismo que rehusa liberarse de las supersticiones que durante tanto tiempo ahogaron su propia tradición. La Verdad puede deformar la belleza o negar la intuición sólo al precio de no ser más la verdad. El materialista o el científico que no es capaz de aprehender este hecho, fracasa en la vida. Pero tampoco puede hacerlo el místico que ignora los hechos y extravía la fe con el fin de hacerse dueño de la intuición, de poseerla. Lo único que consigue es su falsa apariencia.

El arrogante orgullo que deriva de un intelecto bien desarrollado, es un poderoso obstáculo en el camino de la verdad filosófica. Hace que el ego se vanaglorie de su propia importancia lo que impide esa humilde obediencia ante el Yo superior, que es el requisito previo e indispensable a la autorrevelación de éste. Si el extraño misterio que se oculta en la vida y en el hombre ha desorientado a las mentes más agudas, es porque trataron de imponer sus propias condiciones a su solución, en lugar de aceptar las que son inexorablemente inherentes a él. Los métodos empleados y las facultades que se necesitan son fundamentalmente

tan diferentes por su naturaleza que la ciencia considera la exploración del misticismo infructuosa. Es cierto que el carácter exigente del criterio científico está más allá de la comprensión total del religioso y del místico; pero esto no se debe necesariamente a que se opone a ellos. Débese a la total diferencia de condiciones que gobiernan las experiencias espirituales.

Quienquiera escucha imparcialmente las disputas ociosas de los intelectuales de nuestro tiempo, no tardará en darse cuenta de que el intelecto sólo no basta para darnos la certidumbre. El intelecto puede ofrecer un ejemplo plausible a la creencia de que todas las cosas en la vida y en el universo son gobernadas por una Mente infinita, para un fin benéfico, u ofrecer un ejemplo igualmente plausible de una creencia contraria. Sólo la intuición puede decirnos definitivamente qué creencia es la verdadera. Sólo los profetas y los místicos —si están plenamente desarrollados— pueden elevarse a la certidumbre y *saber* qué es la verdad. Un punto de vista mecanicista y ateo del universo no ha llevado al hombre moderno más cerca de la certidumbre. Por el contrario, los lleva cada vez más cerca de la duda y la confusión. No hay otro camino que puede confrontar la ciencia que aquel que lleva del hecho físico a la verdad metafísica, de la observación realizada por los sentidos a la iluminación hallada por la mente. La ciencia puede elevarse desde los resultados concretos al significado abstracto de esos mismos resultados, desde la física materialista a la metafísica espiritualista. Únicamente de este modo puede ser completa.

Hay algo de misterioso en la existencia del hombre, sin tener en cuenta el misterio en la existencia del mundo. Ningún hombre que siente verdaderamente o piensa con hondura deja de reconocer su presencia. El materialista rehuye este tema. El místico lo explora. El filósofo lo explica. Cuando el hombre empieza a pensar, su pensamiento se agita vigorosamente y abraza los conceptos materialistas de sí mismo y de la vida. Pero cuando llega a la etapa de la madurez, por fuerza debe abandonar tales conceptos superficiales.

Quienquiera pide una respuesta a una razón no iluminada que no es ni competente ni calificada para dar lo que le piden, cae en el engaño. Porque es el pensar mismo, cuando trabaja en su punto más alto, quien le dice que la naturaleza del alma o la realidad del mundo no pueden ser conocidos por el pensa-

miento. El Yo espiritual le revela su propia naturaleza sólo por medio de la intuición, no por el pensamiento, aunque el pensamiento puede emplearse como trampolín para llegar a la intuición. Por lo tanto hay que establecer ante todo una diferencia, no en clase sino en calidad, entre aquellos pensamientos que son discursivos y aquellos que son intuitivos. Los primeros son comunes a la vida cotidiana, los segundos insólitos y poco frecuentes.

El pensar se confunde a sí mismo y la experiencia se contradice a sí misma. Toda la confusión que deriva de sustentar un montón de ideas contradictorias y toda la tensión que deriva de buscar mediante el propio esfuerzo un éxito que nunca se puede lograr sin ser ayudado, llevan un día al agotamiento mental y emocional. Esto a su vez fuerza al ego a obrar, y provee un terreno favorable al nacimiento de la intuición. Cuando el pensar se da cuenta de sus propias imperfecciones, comprende la necesidad de silenciarse al máximo. Aquí tendrá que llamar en su ayuda una técnica como el yoga oriental o la meditación occidental. Esto es sólo una parte del precio y el preludio a la iniciación del hombre en una búsqueda que lo lleva directamente al sereno centro de quietud en su vacilante mente.

El pensamiento y la reflexión deben andar aquí con sumo cuidado. No hay sistema mental, no hay construcción erigida por el intelecto que puedan realizarlo. No obstante, el intelecto en su pensar acerca de lo que está más allá de sí mismo, si es escrupulosamente honesto y firmemente humilde, puede conseguir con el tiempo aniquilar su propio poder tiránico. El pensamiento racional realiza su misión más elevada al obligarse a sí mismo a reconocer sus propias limitaciones, al percibir que sus ideas más liberadoras no pueden liberarse a sí mismas y, en consecuencia, al poner sus servicios a la disposición de la contemplación mística de lo No-pensable. Le cabe decirnos que aunque el Yo superior está más allá de nuestra comprensión pensable, no está más allá de nuestra experiencia posible. Debemos hallar la verdad no sólo en nuestro pensamiento sino, también y aún más, debajo de nuestro pensamiento. Porque el silencio del cual surge la función es divino. El camino que siempre debe seguir nuestra inteligencia racional cuando busca comprender la vida, ha de ser un camino que empieza en el Mundo, procede hasta el hombre, y termina en Dios.

Que sea posible por un proceso de pensamiento abstracto

llegar al conocimiento de lo que está más allá del mismo pensamiento, parece paradójico. Pero esto no es en realidad lo que pretende. El pensamiento puede conducirnos a su propia fuente, pero allí debe detenerse. Nos señala lo que está más allá de sí mismo, pero no nos permite comprender aquello que lo trasciende salvo de una manera indirecta. Y esto lo logra fundiéndose en el lugar de su origen al cumplir su propia tarea; pero sólo lo puede hacer si es introvertido, concentrado y sostenido.

La intuición que está más allá del pensamiento

“¿Por qué he de creer en Dios? ¿Por qué he de vivir de tal manera que no perjudique el bienestar de los demás?” El intelecto, sin la ayuda de la revelación o sin la guía de la intuición, nunca estará a la altura de dar una respuesta adecuada a estas preguntas o de percibir “el porqué, el de dónde y el hacia dónde” de la existencia humana y cósmica. Sólo es impotente para juzgar estas cuestiones con exactitud, debe llamar en su ayuda, primero al sentimiento intuitivo, luego a los estados místicos, y por último al discernimiento filosófico. Todo cuanto puede hacer se limita a contestar preguntas de otra clase y más groseras.

Esta actitud hacia el empleo y el valor del razonamiento desconcierta al parecer a algunos estudiosos. Descubren contradicciones en nuestra alternada aprobación y condena de su empleo, en nuestra alternada estima y depreciación de su valor. Esta aparente inestabilidad por nuestra parte, necesita que se la explique para su mejor comprensión. Cuando el pensamiento lógico se separa de las realidades de la experiencia, lo condenamos. Cuando construye sobre cimientos de hechos analizados, lo apoyamos. Cuando no hay posibilidad de que ninguna clase de pensamiento pueda penetrarlo, le ordenamos que se mantenga tranquilo. Cuando el pensamiento de una clase metafísica particular nos lleva al umbral de la verdadera intuición, le damos la orden de permanecer activo. Así en realidad no hay inconsecuencia en nuestras afirmaciones.

Los valores creativos, que se obtienen por la investigación intelectual son conservados y mantenidos en el conocimiento trascendental superior en lugar de ser descartados por inútiles o puestos a un lado por molestos, como muchas veces los místicos

parciales y poco desarrollados lo hacen, pero no se les permite que levanten una barrera contra las posibilidades humanas. Aunque la verdadera comprensión no puede ser un mero producto del sólo ejercicio intelectual sino que debe emerger de algo que trasciende al mismo intelecto, no obstante tal ejercicio tiene su lugar y es valioso. Ayuda a disipar las ilusiones, a refrenar la superstición, a evaluar y disciplinar las emociones y a descubrir un territorio desconocido con la ayuda del sentimiento intuitivo y la experiencia mística. La razón puede analizar e interpretar intelectualmente lo que ya conoce la intuición. Así libera y satisface racionalmente la intuición. Ocupa una posición particular y ejecuta una función particular, pero no agota las posibilidades del hombre. Cuando llega a comprender que la razón y la intuición deben obrar una junto a la otra y para la otra; cuando comprende que no son irreconciliables; y cuando deja de considerar su alianza como incongruente, obtiene ingentes beneficios. De igual modo que la razón es esencial para disciplinar al sentimiento intuitivo, también el sentimiento intuitivo es esencial para disciplinar la razón. De otra manera el pensador sólo aumentará su acervo de construcciones intelectuales.

Pero aunque la razón debe refrenar el sentimiento, no debe permitírsele que reemplace al sentimiento. Esto sería un error. Porque la más bella flor del jardín del hombre es la intuición, la cual no es otra cosa que el sentimiento purificado de su egoísmo e iluminado por el Yo superior. Ideas excelentes pueden corromperse en la mente pública por estar asociadas históricamente con palabras que fueron intencionalmente mal empleadas. Hitler, por ejemplo, dio un significado sombrío a la palabra "intuición".

El materialismo es una ilusión intelectual. Cuanto más inteligente es quien adhiere al materialismo, por las mismas razones que lo impulsaron a esta acción, tanto más se engaña a sí mismo. A medida que se hunde más profundamente, su intuición se paraliza en proporción. El intelecto sin intuición es una bendición para el hombre sólo hasta cierto punto, pasado este punto se convierte en una verdadera maldición. Si por ser esclavo de hábitos pasados o por dejarse dominar por el intelecto lógico, un hombre rehusa oír y obedecer los sentimientos intuitivos que surgen de su yo no-ego, se tornarán cada vez más débiles hasta desvanecerse por completo. Cuando la intuición habla de una manera silenciosa y sutil pero no es reconocida como tal, por un

tiempo se sentirá un leve desasosiego, algunas dudas, quizás un conflicto. Pero si no se la obedece, ya no se oirá más su voz y el ego de la víctima tendrá que comer los frutos de tal desobediencia. Cuando obedece las órdenes de su intuición más honda antes que las sugerencias de los demás, anda con paso seguro. Pero cuando cede a ellos y obra tal como esperan, desean o aconsejan contrariamente a la intuición, esta última se debilita y termina por desaparecer. Si tan sólo escuchase, obedeciese y confiase en su intuición, le permitiría alcanzar lo mejor y lo protegería contra lo peor de la vida.

La vigorosa lucha de la razón contra la pasión, de la intuición contra la sugestión, de la verdad contra el interés de sí, de la individualidad contra la masa y de la contemplación contra la convención, no tiene término. Pero es una lucha honrosa. No debemos, no nos atrevemos a ceder ni en nuestro derecho a pensar ni en nuestro poder de intuir. Es a la vez un error y un pecado tomar el camino más fácil. Fuimos testigos en nuestra época de sus terribles consecuencias en el caso de las naciones.

La civilización nos ha provisto de los medios de comunicar el pensamiento en una forma que hubiese asombrado a nuestros antepasados, pero no prestó mucha atención a los medios que nos permitieran cultivar nuestro pensamiento intuitivo. Se puede idear máquinas que nos den los primeros, pero sólo el hombre puede darnos los segundos. Podemos telefonar desde Nueva York a Bombay, pero el valor de lo que decimos es la verdadera prueba de nuestro progreso. Y empezaremos realmente a decir algo valioso cuando aprendamos a ser dóciles y receptivos a la más débil de nuestras intuiciones, permaneciendo leales a ella contra la exagerada cautela y la excesiva prudencia de nuestro temeroso intelecto

CAPÍTULO V

EL EGO EN EVOLUCIÓN

Nosotros que vivimos en la costra exterior de un planeta que rueda por el infinito espacio, pertenecemos a la más trágica y crítica de todas las eras. Por eso debemos empezar a buscar qué significado tiene para nosotros. Descubrir qué es y reorientar nuestras vidas de acuerdo con ésto, convertirá la era venidera en la más benéfica de todas, pero si no lo hacemos la tornará en la peor.

Que el universo tenga un significado, y la vida humana no sea un mero extravío de una nada a otra nada, es la segura afirmación de la filosofía. Aunque en su plenitud ofrece una sabiduría demasiado sutil, una moral demasiado elevada, una mística demasiado extraña para que las masas la tengan en cuenta, y mucho menos para que la comprendan y vivan de acuerdo con sus reglas, no quiere decir que sea inútil para la humanidad o que no traiga un mensaje en la crisis más grave de su vida. Sin que sea necesario pedir a ninguno que se convierta en meduloso filósofo, ni pedir a nadie que estudie la esclarecedora filosofía, empero pide que se preste atención a su mensaje en la actual situación de la humanidad.

La palabra "filósofo" significa hoy demasiado a menudo un especulador mental, alguien que siguió los cursos de esta disciplina en una universidad o que leyó muchos tratados sobre esta materia. Su sentido se hizo más lato, como muchos términos antiguos, y se convirtió en una palabra paraguas que cubre muchas cosas distintas. ¿Podremos algún día hallar un término conciso que diferencie a la palabra "filosofía" de los tejidos académicos que se amparan bajo este rótulo? Nos negamos a renunciar al uso

de una palabra cuya elevada y honorable derivación es revelada por las raíces griegas: "amor a la sabiduría". Es lamentable que los hombres y el tiempo hayan degradado su empleo, mas por esas mismas razones debemos salvarla y devolverle su significado original. La reservamos aquí, como aun lo hacen los orientales, la parte más recóndita de la más elevada cultura del hombre, la cual nos vino, más tranquilamente y menos conocida que las formas exteriores, a través de las edades entre los pocos que aún se interesaban por ella en cada continente, en intuiciones y experiencias religiosas, metafísicas y místicas.

Hay, y sólo puede haber una sola verdad universal y externa. Porque lo Real siempre existe y no puede desaparecer, lo Verdadero siempre existe y nunca puede desaparecer. Ningún profeta lo revela por primera vez, ningún vidente lo descubre. Todos lo redescubren. Nunca cambia ni evoluciona; sólo la forma en que se presenta lo hace. Pero antes de que pueda manifestarse en nuestro mundo, debe hallar mentes humanas suficientemente preparadas para poder recibirlo y suficientemente desarrolladas para poder comprenderlo y enseñarlo. Tales hombres de exquisita sensibilidad son profetas inspirados, auténticos visionarios, los verdaderos filósofos de la historia.

Esta sabiduría es tan antigua que suena como si fuese completamente nueva. ¡Es irónico que los primeros principios de la cultura humana han llegado a ser los últimos principios! Se concede nueva importancia a sus enseñanzas, una renovada dignidad a causa de la tremenda necesidad de nuestra generación. El filósofo que sigue con su conocimiento especial y aguda visión el drama mundial que se representa en nuestro tiempo, sabe que más que las fuerzas humanas hay otras que determinan el curso último y ve que leyes más elevadas dan forma a su fin. No pretende ser omnisciente, pero pretende saber algo respecto de cuestiones que, si bien de la mayor importancia para la vida humana, son muchas veces descuidadas por los seres humanos.

El mundo se enfrenta hoy con una crisis en tan gran escala como nunca tuvo que hacer frente antes. La mayoría de los hombres sienten su impotencia ante estos acontecimientos catastróficos que se sucedieron con tanta rapidez en los últimos años. La mente humana se halla demasiado desconcertada para que pueda captar su significación verdadera. Nos preguntamos: ¿por qué ocurrieron estos sucesos que no tienen paralelo en la his-

toria, por qué se hacen estas invenciones revolucionarias, estas malignas maquinaciones, y por qué tiene lugar este tremendo fermento mental que agita a la humanidad precisamente en este momento y en tan amplia escala y que dura tanto tiempo? ¿Por qué no se manifestaron antes? Es un error buscar analogías históricas a la situación actual. No tardaremos en mostrar que la crisis actual no es sólo única por su tremenda extensión sino también por su forma especial. No sólo estamos al término de un ciclo histórico sino también al término de un ciclo cósmico. El primero ya había ocurrido y ocurrirá otra vez, pero el segundo es una situación que no tuvo paralelo en tan amplia medida en los tiempos posteriores a la Atlántida. Por esto la historia de la humanidad llegó a un período de gravísima importancia, el destino humano a su período de más grave decisión en los anales históricos.

El siglo xx presenció más reveses en el pensamiento, la conducta y el gobierno de los hombres que cualquier otra época. Presenció el plácido egoísmo de la gente formal, el ser ortodoxo y convencional sacudido con más rapidez de lo que nunca lo había sido antes. En ningún otro período como al promediar este siglo se desarrolló tan tremenda combinación de fuerzas. En ningún otro período se produjo con tanta franqueza una lucha tan dramática y universal entre los poderes del bien y las fuerzas del mal. Empero, en ningún otro período pudo el hombre común aprender las verdaderas leyes que gobiernan la vida, y en una forma tan racional.

Toda la población de la tierra está pasando colectivamente y en una transición global de una clase de vida a otra que aún no la reemplazó. Ya tengamos un punto de vista materialista o uno místico, ya lo llamemos juego de fuerzas ambientales visibles u obra de los designios invisibles de la Mente Universal, el resultado es el mismo: todos están de acuerdo en que un antiguo orden está desapareciendo, y un nuevo orden está surgiendo. Todo tiene su lugar en la divina Idea del Mundo. Los grandes y tétricos sucesos de nuestra generación deben de tener algún significado para este pensamiento, pero esto no quiere decir que nos fueron enviados en forma arbitraria. La mayoría de las veces nos hemos atraído estos males, bajo la ley de evolución y la eterna ley de compensación que constituye la esencia de esta Idea. El conocimiento de estas leyes nos obli-

ga a mirar desde un punto de vista diferente el sufrimiento engendrado y, en consecuencia, con diferente resultado.

Las leyes cósmicas existen, pues si no fuera así todo sería confusión. Si el sol salió hoy podría no salir mañana. Si no hubiera dichas leyes, el uso del libre albedrío humano no tendría sentido. La vida humana recibe su plena significación sólo cuando puede ejercer su libre arbitrio. Estas leyes expresan la voluntad de Dios, y hasta el punto en que nuestra vida individual se conforma a ellas, cumplimos con la voluntad de Dios. Por lo tanto es conveniente que el hombre pida en sus plegarias qué es esta voluntad y tratar de buscar por medio de la inteligencia qué son esas leyes.

Una era se acerca a su fin, de ahí la desintegración de los valores y las instituciones. Sus graves defectos, su atraso moral, su feo materialismo obraron como un ácido corrosivo en su cuerpo. Somos testigos de una inmensa liquidación planetaria de formas gastadas, de falsas ideas, de instituciones hipócritas, de actitudes egoístas y de estancamiento espiritual, aun cuando los canales y fuerzas de esta liquidación son en sí tan malignos que nos hacen conocer por un tiempo un peor orden de cosas que el que había antes. Pues el bien se desintegra al mismo tiempo que el mal, lo verídico es desechado junto con lo insertible y lo bello es también destruido. En esta edad de transición en que las fuerzas evolucionarias presionan y actúan sobre la humanidad, tanto desde dentro como desde fuera, las características morales predominantes se ven implacablemente obligadas a mostrarse en todas partes como son en realidad, y sin disfraz. Y en todas partes los hombres cosechan con dramática fatalidad las consecuencias a que los condujeron estas características. Al final les es tan imposible ocultar lo que desean como evitar lo que merecen. En este siglo lo cupo a la ley de compensación ajustar implacablemente las cuentas de todos aquellos grupos e intereses que se habían dejado dominar por el ego animalista. La historia se tornó dramáticamente apocalíptica. Esto es en verdad el "día" (es decir, el período) del juicio a que se refiere la Biblia, el momento en que la balanza de la justicia operará para todas las razas, todas las clases, todas las naciones y todas las religiones. Esta es la balanza en la cual la estructura levantada por la humanidad, y la misma humanidad será pesada, medida y justipreciada.

Pero el obrar de la ley es sólo uno de los factores en nuestra compleja situación. Porque, no sólo un proceso de reajuste de cuentas mundiales responsable de la conmoción contemporánea, sino también un proceso de desarrollo mundial es responsable de todos los cambios que ocurren actualmente. Las fuerzas impersonales del primer proceso producen una conmoción, las del segundo, sorpresa. El extraordinario progreso material de nuestra era se debe en parte a la aceleración del tiempo histórico que siempre acompaña la última fase de la tendencia evolucionaria, y en parte al carácter exterior del ímpetu de esta tendencia particular al alcanzar su expansión final y en consecuencia más extensa. El bullente fermento de nuestra época sigue actuando. Es un período de constante agitación y de cambio incesantes. ¿Por qué? Porque la presión evolucionaria de las fuerzas ocultas que están obrando en este planeta sienten impaciencia por hacernos abandonar nuestro pasado caduco y hacernos entrar en un nuevo futuro creador.

Por lo general, la naturaleza humana cambió en el pasado en la forma más gradual posible y con la mayor lentitud, pero hoy las presiones de la vida exigen un rápido reajuste. Todas las fuerzas que sustentan esta transición no se perciben fácilmente, con excepción de las mentes intuitivas y de la percepción de los clarividentes. Las consecuencias de su actividad no se sentirán hasta que este hecho no tenga una forma más clara y destacada, pero serán aun más trascendentales que aquellas que ya se vieron. Los estímulos que actúan en este período histórico del desarrollo humano provienen tanto del interior como del exterior, tanto del mundo invisible como del mundo físico. La presión interior se hace sentir en todas partes. El mundo lucha a ciegas con sus problemas; es incapaz de domeñarlos porque le disgusta percibir que la antigua época histórica se desvanece rápidamente, que eventos perturbadores y desintegradores están allanando el camino para que una nueva época pueda nacer, y que tiene que adaptarse a estas nuevas condiciones. La guerra y la paz no son sino la puerta que dará entrada a una nueva era, aunque ésta esté todavía al final de una larga avenida.

El poder de un nuevo ciclo empezó lentamente a obrar. Su presión obliga a los hombres a buscar nuevas vías de investigación, a tener necesidad de una conciencia de vida más amplia, aun cuando su falta de madurez muchas veces les hace confun-

dir el mal por el bien, la mentira maliciosa por la benéfica verdad. Si no fuese así, ¿por qué las multitudes de Asia han puesto término a su largo letargo y se han echado con avidez sobre nuevas oportunidades, como las de aprender a leer y escribir, para convertirse con esta suma de conocimientos en nuevos ciudadanos cultos del mundo? ¿Por qué los desheredados de los cinco continentes exigen con tanta vehemencia una mejor vida económica que la que llevaban antes? ¿Por qué las tierras que dormían en un atraso medieval fueron despertadas por la guerra y la crisis, y se vieron forzadas a dejar paso a nuevas ideas, buenas y malas? Débese a que el fermento universal está levantando el bien y el mal que por tanto tiempo permanecieron latentes en la mente de los hombres. Sólo aquellos que poseen la clave serán capaces de descifrar el enigma de nuestro tiempo, y esta clave es que el antiguo orden del pensamiento materialista, los antiguos modos de encarar la vida son llevados rápidamente a la superficie en su forma más extrema, sólo para ser destrozados inexorablemente por la conmoción de sorprendentes eventos.

Los hombres son títeres en este tremendo proceso, y no pueden ni dominarlo ni detenerlo. Que el curso de los eventos excede a los hombres, que el rumbo que sigue el destino del mundo está más allá del dominio de los individuos, nos lo prueba la historia de nuestros tiempos. Ni siquiera Hitler, con toda la energía extraordinaria y dinámica que despertó en sí mismo y que inspiró a los otros, no pudo cambiar esta inevitabilidad. Es una ilusión sustentada por historiadores cuya única guía es el intelecto lógico y la observación de los hechos exteriores, el que una particular persona sea tan importante y poderosa como para alterar el carácter y el destino de su época, o hasta la mentalidad y la fortuna de su nación. Es cierto que el surgimiento de cada movimiento coincide con la carrera de algún hombre notable. Pero todo cuanto hace, todo cuanto puede hacer, es proveer en sí mismo las condiciones por las cuales las fuerzas kármicas y las tendencias evolucionarias cumplan sus fines para su época o su pueblo. Inevitablemente, si es empleado como tal instrumento, sus objetivos personales coincidirán con los de su época. Le cabe a su genio percibirlo y tomar las providencias necesarias.

Las fuerzas kármicas y los procesos evolucionarios que ahora están en actividad, son imponderables ocultos que escapan al dominio del hombre. Si vemos a algún hombre particular que

modela el destino contemporáneo, es meramente una apariencia. Tal hombre no es sino el instrumento de poderes más elevados que él, ya sea supremos y santos o infernales y diabólicos. Por lo tanto, cuando aparecen en escena hombres capaces de dirigir a los demás hombres, tarde o temprano llegan a poseer una influencia proporcionada a su grandeza. Es sólo una verdad aparente el que los hombres sean anteriores a los movimientos, que las épocas sobresalientes de la historia fueran iniciadas por personas notables, pero lo que es realmente cierto es que constituyen los puntos focales de tales épocas y tales movimientos. Cada movimiento importante, ya sea creador o destructor, siempre pareció ser la realización de un hombre —el hijo de un caudillo—, pero lo que en su origen le dio un ardiente impulso, y lo fortaleció para que pudiera vivir y obrar, provino de algo exterior al hombre. Quien da nuevas estructuras a un pueblo no es el hombre que está en el timón, sino las fuerzas ocultas de evolución y las fuerzas históricas del destino que hallan una salida para su obra en tal hombre. Porque no son ni las ambiciones personales, ni los deseos, ni las capacidades, ni los defectos de un hombre los que dictan el curso de la historia de su pueblo, sino el obrar inexorable de las dos fuentes principales: el destino que se forja a sí mismo y la Idea del Mundo evolucionaria.

En suma, todos los héroes y todos los dictadores, a despecho de creer que son los creadores de un movimiento o de una revolución, son en realidad canales por donde pasan fuerzas impersonales que los hacen representar su espectacular papel en el drama del mundo. El destino juega la última carta, la carta de triunfo, como siempre. Para comprender la historia cabalmente hay que situarla sobre dos bases: lo personal y lo impersonal. La primera señala los propósitos, mente y talentos de los hombres que en ella ocupan un lugar preponderante; la segunda señala las grandes fuerzas universales que se sirven de los hombres. En los tremendos acontecimientos que se desarrollaron en el mundo durante los últimos años, hay pruebas evidentes de que nuevas fuerzas penetran en la mente de los hombres y levantan su aprobación u oposición inconsciente. Pero detrás de todas las soluciones secundarias y las ramificaciones carentes de valor, detrás de la colosal lucha entre las fuerzas relativamente benéficas que elevan a los hombres y las fuerzas relativamente malignas que

los arrastran al desastre, la voluntad de la Idea de Mundo se está imponiendo.

Nada es más anormal que una época de condiciones nuevas, rápidamente cambiantes, como la en que estamos viviendo. Se nos hace muy difícil dejar que el pasado se imponga con demasiada fuerza, pues es inadecuado para solucionar los nuevos problemas. Nos vemos forzados a fijar nuestra mirada en el presente y el futuro, a mirar más bien hacia adelante que hacia atrás. Como en todas las demás cosas, es preciso efectuar aquí un doble cálculo. En el cómputo de la historia hay un debe y un haber. Necesitamos valor e iniciativa para apartarnos de las cosas malas y gastadas; necesitamos sabiduría y calma para retener las cosas buenas y útiles.

La gente ha hecho de su civilización casi una religión. Señalar sus defectos como predecir las consecuencias de estos defectos si no se remedian a tiempo, es cometer un sacrilegio y blasfemar ante Dios. Sin embargo en esta misma civilización aparecen síntomas que nos indican que ha llegado a los límites extremos del materialismo con terroríficas consecuencias para los hombres. No hay otra salida que la de una reacción contra esta posición extrema, no hay otro alivio salvo volverse automática y espontáneamente en dirección opuesta, es decir hacia la naturaleza espiritual. La incapacidad del intelecto no iluminado para llevar una vida práctica se hizo cada vez más evidente a los hombres, por eso deben apartarse del intelecto y volver a su propia intuición, simplemente porque no hay sitio adonde ir.

El camino de la evolución humana no va en línea recta, sino que es una espiral que zigzaguea de un lado a otro y de arriba hacia abajo. Este ciclo de desarrollo humano alternado es histórico, y se lo encuentra en todo el pasado del hombre. Así ciertas tendencias o movimientos, tales como el materialismo, aparecen en la historia como un fenómeno recurrente. La evolución de los seres vivientes se caracteriza por un movimiento en espiral que los trae de vuelta una y otra vez a condiciones correspondientes pero no idénticas. No todas las partes que componen a la humanidad están en el mismo lugar en este movimiento. El carácter en forma de espiral del ciclo explica por qué algunas naciones o razas progresan y otras decaen, por qué algunas son débiles e impotentes cuando antes eran fuertes y dominantes, por qué

algunas son inertes y atrasadas cuando otras son activas y llenas de iniciativa.

El mundo ya ha llegado a la última curva descendente de la fase del materialismo excesivo. La reacción ya ha empezado en nuestra época, bajo la doble presión de los acontecimientos externos y de las directivas internas de un Poder más elevado, o más bien el propio Yo superior del hombre, manifestación de la voluntad de Dios en esta época. Estas influencias espirituales obran sobre la humanidad en todas partes, pero su obrar se hace sentir más en el corazón de los hombres que en las organizaciones oficiales. Existen en los países donde los poderes que gobiernan son abiertamente materialistas e irreligiosos, tanto como en los países donde los poderes gobernantes no lo son. Si la evolución humana se dejara en manos de los hombres o en manos de la casualidad, esto no hubiese sucedido, pero están obligados a obedecer a las leyes universales.

En los veinte años que siguieron a la primera guerra mundial, el Karma dio a la civilización la oportunidad de poner la casa en orden. No fue capaz de hacerlo. El período vital para la humanidad, un período al que se puede llamar crucial, duró doce meses antes del fin de la guerra y dieciocho meses después de este fin. Si se produjo el caos en algunos sectores del mundo de posguerra, la crisis prevaleció en otros. La esperanza en muchos países y la ruina en otros marcaron estos años iniciales de la paz, necesariamente llenos de sugerencias desconcertantes y movimientos experimentales, de cambios rápidos y articulado descontento, que se seguían uno tras otro en rápida sucesión. Como un viejo árbol, la vieja era se estaba desarraigando. Pero todos tenían conciencia de que en algún lugar del futuro una tremenda transformación o un tremendo colapso les esperaba. No había tiempo que perder. Había que tomar decisiones de prisa. La tendencia espiritual de esa generación y, en consecuencia, su destino físico, se decidieron en aquellos dos años y medio. Fue entonces cuando el modelo futuro del destino presente y venidero del mundo cobró forma.

Este segundo período de posguerra es, en cierto modo, tan importante como fue el primero. Porque la felicidad o la desdicha de millones de seres humanos dependen de la sabiduría o de la locura de las decisiones personales que se tomaron o que se están tomando ahora, del valor o de la cobardía espiritual de los di-

rigentes o de aquellos que están bajo su mando. El primer paso que hay que dar para poner remedio a las desdichas actuales, es cambiar nuestro pensamiento personal y nacional, dejar de pensar en términos de materialismo y empezar a pensar en términos de espiritualidad, abandonar el egoísmo homicida e iniciar la cooperación mutua, dar menos importancia a las necesidades físicas y más importancia a las espirituales. La humanidad ha llegado a la encrucijada de su joven vida. Debe prepararse para asumir la responsabilidad de la madurez. Debe dar un rumbo más noble a su tremenda actividad dinámica, una significación más profunda a toda su energía torrencial. El cambio que las fuerzas evolucionarias de la Naturaleza nos exigen es drástico, pero si lo aceptamos y lo realizamos, será nuestra mejor victoria sobre las fuerzas destructoras.

La calma percepción de las limitaciones morales de la humanidad y la aceptación filosófica de ellas no deben conducirnos a un pesimismo triste y paralizante. Porque un movimiento evolucionario colosal está siempre en progreso, al que la Naturaleza guió e impulsó con infinita paciencia hasta este punto. Debemos comprender que la humanidad está ascendiendo, por más lento que sea ese ascenso y por más detenciones y retrocesos que se produzcan. Algunos hombres cambiaron más rápidamente que otros, pero no hay ningún hombre que es ahora lo que era hace diez años. Si se acepta la inevitabilidad del cambio, entonces la incapacidad de retroceder y ser lo que se era antes también ha de aceptarse.

El hombre no puede ser una criatura estática, porque le es sencillamente imposible. Debe progresar... o degenerar. Pero el movimiento que lo hace progresar es duradero, mientras que el movimiento que lo hace retroceder es sólo temporario. Porque lo que lo impulsa y le permite evolucionar es una fuerza que está dentro de él. No es otra fuerza que la de su yo más elevado, su alma divina. Esta es la energía secreta que lo lleva hacia lo alto y que activa su desarrollo. Si esta evolución sólo dependiese de los caprichos de su yo personal, sería entonces un proceso incierto y muchas veces desesperado. Que el misterioso poder que pertenece al Yo superior es el verdadero poder impulsor de su evolución, es la mejor seguridad de su realización última.

¡Pensad que las numerosas células vivientes que componen

los tejidos de nuestro cuerpo llegarán un día a evolucionar hasta convertirse en seres humanos individuales! La onda evolutiva en forma de espiral es infinita, llevando a lo infinitamente pequeño hacia lo desmesuradamente grande.

En estos terribles tiempos la búsqueda del Yo superior posee un inmenso valor. Dejando a un lado los logros personales, saber que leyes más elevadas siguen rigiendo al mundo y que las fuerzas del mal están condenadas finalmente a destruirse a sí mismas, a quienes poseen este conocimiento los salvan de la desesperación y les dan renovadas esperanzas.

La crisis del Ego

Hemos señalado en una obra anterior que la tremenda aceleración de los cambios es la nota dominante del presente período. Por más que nos disguste modificar nuestro pensamiento y nuestra conducta, no podemos escapar a estos cambios —buenos y malos— que nos son impuestos. Debemos reconocer que la presión insistente e invisible es un desafío a adaptarnos a lo que tiene de bueno y rechazar lo que tiene de malo.

Millones de seres humanos fueron desarraigados por la guerra. Los sacaron cruelmente de su ambiente familiar, los separaron despiadadamente y por muchos años de sus hogares y de las comunidades de las cuales formaban parte integrante. Cuántos perdieron casi todo lo que poseían —vida, salud, tierras, casas, dinero, negocios, muebles, a veces sus mejores ropas—. No sólo les quitaron despiadadamente cuanto tenían, pero en muchos casos los separaron de su mujer, parientes e hijos. Las estadísticas revelan que en Inglaterra más de la mitad de los civiles se mudaron a nuevas residencias durante la guerra. El recuerdo de la pasada felicidad se convirtió en la tortura de la nostalgia, mientras que las esperanzas de un futuro mejor se tornaron en desagradables anticipaciones. Aquellos que tuvieron que mudarse a causa de su trabajo tuvieron un destino más fácil que los que estaban comprometidos en las fuerzas armadas, pero otras veces no ocurrió lo mismo.

¿Por qué esta ley del cambio domina al mundo de las formas físicas tanto como el de los asuntos humanos? ¿Por qué no se puede crear y mantener para siempre una forma social perma-

nente, una existencia individual estable? Para hallar una respuesta a este interrogante, contemplemos la estructura secreta del átomo. ¿Qué vemos? Una incesante vibración. Ahora examinemos la mente humana. Vemos allí el nacimiento perpetuo de una prole de ideas. Está en su misma naturaleza. Pero estos hechos siguen siendo verdades a medias a menos que los vinculemos con el hecho principal de que tras el átomo está la eterna Quietud de Dios; tras la mente, el siempre presente Silencio del Yo superior.

Por más que la historia se haya repetido innumerables veces en el pasado, no se repite hoy. Porque esta situación es única. Es una crisis *mundial*, y no meramente una crisis continental o nacional. Atañe a toda la humanidad, y no sólo a un sector de ella. Es la primera vez que surge una situación semejante. *Tal evento externo se vincula con el extraordinario evento interno que señala un cambio de rumbo en la evolución espiritual del ego humano.* El conflicto exterior que afecta materialmente a la humanidad tiene su equivalente en el conflicto interior que perturba a su yo subconsciente. Es más necesario que nunca en medio de las agitaciones y peligros actuales, ser capaz de comprender la Idea divina inherente al universo, y cooperar inteligente y voluntariamente con ella. Por lo tanto este estudio tiene una importancia cuya comprensión no está al alcance de mucha gente.

La Mente del Mundo no obra como un arquitecto humano, porque forma cuerpo con sus materiales o actividades. Por consiguiente, cuando se emplea en estas páginas la frase "Idea divina", ha de comprenderse que no se refiere a un plan arquitectónico o a un dibujo, sino a la necesidad inherente por la cual la manifestación sigue cierto camino y no un camino distinto. En el cosmos todo está pasando a través de varias etapas de desenvolvimiento. Y porque tiene su origen en la divina substancia, todas las posibilidades de dicho desenvolvimiento desde lo más bajo hasta lo más alto, son inherentes a ella. No hay necesidad de planearlas. Ya están y forman parte de su naturaleza más recóndita.

Todo hombre que rememora su propia vida descubre que en ciertos períodos progresó, y cada uno de estos períodos era la expresión de una peculiar tendencia física o mental. Cada nación que recuerda su pasado hace el mismo descubrimiento en su historia. Y porque la vida interior, al fin y al cabo, se manifiesta

en la vida exterior, porque la Idea fundamental modela el carácter y forma de cada época, es muy provechoso aclarar el sentido de esta particular Idea que nace en el preciso momento en que toda una época se desintegra ante nuestros ojos. Debemos contemplar y juzgar a la historia contemporánea por su vínculo secreto con una crisis evolucionaria que el intelecto oscurece y que sólo el discernimiento puede revelar.

No es preciso examinar detenidamente los hechos para demostrar que la evolución humana obra en tres planos sucesivos: el físico, el intelectual y el espiritual. Si el ente humano debe desarrollar sus capacidades completamente, es preciso que lo haga mediante una individualidad autoconcentrada que combine los dos primeros planos. Esta es una fase necesaria y natural de su historia. La Idea divina de la evolución humana tiene un lugar en la autoconcentración de la personalidad, pues en este desarrollo de la centricidad del ego, esta intensificación de una conciencia separadora, el ente humano se diferencia de todos los demás entes. Es necesario para el progreso del hombre que incluya la actitud extrovertida y egocéntrica. Por un tiempo sirve a un propósito útil en su desarrollo. Las diversas capacidades del cuerpo físico y las potencialidades de la psique mental-emocional se realizan de esta manera.

De la vida desconocida de un pasado que no recuerda, el hombre recibe el legado de ser capaz de conocer y hacer mucho más que cualquier otro animal. Los instintos egoístas y posesivos, los vínculos materialistas y extrovertidos en la naturaleza humana, no existen porque hayan degenerado sino porque se deben a su propio desarrollo. Es el resultado natural de haber realizado sus capacidades y facultades latentes, de haber expandido su conciencia desde las etapas más primitivas a través de su búsqueda de una vida individualizada. Forman parte de la evolución rítmica que es un rasgo de la divina Idea del Mundo.

¿De qué otra manera podría la Naturaleza formar el ego del hombre a menos de dar a su vida y a su conciencia una experiencia suficientemente extensa, a menos de permitir que transite por los cuerpos de la serpiente, del tigre, de la vaca y del caballo por ejemplo, obteniendo los atributos y la conciencia manifestados por tales cuerpos? No sólo fueron útiles sino absolutamente necesarios en la formación del ego, del "Yo soy".

Cuando este centro de conciencia finita terminó de prepa-

rarse en otros dominios de la naturaleza y empezó su vida en el ego del hombre, el desarrollo de su naturaleza egoísta fue necesario y útil para su fin último. Le procuró, por medio del deseo, valiosos motivos de actividad y, en las primeras intermedias etapas de esta vida, fue su fuerza y su gloria. El ego tuvo que ampliar el terreno de su poder y experiencia, y expandir la esfera de adquisiciones en el curso de su progreso. La multiplicación de los deseos y la lucha de la centricidad del ego, con la consiguiente intensificación de la personalidad, como también el crecimiento y la extroversión de las facultades mentales, fueron fases necesarias de su desenvolvimiento.

El hombre no podía lograr de otro modo la plena conciencia individualizada de sí mismo, de los demás, de su ambiente. Durante el largo curso de su historia, por medio de esta egoísta extroversión, el hombre pudo manifestar gradualmente las potencialidades con que le había dotado la naturaleza y así expresarlas y alcanzar su desarrollo. Fue un proceso natural y esencial, que le otorgó la experiencia imprescindible y el conocimiento resultante de su individualidad y de sus poderes. Era una fase indispensable de su desarrollo la que permitió fortalecer su ego y expandir su conciencia.

Los jóvenes egos, impulsados por el deseo y faltos de experiencia, anhelaban la actividad. Los viejos, desengañados por el deseo o hartos de experiencia o urgidos interiormente por la busca de la verdad, anhelaban el descanso. ¡Cuántas series de existencias terrenales, cuántas oleadas de encarnaciones sucesivas, separan al primer grupo del segundo! No hay que culpar a la humanidad por no haber crecido espiritualmente con más rapidez. Le faltó el tiempo, así como la experiencia enriquecida que viene con el tiempo. Se necesitan docenas de renacimientos para lograr una conciencia más profunda, las percepciones más finas que distinguen a las personas maduras.

En cierto punto de su desarrollo, le convenía y le era útil al hombre adquirir capacidades y bienes, para diferenciarse a causa de su egoísmo. Pero al hacerlo se alejó cada vez más de su parentesco espiritual con la Naturaleza y perdió su guía intuitiva. En este punto medio de su evolución el intelecto se despierta y desarrolla, y por eso es el momento más peligroso. Pues aquí el ego se ha vuelto fuertemente individualista, más empecinadamente materialista, más lleno de egoísmo, más aferrado al

uso de la astucia para lograr sus fines y en consecuencia más dañoso para con sus semejantes. Muchos de los egos que se encarnaron en los cuerpos contemporáneos han alcanzado este límite extremo de la individualización, pero son los que menos voluntad tienen en realizar el cambio de rumbo que ahora exige la evolución. Se niegan a seguir las nuevas tendencias que conducen a la armonía, la paz y la cooperación con sus semejantes, hacia la ayuda y el servicio mutuos, hacia un punto de vista mundial más espiritual y menos sensual.

La evolución espiritual de la raza humana es en parte una lucha por vencer los fuertes obstáculos de sus propias tendencias animalistas y extrovertidas; en parte una disciplina impuesta por el intelecto intuitivo. Estas tendencias en sí y en su lugar apropiado no tienen nada de malo. Pero cuando dominan totalmente la conciencia dan origen a un materialismo extremadamente egoísta y cínico. Un resultado inevitable de fases pasadas y presentes produjeron este excesivo apego al lado animal y físico de la vida en él e hicieron surgir el egoísmo y la perversidad en las relaciones entre los egos, y el mal llegó a ser tan activo como el bien y hasta, en ciertos períodos, aún más activo que el bien. Y una criatura malvada es sencillamente una criatura insuficientemente evolucionada. Tal rígido espesamiento del egotismo, tal apego extrovertido a la personalidad física es inevitable en el desarrollo del ente humano. No se puede impedirlo. Pero al hacerlo fortalece naturalmente su propio egoísmo y hasta sus actitudes antisociales. Esto eventualmente produce choques con los demás egos. Peca y, en consecuencia, sufre. Los males que acarrea este egoísmo, tal como la actitud competitiva que luego se convierte en actitud combativa, y la sed de bienes terrenales que se convierten en agresividad, no se pueden evitar. Empero, al ser llevadas al extremo, estas actitudes destruyen el mismo objeto de toda esta evolución. El verdadero mal aparece sólo en el reino humano, donde la unión del intelecto humano y del deseo animal produce criaturas capaces de tal maldad que ningún animal llega a igualarlas. Se ha alcanzado ahora una etapa en que es preciso detenerse y tener presente la meta última, la meta de elevar la conciencia del ego a la conciencia del Yo superior. No hay necesidad de realizarlo en toda su plenitud; basta recordar el llamamiento más sencillo, más elemental, tal como nos lo enseña la religión.

Ya el hombre ocupa el lugar que le corresponde en la escena de la Naturaleza, y desarrolló los instrumentos mentales necesarios para lograr su espiritualización, pero a menudo hace mal uso de ellos al emplearlos en propósitos antiespirituales. Las mejores oportunidades proporcionadas por su nacimiento físico o son despilfarradas en vanidades, o se pierden por el abuso del pecado o son abandonadas por otras preocupaciones. El ego es como un niño que desea permanecer en la etapa de la niñez para siempre. Pero la vida no le permite hacerlo. Ha llegado el momento en que debe cruzar el umbral de las responsabilidades espirituales de la adultez. Debe hacer frente a los problemas más serios de la existencia, el porqué y el adónde de su presencia en la tierra.

Cuando hablamos aquí del ego humano, es evidente que nos referimos a la etapa evolucionaria tal como la hallamos en la mayoría de los seres humanos del planeta. Es decir, que no nos referimos a la reducida minoría de seres encarnados que ya ha superado esta etapa. Es la mayoría la que tiene más peso en el punto medio de la evolución.

No puede seguir progresando en el actual camino a menos que no se destruya a sí misma. Su progreso en el planeta ya alcanzó la culminación final de la individualización. Si quiere seguir evolucionando en adelante, sólo lo podrá hacer con el añadido del dominio de sí, de la sujeción y del equilibrio compensatorio de otra meta. Es preciso que se libere del excesivo egoísmo personal y del materialismo intelectual que la elevó a sus capacidades presentes, pero por ser desequilibrada la cegó en cuanto a sus mejores intereses y verdadero conocimiento. Su acrecentamiento era sólo una fase esencial de un período particular. Este período está llegando ahora a un abrupto fin.

Las necesidades de la entidad individual son hoy inevitablemente distintas. Con el fin de llegar a ser un hombre tuvo que desarrollar el egotismo. Con el fin de superar al hombre, tendrá que enterrar el egotismo. Sólo entonces la implacable lucha y la cruel historia de las relaciones humanas llegarán seguramente a ser mejores. En la práctica equilibrada de la ayuda a sí mismo y de la adaptación a los otros, en el cultivo de la fe espiritual y de la intuición, está la nueva fase del progreso. Ha recorrido un largo camino desde los protozoarios y ha llegado a un punto en la escala de la evolución en que un completo cambio de rumbo es imperativo. Debe dar el próximo paso que lo lleve a una más

elevada comprensión de su propia existencia. Cada día que pierde en no hacerlo, trae consigo nuevos sufrimientos. La equivocada y dañosa dirección que dio a sus fuerzas físicas e intelectuales lo ha llevado peligrosamente cerca del abismo. La especie Hombre se aproxima a la curva más crítica de su vida interior y exterior. Con el siglo xx en su hora meridiana, esta adoración de sí, esta intelectualidad materialista y esta excesiva exteriorización empiezan a perder su valor evolucionario.

Las agresivas fuerzas animales del ego están empeñadas en una desesperada lucha por conservar su antiguo dominio. Todo cuanto vemos a nuestro alrededor es sólo parte de la manifestación visible de las invisibles convulsiones por las que están pasando. Su feroz resistencia se refleja en la situación internacional. Si los que gobiernan tanto como los que son gobernados persisten en ignorar el nuevo rumbo, sus convulsiones pueden llegar a ser las convulsiones de la muerte y la civilización que han construido puede desintegrarse con ellos. En este estado de extremada extroversión y agresivo egoísmo, millones de seres humanos se han vuelto completamente ciegos a los más elevados propósitos de la vida humana. Consideran al hombre meramente como un animal pensante, la lucha moral entre lo justo y lo injusto meramente como una cuestión de oportunidad y conveniencia, la aspiración al bien meramente como una condición patológica mórbida. Y son demasiados los seres humanos que han llegado a peores extremos que éste. Han dicho: "el mal es mi bien".

Porque la humanidad en el pasado vivía en el círculo vicioso de dominación del ego y del consiguiente sufrimiento, es preciso romper ahora este círculo. El desenvolvimiento de la yoidad a través de una serie de vidas en esta tierra ha alcanzado su culminación. Condujo inevitablemente a una situación en la que la fuerza y la violencia del "Yo" deben ser frenadas si no se quiere que se hiera constantemente a sí mismo y lastime a los otros por el exceso de ceguera, de codicia y el afán de posesión. Aunque cada ser viviente está provisto de egoísmo en la forma de autoconservación, sólo el hombre lo ha llevado socialmente a tan peligrosos extremos porque es el único que logró poner a su servicio la astucia intelectual. Ha llegado a un punto en que sólo le quedan dos alternativas: someterse en adelante al freno y do-

minio del yo más elevado o poner a la humanidad en el más grave peligro de destrucción.

El ente humano, que se aferra desordenadamente a su combativa animalidad y personalidad egoísta, se ve desafiado y atacado por las fuerzas mundiales y se convierte en la causa de su propio sufrimiento psíquico. La tremenda tensión que ha surgido en su conciencia debido a su resistencia interior a la presión evolucionaria ejercida desde adentro por las influencias espirituales y desde afuera por los acontecimientos históricos, no pudo ser soportada por mucha gente. Ha desequilibrado su psique y la condujo a un estado de semiinsanidad. Ya se ha alcanzado el punto crítico, el punto máximo del extravío; más allá de ese punto estarán en peligro de perder las pocas cualidades intelectuales que aún les quedan. Al desarrollar e inflar este egotismo, se han alejado cada vez más de la fuente divina de su ser. Es llevado ahora al extremo, resultando en tal extensión del ateísmo, en un egoísmo tan agresivo y en tan franca inmoralidad que el peligro de la autodestrucción ya es una realidad. La agresividad del ego animal y la perfección del intelecto inferior han llegado tan lejos como se lo permite el presente ciclo; su aminoramiento debe empezar. Si los individuos que desean iniciar voluntariamente este proceso son demasiado pocos y si ninguna nación quiere empezar voluntariamente este proceso, las fuerzas del destino cooperarán con otros factores para detener la tendencia actual de una manera aún más dramática. La conmoción que estos acontecimientos producirán en el sistema nervioso suscitará diferentes disposiciones de ánimo y diferentes puntos de vista de los que antes prevalecían. Así la compulsión evolucionaria hace sentir su peso sobre el ego personal extrovertido e inflado para que abandone su posición actual y vuelva sobre sus pasos.

Sabemos que este tiempo es físicamente el más excitante de la historia. ¿No sabemos acaso que espiritualmente es el tiempo más crítico? La humanidad fue llevada a la encrucijada de su vida encarnada. Es menester que se detenga y reflexione. Ha sonado la hora en el viaje cósmico del ego en que debe escoger entre desandar el camino y rendir obediencia a su propia alma divina o no hacerlo. Ha llegado al final de su ciclo evolucionario más grave. No le será permitido hundirse en las tinieblas. No quiere elevarse hacia la luz. Tanto las fuerzas interiores como las exteriores han entablado una guerra titánica para guiarlo ha-

cia el bien o hacia el mal. Ha llegado el período climatérico de su larga historia. Su acercamiento a la encrucijada evolucionaria es por cierto una de las más poderosas influencias que contribuyen a la crisis mundial actual. Los eventos cambian tan constantemente que es preciso hacer frente a la situación; las decisiones trascendentales son requeridas tan constantemente que no se puede desecharlas ni tampoco ignorar sus exigencias. Es preciso que responda a aquellos ideales morales y creencias no materialistas que los maestros espirituales le propusieron como esenciales a una recta conducta y a un pensamiento recto, o rechazarlos.

Todo esto es el resultado del tremendo cambio de rumbo evolucionario en la conciencia y de la reorientación en la conciencia de sí cuya manifestación se exige del renuente ego. De ello resultan choques y conflictos dentro de él y, porque la presión está sincronizada con el obrar del destino kármico, también se producen choques y conflictos en su vida exterior. Las guerras y las crisis, las revoluciones y las hambrunas son símbolos exteriores y consecuencias naturales de su desesperada resistencia. Entre los primeros efectos de su cambio evolucionario exterior, junto con lo noble, lo bueno, lo altruista, todo lo malo del carácter de la humanidad fue arrojado a la superficie, todas las pasiones más horribles fueron liberadas. El horror y la violencia, la lujuria y la codicia, el temor y el odio, la envidia y el resentimiento fueron abiertamente glorificados. Pero esto es la noche antes del alba, la lucha desesperada de la bestia acorralada en el hombre.

Nuestros pecados y nuestra desidia, nuestros errores y nuestro materialismo, nos han enviado un Destructor. Dios tiene que enviarnos a un Liberador. Hitler apareció como una figura gigantesca que ocupaba el centro de la escena mundial y que, armado de un látigo, daba golpes a diestra y siniestra, tanto a sus compatriotas como a todos los pueblos de Europa. Sería un craso error creer que el mundo fue castigado por el solo pecado de Hitler. No fue el pecado de un solo hombre sino el resultado acumulativo del pensar egoísta y de los sentimientos negativos, de las pasiones animales y del obrar carente de ética de millones de hombres los que desencadenaron la catástrofe que abrumó a más de un continente. La larga e insufrible zozobra de los horrores y atrocidades de la guerra, la amargura y la desdicha, merecen que se les dedique un pensamiento. Por su magnitud y

causa, por su extrañeza y técnica, la guerra fue un acontecimiento sobresaliente en la historia externa de las naciones. Sin embargo, es sólo parte de la crisis mundial general, bien que la parte más vívida, violenta y dramática. Sus téticas presiones iniciaron el proceso de forzar actitudes cooperativas y fusiones sociales en los individuos y clases de la mayoría de los países, pero el relajamiento de la tensión debido a la acometida de la paz invirtió el proceso y produjo un nuevo retorno de las actitudes egoístas.

En las ilusiones del ego y en su ignorancia de la verdadera naturaleza tras la cual se expresa a sí mismo en el pronombre personal y vertical "yo", está la fuente tanto del daño que hace como de la ignorancia que muestra. En su egoísmo desenfrenado es el peor consejero de la humanidad. Mientras siga considerando su bien personal como el más importante, mientras no se dé cuenta que tiene que prestar la misma atención a los intereses de los otros que a los suyos, en el caso en que estos intereses choquen, el segundo siempre sacrifica al primero, en lugar de buscar un sabio equilibrio, los eventos y las experiencias se sucederán y, a través del dolor y el desengaño, tratarán de enseñarle a reconocer su error. Si, en su larga y pasada historia era justo que defendiese lo suyo, que extendiese su dominio y fortaleciese su posición, el nuevo orden evolucionario le exige que se coloque bajo el gobierno de un yo superior y que equilibre sus intereses con el interés común. El excesivo apego a los propios intereses, valores y opiniones en que ha caído señala el límite extremo de una larga fase de desarrollo.

El inflado ego personal está en todas partes —en la política y la religión, en el arte y los negocios— tratando de resistir las fuerzas internas y externas que podrían reducir su tiranía y desbaratar su egoísmo. Se empecinó, no quiere abandonar su posición. Esta es una de las razones por las cuales la filosofía repite que ni la economía ni la política serán capaces de resolver en una forma conveniente los problemas de la humanidad, ni siquiera sus problemas materiales, porque en el fondo son problemas espirituales. Sea cual fuere la esfera de las actividades humanas que juzguemos, siempre se verá allí al ego personal defendiéndose perversamente y luchando agresivamente con los demás egos. Sus deseos y posesiones, sus ambiciones y prejuicios son las verdaderas metas que intenta obtener o retener tras la fachada de levantadas palabras con que los oculta. Esto es tan cierto para las esferas

política y económica como para las esferas social y religiosa. Por eso la filosofía deja a los otros la obtención de las reformas externas y se consagra a exponer y eliminar la tiranía del ego. Enseña al hombre que lo que parece el camino más largo —el perfeccionamiento de sí mismo— es en resumidas cuentas el camino más corto para llegar a la meta del perfeccionamiento de su ambiente. Así llega a las verdaderas causas; los reformadores se contentan con meros efectos. Aquellos que no llegan a la verdad acerca de la vida (es decir, la filosofía), debido a su propia atracción interior, tendrán un día que llegar a ella para defenderse en las luchas de la vida. Ya ha llegado ese día en nuestra época. Aquellos que no quieren reconocerlo —y son muchos— son meros escapistas, que se ocultan de la realidad pero que serán arrastrados por la dura mano del Destino.

Quienquiera tenga ojos debe reconocer que la guerra hubiera debido ser un período de tremendo despertar, con el fin de compensar sus terribles estragos. Si hasta ahora este despertar ha tomado un giro político y económico, ello era inevitable. Pero debe seguirle un cambio de rumbo religioso e intelectual. La humanidad no hubiera debido volver a la vida materialista de preguerra. Tenía la posibilidad de elegir entre un nuevo y peor camino y un nuevo y mejor camino. Son escasos los que pudieron escapar del torbellino de los acontecimientos contemporáneos y por lo tanto de sufrir su influencia para el bien o para el mal. Aquellos que sufrieron terribles experiencias, los que padecieron, fue demasiado drástico para no dejarles una imborrable impresión en su carácter. Las experiencias de la última década hubieran debido llevarlos a un punto de vista diferente, sea más elevado o más bajo, del que tenían antes. La crisis mundial hubiera debido llevar el pensamiento de aquellos hombres a tal posición que la generación anterior lo habría juzgado de un idealismo tan adelantado o de una perversión tan extraña como para ser impensable o inimaginable en este siglo.

En una era de transición como la nuestra, en que los acontecimientos han adquirido tal velocidad, y de tan titánicos eventos como los que ocurrieron en el tiempo de nuestra vida, es insensato juzgar los problemas a la luz de lo que sucedió antes. Los juicios de preguerra ya carecen de validez para los tiempos de posguerra. Si un hombre o una nación se da cuenta que ha tomado un camino equivocado, lo sensato es dar media vuelta y tomar el ca-

mino bueno. Entonces, hay que tomar un nuevo rumbo. Empero, esto se hace rara vez: tal es el ímpetu del pasado y la presión del hábito. Uno de los más fuertes sostenes del ego es el hábito, la memoria automática de la mente y la naturaleza del sentimiento. Sostiene y preserva el pasado egoísta o el pasado equivocado trayéndolo al presente. Arma y equipa al intelecto para que domine y se resista a la intuición. Tras el mal y el dolor de la guerra y la crisis hay ésto de bueno: nos libran de hábitos que nos encierran en una manera de pensar ya superada por la evolución, en actitudes que son demasiado personales y en mentalidades convencionales que hemos obtenido de la sociedad, la civilización o la tradición. Abandonarlos es ya conquistar parte de lo que quería decir el Místico de Galilea al pedirnos que entregáramos el yo. Idea tan extraña como la de abandonar el yo a fin de hallarlo parece una irritante paradoja para la inteligencia, y necesariamente debe vestirse de sencilla parábola para los simples. Pero no debemos apartarnos de esta paradoja; es en realidad una vestidura que cubre el más profundo y por lo tanto el más valioso de los pensamientos.

El ego humano ya debe prepararse para renunciar a su soberanía en favor del divino Yo superior, o ser llevado por el implacable destino en la misma dirección. La necesidad de un cambio en pensamiento y sentimiento como preludio de un cambio de la trágica suerte de la humanidad es una condición absoluta. El arrepentimiento debe ser activo, el cambio de corazón debe verse en un cambio de vida. Las emociones negativas deben ser sofrenadas, las acciones malas detenidas, la naturaleza animal disciplinada, y es menester empezar ejercicios espirituales para vencer la pereza espiritual. El sendero que sigue la humanidad debe conducirla otra vez hacia la conciencia —por más ligera que sea— de su yo más elevado. Voluntariamente o no, debe dar la vuelta a este punto crucial y cambiar el rumbo de su vida interior. Tal cambio por necesidad exige la penitencia y se expresa por medio de ella. En consecuencia, el supremo mensaje espiritual de hoy es un llamado al arrepentimiento. Aquellos que responden sinceramente a este llamado serán “salvados”, pero aquellos que se niegan a escucharlo, cuyo ego se rebela contra un punto de vista más elevado, se condenan a sí mismos a más y peores sufrimientos.

Cierto tipo de dirigentes fanáticos representan un sector fá-

cilmente reconocible de este último grupo. Los hombres ciegos que los siguen son por cierto desdichados; no hay lugar en la era que despunta para sustentar tal posición. Intentan sostener una fortaleza condenada, y el fin de su era está aproximado, ya sea por la propia entrega o por una catástrofe exterior, pues las fuerzas evolucionarias son inexorables.

Tal es el proceso de reorientación que, cuando se alcance cierto punto de la historia que no está muy alejado, se desarrollará extraordinariamente en la psique humana, tal es el paso desde el caduco egoísmo materialista a la nueva conciencia espiritual. A medida que este movimiento evolucionario se desarrolla, el ego será cada vez menos víctima de sus sentidos y animalidad, y de ahí cada vez menos materialista en su pensamiento. Las nuevas tendencias no sólo afectarán la calidad de conciencia sino las actitudes morales.

En tiempo de crisis social y más especialmente en tiempo de una inmensa transición cíclica como la nuestra, cuando un completo cambio evolucionario del ego está a punto de revelarse, el hombre nunca llega lentamente, paso a paso, a una elevada verdad espiritual; sino que la alcanza súbita y dramáticamente. La experimenta con toda la fuerza de una revelación no anunciada. Aunque ya empezó un período de marcado despertar intelectual y social, se necesita más tiempo antes de llegar al punto culminante del despertar espiritual. La mente tiene que recorrer alguna distancia antes que pueda admitir hasta la posibilidad de tal cambio, y una distancia aún más larga antes que pueda discernir las primeras señales de que está sobreviniendo. Es un gran error creer que este cambio puede producirse de una manera tan abrupta que se evidenciará en un súbito mejoramiento para todos los seres humanos. Lo que sucederá es que las incitaciones hacia tal súbito mejoramiento se manifestarán por sí mismas, debido a la tremenda presión de ciertas situaciones que serán creadas más tarde por la crisis mundial. No habrá ni tampoco puede haber compulsión alguna, sino que los hombres deberán aceptar estas incitaciones y actuar de acuerdo a ellas. El ego humano tendrá que seguir por propio acuerdo al guía divino antes que los beneficios externos de tal curso lleguen a ser evidentes.

El desafío interior de la crisis

Si consideramos un momento cuán obsoletas son hoy las ideas de los físicos del siglo XIX acerca de la estructura del átomo y de ahí respecto de la naturaleza del universo físico, nos daremos cuenta del progreso realizado desde la falsedad del materialismo científico del siglo pasado. Sin embargo, aunque los fundamentos científicos del materialismo han desaparecido en gran parte, la base industrialista aún no lo ha hecho. Esto explica en parte por qué las masas en los países "adelantados" siguen aún pensando y actuando como si fuera cierto. El camuflaje religioso tras el cual muchas veces se oculta no altera su verdadera naturaleza. No sólo es perimido, sino que está plagado de todos los errores que son propios al conocimiento científico superado. Si los ateos comprendieran plenamente las implicaciones de lo que se ha descubierto en psicología, psicobiología y física nuclear, se verían obligados a abandonar sus creencias negativas. Las investigaciones subatómicas de un gran hombre de ciencia como lo fue Lord Rutherford probaron ser favorables en metafísica a las doctrinas no materialistas. Pero el mismo Rutherford, porque subestimaba el valor del pensamiento metafísico, no percibió cómo revelaban que la materia ocultaba las energías de una realidad no física, o, como lo dijera un iluminado vidente oriental al mencionarle las investigaciones atómicas, "las energías de este infinito y eterno ser: la Mente-Mundo, Dios".

En Francia, Inglaterra y América, no pocos intelectuales influyentes, que antes se distinguían por su manera de pensar escéptica, cínica y nihilista, se vieron obligados por un proceso ulterior de su propio razonamiento, basado en los nuevos datos de que ahora se dispone, a negar ese mismo materialismo al cual ese mismo razonamiento los había conducido y a renunciar a la antiespiritualidad que era su fruto original. Más que una ironía, es una tragedia el que la ciencia, que primero destruyó la creencia religiosa en la existencia de una realidad que está más allá de la realidad material, tenga ahora que proveer la evidencia necesaria para sustentar esta creencia. Pero la ayuda vino demasiado tarde. La civilización moderna está en peligro de destruir una gran parte de sí misma, en parte debido a las armas militares que la ciencia le puso en las manos, y en parte debido al materialismo mental

que la ciencia creó en su primera ignorancia. La historia de muchas civilizaciones pasadas está escrita hoy en la arena y el agua; dos manos siguen escribiendo esta trágica historia: la primera está a la vista de todos, es la mano del hombre; la segunda muy pocos la ven, es la mano irresistible de un poder más elevado.

Por demasiado tiempo la gente creyó que la búsqueda de un propósito superior en la vida no era tan importante como la búsqueda de muchos otros propósitos más bajos; ni siquiera tenía mucha importancia. Era preciso que se dieran cuenta de una manera trágica que nada puede reemplazarlo. Las guerras y las crisis mundiales proporcionaron esta tragedia. La súbita aparición de la bomba atómica en la escena mundial es un símbolo de la prontitud con que este desafío se nos vino encima. Ofrece a la humanidad la elección de sobrevivir o de ser destruida. Pero para sobrevivir tiene que cambiar su antigua manera de pensar. Este descubrimiento final era necesario para sorprender y alarmar a la humanidad como nunca lo fue antes, para despertarla y obligarla a enfrentar el hecho de que las viejas soluciones a ciertos problemas eran inútiles ahora. La recordaba la futilidad de aferrarse perezosamente a ideas teñidas de un materialismo que debe desaparecer. Con la bomba atómica el intelecto humano entra en el mundo psicoeléctrico que está tras el átomo, pero lo hace prematuramente, antes que esté pronta o merezca hacerlo. El Poder del Mundo no es sólo creador sino también destructor, lo atestiguan, como los vacilantes cambios en los cuerpos celestes o en nuestro planeta, cambios que ocurrieron en el pasado y ocurrirán otra vez en el futuro. Entremeterse con este Poder antes de estar moralmente preparado y poseer los conocimientos espirituales que permitan hacerlo en forma apropiada, es insensato. El intelecto que impulsa al hombre a hacerlo es tan peligroso para él, cuando desconoce las leyes espirituales que gobiernan la vida, como le es provechoso cuando conoce cabalmente estas leyes. El progreso físico e intelectual ha llegado demasiado lejos y tiene que ser detenido por un tiempo hasta que el progreso espiritual y moral restablezcan el equilibrio perdido. La crisis nos está cercando. Al llegar a cierto punto no sólo impedirá cualquier nuevo progreso ciego en el poder científico y técnico no controlado por una actitud ética hacia el poder, sino que nos mostrará que no somos bastante fuertes como para vivir sin recursos espirituales.

Nuestra definición de la guerra es demasiado limitada, ex-

clusivamente física. Porque la guerra visible es sólo un efecto, una expresión de lo que ya existe en el nivel mental, siendo la verdadera causa la guerra invisible de pensamientos y sentimientos. Mientras un grupo de hombres esté lleno de odio o mire con odio al otro grupo, mientras derramen recriminaciones o denuncias histéricas, crean las condiciones mentales que, si se mantienen por bastante tiempo, se acrecientan enormemente, y al ser devueltas por aquellos a quienes se oponen, llegan un día a reflejarse en lucha franca o hasta en guerra física. Esto suele ocurrir por la ley de inevitabilidad, por más que se tema y no se desee la guerra. Tales fuerzas son la expresión de la animalidad y siguen luchando por el poder ante nuestros ojos y tratando de dominar la misma vida de la humanidad. Empero, este conflicto exterior es sólo una expresión universal de lo que está ocurriendo en el individuo. Por eso no puede ser resuelto en el solo plano del arreglo político, o en el de la guerra militar. Cada persona que se niega a resolverlo dentro de sí misma, lo cual sólo puede lograrse disciplinando su naturaleza más baja y volviéndose hacia su yo superior con fe y amor, es en cierto modo responsable de la desalentadora condición del mundo. Dos caminos se abren hoy ante cada individuo, como en todas las grandes crisis de la vida. Uno de ellos lo acercará al Yo superior, el otro lo alejará. Las demandas que esta época le hace son tremendas si se las compara con las de otras épocas. No puede adaptar la época a sí mismo sino que debe adaptarse a la época. Tal tiempo de transición no es tiempo para la rigidez intelectual o emocional.

Los problemas de la crisis mundial no pueden evadirse sino que deben ser enfrentados. El problema de aprender a vivir tiene que ser planteado de otra manera, y no encarado superficialmente como en tiempos normales. Este problema siempre se presenta al hombre, pero sólo cuando le es presentado en forma tan insistente y tan poderosa comprende que si se contenta con soluciones improvisadas y por lo tanto insuficientes, será arrasado de una crisis a otra, a menos que busque nuevas soluciones. Cuando un hombre se hunde demasiado en los medios de existencia, es decir, en el cuerpo con sus pasiones y apetitos, el ego con sus emociones e intelecto, llega a ser tan extremado que el hombre olvida su fin, esto es, integrarse con su verdadero ser, entonces las fuerzas del destino y la evolución lo presionan para que busque liberarse de esta inmersión (que es una forma de

materialismo). Esta presión se traduce generalmente por el sufrimiento. La humanidad nunca habría sido llevada al abismo de desdicha y sufrimiento en el que ha caído, ni tampoco habría aguantado tantas cosas que parecen inaguantables retrospectivamente, si no fuera por su debilidad de carácter y juicio equivocado.

La furia insensata de dos guerras mundiales castigaron a la civilización por sus errores. Sus efectos enseñaron a algunas personas algo de virtud y sabiduría, pero a mucha gente sólo le enseñaron materialismo y maldad. Naturalmente, es preciso que transcurra un tiempo antes que el significado de una experiencia llegue a la conciencia con la experiencia misma. Pero descontado esto, lo que aprendieron muchos no es bastante ni es tampoco exacto. Si el sufrimiento les hubiera enseñado a eliminar las causas que originalmente lo produjo; si hubieran reconocido sus errores y enderezado su conducta, la historia habría seguido un mejor camino. El vacío de una vida que dedica sus actividades a objetivos materialistas y la futilidad de limitar todas las perspectivas de la vida a satisfacer el ego y los sentidos, fue finalmente la recompensa que obtuvieron. La necesidad de hallarle un significado a la vida es más común hoy día que en el pasado. Es una presión que ejerce desde el exterior las crisis que se suceden unas a otras. Deben hacer frente a una alternativa a la cual no hay escapatoria; o vivir en un mundo más sensato y religioso y hallar así la verdadera paz o caer otra vez en el caos de preguerra y entablar una nueva lucha. La urgente exigencia, la insistente demanda que nos hacen las fuerzas evolucionarias, es que rompamos valientemente con los malos hábitos y las falsas creencias en todos los niveles —espiritual, intelectual y mundanal—. Sólo esto puede salvar a la humanidad de las desastrosas consecuencias de cometer nuevas locuras.

Estamos en una encrucijada moral. Ha llegado la grave hora de elegir. Es cierto que el mundo estuvo muchas veces enfermo y necesitó que lo cuidaran. Hoy esta enfermedad se ha vuelto crítica. Así como la crisis en la que vivimos hoy se ha prolongado, también así empeoró progresivamente. Cuanto más demoremos en beber el remedio de la verdad, tanto peor será nuestra enfermedad. Este remedio nos hará ver nuestra situación de una manera por completo imparcial. Porque las causas de la desdicha humana están en el corazón del hombre y en su egoísmo moral;

están en la mente del hombre y en su ignorancia espiritual. Todas las frustraciones, todos los fracasos, todos los desengaños nos enseñaron que nuestro modo de vivir es equivocado.

Hoy la vida es más que nunca un desafío que nos hacen los eventos de los cuales somos responsables, que nos obliga a aceptar el destino y el modelo de la Idea-Mundo, para que lleguemos a tener conciencia de nuestra ignorancia espiritual y desechemos la admiración que tenemos por nosotros mismos. El hombre que no encontró aún su origen espiritual y su destino más elevado es acreedor de perdón, pero el hombre que no se empeñó en buscarlo es culpable.

El hombre necesita un poder superior

Vemos que el ser humano no se ha comprendido a sí mismo y fue incapaz de concebir lo que la voluntad de la Mente-Mundo le preparaba en esta era. Y porque hay que pagar un precio por todos los errores, vemos por todas partes la desdicha y el sufrimiento de los hombres. El camino que nos aparte de estas aflicciones se busca con desesperación, pero rara vez se lo encuentra. . . porque se lo busca en una dirección equivocada. Hay un solo camino, y éste es corregir las malas interpretaciones y desechar los conceptos erróneos. Esto exige un dramático cambio de actitud moral, renunciar por completo al punto de vista materialista y una rápida inversión de la indiferencia espiritual. Un cambio de pensamiento es la primera medida que puede asegurar un cambio de la condición mundial. Al cambiarse a sí mismo, el hombre da el primer paso en cambiar su ambiente, y al cambiar su ambiente el hombre da el segundo paso para cambiarse a sí mismo. Porque el primer paso de cambio de sí debe ser mental, no físico. Por lo tanto obtendrá más provecho de estos días difíciles sometiéndolo su orgullo y siendo perfectamente franco consigo mismo, hasta el punto de humillarse mental y emocionalmente. Su actitud mental debe dar media vuelta. Debe escuchar la inspirada orden: *"Arrepentíos... y seréis salvados"*. Este mensaje divino sirve para todos los tiempos de crisis, pero es especialmente aplicable al nuestro. Hemos vivido una vida materialista que es sólo una vida a medias.

El único remedio que puede salvar al mundo del caos donde ha caído es el más antiguo. Aquellos que esperan que se anuncie

un remedio que obra milagros, esperan en vano. La verdad que está al alcance de la mano es tan vieja como la humanidad, sólo que su rostro es fresco y sus vestiduras están a la moda del siglo. Hace algunos miles de años las escrituras sagradas de la India, el *Bhagavad Gita*, proclamó que hay paz y prosperidad en la tierra para quienes siguen la ley de la vida interior.

Cuando culpamos a los altos poderes por haber creado una crisis en el destino humano a fin de obligar a los hombres a hacer frente al desafío interior, es la verdad. Cuando culpamos a la historia y a la conducta humana de haberla creado, es también verdad. Es preciso unir estas dos cosas para obtener toda la verdad acerca de los sombríos acontecimientos que sobrevinieron a la humanidad. Toda tentativa de salvarse, si es sólo una tentativa externa y no interna, está condenada al fracaso. Es menester que todos los pueblos lo recuerden, porque todos los pueblos se hallan atrapados en esta situación exigente, aunque la responsabilidad particular que les cabe es en ciertos casos menor, en otros mayor. No son sólo los europeos y los americanos quienes se ven enfrentados a esta situación, sino también los indios y los chinos, los herederos de las más antiguas civilizaciones en el planeta. No somos nosotros quienes elogiamos a Oriente como la única morada de la espiritualidad, y despreciamos a Occidente como la morada corrompida de la materialidad. Cada hemisferio debe enmendar sus propias culpas, cada cual se alejó del camino que le había fijado Dios y en consecuencia los dos están sumidos en la crisis. Todos los pueblos, todas las razas han llegado a un punto en su camino en que ya no pueden adelantar ni retroceder más, donde es tan imposible progresar como volver atrás. ¿Qué van a hacer? La respuesta evidente y correcta es salir del camino equivocado y entrar en un nuevo camino.

El destino último del mundo —aparte de su destino inmediato— es llegar a una mayor espiritualización y no a una menor. Cada hombre que cree en esto comprenderá que la sociedad es buena o mala según lo sean los individuos que la componen, que no hay ninguna fórmula mágica que pueda hacer una buena civilización con individuos malos, un nuevo orden de oro con antiguos caracteres de plomo. En consecuencia cree más bien en la necesidad de un carácter cabal para guiar al pueblo que en slogans baratos. Busca el consejo de hombres que tienen sus mismos idea-

les, no de aquellos que creen en el materialismo que arroja sombras oscuras sobre todas las cosas. Por eso la filosofía señala la necesidad de una reforma del ser humano, pues sin ella ninguna reforma de la sociedad será duradera. Por eso ninguna tarea es hoy más noble que la de difundir el conocimiento acerca del hombre mismo, pues es el conocimiento que menos posee y más necesita. Este servicio es más valioso que reformar la sociedad en cuyo seno vive, si bien esta reforma es perfectamente justa y absolutamente necesaria. La tarea que tiene por delante no sólo estriba en repetir que bajo la ley de compensación el resultado de nuestras buenas o malas acciones nos es devuelto, no sólo mostrar a un mundo ciego e ignorante que el Yo superior existe y es el valor supremo; no sólo mostrar que es una realidad que se puede experimentar y no una fantasía imaginaria o un concepto especulativo, sino aconsejar a un mundo indiferente y complaciente que la vida del Yo superior debe ser llevada a su propia vida práctica de todos los días.

Al final, la humanidad se verá obligada a recurrir a sus verdaderos maestros espirituales, cuando todos los demás guías la hayan llevado a la ruina material y a la destrucción mutua. La herida humanidad no tiene otro refugio que éste. La noción de que su enseñanza carece de utilidad para el hombre de mundo, versado en los hechos de la vida, y consciente de los compromisos a que obligan los negocios y los asuntos políticos, es una ilusión que está en el origen de los sufrimientos innecesarios y evitables del hombre. En verdad, considerar a tales guías como visionarios poco prácticos es cometer el mayor de los errores. La visión de lo que está ocurriendo en torno de ellos nunca está circunscrita por consideraciones mezquinas. Por haberse librado de puntos de vista estrechos y prejuicios de parroquia, por haber aprendido a pensar en los asuntos humanos con amplia visión y en forma atemporal, por haber trascendido las limitaciones de un enfoque meramente intelectual y haberse internado en un enfoque intuitivo, están en una buena posición para comprender el curso de la historia pasada y para discernir el significado de lo que está oculto por los velos de los eventos presentes. Pueden satisfacer la necesidad tan arraigada en la mente humana de descubrir una significación valorizada en la vida actual. Por eso su filosofía es aplicable a las actividades utilitarias y a los intereses prácticos

del hombre. Conocen las verdaderas causas de la desdicha humana y los verdaderos remedios.

La exposición de las leyes eternas y la revelación de las normas universales debe rehacerse. Cuanto más pronto descubramos que existen leyes espirituales que no pueden ser desdeñadas, tanto mejor para nosotros. Nunca fue tan necesaria en el pasado la obra que el sabio filósofo, el profeta religioso, el vidente místico pueden realizar en la sociedad, empero no se les hace caso. No rendimos culto ni a la sabiduría, ni a la revelación, ni a la recta conducta, pero sí a la inventiva mecánica del ingeniero, a la capacidad de acumular dinero del comerciante, y al talento de quien nos hace olvidar nuestras penas divirtiéndonos. Los antiguos maestros espirituales, con su aguda penetración de la interioridad de las cosas, y su certeza de la verdad, sólo porque lo debían a la experiencia y no a simples opiniones, se contentaban con dar consejos morales sobre las feas emociones y pasiones, especialmente el odio. Hoy las leyes científicas del poder de pensamiento son las que nos dan estos consejos, y nos previenen que los estados mentales emocionales negativos se reflejan en la lucha física, la guerra, las perturbaciones, la enfermedad y hasta la desdicha. Cuando, por ejemplo, un hombre pierde fácilmente el dominio de sí y cae en un estado de ira irreprimible a la menor provocación, se expone a muchos peligros, tales como peleas, enfermedades, accidentes y la pérdida de amigos.

La guerra nos previno que debíamos volver a empezar y nos recordó que el Día del Juicio estaba cercano. Empero, de todo este mal surgió algún bien. En las horas de trágica necesidad que tantas veces sobrevinieron a causa del conflicto, muchos de los que habían llevado una vida vacía, frívola o materialista, se vieron impulsados por instintos hasta entonces reprimidos a buscar una ayuda exterior o un apoyo trashumano. Hoy la humanidad se está acercando a un callejón sin salida donde, por propia confesión, sus problemas cobraron tal amplitud que ya la solución es casi imposible. Sus gobernantes más sabios ya confiesan que necesitan recibir ayuda de fuentes que están más allá de lo humano, que el poder humano sin el auxilio de la sabiduría y de la fuerza espiritual, no basta para hacer frente a problemas tan vastos y explosivos. La humanidad presencia en nuestra época que una civilización en vías de rápido desarrollo, pero cuyo contenido

espiritual no está iluminado, debe terminar en la tragedia. Las dolorosas contradicciones que siempre fueron inherentes al materialismo aparecieron crudamente en la superficie durante la crisis mundial que culminó en la guerra. Muchos hombres se vieron forzados a mirar más allá de sus propios recursos en busca de guía y fortaleza. ¿Qué otra cosa podían buscar salvo la religión, el misticismo o la filosofía? Los eventos abrieron una vía en el corazón de los hombres para que el impulso espiritual pudiera entrar sin la obstrucción de los obstáculos que antes le cerraban el paso. Un mundo sumido en la crisis encontró que sin la ayuda de lo alto sólo hay desconcierto. Este es un tiempo crítico y trascendental. Sólo los valores espirituales se destacan hoy como las únicas cosas valederas y perennes. No hay otra esperanza para la humanidad de nuestro tiempo que este ferviente y arrepentido esfuerzo por elevarse. Debemos hallar una manera más espiritual de contemplar la vida, o sufrir la pena correspondiente si fracasamos. No podemos evitarlo. El mundo luchó demasiado tiempo contra la verdad, pero al final comprenderá que no puede escapar a sus penas sin aceptarlas.

La divinidad que está en nosotros, el Yo superior, está siempre presente hasta cuando no creemos en él, y su presencia es el secreto que tarde o temprano producirá una reacción en la vida humana que la encaminará hacia los valores espirituales. Sólo cuando tengamos una vívida comprensión de nuestra incapacidad humana y de nuestra insuficiencia humana recurriremos a él en busca de ayuda, sostén y fuerza. Cuando sentimos profundamente cuán imperfecto es nuestro conocimiento, cuán incierta y limitada nuestra felicidad, cuán débil y pecador nuestro carácter, nos sentiremos suficientemente humildes como para volver hacia la parte elevada de nuestro ser un rostro implorante y devoto en busca de socorro. Sólo así podremos progresar realmente. La necesidad de progresar desde una clase inferior a una clase superior de vida nunca fue más urgente que hoy. Debemos aprender de memoria la lección del hijo pródigo e ir, como pecadores penitentes a rogar ante el poder superior.

Cuando el hombre contemporáneo mira fuera de sí y contempla la escena contemporánea, se siente desalentado ante su violencia. Cuando mira dentro de sí para buscar el confort de la alma, le sorprende su silencio. A quien opone objeciones y

dice: "No conocemos ningún Poder Superior y hemos perdido la capacidad de tener fe en él", contestamos que hay un camino que permite descubrir por propia experiencia interior la verdad acerca de su existencia. Pero debe seguir ese camino y practicar sus métodos. "Golpea y la puerta te será abierta", no significa que una sola acción es suficiente. Más bien implica toda una serie de acciones. Ni tampoco que si no se sabe golpear o si se golpea a la puerta equivocada, ésta se abrirá. Esta frase de Jesús, cuyo profundo conocimiento se traduce en leyes universales, formula todo un curso de instrucciones.

La fe que reconoce humildemente la existencia de un poder superior es un verdadero instinto arraigado en el corazón de la humanidad. La sustenta el uso apropiado de la Razón aunque corre el riesgo de ser ahogada por un uso desequilibrado del intelecto. No nos avergoncemos de arrodillarnos para rogar, no nos irrite por entregarnos a la meditación. Porque un hombre profesa tal fe o practica la comunión con su alma, no quiere decir que esté falto de inteligencia. ¿Por qué el hombre moderno ha dejado la fe religiosa y la práctica mística a las mujeres? ¿No son innumerables los hombres que en el pasado obtuvieron de estas fuentes el poder que les permitió realizar grandes hazañas? Si se las comprende correctamente, dicha fe y dichas prácticas no debilitan al hombre o embotan su mente; sólo la religión supersticiosa y el falso misticismo lo hacen. Más bien exaltan la mente y calman el corazón. Adorar reverentemente un poder superior, o comulgar con él, es indispensable para llevar una vida más plena.

En el evidente fracaso y pesada crisis que padece el mundo, se oculta un gran y santo misterio. Cuando la humanidad se halla con la espalda contra una pared que le cierra el paso, cuando llega al límite del desastre, cuando el dolor de la más completa impotencia la aplasta, está cerca, muy cerca, de la Puerta. Si en tales momentos da un nuevo rumbo a sus pensamientos en la más sincera entrega a lo Divino y en la más plena humildad del ego; si al mismo tiempo acepta con calma la devaluación de todas las cosas terrenas que es el resultado de una verdadera reflexión sobre su situación, entonces alcanzará la culminación de su sufrimiento exterior y derrota interior. Si, con paciencia, arrepentimiento, cambio de conducta y aceptación del propósito más elevado de la vida acompañando sus plegarias, abre los brazos en

la oscuridad y pide el retorno de la Paz, su plegaria no será vana. El Yo superior entrará en el juego y al mismo tiempo se posesionará de la mente consciente, al menos por un memorable instante. La ayuda aparecerá misteriosamente y manos auxiliadoras se moverán hacia ella. El coraje surgirá otra vez, y la fuerza para soportar lo que ya no tiene cambio será otorgada, prometiendo así un corazón tranquilo hasta en medio de una vida agitada.

CAPÍTULO VI

EL HOMBRE EN EL DOLOR Y EN LA FELICIDAD

Hay por lo menos seis cosas cuyo rápido logro e ininterrumpida continuación todos deseamos inconscientemente, pero que ninguno de nosotros puede alcanzar por completo. Deseamos: una felicidad no mezclada con el dolor, una vida no rota por la muerte, una salud no entristecida por la enfermedad, una libertad no trabada por restricciones, un conocimiento no atormentado por interrogantes y vivir en armonía con toda la gente.

El trágico enigma con que nos confronta la vida y que debe ser develado, si queremos alguna vez gozar de paz, se debe a que la naturaleza instintiva del hombre le ordena buscar la felicidad pero su vida interior le muestra el dolor y el pecado, su mente pensante el conflicto y la duda, el ambiente exterior en que vive pretende a veces darle la felicidad pero nunca lo hace. Le da, en su lugar, placeres ocasionales, pero la desdicha y el dolor lo acompañan siempre y son el trasfondo de la vida. ¿Cómo puede ser un hombre feliz hoy, nos preguntamos, cuando gran parte de su existencia transcurre así? ¿Dónde está, pues, la más elevada felicidad y dónde debemos buscarla?

Además, la inteligencia, torturada por tan terribles acontecimientos como los que padeció nuestra generación, herida por la guerra o castigada por la crisis, exige que se los enderece mediante un propósito más elevado. Y pide una respuesta a otra cuestión: "¿Qué función desempeña el sufrimiento en la vida del hombre?" Todas estas cuestiones no atañen sólo a aquellos que se interesan por la religión y la teología. Atañen a toda la humanidad, cuya existencia y futuro se presenta tan incierto y lleno de riesgos.

Todo cuanto sucede puede ser juzgado de dos maneras diferentes. No hay ningún suceso tan penoso en la vida de un hombre ni ningún contacto tan doloroso con otra persona como para que no sea considerado desde dos puntos de vista diferentes, y cuyo carácter e importancia cambian según el parecer con que se los juzgó. Cada resultado debe ser correcto pero, en sí, no puede ser completo. Por una parte, hay una manera de encarar las cosas práctica, personal, obvia e inmediata. Por la otra, se las puede encarar de una manera metafísica, impersonal, profunda y última.

En pocas palabras, sigue en pie el hecho de que son muy escasas las personas que se hallan en una posición que les permita contemplar su propia vida y fortuna con el genuino desapego que exige un enfoque metafísico. Por cuanto es natural y humano que todo enfoque se base en nuestras reacciones finitas, nuestros limitados sentidos, en nuestras percepciones de corto alcance. En medio de nuestra angustia personal, es muy fácil perder la perspectiva. Tres ejemplos nos lo mostrarán con claridad. Primero, rara vez nos detenemos en comparar nuestra desdicha con la de otros hombres. Segundo, cuando nos quejamos del duro destino, muy pocas veces equiparamos nuestras molestias con nuestras ventajas, o nuestras dificultades físicas con nuestras posesiones espirituales. Tercero, cuando nuestra situación personal va a la par con nuestras ventajas, nos sentimos satisfechos con las cosas tales como son, pero cuando no ocurre así, estamos descontentos del mundo tal como es. La insuficiencia de nuestra actitud ordinaria frente a las experiencias y sucesos se debe a que nuestras perspectivas son demasiado limitadas; las divorciamos de sus relaciones con el más amplio problema del universo mismo. No somos capaces de juzgar la desdicha actual desde un punto metafísico de largo alcance. Las verdades expresadas por la filosofía, por más simpáticas que sean, parecen frías y tristes —en ese preciso momento— para quien está profundamente angustiado o descorazonado por una desdicha familiar. No ofrecen consuelo al hombre que sufre. Empero, la sabiduría de la mente no se las puede negar aun cuando las limitaciones del corazón no quiere aceptarlas. Todo depende de la situación en que nos hallamos. Si la vida para algunos es siempre una carga, para otros es una inspiración luminosa. No es un hecho curioso que la misma desdicha que debilita a un hombre fortalece a otro; que el mismo desengaño que hace a un hombre egoísta aumenta la generosidad de otro;

que la misma dificultad que embota la mente de un hombre despierta la inteligencia de otro; que el mismo ambiente que degrada a una persona estimula a otra y le permite sobrellevarlo y, de este modo, evolucionar. Un revés o un desengaño que amarga y endurece a un hombre hacia sus semejantes, puede suavizar y hacer más blando a otro hombre. La misma experiencia que multiplica los errores de los imbéciles, corrige los del sabio. "Insensato es el hombre que olvida las lecciones de la Depresión en cuanto ésta pasó", escribió Ratnasekharasuri, un viejo maestro indio de la fe jainista, hace cinco siglos. La dura realidad y la áspera verdad de estas palabras siguen siendo necesarias hoy.

Naturalmente, resentimos el carácter doloroso de ciertas experiencias y dudamos de la sabiduría de quien nos las hace sufrir, aun cuando, en momentos de tranquilidad, admitimos que nos han realmente ayudado a modelar nuestro carácter o a agudizar nuestra inteligencia. Una actitud filosófica justa exige, no obstante, que equilibremos estos sentimientos de despecho con el gozoso reconocimiento con que recibimos las experiencias agradables. En medio de las tristes penas que nos atormentan no podemos ver lo que representan ni apreciar su justicia, pero con la calma que nos devuelve el tiempo y considerándolas con amplia perspectiva vemos que forman parte de las directivas divinas que nos llevan a nuestra verdadera meta. Si cierta clase de experiencias desagradables son necesarias a la madurez de nuestro carácter, si eventualmente la vida nos las hace sufrir, no debemos enfrentarlas sólo con resentimiento o depresión, si nos dejamos llevar por tal derroche negativo y superfluo, sino con un análisis constructivo y la voluntad de que nos sean útiles. Si la prosperidad no ha creado en nosotros un arrogante orgullo que nos lleve finalmente al desastre, la pobreza puede dar origen a la humildad que nos salvará. La pérdida de la fortuna, la pérdida de la salud o de los amigos son extremadamente desagradables, pero a veces son maestros competentes que, ocultamente, nos enseñan a vivir. Cada vez que nos vemos en esta situación, es un error llamarlos males de la vida; más exacto es llamarlos penas de la vida.

Si contemplamos con imparcialidad e indiferencia nuestra propia persona, las penas e incomodidades que nos acompañan adquieren un nuevo aspecto. Nosotros, con nuestro limitado punto de vista, deseamos únicamente situaciones placenteras, pero

la Inteligencia Infinita, con su punto de vista infinito, sabe mejor lo que nos conviene. Una felicidad incesante no es siempre la vida más deseable aun cuando fuera posible lograrla, lo cual es imposible. Por más antipáticas que estas opiniones sean, por más que nos disgusten, a menos que los deseos personales y no los hechos observados sean la regla de nuestro pensamiento, al final no nos queda otra alternativa que aceptar los descubrimientos hechos por un punto de vista superior, aun de mala gana y con tristeza.

Quienes experimentaron grandes desdichas no comprenden que sus pérdidas o padecimientos son una lección expiatoria: al contrario, las juzgan sin sentido y dañosas para su vida moral y material. Muchas veces su actitud es aparentemente justificada, pero sólo superficialmente. El preciso obrar de la ley cósmica no nos hubiera acarreado esos malos momentos si no eran merecidos o innecesarios. Para comprender lo que nos está sucediendo individualmente, así como a la humanidad en su totalidad, no sólo debemos emplear los conceptos comunes, sociales, políticos, económicos y otros que acostumbra a emplear el historiador, sino también dos conceptos especiales que son usados únicamente por la filosofía. Son: la facticidad de la ley de recompensa (karma) y la irrestibilidad última de la evolución espiritual (el camino que la Mente-Mundo ordena seguir al hombre). Los hemos explicado en libros anteriores, pero aquí, para su uso y aplicación, su significado se volverá gradualmente más claro.

Tanto los hombres como las naciones reciben la enseñanza de las tristes consecuencias de sus acciones o de las exigencias de su crecimiento interior. El destino que nos obliga a sobrellevar tantas penas lo hemos ganado, en parte en la vida presente y en parte en vidas anteriores, o tanto en una como en las otras. No nos castiga un Dios apartado de nuestras luchas e indiferente a nuestra desdicha. Nos castigan nuestros pecados, incapacidades, falta de juicio, desequilibrios. Lo que hemos hecho a la vida de otros nos será devuelto, cuando la némesis natural de la ley se cumpla. Nos desprendemos de nuestras penas tan pronto como empezamos a desprendernos de nuestra ignorancia de las leyes que gobiernan la vida, y no antes.

El sufrimiento parece inútil si nos concentramos única y enteramente en el dolor, porque hace surgir el resentimiento y origina la desesperación. Entonces, ¿cómo puede ayudar al progreso

espiritual? Esta crítica es sólo un punto de vista superficial. Siempre se ganan de este modo experiencias redentoras o instructivas. Las leyes divinas están impulsando todo y a todos hacia adelante y hacia arriba. Nos movemos poco a poco a despecho de nuestra vida. Pero nos movemos a través del dolor y el sufrimiento engendrados por la ceguera, la incapacidad y el egoísmo. Los errores que cometemos al actuar nos llevan a resultados que a su vez nos hacen dudar de nosotros mismos, de los demás, de nuestras creencias y actitudes. Así la vida tiende a corregir nuestro juicio del mundo, porque nuestras acciones se basan inconscientemente en este juicio.

¿Cuántas veces lo que parecía un disgusto ocultaba la llegada de la buena fortuna? ¿Cuántas veces la frustración y el desengaño exteriores condujeron a la consolación y al desarrollo interior? ¿Cuántas veces una prueba crucial del carácter se disfrazaba de buena o mala fortuna, y una excelente oportunidad se ocultaba tras un asunto aparentemente poco promisorio o trivial? Hay acontecimientos trágicos y terribles que en el momento en que tienen lugar parecen completamente malos y que luego resultan en una prosperidad sin precedentes. Cuando el sufrimiento, como el bisturí del cirujano, es aplicado a una parte corrompida del carácter la operación es tan beneficiosa a la larga como es dolorosa momentáneamente. La experiencia de una pérdida exterior suele conducir al hombre a un logro interior. Es un suceso desagradable, pero es también un estímulo para el pensamiento. Si el sufrimiento, que sigue a una mala acción, desalienta toda tendencia a repetirla, es preciso no considerar más el placer como el único bien y al dolor como el único mal. La fuerza cósmica, que engaña a las mentes subdesarrolladas haciendo que tomen las informaciones dadas de las cosas por los sentidos como si fuesen su verdadera naturaleza, se refleja en la fuerza grosera que engaña a las mentes desarrolladas haciéndoles creer que las malas situaciones son buenas y las buenas son malas. Somos espiritualmente miopes. No siempre conocemos lo que es bueno para nosotros, no siempre vemos en los desengaños una mano amiga que nos aleja de un proceder insensato o dañoso, equivocado o inapropiado. Ningún diccionario nos ha enseñado el verdadero significado del dolor, del placer, de la felicidad, del sufrimiento. Ninguna situación es tan mala que el filósofo no vea en ella algún bien, ni tampoco situación alguna es tan buena que no tenga

algo de malo. Lo que el filósofo quiere decir con estas palabras se basa en un juicio de largo alcance, por cierto de un alcance demasiado amplio para que lo aprecie la gran masa de la gente convencional.

Por cierto, a veces la vida trae la angustia y el desengaño aun a la gente buena. Ver a un amigo querido o a un allegado seguir un mal camino que al final resulta en dolor o desengaño, y sentir que no se puede hacer nada, es una experiencia particularmente triste. Pero es igualmente cierto, si lo aceptan, que les trae la compensación de un juicio más sensato y el consuelo de valores más elevados. O tal vez alguna experiencia horrible les hizo comprender que su actitud era inapropiada para explicar y enfrentar todas las circunstancias. En este caso, sufrir y sufrir ciegamente hasta que la razón, a impulso de la rebelión y la emoción, se hace desesperadas preguntas, no deja de tener un significado evolucionario, porque obliga a una necesaria revisión de esta actitud, a un necesario desarrollo de nuevas capacidades o a una necesaria profundización de la comprensión.

No todos los sufrimientos se ganaron, empero; no todos descienden sobre nosotros como castigo o retribución. Algunos tienen su origen en la ley evolucionaria y nos vienen de la infinita voluntad y sabiduría del Yo superior, para ayudarnos, ya sea individual o colectivamente, a desenvolver un mejor carácter o nuevas cualidades o a nutrir la inteligencia.

Sólo con el paso del tiempo vemos el bien que nos hizo el sufrimiento. A veces, en una disposición de ánimo expiatoria, podemos completar la tela que fue tejida entre una acción pasada y una circunstancia presente. Pero otras veces es imposible hacerlo. En este caso, lo haremos más tarde, cuando gran parte de la tela de la vida ya está confeccionada. ¡Ay! Lo que nos enseñan los errores y los fracasos viene muchas veces demasiado tarde para que nos pueda ser útil en esta vida, y a veces sólo en la edad madura o en la ancianidad comprendemos su lección. Pero en realidad lo llevamos a un nuevo nacimiento. ¿Acaso aquellos que repiten los viejos errores y tropiezan una y otra vez con los mismos pecados, no tienen remedio a pesar de las penosas lecciones de la vida? En rigor no es así. Desdichadamente, incurrir en esos errores de juicio, al exhibir esas faltas de carácter o al cometer esas faltas de conducta, por lo general no se dan cuenta. En verdad, a menudo pasan muchos años antes que hagan el

sorprendente descubrimiento. Asimismo, muchas personas tienen que pagar un alto precio para aprender la lección y a menudo aprenden una lección equivocada en las primeras y más limitadas etapas de su experiencia.

El alcance de la lección dada por el sufrimiento es muchas veces muy pequeño. De ahí que se necesita mucho tiempo. Es decir, tienen que retornar a la tierra una y otra vez. El resultado de la educación no se puede lograr en una sola experiencia. La educación tiene que ser necesariamente acumulativa, lograda a través de inúmeras experiencias que se extienden por muchas vidas. Lo que los hombres ganan en crecimiento espiritual bajo circunstancias ordinarias en una sola vida es muchas veces tan infinitesimal que nos induce a creer que esta encarnación se malogró si la juzgamos por lo que vale. Pero tenemos que considerar una larga serie de encarnaciones antes de ver claramente qué contribución ha hecho cada encarnación al beneficio total. Es difícil ver lo que la naturaleza ha despertado en ellos por el proceso de la experiencia por el cual pasaron, ya que es tan nimio, sin embargo existe.

Cada ego pasa por numerosos nacimientos de los cuales gradual pero inevitablemente aprende el arte de vivir. Estas experiencias fueron destinadas a poner en libertad a la virtud latente, a desenvolver la sabiduría latente, a desarrollar el poder latente, a expandir tanto la conciencia intelectual como la intuitiva. Pero no lo hacen todo de golpe. Por eso, su aparente falta de objeto, su aparente crueldad desconcierta y confunde. Sin embargo, es un proceso necesario. El tiempo tiene un valor misterioso y transmuta las penas más profundas en benigna sabiduría. Las lecciones eternas se ocultan tras las experiencias efímeras. En el momento de la iluminación, la necesidad de pena, frustración o adversidad al fin se percibe, en ese momento la mente vence su amargura y mitiga su dolor. Percibe, entonces, que la Idea divina está a su lado para ayudarlo y no para ahuyentarlo.

Para el hombre que lucha para llegar a ser espiritualmente consciente, la desdicha obra como un estímulo o como un freno. El olvido generoso de un viejo rencor lo eleva a un plano más alto. Si puede disciplinar sus sentimientos emocionales por un momento para que el ego no participe de ellos, y luego recordar sus desdichas y congojas, sus dificultades y fracasos, verá que tienen una significación y un propósito. Deducirá de esta intros-

pección desligada y serena la existencia de significado, orden e inteligencia en todo el mundo. Comprenderá entonces que su desalentadora experiencia no fue vana y que sus raíces se hundieron profundamente en las necesidades de su desarrollo o en los defectos de su carácter. Estas penurias cubren el camino de todo hombre, tanto el camino de quien está cerca de la realización como el camino de quien ni siquiera sabe que existe. Es preciso contemplarlas de manera impersonal, estudiarlas y comprenderlas, si queremos vencerlas por la sabiduría antes que repetir las por la ignorancia. Son maestras, aunque son caras. Son, si se las emplea correctamente, maneras desagradables de aprender lecciones necesarias y que mejoran los valores bajos o inferiores. Enseñan ciertos aspectos particulares de la verdad, y así estimulan el progreso.

La humanidad progresa en una corriente formada por sus propias lágrimas. El verdadero propósito de las mudanzas de la experiencia, con cambios de fortuna desde los sucesos gozosos a los miserables, estriba en las ideas que sugieren, en las actitudes que despiertan, en las características que extraen y en las evaluaciones a que conducen.

Debemos aprender a disciplinar los sentidos, a reeducar el carácter y desarrollar la inteligencia. Si la reflexión no nos condujo aún a ello, entonces una penosa experiencia inevitablemente nos llevará a juzgar su necesidad. Al fin y al cabo, si tal experiencia nos hace percibir claramente y nos fuerza a observar conscientemente nuestra falta de ciertas cualidades esenciales y así nos pone en el camino de corregir esta situación, contribuye a nuestro progreso. Entonces, ¿cómo puede ser mala? ¿No es preferible sufrirla, como se hace en una escuela práctica aún cuando implique la purga de nuestras deficiencias y de nuestros errores? Es necesario mientras nuestras lecciones no sean aprendidas y mientras no nos haga mella lo que nos enseñan. Si no damos cuenta de las consecuencias de haber obrado mal, justifican su lugar en el plano universal de las cosas.

Ha llegado la hora de que nos asociemos *conscientemente* con las dos leyes de compensación y evolución. Podemos basar nuestra política general de vida en el interés egoísta, en los estallidos de emoción, en la astucia calculadora o en el perezoso dejarse llevar por la marea de las circunstancias. En consecuencia, obtendremos beneficios momentáneos pero no permanentes.

O la podemos basar en la filosofía. Si lo hacemos así, abandonamos el antiguo juego de la prueba, el error y el sufrimiento y empezamos a vivir *comprendiendo*. En este caso, lo que nos sucede no es lo inesperado sino lo esperado. Si un hombre puede contemplar impersonalmente su propia vida presente y analíticamente su propia historia pasada, la comprensión surge y, más tarde, como consecuencia, logra la victoria. Aquel para quien la persecución de la excelencia moral y de la sabiduría práctica es más que una frase, verá que ambas en la fortuna e infortunio de la existencia le ayudan a lograr su propósito. Comprenderá los errores que cometió, las causas psicológicas que lo llevaron a ellos y las consecuencias exteriores a que condujeron; y comprendiéndolo, sufrirá. Si este sufrimiento graba una nueva y más elevada actitud en su mente, ya no lo considerará como algo que debe evitarse sino como algo que debe ser aceptado. Si, al percibirlo, coopera consciente y deliberadamente en el proceso de gestación, obtendrá el triunfo. Del sufrimiento, juzgado apropiadamente, obtendrá un mayor poder para controlar su yo inferior y una mayor capacidad para comprenderlo. Cada nueva experiencia añadirá combustible a la llama de su creciente comprensión.

Llegará a este resultado por un cambio de proceder y entregándose fervientemente al estudio, rechazando la interpretación egoísta de la vida por una interpretación impersonal. Para los demás el sufrimiento sólo trae una conciencia embotada, mas a tal hombre le procura un ciclo de nuevo crecimiento. Cada vez que un angustiante dolor entra en su vida, ya sea por primera o cuarta vez, ya sea por un súbito cambio de fortuna que lo deja en peor situación o por eventos extraordinarios que no había previsto, ya sea el daño causado por un ser humano o las trágicas nuevas contenidas en una carta, ya sea una enfermedad dolorosa o un tremendo fracaso, instintivamente se hace estas preguntas: “¿Por qué me ha sucedido esto a mí?” o “¿Por qué esta persona ha entrado en mi vida?”, y luego reflexiona imparcial, fría y lentamente hasta que descubre su significación física o interior. Porque la vida no le hubiera traído esta experiencia si no le fuera debida, lo cual significa si no la hubiese ganado o necesitado. Tal análisis filosófico a menudo le demuestra que las causas responsables de estos sucesos externos estaban dentro de él. Despertado por el sufrimiento y capaz de eliminar defectos

o cultivar cualidades necesarias y así progresar, las transmuta en bienes. Cada defecto de carácter o insuficiencia de juicio termina por causar un déficit de felicidad. El problema de hacer una sensata elección o una sabia decisión no es fácil.

Los hombres ayudan a cambiar el curso de su destino cambiando la forma de su carácter, inteligencia o talento, o la forma, energía, salud y condición de su cuerpo. Si por inercia se aceptan tales como son, deben aceptar también el cumplimiento de su destino. Cuando la ley de recompensa establece este destino con duras condiciones de vida o desdichas innecesarias, se sienten insatisfechos por estos rigores. Si, en lugar de remediar estas condiciones o de desechar estas desdichas, aceptan reconocidos la justicia de esta ley, demostrarán sabiduría y acortarán el período de sufrimiento.

Cuando un hombre que sufre se da cuenta de que no puede mejorar un mal ambiente o que no puede deshacer la maraña de un mal karma, entonces debe enmendar la manera con que los juzga. Si no puede corregir rápidamente las circunstancias exteriores, al menos puede corregir su yo interior. Si no puede librarse de un ambiente inarmónico por el uso íntegro de un intenso esfuerzo y de una inspirada imaginación, debe aprender a contemplarlo con nuevos ojos. Es el uso que hace de sus sufrimientos lo que determina su valor para él. Al reconocer que sus faltas lo castigan y sus debilidades lo traicionan, con una actitud sabia e impersonal hacia sus dificultades —sean cuales fueren sus sentimientos personales—, tiene la posibilidad de convertirlos en bienes. Pero si permite que estos sentimientos lo arrastren a la amargura, el odio, el resentimiento, la malicia, el temor o el egoísmo, estará siempre en deuda con ellos. No es sólo una conducta inescrupulosa o la injuria a los demás hombres lo que con el tiempo trae una retribución. Los pensamientos acerbos y los sentimientos rencorosos, las ideas negativas y las emociones desequilibradas no sólo afectan la calidad del carácter de un hombre, si son fuertes y se prolongan por mucho tiempo, afectan también la calidad de su fortuna. Tendrá disgustos que de otra manera no hubiera tenido. Creará o mantendrá vivas enemistades que de otra manera no lo hubieran molestado. Si su experiencia de vida lo agrió, es seguro que su forma de pensar acerca de la vida tiene mucho que ver con este desdichado resultado.

Cuando la negatividad de una mente alcanza cierto grado

de fuerza, cierta profundidad de intensidad, o cuando su repetición se extiende por un período suficientemente largo, sigue a ella eventualmente una manifestación física. Las acciones de un hombre son en gran parte predeterminadas y su fortuna en gran parte predestinada por ningún otro poder o ser que él mismo. Las dos tienen su origen en su propia naturaleza. Puede considerar su desdicha como una derrota final y hundirse en la desesperación. O considerarla como un primer desafío y elevarse a la cumbre de la determinación. Al final, lo que importa es su *pensamiento*. Su actitud hacia esos sucesos no es menos importante que los sucesos mismos. El pensamiento creador viene primero; sus resultados visibles aparecen más tarde. Cuanto más fina es la calidad de uno, tanto más satisfactorio será el otro. Esto no es un mero sueño sino una sólida realidad. La experiencia adelanta este pensamiento y la historia afirma su verdad. Mussolini guardó un revólver cargado en un cajón de su escritorio varios años, listo para atentar contra su vida si las cosas le iban mal. ¿Hasta qué punto esta sostenida concentración de pensamiento en la muerte tuvo que ver con el hecho de que terminó su vida precisamente de esta manera?

No hay hombre que no pueda alcanzar cierto grado de mejoramiento en su carácter y sus condiciones, y a veces también en su salud. En todo hombre hay fuerzas creadoras latentes que sólo esperan que recurra a ellas para hacerlo progresar y ponerse a su servicio. Disraeli, en su juventud, cuando tenía quince años, utilizaba su imaginación creadora para imaginarse Primer Ministro de Inglaterra, y desde luego pudo llegar a ese cargo.

Cuando un hombre —hasta un pueblo— se encuentra en una terrible aflicción y en un apuro desesperado, habiendo hecho todo cuanto se podía hacer y sin poder salir de esta situación, le conviene estudiar un método universalmente empleado por los antiguos para buscar alivio y que todavía es usado por los orientales. Que se vuelva ascético por un tiempo, que se “cubra con un saco y cenizas”, como dice la Biblia en su pintoresco idioma, y por este debilitamiento del habitual orgullo de su ego y la humillación de su autosuficiencia, conseguirá el éxito invocando la ayuda de fuerzas superiores por medio de la oración. Tal expresión de su impotencia será más efectiva si la acompaña con una arrepentida plegaria, con el ayuno y el dominio de las

pasiones, o con una dieta escasa y otras disciplinas. Este procedimiento filosófico es un remedio heroico, y son escasos los que podrán seguirlo, pero los resultados son siempre buenos y a veces milagrosos.

A despecho de todos sus tropiezos y todos sus pecados, la humanidad sacará provecho de sus sufrimientos, su sangre y sus lágrimas, y debe aprender la gran verdad de que un proceso divino de compensación y justicia gobierna al mundo. La incapacidad de comprender tal ley cósmica y la negligencia en obedecerla tienen una mayor responsabilidad en las desdichas humanas que cualquier otra causa. Lo terrible es que tanta gente es incapaz de ver el vínculo que hay entre sus pecados y sus penas, que su experiencia dolorosa resulta inútil. Este fracaso se debe a dejarse engañar por el ciego ego y extraviarse por sus emociones más bajas. Es una verdad, aunque muchas veces oscurecida por multitud de sentimientos amargos, que el fracaso de las expectativas personales y las frustraciones de los deseos mundanales son muchas veces los medios que la vida utiliza para educar al ego y disciplinar su carácter. La incapacidad de percibirlo no malogra en realidad la experiencia, porque el subconsciente lo absorbe y lo recuerda. Un día, de alguna manera, le habrá dado su debida significación, por pequeña que sea.

En su lucha por lo que cree deseable, el hombre hace el mal o comete errores. Más tarde, el resultado de sus malas acciones recae sobre él en dolor y zozobras. No es extraño ni accidental que la misma penosa combinación de circunstancias parece repetirse en la vida de muchas personas diferentes. El hombre por lo general no es dócil a la voz de la razón ni obediente a las incitaciones de la intuición. Si quiere elevarse, primero debe adquirir experiencia. Su larga evolución obra proporcionándole desde el exterior una zona cada vez más amplia de experiencia y desde el interior aumentando el refinamiento de la conciencia. En el conflicto de las emociones humanas, se acerca a la intuición divina; en la lucha de las ideas humanas, a la inteligencia divina. Al final se dará cuenta que no hay otra manera de vencer el sufrimiento que la conquista del mal, la eliminación de la ignorancia y el desarrollo de la capacidad. El bien es el único poder verdadero y el mal un fenómeno fugaz como una nube. Al ceder al mal o al contentarse con la ignorancia, atrae el sufrimiento y el sufrimiento lo lleva con el tiempo a buscar el

bien, la verdad y la realidad. No puede andar por el camino de la vida con una felicidad provisional y un remedo de salvación. Las experiencias de la vida tienen para él un significado, un propósito y una lección. La encarnación terrenal se los procura y así le proporciona los medios para su autodesarrollo. Si este propósito se cumple, entonces el sufrimiento que acompaña intermitentemente estas experiencias sólo se puede calificar de mal desde el limitado punto de vista de las cosas. Obtiene el conocimiento al precio del así llamado mal, la experiencia al precio de dicho sufrimiento. De las vidas que repite en la tierra acumula diversas experiencias y pasa desde el error a la verdad. Todas estas cosas, tanto el bien como el mal, son al final los medios necesarios para desarrollar el carácter, nutrir la inteligencia y desenvolver la intuición. De estos frutos acumula las tendencias, el conocimiento, los instintos y la actitud que hacen de él lo que es. Aún más, con el tiempo su conciencia alcanza un nivel más alto.

La Naturaleza dirige sus operaciones hacia ese fin. La vida no es tan monótona ni tan fútil como parece. El sufrimiento de cada ente llega a ser un medio a través del cual evoluciona hacia una forma más elevada en su propia vida. Si llega a considerar cada experiencia como la oportunidad de lograr más sabiduría y así acercarse a la iluminación final, todo lo que le ocurre no dejará de dar frutos y le conducirá a un mayor acrecentamiento mental o moral. Y lo que tiene aún más valor es que lo acercará a la verdadera felicidad, cuya búsqueda consciente o inconscientemente es la más magnética de todas sus motivaciones. Pero si somos escépticos y no creemos que una ley moral gobierna nuestra existencia o que debemos cumplir un propósito espiritual, nos engañaremos por completo en cuanto a nuestras experiencias. Los sucesos que más tarde nos traen el sufrimiento nos regocijan y los sucesos que ponen un freno al mal y, por tanto, a un curso peligroso, nos entristecen.

Es lógico quejarse de las experiencias pasadas si al mismo tiempo tratamos de aprender la lección que nos enseñan, pero si no hacemos este esfuerzo, entonces carece de sentido. En el primer caso, construimos los primeros peldaños de nuestra ascensión con las piedras que nos hicieron tropezar. En el segundo, nos castigamos sin necesidad alguna. Podemos usar nuestras

penas para quemar las escorias del ego o para acrecentarlas. La elección queda en nuestras manos.

La mayoría de la gente sólo piensa en mejorar su fortuna, pero son pocos los que piensan en mejorarse. La filosofía no quiere comparar una actitud con la otra, porque reconoce que sus esferas son diferentes, pero hace hincapié en la locura de ignorar los valores elevados. Los hombres crean ciertos valores para sí mismos, pero las fuerzas evolutivas los obligan a aceptar otros valores. Mientras sigan demasiado obsesionados por sus fines inmediatos y dejan a un lado los fines últimos de la vida humana, sufrirán las inevitables consecuencias de su obsesión. Todos los demás errores son la consecuencia inexorable de éste, el error primario. Si deseáis el bien de otro hombre, lo mejor que podéis hacer es no desearle un aumento de fortuna, sino un aumento de sabiduría; no buena salud, sino una conciencia intuitiva del Yo superior. Con estas dos cosas —sabiduría y conciencia de sí— estará en una mejor posición para conseguir los demás, fortuna y buena salud.

La escuela de la experiencia dolorosa

Muchos se preguntan por qué Dios permite que una crisis mundial de tal amplitud oprima a la humanidad y deja pesar sobre ella la horrible amenaza de una tercera guerra mundial. Señalan que tanto la crisis como la guerra están preñadas de males y sufrimientos, y tan manchadas con oscuras y malvadas fuerzas y endurecidos e inhumanos pecados, que su efecto general embrutece y degrada a la humanidad. Cuanto peor es la situación mundial tanto más creen en su desesperación que Dios es indiferente a la humanidad o hasta que Dios no existe en absoluto. ¿Dónde —se preguntan— están las señales de la evolución espiritual en tales sucesos? No se puede dar una respuesta correcta a estas cuestiones a menos que libremos nuestras almas de la confusión que crearon, que es en sí el resultado de un punto de vista parcial y egotista, ya sea el parecer del grosero materialista o del religioso no iluminado.

Son demasiados quienes, debido a su compasión por los seres que sufren, se vieron llevados a la incredulidad o aun al odio a Dios que permite que exista tal sufrimiento. Pero que no se

apresuren en privar a Dios de su tan alabada benevolencia. Ni que crean, en su comprensión limitada, finita y vaga que la Inteligencia Infinita es capaz de cometer tales errores. ¿Acaso las primeras reflexiones no les sugieren que al menos una parte del dolor y pena de la vida no carece ni de significado ni de propósito en la Idea divina? ¿Nunca se les ocurrió a quienes dudan que la actitud normal hacia el sufrimiento, como también hacia la muerte, no es la actitud que la Inteligencia adopta hacia ellos? ¿Que una experiencia penosa no es ni mala ni buena, sino en relación con el carácter o la situación de la persona que la sufre? Por eso cuando pedimos en nuestras plegarias que nos libre del *mal*, ¿no dotamos al Espíritu Supremo de características humanas y así afirmamos inconscientemente conocerlo? Si pudieran forjarse una concepción del Poder Infinito en sus limitadas mentes, en el mejor de los casos sólo sería una ilusión del Poder, ya que este último es por completo inconcebible al pensamiento humano.

Un hecho admitido en todas partes es que la tensión nerviosa a que se vio sometida la gente en la crisis engendra el temor, la impotencia y hasta la desesperación. Es también un hecho conocido y natural el que los seres humanos busquen escapar a esta situación hundiéndose profundamente en una vida sensual y frívola, mientras que otros se entregan a devociones religiosas o místicas. El primer grupo sigue el camino más fácil para el ego, pero la escapatoria que halla es ilusoria y superficial, mientras que el segundo grupo sigue el camino más duro para el ego pero que al final es el que más ayuda. Aquellos que no siguen ninguno de estos caminos, ni siquiera el tercer camino, de sumergirse en esperanzas político-económicas, asimismo ilusorias y superficiales aunque de un modo distinto, caen en una apatía estólida y embotada.

Si uno de los propósitos de la vida humana en la tierra es el de desenvolver la espiritualidad y si un sector de la humanidad es impulsado por las presiones de la crisis y los sufrimientos de la guerra a buscar dicho desenvolvimiento, ¿por qué la Mente-Mundo habría de permitir tan drásticos sucesos? La misma Naturaleza que nos da templados veranos también nos da inviernos de un frío polar. Las mismas leyes universales que nos traen la luz del sol a mediodía también nos traen la oscuridad de medianoche. El mismo Poder que lleva a la infantil humanidad

en sus primeros y vacilantes pasos hacia la realización de sí, le permite también que se caiga y se lastime porque sólo así la humanidad aprenderá a caminar. ¿Quién se atrevería a negar que al menos un sector de la humanidad necesita el azote del sufrimiento para que le sirva de lección en su educación moral o de castigo por sus ciegos pecados o de estimulante para despertarla de su estancamiento y llevarla al movimiento evolucionario? Aquellos que se preocupan por descubrir lo que hay tras las apariencias en busca de la realidad, ven en los sucesos mundiales la reivindicación de la solicitud de la Mente-Mundo hacia la humanidad y la prueba de su presencia en el mundo.

La búsqueda de una escapatoria a los sucesos devastadores que se acercan cada vez más, sin intentar cumplir sinceramente el fin espiritual de la vida en la tierra, es vivir en un paraíso de tontos. La indiferencia que testimonia el hombre al llamado de la Verdad y su alejamiento del centro espiritual del ser, no pueden durar siempre. Se experimentaron las peligrosas tensiones de una guerra única para que por segunda vez el mundo tuviese la oportunidad de una gran iniciación. Esto podía y debería haber sido un proceso purificador para aquellos demasiado apegados a las cosas terrenas y a quienes no les importaba saber el porqué de su presencia en el mundo. Ya que el dolor y el sufrimiento nunca son bien recibidos y rara vez comprendidos, la voz del dolor se elevó en un gran lamento y resonó por todo el planeta. ¡A todos les fue ofrecida otra oportunidad para regenerarse, empero fueron escasos los que tuvieron conciencia de ello! Un intenso sufrimiento, si no se prolonga demasiado, no sólo ayuda a despertar a una nación letárgica o impulsa a un individuo inerte a ocuparse de sus asuntos abandonados, sino que tiende a despertar una voluntad latente.

Es absurdo afirmar que todas las aflicciones sirven a los fines del destino. Dejando a un lado las calamidades que son la consecuencia de nuestros errores y pecados; y también aquellas que el Yo superior emplea para forzar nuestro desarrollo individual o colectivo; y hasta las que son la consecuencia natural de la interdependencia de la humanidad, que nos afectan a través de la falibilidad y las imperfecciones de los demás hombres, es preciso admitir empero que existen algunas por completo independientes de nuestra voluntad. ¿De dónde vienen entonces? Aunque el sufrimiento de los seres humanos indica muchas veces que

se han alejado del camino recto, hay una parte siempre coincidente con la existencia humana. La aflicción que padecemos no es necesariamente la consecuencia del karma personal. Es la consecuencia de ser humano. Quien comprende ésta aseveración, comprende un cuarto de la enseñanza del Buda. Cuando señalaba el equilibrio precario en que descansa toda la felicidad humana, señalaba un hecho sensato. La verdad de su enseñanza sobre el carácter esencialmente doloroso de la vida se oculta muchas veces tras los placeres y gozos de la existencia. Se vuelve aparente a la mayoría de la gente cuando los horrores y tragedias de la guerra se hunden profundamente en su conciencia. Nuestra generación vio destacarse netamente el carácter trágico de la existencia. Vislumbró vagamente por propia y dolorosa experiencia lo que la filosofía siempre conoció por tranquila reflexión. Entre otras cosas la guerra y la crisis fueron duras e inolvidables pruebas de que el sufrimiento en este mundo está inseparablemente unido a la vida. En realidad está siempre con nosotros, si bien sin impresionar y sin imponerse. No es tan familiar que no nos damos cuenta de su existencia. Unicamente los hombres de pensamiento, que aman la verdad o buscan la paz, comprenden que está siempre presente, y buscan conocer su significado o escapar a su carga. ¿Cuál es el gozo que tarde o temprano no se mezcla con el dolor? Una felicidad que en algún momento no esté mezclada con la desdicha no se encuentra en ningún lugar de la tierra.

El flujo y reflujo de la fortuna y la riqueza, del placer y el dolor, son iguales para todos los hombres, tanto para los filósofos como para el vulgo. Nadie puede alterar esta ley natural, nadie puede ignorarla. Esta atormentadora alternación constituye la experiencia de la raza humana en general. Pero, mientras el filósofo trata de conservar su ecuanimidad en todos estos cambios, los otros no lo hacen o no pueden hacerlo. Débese esto a que los hombres cuya felicidad sólo existe cuando la acompañan cosas exteriores, no ha hallado la felicidad en absoluto. Porque la felicidad huye en cuanto se desvanecen estas cosas. Si con el tiempo el placer se convierte en dolor, si el gozo se transforma en una fuente de desdicha, entonces la felicidad que obtienen de estas emociones es tristemente limitada y patéticamente decepcionante. Los jóvenes pueblos de Occidente deben aprender lo que a los viejos pueblos de Oriente les fue enseñado por sus religiones y filosofías. No nos satisface gran parte de la vida terrena,

y sin hacer caso de sus circunstancias, nos damos cuenta de la imposibilidad de hallar la paz y la felicidad entre las cosas terrenales. Hemos amado demasiado a la actividad por sí misma, nos hemos enorgullecido demasiado de las cosas físicas y de las posesiones, estamos demasiado atados por nuestros deseos más bajos para preocuparnos por un punto de vista teñido con el pesimismo oriental y el desapego ascético. No comprendimos que ningún progreso científico en las circunstancias exteriores de la vida y ningún adelanto práctico en la manera exterior de vivir son suficientes en sí mismos para darnos una satisfacción duradera. Si los demás hombres no se interponen en nuestra alegría, si la misma Naturaleza no se interpone, entonces el Destino, con sus incertidumbres y cambios, se interpone. Es preciso comprender que dentro de nuestro corazón hemos de pasar de la sola dependencia de las cosas exteriores a la verdadera satisfacción que trae la dependencia de las cosas interiores. Debemos crear en nosotros un estado mental que por sí mismo nos dará la paz y la felicidad que el mundo tantas veces nos niega. Pero dicho esto, es preciso recordar, como lo pueden atestiguar los hombres que trajinan en los trópicos, que la vida es sufrimiento, tal cual lo dijo el Buda a los indios, pero esta sabiduría que debería ser aceptable a los euro-americanos, ansiosos, ambiciosos y amigos de la buena vida, les parece una cosa carente de sentido.

Aquel que reconoce que el poder que está tras la vida es benéfico y que hasta los males que experimentan terminan por convertirse en un bien evolucionario, llega a ser un soñador optimista. Por otra parte, aquel que reconoce que la tierra no es nuestra morada eterna, que toda la experiencia humana lleva la impronta de la transitoriedad, la imperfección y el cambio, se convierte fácilmente en un observador pesimista. Hay un tercer tipo que piensa que la vida mundanal es una fuente de alegría, pero al llegar a la vejez muchas veces piensa que es una fuente de dolor.

El filósofo, empero, no permite que su creencia en la bondad última de la vida lo impulse a un optimismo extremado, ni que su creencia en la maldad de la vida lo lleve a un pesimismo extremo. Intelectualmente, concilia y contrapone los dos puntos de vista; espiritualmente, alcanza una percepción de los fundamentos sublimes y libres de pesares de la vida. Esto lo eleva por encima de la superficialidad del optimismo y de la tristeza del

pesimismo, y hace que pueda conservar su paz interior. ¿Es posible lograr una felicidad a la cual la fortuna no pone restricciones y que nunca cede ante un cambio de circunstancias? Los filósofos dicen que, si proseguimos nuestro cuádruple sendero hasta su feliz término, obtendremos de seguro tal felicidad.

Ya sea un reflexivo estado de ánimo inspirado por el arte, la naturaleza o la lectura, o un instante de relajamiento propiciado por una extrema felicidad, algunas personas sienten vagamente que debe de haber algo más grande y noble que las cosas tristemente limitadas de la tierra, que es lo único que conocen. Pero sólo cuando el sufrimiento o la escasez destacan el tremendo contraste que existe entre las dos, este sentimiento les impulsa a preguntarse si no valdría la pena hacer algo y así satisfacer este anhelo cuya expresión más plena es el camino que conduce al alma, a la búsqueda del Yo superior.

La muerte es la única cosa en la vida de la cual tenemos una certeza absoluta. Ya hace más de mil años que Sankara, el sabio indio, observó que en verdad es insensato quien pierde su preciosa posibilidad de lograr la salvación conferida por el hecho de haber nacido hombre y de no saber aprovecharla. Sin embargo, en nuestro paso de la infancia a la adolescencia y de ésta a la madurez y a la edad proveyta, preocupados como estamos por nuestras cuitas personales y los placeres físicos de la vida, rara vez creemos necesario emprender la búsqueda de una salvación más elevada, la cual proviene del conocimiento y de la entrega a la verdad impersonal acerca de nuestra existencia en la tierra. Débese esto a que la vida terrena nos ata de pies y manos y a que nuestra ignorancia espiritual nos ciega. Pero, al final, ya no podremos rehuir más su búsqueda, del mismo modo que no podemos dejar de comer. Porque es una necesidad inexorable de nuestro ser interior. Que nos guste o no, andamos por una vida regida espiritualmente, pero, si no somos capaces de hacerlo voluntariamente, tendremos que andar a reculones, con todas las desventajas que entraña tal movimiento.

Por una parte hay un largo y duro camino que conduce a la verdad y, por la otra, un camino duro y corto. El primero es aquél de quienes se dejan llevar por el tiempo, por la presión evolucionaria de la Naturaleza y por el resultado de nuestros pensamientos y acciones. El segundo es aquél de quienes se encaminan directa y voluntariamente en la búsqueda de la verdadera meta.

El primero explica lentamente el significado de aquellas partes de la experiencia que son desalentadoras. El segundo trata de llegar deliberadamente a la raíz e impedir que sigan creciendo. Podemos escapar al dolor de distintas maneras, incluso aquella que se oculta tras la negativa de creer que algún día nos tocará; pero, como un fantasma, sigue persiguiéndonos. O podemos enfrentarlo, estudiarlo y comprenderlo por medio de la percepción filosófica, y entonces lo conquistaremos interiormente para siempre y exteriormente lo evitaremos cuantas veces sea necesario.

Cuando, en virtud de vidas prenatales más elevadas, un hombre es capaz de seguir un curso más puro, más sabio y más espiritual pero se niega a hacerlo, entonces el Yo superior se dará a conocer, de una manera o de otra, para que pueda recapacitar. Puede desencadenar una serie de eventos derivados del karma que producirán un abrupto cambio y le mostrarán en una forma viva y forzosa la insensatez del curso que sigue. O le ofrecerá una atrayente oportunidad tras otra, pero que siempre terminan en el desencanto, la desilusión o el dolor. O hará que pierda todo en una catástrofe, y así por primera vez pueda hallarse a sí mismo. Tal consecuencia revolucionaria es desde luego no sólo cierta para el individuo destinado a emprender la búsqueda en esta encarnación sino para toda la humanidad en todos los tiempos. Pues bien, a veces en la cúspide de sus mayores éxitos, otras en lo más profundo de sus mayores placeres, hará que el hombre que tuvo el privilegio de lograr una vislumbre de lo Real —por más breve que haya sido— perciba súbitamente las limitaciones del éxito o la insatisfacción del placer. Tal pensamiento se repetirá continuamente, como una intuición mentalmente depresiva y que paraliza la acción. Es por cierto un mensaje trascendental enviado por su yo elevado, y cuya respuesta salvará o destruirá el resto de su encarnación.

Todas las diversas experiencias de nuestra existencia, tanto las satisfacciones como los desengaños, nos benefician al impulsarnos a buscar una respuesta a la pregunta: “¿Cuál es el propósito más elevado de la vida?” Cuando descubrimos que, junto con la alegría que las acompaña, estas experiencias en el mundo exterior dañan nuestros sentidos y lastiman nuestros sentimientos, y que la alternancia es su constituyente inevitable, ya estamos interiormente preparados para la idea de buscar la perenne felicidad del Yo superior.

¡Cuán escasos son aquellos que se muestran más fuertes que los goces de la vida! Empero son los únicos que son más fuertes que las penas de la vida. ¡Tantos buscan apasionadamente las sombras de la vida y no reparan en su sustancia mística, mientras que son muy pocos quienes reflexionan sobre el viaje de la vida! Tal reflexión mostraría que buscamos la felicidad únicamente porque no la tenemos, aunque deberíamos poseerla. Esta afirmación es tan cierta para el hombre más brutal y de mayor animalidad tanto como para el hombre más refinado y adelantado. Esta necesidad es la primera de todas. ¿Por qué? La filosofía contesta: "Porque la verdadera esencia de la personalidad es el alma divina. Porque el alma existe permanentemente en un estado de felicidad ininterrumpida. Porque, aunque hallemos todo cuanto deseamos física e intelectualmente, no estaremos satisfechos, seguiremos buscando la felicidad, por la sencilla razón de que no hemos encontrado aún el alma. Porque lo sabemos inconsciente e indirectamente, y por eso, siempre esperamos y nos apegamos a la vida a despecho de todos los sufrimientos y luchas que nos trae. Porque cada vez que observamos el número infinito de seres, tanto humanos como animales, que se aferran desesperadamente a la vida hasta en las más horribles condiciones, observamos también cómo se evidencia el reconocimiento inconsciente de que esta encarnación terrena posee valor, propósito y significación más allá de cuanto es inmediato.

¡Qué escasos son los hombres que, en esta edad inmadura de búsqueda de todo lo exterior, se dan cuenta que los tesoros de la bienaventuranza, la satisfacción y posesión estén realmente en ellos mismos! El sentimiento de ser incompleto, inacabado e imperfecto los persigue; gran parte de sus inquietudes no tienen otra causa. Pero aunque busquen alivio a sus males, aunque se encaminen por diversas vías para encontrar la felicidad, no pondrían fin a sus inquietudes mientras no emprendan la búsqueda final. Aunque crean que están buscando la felicidad a través del cuerpo físico, de hecho la buscan a través de la mente espiritual. Es así y debe ser así a causa de la constitución de su propia naturaleza. Por eso tan pronto como un deseo es satisfecho, surge otro que lo reemplaza. Así, la sed del embriagado que pide beber más, es en verdad sed, en un nivel inferior y físico de desarrollo, de la bienaventuranza del Yo superior. Todos los hombres están empeñados en esta búsqueda del segundo yo, y son muchos los

hombres que se empeñaron de una manera completamente inconsciente. Buscan una felicidad estable en distintas vías transitorias. ¡Cuán escasos son aquellos que comprenden que la necesidad del yo divino es una necesidad permanente! La mayoría desea gozar de la vida a su manera, la que muchas veces depende de cosas exteriores o de otras personas, no de la manera filosófica, que aunque tiene en cuenta a las cosas o a las personas, es interiormente independiente de ellas. Todos los deseos que perturban son desechados y sólo se alcanza un reposo emocional permanente cuando se ha llegado a la meta.

La serena felicidad del alma nunca puede ser destrozada por la angustia y la desdicha de su sombra, la persona. Ni la pena ni la pasión, ni el temor ni el dolor pueden llegar a ella. La parte de su ser que siempre está en el cielo es el Yo superior. La parte que desciende para sufrir y luchar en la tierra, es la personalidad. Las dos están indisolublemente ligadas, aunque la ignorancia sólo ve a la persona. Esta separación del Yo superior en la conciencia es la causa fundamental, aunque oculta, de la perenne búsqueda de la felicidad, una vez en pos de algo o una persona, luego en pos de otra o de otra persona. Pero una felicidad a la que no acompaña o sigue el dolor, no la encuentra nunca el hombre. ¿Cómo podría hallarla si no existe en ninguna cosa o ningún ser exterior? Su anhelo no será nunca satisfecho a menos que sea desviado y satisfecho por el trascendental Yo superior. A través de sus sucesivas apariciones en diferentes cuerpos, está buscando la plenitud, la benevolente felicidad y el bienaventurado cumplimiento de la unión con su naturaleza más elevada. Cuando descubre y acepta por fin que las cosas terrenales son transitorias y contradictorias, que el placer está atado al dolor, y convierte su búsqueda en una búsqueda consciente, se dice de él que entró en la Búsqueda.

Todas las formas de vida en este mundo, al ser finitas y limitadas, incluyen el sufrimiento. Pero la vida en el mundo celestial, que no es un lugar distante sino un estado interior, que se puede encontrar aún antes de la muerte, es gloriosamente libre y por tanto carente de sufrimiento. Las seis cosas mencionadas en la primera página de este capítulo, que siempre se desean pero que nunca se encuentran en la tierra, son tan esquivas precisamente porque pertenecen al cielo. Pero el cielo es un estado de la mente. Es en realidad la mente en su ser más puro. Por lo

tanto el hombre puede alcanzarlo aquí y ahora mientras lo busque en la región del pensamiento y el sentimiento y no se limite a la región de la carne y la sangre. "La causa de la felicidad o de la desdicha no es sino uno mismo; es una idea de la mente", nos enseña Krishna, el mensajero divino, en otro antiguo texto indio, el *Srimad. Bhagavata*.

CAPÍTULO VII

LA VOLUNTAD DEL HOMBRE Y LA VOLUNTAD DE DIOS

Los religiosos llaman a Dios, "El Misericordioso", pero sería igualmente correcto el empleo del epíteto opuesto, "El Implacable". Porque si agradecen a Dios las cosas placenteras y los sucesos felices, tendrían que agradecerle lógicamente las cosas desagradables y los sucesos infortunados. Pero no lo hacen. Sería más sensato, por tanto, dejar de atribuir ambas cosas a Dios y atribuir-las a su verdadera fuente, la que casi siempre reside en nosotros. La gente que pide la bendición divina, ya sea directamente a Dios o a uno de los santos de Dios, por lo general la pide en forma de beneficios materiales y ventajas mundanales. Esta gente no comprende que la bendición divina puede llegar a través de las penas físicas y de las desdichas mundanales, como también por caminos más agradables. Basta reflexionar un poco sobre acontecimientos pasados para discernir el bien en un mal aparente. Keats, con la intuición de un poeta espiritual, lo sintió también. "¿No comprende usted —escribió en una carta— cuán necesario es un mundo de dolor y desdicha para educar a la inteligencia y hacer de ella un alma?"

Los que sufren hoy serán quienes buscarán mañana. Cuando el corazón no quiere abrirse por propia voluntad, debe romperse para admitir a Dios. Cuando la vida de un hombre ha roto sus amarras, entonces el ego tiene que padecer. Porque al desvanecerse su propio dominio personal, sólo entonces se levanta la llama divina. El método que emplea la Mente-Mundo para atraer al hombre, y de ahí para hacerlo progresar, la misteriosa terapia de la gracia divina, incluye el sufrimiento como uno de sus rasgos.

Si la mano del hombre es responsable de su propia desdicha o de la ajena, la mano de Dios es en *última instancia* responsable de todo cuanto sucede. Porque la sabiduría divina ha decretado las leyes que a su vez decretan que el hombre ha de pasar por el dominio de la aflicción antes de alcanzar la paz.

Conoceremos el significado del sufrimiento sólo cuando seamos capaces de conocerlo en su totalidad, tanto las partes brillantes como las sombrías. Algunos, como Mary Baker Eddy, que percibió correctamente su inaplicabilidad en el plano superior, se equivocan al negar su existencia en el plano al cual corresponde, es decir en todas partes salvo en la Idea divina. Otros, como Charles Robert Darwin, se empecinan en mirar sólo el lado oscuro del cuadro y ven la tierra con sus animales salvajes y luchas biológicas, y no el alimento o las flores que les proporciona generosamente. Los dos lo ven en una perspectiva limitada. Además otras personas, que siguen hablando de la crueldad de la Naturaleza hacia el hombre, deberían preguntarse si alguna vez fue tan cruel para con el hombre como el hombre es cruel para con sus semejantes. Si en las providencias de la Naturaleza hay más crueldad de cuanto aprueba el hombre, es preciso que comprenda que quizá no halló otra manera de cumplir sus designios. Si su corazón sigue protestando, que su cabeza se incline, reconociendo que está en presencia de una sabiduría que es inexpressablemente infinita. Si las leyes que gobiernan este universo no fueran benéficas, no habría esperanza para la humanidad. Pero, al contrario, sobran las razones para una esperanza final.

Es preciso que recuerde que los males y dolores de la vida son pasajeros y relativos a los bienes y goces de la vida. Su propia existencia es finalmente controlada por las leyes divinas y usada en la obra universal que se fundamenta en lo divino. Tales complementaridades y relatividades son la consecuencia necesaria para que esta obra se reinicie, cada vez que un período cósmico se renueva. ¿Cómo podría llegar a existir algún universo sin la dualidad, el mal y el bien, la luz y la oscuridad, la alegría y la pena que lo acompañan? Esta dualidad es el lado inevitable y trágico de su manifestación. La existencia de un contrario es la consecuencia necesaria de otro. Aquellos que piden un mundo carente de dolor no comprenden que piden asimismo un mundo carente de gozo. El flujo y el reflujo de los contrarios de gozo y angustia, posesión y pérdida, da al hombre el sentido de los

valores que de otra manera nunca lograría en tan alto grado. Cualquier experiencia provee el equilibrio necesario para una experiencia contraria. Todo esto ayuda al hombre a forjarse una estimación justa de la vida corpórea y de los valores terrenos, una percepción más verídica de su transitoriedad, y así lo induce a tener conciencia de la vida espiritual.

Negar un lugar al sufrimiento en el plan divino porque lo justipreciamos únicamente según nuestros sentimientos humanos y finitos, es disminuir nuestra evaluación de la sabiduría divina. Sólo vemos una parte y deploramos el mal y el dolor que la oscurecen. No hay lugar para estas feas sombras en el sublime Yo superior; pertenecen únicamente al mundo de las apariencias. Aquí existen trágicamente; allá ni siquiera pueden existir. Esta es una situación paradójica. No pueden ser negadas, como lo hacen algunos soñadores, pero la realidad que está tras ellas, el Poder original que está tras el mismo universo, es bueno en el sentido más elevado. Si pudiéramos contemplarlo en su totalidad, descubriríamos que el Beneficente y el Beatífico nunca fueros destronados. El hombre carente de luces sólo ve la miseria del mundo, mientras que el filósofo ve la miseria y la melodía que se oculta tras ella. La pena y el dolor no representan toda la verdad de la vida. La pena es la eterna Bienaventuranza que se perdió temporariamente. El dolor es la eterna Paz momentáneamente oscurecida. El amor tranquilizará la agitación humana; la luz se derramará sobre la oscuridad del mundo. Una infinita sabiduría es inherente a la Idea cósmica que la agitación y la oscuridad pueden ocultar momentáneamente a nuestra percepción pero que nunca podrán borrar completamente.

La Mente-Mundo es el origen de la Vida. Nuestro universo no está muerto, es un universo viviente, porque es un universo mental. Todo el movimiento creador de este maravilloso cosmos es un monumento conmemorativo a la Mente oculta cuya presencia le dio origen. La expresión de su genio se encuentra por doquier. Esta Mente por ser única, y no dos o tres, sólo puede manifestarse en una sola clase de inteligencia. No es más elevada en algunos lugares y menos elevada en otros. En todas partes, en cada lugar del cosmos y tras la vida de cada una de sus criaturas, esta Mente suprema, infinita y omnisciente está obrando. Y porque es una inteligencia infinita, da origen a una Idea del Mundo infinitamente inteligente. En verdad, las evidencias son abru-

madoras de que esto es así. Si la razón requiere un principio de orden tras el obrar de la Naturaleza, la intuición del místico tanto como el discernimiento del filósofo lo encuentran. El hombre no puede acrecentar su conocimiento del obrar interior de la Naturaleza sin acrecentar al mismo tiempo su veneración por la estu-penda sagacidad de la Naturaleza. Al descubrir la mente las primeras señales de su existencia detrás de las cosas se queda en sorprendido silencio, y mucho más al descubrir su plena presencia.

Es imposible separar el mal y la desdicha del mundo de su conocimiento y soberanía. Aun cuando no comprenda la desdicha ni condene su horror, un hombre puede llegar a aceptar la lógica de su existencia y con esto la lógica del universo, lo cual le hará conocer una gran paz. ¿Es tan duro desarrollar la capacidad de aceptar ciertas cosas cuando la razón le muestra la infalible sabiduría de lo que hasta ahora comprendió, cuando la intuición le dice que el amor reside en lo más hondo del rayo de Dios —el alma— y cuando la revelación le hace haber que todo cuanto nos comprende es esencialmente bueno?

Muchos hombres objetan que el exceso de sufrimiento no cumple su propósito al ocultar la lección que debe impartir, que un castigo que no se conoce ni se comprende como tal pierde su efecto moral y traiciona su propósito benéfico. Esta crítica se aplica en especial a las consecuencias diferidas de las acciones que se hicieron en nacimientos anteriores, aunque no menciona que quien resiente el pago de un error cometido en una vida anterior de la cual no recuerda nada y que por lo tanto lo considera injusto, acepta sin discusión alguna las ventajas y beneficios que derivan de las acciones rectas cumplidas en esas mismas vidas.

A estas objeciones debemos contestar primero que si el sufrimiento fuese el *único* método aplicado al ego para su desarrollo espiritual, se podría acusar con justicia a la divina Idea de ser más bien brutal que educativa. Pero la evolución de la mentalidad y carácter del hombre se desarrolla de dos maneras. Obra desde el exterior a través de su ambiente y desde el interior a través del corazón. Por eso junto con la experiencia del sufrimiento, es impartida una bondadosa instrucción para explicar su significado. Esta es impartida exteriormente por maestros humanos mediante las religiones y filosofías, e interiormente por el alma misma mediante intuiciones directas y razonamientos válidos. Ya que la

adversidad y el dolor sólo enseñan una sabiduría negativa, la necesidad de lograr una comprensión creadora de la vida sigue en pie. Por consiguiente aquellos que se habían elevado a la cima del conocimiento interior de las cosas, son enviados de vuelta al mundo o vienen voluntariamente, o son traídos de planetas más elevados para señalar a los hombres los caminos y las verdades más positivas. El sufrimiento por sí no instruye al hombre ni reforma el carácter. Su obrar debe ser complementado y completado por la iluminación interior y por la iluminación exterior. En el primer caso, la calidad del pensamiento y la intuición que trae el sufrimiento, contribuyen al efecto educativo. En el segundo caso, la calidad de la enseñanza espiritual que recibe y la interpretación espiritual que le da, producen el mismo resultado. Sus propias reflexiones sobre el sufrimiento, o sobre la enseñanza de otros hombres relativa, son para él verdaderas lecciones. Profetas, maestros, sabios, santos, filósofos y místicos inspirados surgen entre nosotros en todos los siglos, y una parte de su misión es precisamente la de aclarar el significado de estas lecciones. Los hombres no se preocupan por escucharlos porque no relacionan la exposición impersonal de estas lecciones con su propia vida. Pero esto es su deber y responsabilidad, no la del maestro. Las falacias de su interpretación inconsciente del significado de la vida les serán señaladas por otros sucesos penosos si no muestran disposición alguna a que se los señalen los maestros humanos.

Esto nos conduce a la segunda respuesta, la cual nos enseña que la oscuridad misma de todo vínculo causal entre el pecado y el sufrimiento, o entre la ignorancia y el sufrimiento, o entre la incapacidad y el sufrimiento, es intencional y deliberado. Por cuanto obliga a quien sufre a hacerse la siguiente pregunta: "¿Por qué me sucede esto?" En la búsqueda de una respuesta satisfactoria desenvuelve lentamente su intuición y desarrolla su inteligencia. El sufrimiento pasa pero las facultades permanecen. Esta situación se torna entonces en un recurso que las saca de su latencia y cumple una parte importante de su evolución general. El sufrimiento sigue siendo su maestro mientras no acepte ser enseñado exteriormente por profetas, videntes o sabios, así como interiormente por una recta reflexión e intuición. Si no quiere prestar atención a estos maestros divinos, entonces debe prestarla a las desagradables consecuencias de sus propias acciones equivocadas o deficiencias personales. Si no quiere corregir en su

persona las faltas resultantes de errores intelectuales y equivocaciones éticas, si se niega a aprender las lecciones de la historia y la religión, de aquellos dotados de discernimiento o inspirados por la revelación, tanto la lección de que las malas acciones no son remuneradoras como la necesidad de desarrollar lo que no tiene, y si no es capaz de aprender de otra manera, entonces la vida no tiene otro recurso que enseñarle a través de la angustia personal o la ignominiosa humillación.

Tiene profunda significación el que la Cruz, que es el emblema del dolor y la pena, sea al mismo tiempo el emblema de la salvación. Cada hombre está aquí en la tierra para lograr la conciencia de su yo superterreno. Hasta que no cumpla su tarea, será arrastrado a través de distintas experiencias en muchos nacimientos, experiencias que a veces están punteadas con pena, dolor y desengaño, y teñidas otras veces de alegría, placer y felicidad para que pueda soportar la vida. Por cierto, la cumplirá a pesar de todas las detenciones y altibajos, porque la ley eterna, el principio viviente de su propio ser, lo forzará a hacerlo. Se embarcará conscientemente en este camino porque al final descubrirá que es la única manera de alcanzar una felicidad deseable. El divino Yo superior no le persigue como un ardiente amante persigue a su amada. Pero tampoco se mantiene apartado e indiferente. Lo espera pacientemente en su corazón para darle la bienvenida, sabiendo que su poder de atracción magnética lo hará venir, como sus propios valores espirituales evolucionarios lo impulsarán a buscarlo, y la enseñanza y el sufrimiento harán que por último tenga conciencia de su prescindencia. Tal paciencia es inconmensurablemente justa porque el amor es inconmensurable. El amor divino sólo es limitado por su no aceptación y su falta de receptividad. Y porque es un amor increíblemente paciente, no quiere ni tampoco lo *compele* a no alejarse de su servicio para ir en pos de las atracciones terrenas, y este no alejarse es la primera forma que adopta la no aceptación o la falta de receptividad. Si la salvación es forzada, si el libre albedrío no tiene parte en ella y no coopera con ella, nunca será una verdadera salvación.

“Quien salva todas tus dificultades es el recuerdo de mí”, dijo un profeta de Medio Oriente. Lo único que se pide a todos los hombres es cambiar de rumbo, variar la dirección de su perspectiva y hacer frente al Yo superior. Todos los hombres

están destinados a la iluminación. Una vez que encontraron esta presencia, sintieron esta inspiración, se rindieron a este poder, los acompañará serenamente a través de todas las dificultades y crisis, de las luchas y altibajos que acompañan a la vida. En esta liberación del yo de sus propios deseos, encontrará la realización de sí, la verdadera felicidad que sus mismos deseos buscaban inconscientemente. Con el tiempo llegará a sentir que éste es el elevado propósito para el cual vino al mundo y que todos los demás propósitos le tomaron más tiempo y energía de lo que merecía.

La búsqueda humana de la felicidad se ve frustrada demasiado a menudo por horribles circunstancias físicas, alguna condición, falta o defecto. Finalmente, el ente humano es llevado hacia lo *no físico*, es decir, hacia la religión, el misticismo y la filosofía. Y así comprendemos el incommensurable valor que tienen para el hombre (en grado ascendente) y las importantes consecuencias para su manera personal de juzgar al mundo. Porque para el sufrimiento, como para los viajes, se gana lo que se aporta. Nuestra equivocada conducta de vida es el resultado natural de nuestro imperfecto concepto de vida. Sin la guía de una enseñanza espiritual, desaprovechamos nuestras pocas oportunidades, perdemos nuestros preciosos años y empleamos mal nuestras limitadas energías. Pero en cuanto empezamos a modelar nuestra conducta según sus principios, nuestras inarmonías personales desaparecen. Una comprensión espiritual de la vida, la que logra su mejor forma en la filosofía, mitiga el dolor y hace más ligera la lucha por la vida. En horas de dificultades o peligro, en el dolor de las emociones o de la carne, derivamos una inapreciable ayuda dejando que la mente capte sus grandes verdades y meditando fervientemente en ellas. En todo momento, reflexionar en ellas trae un gran beneficio. Su estudio imparte una forma significativa al flujo de los cambios de la vida que de otra manera carecerían de sentido y finalidad.

Errores comunes concernientes al abandono de la vida

Nada de lo que hemos dicho en las páginas anteriores deja el menor lugar a la indiferencia o a la dureza en cuanto a sus resultados prácticos, ni tampoco impide que se extienda la mano en simpatía y ayuda a quienes sufren. Ni se debe deducir de ello

que la filosofía busca el autosufrimiento, la privación y el martirio de sí; aquel que lo hace, está muy equivocado. Porque nunca deja de recordar que si existe el dolor y la pena en el movimiento de la vida, también existen la gracia y la misericordia, el perdón y el amor en el corazón de la vida. Nada de lo escrito puede conducir a la conclusión equivocada de que es preciso dejar de cultivar la simpatía hacia quienes sufren, ni detener la mano que trata de mitigar el sufrimiento.

Los mensajeros del Ser Infinito como Jesús y Buda no podrían haber traído la piedad y enseñado la bondad si el Ser mismo fuera realmente cruel. Si ya no sufrían por sí mismos, sufrían para los hombres. La pena es un sustitutivo. Pero cabe notar que no pensaban tanto en el cuerpo de la gente como en su corazón y mente, y que no compadecían tanto los sufrimientos físicos como la ignorancia moral; su compasión iba más a las causas, que no se habían tenido en cuenta, que a sus efectos.

Una filosofía verdaderamente mística no abraza gozosamente las penas de la vida. Reconoce que si la felicidad es principalmente una condición interior, no puede ser separada de las condiciones exteriores; que el materialismo que toma a la ligera la voluntad humana y todo cuanto atañe a las circunstancias del hombre es tan desequilibrado como el idealismo que hace exactamente lo contrario; y si nuestra manera de responder al mundo exterior es importante, lo que el mundo exterior nos hace no es menos importante.

Ni tampoco tiene mucho que ver con la actitud que insiste en la necesidad de sufrir la desdicha porque la acepta siempre como un decreto inevitable de Dios, o la que espera en la impotencia la llegada de Dios para que nos libre de nuestras dificultades. Muchos maestros místicos de Oriente y hasta algunos de Occidente han enseñado justamente la virtud de dejar a Dios la administración del universo, sin tratar de inmiscuirse en sus operaciones y teniendo la sabiduría de creer que Dios sabe mejor que nosotros ocuparse de sus asuntos. Como consecuencia de esto, adoptan y predicán a los hombres el culto de un completo indiferentismo social y personal, aceptando con total resignación todos los sucesos como expresiones de la voluntad de Dios. Enseñan a sus fieles a someterse y aceptar todos los eventos sea cual fuere su carácter, y abstenerse de inmiscuirse en el curso de los acontecimientos en supuesto servicio a la humanidad.

Tal consejo, dado sin restricciones ni calificaciones, de someterse ciegamente a todas las circunstancias, porque es la voluntad de Dios, a veces es sensato pero otras es peligroso. La historia de la religión es muy elocuente en este punto. ¡Cuán a menudo el sacerdocio egoísta, por servir los intereses de un grupo desacreditado o de un monarca despótico, ordenó a los sufrientes hombres y a las atormentadas mujeres no poner remedio a sus tribulaciones y soportarlas sin resistencia alguna porque tal era la voluntad divina! ¡Cuán a menudo las energías que podrían haberse dedicado a mejorar las condiciones quedan sin empleo en la inútil esperanza de complacer a Dios! Esta débil disposición fue explotada durante mucho tiempo en la India para afirmar que las castas —originariamente un arreglo sensato y flexible— era una institución de orden divino, rígida e inalterable, así como se la aprovechó en la Europa medieval donde se creía que cada hombre había nacido en el lugar y la clase que le correspondía, por encima de la cual no tenía posibilidad alguna de elevarse.

La filosofía admite libremente que algunas circunstancias, eventos y sucesos, ya sean placenteros o dolorosos, son en verdad divinas órdenes, y al final conviene más no oponerles resistencia alguna. También nos dice que otras son diabólicas por su origen y por cierto deben ser resistidas. De otra manera, nos pueden conducir al error y al desastre, o alentar a quienes les dieron origen a cometer más crímenes. Asimismo, algunos eventos son la dulce fruta del buen destino y por tanto representan una oportunidad que debe ser aprovechada. Pero otros son la amarga fruta de un mal karma, y por tanto representan trampas, añagazas, caídas o dificultades contra las cuales hay que ponerse en guardia. La actitud correcta es flexible: no se trata de asumir rígidamente y en todo momento una complacencia fatalista que convierte a una persona en la presa pasiva de los eventos o mostrar una atrevida determinación para dominarlos.

Evidentemente, la vida de una persona no está en sus propias manos. Todos estamos en las manos del Yo superior. Pero el consejo dado por los religiosos y místicos a sus discípulos es el de ceder a los eventos porque éstos son la actualización de la voluntad de Dios, resignarse sin resistencia a todo cuanto sucede porque hacer lo contrario es prueba de egoísmo ignorante, y la filosofía no lo acepta sin modificaciones. En verdad no cabe duda de que se presentan situaciones para las cuales no hay otro

recurso que someterse humildemente a la voluntad de Dios con la fe de que la sabiduría de Dios se vincula a ellas. Es asimismo cierto que al final Dios hace que todas las circunstancias, todos los eventos cooperen en la intención divina para el progreso del universo. Pero esto no justifica que se acepten siempre, y ciegamente, como si fuesen la voluntad inmediata de Dios. A veces suelen no serlo. Puede deberse a la voluntad del hombre. El error de quienes desean una sumisión universal a todos los eventos tristes y aciagos, porque representan la voluntad divina, es el de olvidar que si nos sometemos sin inteligencia, sin criticarlos y sin comprenderlos, si no estudiamos el significado o la lección que se ocultan tras cada experiencia, Dios puede enviarnos las mismas dificultades una y otra vez. Porque la ley de recompensa de Dios es lo que realmente nos envía tantas experiencias.

Nuestras tragedias y dificultades no ocurren por casualidad. Una ley divina hace que tengan lugar como reacción a nuestros pensamientos indignos, que sean correlativas a nuestros deseos impropios y hechos insensatos o la consecuencia de nuestro desequilibrio personal. Esta ley no forja una cadena de fatalidades para mantenerlos esclavizados. Lo que hace es desarrollar de una manera particular una situación que, cabe recordarlo, fue creada por nuestro pensar y obrar anterior, si no hacemos nada después para que se desarrolle de otra manera. La mera aceptación de las penosas consecuencias de un mal karma no es suficiente. La resignación pasiva al inflexible decreto de la voluntad de Dios no basta. Es preciso agregar la comprensión a la aceptación, a la resignación. De otra manera, sufrimos ciegamente y nos privamos de gran parte del provecho que se oculta tras nuestra pena. La aceptación pasiva por los supuestos devotos religiosos y místicos de condiciones tan dañinas como si fuesen la voluntad de Dios, merece ser calificada de patética señal de su bancarrota intelectual. El resultado práctico de todo esto es que consideran el estarse sin hacer nada, es decir, la espera de que las cosas caigan del cielo, como la más elevada clase de conducta humana. Los peligros que acechan esta actitud pasiva son serios. No es el menor de ellos el de dejar la vida librada a la casualidad y la voluntad a las circunstancias.

Los sostenedores extremistas de la no resistencia ignoran la necesidad evolucionaria de cultivar la inteligencia tanto como la voluntad. La forma en que se hace frente a las situaciones ex-

ternas y a los eventos mundanales dependen de estos dos factores tanto como de nuestras normas morales. Aceptar totalmente y resignarse pasivamente cada vez que ocurre algo o nos hallamos en una situación difícil porque creemos que expresan la voluntad de Dios, nos priva de la posibilidad de desarrollar la inteligencia y ejercitar la voluntad. Pero tal actividad es parte de la divina Idea evolucionaria hacia la humanidad. La ciega aceptación de cada acontecimiento, la sumisión apática frente a cada situación, y la piadosa entrega a los males remediables significan en realidad la incapacidad de cooperar con esta Idea, lo cual es lo contrario de lo que sus sostenedores desean. Cuando el célebre místico sufí Al Hallaj recibió la visita de Ibrahim Khawwas, preguntó a su visitante: "Oh Ibrahim, de los cuarenta años que pasaste vinculado al misticismo, ¿qué has ganado?" Ibrahim contestó: "Logré la doctrina de confiar pasivamente en Dios para que provea a todas mis necesidades materiales, en especial mis propias necesidades". Al Hallaj replicó: "Has perdido tu vida".

El uso apropiado de la inteligencia puede evitar nuestra caída en penosos errores. Porque la resignación puramente mecánica a la voluntad de Dios, en ciertas ocasiones, lleva al desengaño, induce a la pereza y excusa el egoísmo, mientras que una sabia resignación es siempre discriminativa, reflexiva y profunda. Si tenemos la clase justa de resignación, una resignación que no impide el esfuerzo inteligente, haremos frente con valor y honradez a las situaciones difíciles. Cada nueva experiencia de la situación humana se convierte, si se la analiza inteligentemente y se le hace frente con valor, en beneficio para el carácter humano, en estímulo de la inteligencia humana. La resignación que la filosofía acepta y enseña con énfasis, es perceptiva y no ciega. No considera a Dios como un déspota glorificado y la voluntad de Dios como un fin arbitrario. Al aceptar el precepto de Platón a Aristóteles: "Ten la seguridad de que todos los castigos que Dios inflige a los hombres no es tiranía, sino corrección e instrucción", lo usa inteligentemente para descubrir qué es lo que en su carácter necesita tal corrección y qué en su mentalidad necesita tal instrucción. Se niega a ser llevado a la deriva por los eventos. Rechaza la afirmación de que ocurren por la voluntad de Dios, y por tanto no pueden cambiar ni ser modificados.

Mientras por una parte repudia este indiferentismo místico,

por la otra la filosofía repudia la autosuficiencia humanística tal como se la ve en aquellos que se mofan de las realizaciones interiores de los místicos. Mientras señala los errores intelectuales, éticos y prácticos del misticismo, pone mucho más énfasis en señalar los errores del materialismo que llevan a un peligroso engreimiento a causa de los dramáticos logros científicos. Mientras aconseja la comprensión de todo cuanto está tras los eventos, enseña que sólo del interior del ser se puede extraer la voluntad y la fuerza para soportar lo irremediable.

La guerra y la crisis mundiales asestaron destructores golpes a la complaciente creencia de que el intelecto humano, sin la ayuda de ningún poder elevado o luz divina, era lo bastante sabio como para construir una feliz utopía en la tierra. La entorpecedora idea mística de dejar todo en manos de Dios y la arrogante idea materialista de que el hombre es capaz de hacer todo, son dos extremos inaceptables. La filosofía nos enseña que sólo en su unión y consiguiente modificación mutua está la justa actitud. Aconseja el ejercicio de la voluntad humana al extremo, la continua aplicación del conocimiento humano, científico y de otra manera, para el mejoramiento de la vida en todas las direcciones. Pero, al mismo tiempo, trata de comprender qué es para nosotros la voluntad divina en cada situación y aconseja la entrega de los resultados de todos estos esfuerzos a una voluntad superior. Deja a un lado toda la ansiedad infructuosa acerca de los resultados y así mantiene su paz interior, pero no abandona los esfuerzos que pueden lograr o modificar estos resultados. Señala que el problema de armonizar activamente la enseñanza que nos ordena resignarnos a la voluntad de Dios, a la inteligencia que nos ordena modelar la vida por medio de la voluntad, sólo puede resolverse conservando una inteligencia flexible. Su aceptación de la facticidad de la inteligencia infinita que penetra y gobierna tanto los eventos cósmicos como la existencia humana llevan a una paz y contento que son fácilmente calificados de inercia o indiferencia, cobardía o debilidad, pereza o fatalismo. Estas cosas no forman parte de la vida filosófica. Por el contrario, exige el esfuerzo personal e inculca la responsabilidad personal; pero dice también: "No hay que empeñarse en algo que es inútil porque todo el esfuerzo está condenado al desengaño, ni tampoco en algo insensato, porque lleva a la insatisfacción". Pone límites al esfuerzo y enseña la falta de juicio de todo exceso.

La corrosiva inquietud del apetito insaciable destruye toda la paz de la mente; la filosofía dice que debemos ponerle fin y en caso necesario practicar la abnegación. No deja de señalar que de abandonar y renunciar a algo es principalmente una sabiduría interior, que puede o no tener consecuencias exteriores. Admite que el último paso es limitar nuestros deseos, dejar de seguir la tendencia ordinaria e irreflexiva de multiplicarlos infinitamente, pero al mismo tiempo señala que esta admirable simplificación no significa la necesidad de imponernos incomodidades.

Tal actitud negativa hacia la vida como la que propone el ascetismo extremo no satisface al hombre moderno. Sin embargo, sus necesidades espirituales no son menos grandes, por cierto son mayores, que las del hombre medieval. ¿No le convendría más buscar algo que estuviese razonablemente a su alcance, algo que lo elevase y exaltase mientras siga trabajando útilmente en el mundo? Se sentiría tan cómodo y moderno como desea si pudiera hacer el balance entre las necesidades mundanales y las finalidades espirituales. La pobreza no es la única puerta que conduce a la pureza. El mejor camino exige una síntesis selectiva de lo físico con lo espiritual, una prudente conciliación de tendencias hasta entonces divergentes. Reconoce que el verdadero mal no estriba en las posesiones físicas, sino en el apego mental a las posesiones físicas. Comprende la importancia de pensamientos como: "Así como un hombre piensa en su corazón, así es".

Hasta los ocios y el lujo de los ricos no son necesariamente antiespirituales. Pueden serlo y muchas veces lo son, pero no necesitan serlo. El hombre sabio debe guardarse de los peligros de la riqueza, ¡sí!, pero no por eso debe dejar de apreciar su valor. No todas las autoridades en mística india, de quienes se supone que sostienen el punto de vista contrario, lo hacen. El *Siva Samhita*, un antiguo y respetado texto escrito en hojas de palma, dice: "Que el dueño de casa se ejercite en el yoga, sus riquezas y su manera de vida no son un obstáculo; si está libre de apego a ellos obtendrá los signos del éxito". La búsqueda del confort físico y el deseo de acumular posesiones son necesidades naturales y no son malas en sí mismas. Sólo cuando se les permite dominar el corazón del hombre y absorber su tiempo de una manera excesivamente desproporcionada, se vuelven

malas. En este caso, después de cierto tiempo, las fuerzas kármicas restablecerán por la fuerza el equilibrio roto.

Es digno de aplauso y no censurable el que los hombres traten de mejorar su posición en el mundo. El deseo y la búsqueda de posesiones terrenales es perfectamente válido. No hay nada de malo en las cosas físicas. No se le pide a nadie que se vuelva innecesariamente miserable en nombre de la autodisciplina espiritual o que se someta a una intolerable degradación en nombre de la resignación espiritual. El ideal filosófico de un equilibrio sensato lo eliminaría mientras que la exhortación al mejoramiento de sí se opondría a ello. Esta idea ofrece un punto de vista más pleno, mejor equilibrado. Conquista al deseo pero se niega a hacer un fetiche de la incomodidad.

Pero advierte al hombre que en la vida hay cosas más bellas, más vitales y más duraderas. Si éste persiste en hacer de sus posesiones una monomanía y en dejarse obsesionar por la posición, perderá esas hermosas cosas. El mal sólo empieza al permitir que idioticen su mente, al dejar que obstruyan el propósito espiritual interior de su vida en la tierra. El Buda llegó a los extremos al enseñar que hasta las cosas materiales agradables de la vida eran, si se consideraba su fondo y consecuencias, realmente desagradables y por eso había que evitarlas. Por cierto debemos simplificar la vida en algún punto y renunciar a ellas si queremos lograr alguna vez la paz, y por cierto cuando la búsqueda de posesiones por ser interminable, desequilibrada o falta de moralidad, ya no es más válida.

Ocurre lo mismo con el gusto por los placeres sanos, la necesidad de un relajamiento placentero y el deseo de diversiones ligeras. Son naturales y justas. No hay nada de malo en satisfacer estas necesidades humanas. La filosofía, a diferencia del ascetismo extremado, no las desdigna y, a diferencia del materialismo extremado, no las sobreestima. ¿Qué daño hay en ellas mientras se las sigue considerando como simples accesorios y no el principal fin de la vida, como algo esencial pero de poca importancia y no de mucha monta? El hombre las precisa cuando carece de los medios filosóficos que le permiten conservar su juicio y equilibrio.

Sólo cuando se abusa de ellas se convierten en narcóticos que evitan la molestia de reflexionar sobre la vida, y distraer la atención de las tragedias y penas que inducen a tales refle-

xiones, entonces se vuelven peligrosas y llevan a la misma insensatez y desequilibrio que deb'an evitar. Cuando esto sucede, el deseo hace estragos en el corazón del sibarita que se entrega a él y la falta de armonía quiebra su existencia exterior. La única escapatoria que conoce es agregar aún más combustible a la hoguera de sus placeres. Suelen impulsarlo al desborde del vicio y a la dañosa locura. Cuando se concede un valor demasiado alto a los placeres, es imposible escapar a la retribución interior: la felicidad sólo dura el tiempo que dura el placer. El hedonista que derrocha sus afectos en cosas ilusorias, apenas consciente de la desolación interior de su vida, carente de sentido en sus oropeles y aparente esplendor, no comprende que el ocio que debería dedicar a la obtención del necesario relajamiento y diversión para cumplir el propósito de su encarnación y lograr comprensión, disciplina y paz, es literalmente derrochado en una búsqueda de goces vacíos y sensuales. Pero la más pesada retribución es tomar a la suprema Realidad por la suprema trivialidad.

El sufrimiento de un mundo arrojado al caos de una gran guerra no está tan alejado de dicha retribución. Para muchos hombres y mujeres, antes que estallase la guerra, los valores de un propósito superior en la vida no existían. No podían creer en la Mente inmortal, lo cual es perfectamente creíble, pero creían en la Materia perecedera, lo cual es metafísicamente increíble. No comprendían que al sostener la realidad de la Materia, sostenían el más ilusorio de los conceptos del hombre. En consecuencia, quemaron el incienso de su admiración ante ídolos inútiles. Tan decepcionante perspectiva sólo podía terminar en una peligrosa y penosa desilusión. En cada fiesta había un esqueleto que reía sarcásticamente haciendo un gesto de advertencia con sus manos de hueso.

Los sombríos dolores que la vida suele ofrecernos pueden y deben ser enfrentados con tranquila confianza en el poder del alma para vencerlos psicológicamente o prácticamente. Pero hay que sentir este poder, encontrarlo, confiar en él y obedecerle. Si nuestros pensamientos son sabios y buenos y valerosos, nos protegerán, siempre interiormente y tal vez exteriormente, contra las flechas más agudas de la vida. Y esto es tan cierto para las flechas disparadas por el duro destino como para las arrojadas por la maldad humana. Hasta en las situaciones más sombrías, esperamos siempre que suceda lo mejor. Esto se debe

en realidad a nuestra débil comprensión del mensaje del Yo superior, ya que su bendición y por tanto lo que hay de mejor en nosotros, nos espera siempre. Esta es una paradoja.

Empezamos la búsqueda de nuestra felicidad interior cuando descubrimos la profunda melancolía de la transitoriedad y limitaciones que están en la base de toda la belleza y el placer de la vida. Ponemos fin a la búsqueda cuando descubrimos el hondo goce de la eterna belleza del alma que está en la base de esta misma melancolía. Sólo sufrimos hoy para ser felices mañana. La tranquila sonrisa del Yo superior se gana abriéndose camino en este valle de lágrimas. Nuestra más profunda sabiduría nos concede la única serenidad duradera, pese a haber nacido en medio de los más crueles dolores. El individuo más evolucionado de una comunidad cualquiera es también el más feliz. Ha renunciado a las actitudes del pasado y se ha alejado del ego, y al final todo le fue bien. Empero, si la crónica secreta de sus nacimientos pasados pudiera leerse, su enorme duración lo distinguiría inevitablemente por haber pasado por una completa experiencia de sufrimientos. Todas las desdichas que contribuyeron al desarrollo de la conciencia y a la expansión de la inteligencia, al final fueron borradas completamente de su memoria por la misericordia de la Naturaleza. Cuando el enajenado ego rompió sus cadenas, renunció a su aislamiento y retornó a su santo pariente, oculto dentro y tras su propio yo, halló que lo enseñado hasta ahora por el sufrimiento en adelante le sería enseñado por la bienaventuranza.

CAPÍTULO VIII

EL MAL EN NUESTRO TIEMPO

Los acontecimientos de los últimos decenios nos proveen una interpretación visible de los mensajes dejados por profetas tan inspirados como Jesús, Krishna y Buda. Los tiempos sin precedentes que vivimos nos prueban sencillamente con sus terribles hechos lo que tales hombres habían predicado. Prueban que la falta de fe religiosa y las tendencias materialistas de toda una generación, el duro escepticismo que degradó los valores y envileció los instintos, deparan una base demasiado insegura como para permitir la vida humana.

El materialismo —que aquí significa no sólo la doctrina, francamente confesada y crudamente evidente que así se denomina, sino también sus formas inconscientes y ocultas— fue el azote de nuestro tiempo. La impresión que nos producen todas las formas que ha adoptado —y se lo encuentra en las esferas científica, política, educacional, literaria, artística, eclesiástica y legal— es espantosa. Y lo corona la imagen terrorífica y el terrible poder destructivo de la bomba atómica. Es la consecuencia natural de creer en la supremacía final del pensamiento intelectual cuando es llevado a su extremo lógico y no se lo equilibra con la intuición espiritual. En la guerra el mal humano siempre aparece en sus peores formas y sus efectos no conocen límites. Con el descubrimiento de la bomba atómica, quedó abierto el camino que conduce al desastre a gran parte de la civilización. No hay nada en la historia que pueda compararse a esta terrible situación.

No basta comprender la significación trágica e histórica de estos acontecimientos que conmueven al mundo. Es preciso com-

prender también la significación religiosa, metafísica y filosófica que los fundamentan. Y, como lo hemos mencionado antes, esto no podrá tener lugar a menos que la luz de doctrinas como la inevitabilidad de la evolución espiritual y la facticidad de la ley de recompensa los ilumine. Porque sin ellas, cuesta demasiado explicar por qué la sociedad es hoy tal como es. La situación psicológica creada por la crisis y la guerra que se expresa en una trágica situación física, sólo puede ser comprendida adecuadamente por la luz de éstas y otras verdades correctas. Los pensamientos y las emociones equivocados de la humanidad, las pasiones y los hechos malos, deben compartir esta responsabilidad. Por cierto la civilización recibió la recompensa de un egoísmo de corto alcance porque ha visto que muchas de las cosas materiales por las que luchó tanto, así como los ideales que se empeñó en llevar a la realidad, se deshicieron en sus manos.

Mucha gente supone que sólo el bien tiene derecho a actuar en el mundo. Por lo tanto la presencia de tanto mal los deja perplejos. Les parece que el mal es demasiado abundante y dura demasiado como para ajustarse perfectamente al plan divino. El crimen y la violencia de los tiempos recientes, el horror y la conmoción de la historia reciente, han impuesto la cuestión del mal a mucha gente que antes lo ignoraba. Una generación que oyó una propaganda malvada, que presenció atrocidades sin cuento y observó movimientos inescrupulosos para lograr la dominación del mundo tendría que estar reblandecida para no llegar a la conclusión de que una influencia maligna está obrando en los asuntos humanos y que fuerzas malignas manifiestan su perturbadora actividad en medio de los hombres. La existencia —no menos que el poder— del mal se ha manifestado en forma tan evidente como salvaje y con tanta insistencia a los hombres en los últimos tiempos que aquellos que, influidos por teorías extravagantemente optimistas, habían cerrado los ojos a esta situación, tuvieron que abrirlos por fuerza y reconocerla. Tal acción tardía y desconcertante es siempre dolorosa.

El punto de vista materialista del mal lo considera como un derivado del medio físico y de temporarias circunstancias, que podrá corregirse con la mera corrección de estas cosas físicas. Pero el tipo de mal que prevalece en nuestro tiempo, glorifica la brutalidad por amor a ella, justifica la opresión por amor a quienes oprimen, pone la codicia en un pedestal, ridiculiza

La religión y menosprecia la conciencia, tanto por el placer que obtiene de estas actividades como por su recompensa. Los hombres que se entregan a estas actividades lo aman como los santos aman a Dios. Ya no se puede sostener razonablemente, como hasta ahora lo sostuvieron los dialécticos y racionalistas, que las circunstancias exteriores bastan para explicar el carácter desagradable de tan nocivas criaturas. Por el contrario, es evidente que en la conducta humana el error se produce porque el mal es un verdadero elemento en los seres humanos, independiente del medio en que vive el hombre y de las circunstancias. Es deplorable pero desdichadamente cierto que este elemento se afirma con más facilidad y más frecuencia que el bien. La perversidad histórica de la naturaleza humana, su constante inclinación a hacer el mal, han desalentado demasiado a menudo a los filántropos.

La filosofía no contempla este problema con indiferencia, como el crítico del "Times" de Londres al analizar *La Sabiduría del Yo Superior*, deja suponer, sino más bien con seriedad. Nada de lo escrito en ese libro niega la horrible actualidad del mal, la constante actividad del mal, su terrible estrago en la historia del hombre y su espantosa realidad en la vida humana.

Que permita caer a la humanidad en tan horribles abismos parece demostrar falta de bondad en la divina Idea del mundo. No hay que censurar a los hombres si ponen en tela de juicio a la divina bondad y dudan de la divina sabiduría. Muchas veces se preguntan: ¿Por qué el Poder Superior (a quien llaman Dios y actualmente en los medios científicos Mente-Mundo), a quien se considera universalmente benéfico, permite que estos males y horrores amenacen a la humanidad? Pero tendrían que hacerse a sí mismos otra pregunta: ¿Por qué la Idea-Mundo no pudo cumplir por completo su elevado propósito hacia la humanidad sin permitir tales experiencias? Si busca aportar a cada ente humano una plena conciencia de sí, moral, intelectual y espiritual, la esfera de experiencias dentro de la cual el ente gozaría de libertad para moverse, tendría que ser suficientemente amplia, y en consecuencia suficientemente contrastante, para alcanzar esa meta. Si hubiese limitado esta esfera al no mal, si hubiese restringido las clases de experiencia únicamente a lo que llamamos bien, la completa realización de la conciencia de sí humana hubiera sido imposible. Esto, al fin y al cabo, no

es sólo cuestión de moralidad sino de conocimiento. Por cierto no había otro camino que el existente para que la humanidad pudiera encontrar todas las condiciones necesarias al desarrollo de todas sus facultades. El mero hecho de que la Mente-Mundo permita que el mal exista, muestra que ocupa un lugar temporario, inevitable o utilitario en la economía de las cosas.

Era imposible idear un modo de vida consciente que proporcionase una felicidad libre de máculas y una bondad sin mezcla al mismo tiempo que proveía las variadas experiencias y los diversos estados necesarios al desarrollo del conocimiento, la inteligencia, el carácter y la espiritualidad del ser humano. Aunque algunas facetas de este desarrollo se hubiesen obtenido con una experiencia monótona y parcial, permitiendo únicamente el goce placentero de la vida, partes importantes de la psique no hubieran sido tocadas necesariamente por ella. Sólo proporcionando una serie de experiencias cambiantes que seguían un camino mucho más amplio y que incluían los contrarios del sufrimiento y el mal, se podía lograr la completa evolución del hombre. El recuerdo de la pasada oscuridad de ignorancia destaca por contraste su valoración de la presente luz de conocimiento. El vívido contraste entre estas dos condiciones hace que tenga mucho más conciencia del valor y de la significación de la más elevada. Sin las dos experiencias que se complementan una a la otra, no podría distinguir el bien del mal, la bienaventuranza de la desdicha, la realidad de la apariencia y la verdad de la falsedad. ¿Cómo, sin condiciones que llevan al sacrificio y a la abnegación, por ejemplo, podría obtener la extensión de la conciencia de sí mismo? El bien sólo tiene significación para el hombre en su contraste con el mal, que es en verdad el No-bien. La conciencia del sonido como sonido tiene siempre que estar acompañada por la conciencia de su contrario y del número que lo diferencia, el silencio. El universo nunca se hubiera manifestado sin el juego de los contrarios que lo rigen por completo. Tan pronto como el Uno se transformó en Dos, empezó. De ahí que el nacimiento y la muerte aparecen por doquier en el universo, el placer y el dolor en el hombre.

Heráclito de Éfeso observó con perspicacia que Homero se equivocaba al decir: "Plegue que la lucha desaparezca entre los dioses y los hombres", pues no se daba cuenta de que pedía la destrucción del universo y que si su ruego era satisfecho todas

las cosas desaparecerían. Todos los biólogos que han escudriñado por debajo de la superficie de las cosas conocidas, lo que todo metafísico debería saber, es que el proceso del mundo está constituido inevitablemente por el interjuego y la interlucha de las fuerzas creadoras y las fuerzas destructoras. El cosmos no podría estar continuamente vivo si no estuviese continuamente muriendo. La lucha de estas fuerzas contrarias es un movimiento eterno que se refleja en el nacimiento de las majestuosas estrellas y en la muerte de las diminutas células. Sólo un universo inmóvil y estático lo habría eludido. Si el hombre no fuese un robot mecánico, tendría que gozar de libre albedrío, dentro de los límites impuestos por la naturaleza y por el propósito universal. El poder de elegir le sería otorgado. Y si gozara de libertad para elegir el bien, necesariamente tendría la libertad de elegir el mal. Que actuara erradamente, que chocara con sus semejantes, que hasta intentara oponer su insensatez a la sabiduría de Dios, se sabía desde el mismo comienzo, era en verdad inevitable debido al hecho de que empezó su vida consciente en la ignorancia y el deseo. Por medio de la experiencia aprenderá con el tiempo a actuar rectamente, y esta oscura etapa de su carrera desaparecerá. Sólo por la experiencia del mal se dará cuenta del valor del bien.

Dios concedió al hombre la suficiente libertad para labrar su propio destino, y ya que el bien y el mal están mezclados en su naturaleza, cuando el mal adquiere preponderancia y fortaleza lleva inevitablemente a consecuencias tales como las que hoy nos amenazan. Sin embargo ésta no puede ser la sola y suficiente explicación de la situación actual. Ya que el libre albedrío del hombre no puede operar en el vacío debe de haber otras fuerzas que obran en su ambiente para modificarlo, influir en él y hasta por último dirigirlo. Debe de haber alguna clase de modelo del universo al cual deben adaptarse las actividades del hombre. Mientras no tengamos alguna vislumbre de este modelo no seremos capaces de comprender cabalmente por qué tantos millones de seres humanos aparentemente buenos se ven expuestos a la desdicha y la aflicción a causa de las malévolas actividades de otros hombres. Ni siquiera por qué la misma civilización está sombríamente amenazada por tales actividades.

Que la libre voluntad del hombre ha creado muchos de estos males y desdichas, es evidente. Que su progreso moral

mejoraría esta situación, es también evidente. Pero esta misma situación no podría haber surgido si no lo hubiese permitido y si no estuviese dentro de la concepción de la Mente-Mundo. Si la libertad del hombre no fuese parcial ¿se vería éste obligado a aceptar sin otra alternativa cierta raza, cierto país, determinada familia, determinada situación económica, la mala o buena salud, la abundancia o falta de energía, intelecto, voluntad e intuición? Así, gran parte del curso y parte de los fines de su vida le son dictados por la naturaleza, el destino o Dios. Ningún ente humano puede determinar su propio curso con completa libertad. Ningún ente humano puede desviarse del plan cósmico con completa independencia. La libertad de todos los entes humanos es limitada, así como su poder está subordinado. El hombre no poseyó nunca, no posee ahora y no poseerá jamás una voluntad absolutamente libre. Por encima de su vacilante voluntad está la inexorable voluntad cósmica. Todo su desarrollo individual no es sino parte del plan evolucionario del mismo cosmos y está controlado por él. Lo que ha de ser su desarrollo no fue dejado ni a su capricho interior ni a la fortuna exterior.

Si el cosmos entero es una emanación de la Mente Divina que, si bien misteriosamente trascendente, es también significativamente inmanente, no puede haber ninguna fuerza ni ningún ente dentro de ella que no esté fundamentalmente arraigado en la beneficencia, la sabiduría y la serenidad de la divinidad. Sus orígenes pueden estar oscurecidos, puede parecer mala, actuar y pensar con maldad, pero sólo lo puede hacer con el permiso y consentimiento de Dios. Por lo tanto, no es sólo el uso ignorante y equivocado que hace el hombre de su libre albedrío lo que explica la maldad humana y el sufrimiento humano, sino la misma Idea cósmica. Y esto es algo que está fuera de su control y más allá del obrar de su voluntad. Los errores y penas que ensombrecen su existencia fueron sancionados y están incluidos en el método de su desarrollo interior.

Este es el mundo de Dios; no puede ser de nadie más. En última instancia debe ser la expresión de la sabiduría de Dios. Por consiguiente, si nos ofenden las cosas y la gente, en los eventos y escenas del mundo, porque en lugar de ser divinos son diabólicos, reaccionar con instintiva repugnancia es humano, pero el defecto está en nuestra facultad de visión, el desagrado en la limitación de nuestra comprensión, y en ninguna otra parte.

Por todas partes se ven los signos de que el poder divino está obrando en medio de nosotros. Pero los ojos que no están espiritualmente preparados no pueden verlo. Haríamos mejor en quejarnos de nuestra ceguera que en censurar la falta de actividad de Dios. Lo que vemos en el estado presente del mundo y en la historia pasada depende de lo que somos en realidad. Si somos moralmente torcidos, juzgaremos a la mayoría de la gente como si también lo fuese. Si no vemos una significación más profunda en nuestra naturaleza, un propósito más elevado en nuestra vida, tampoco lo veremos en el mundo que nos rodea. El descubrimiento de un yo divino en nuestro corazón nos hará ver la presencia de una mente divina tras el universo al cual pertenecemos.

A medida que el ente humano evoluciona en conocimiento y en conciencia de sí, cambia su manera de juzgar lo que es y lo que no es malo, así como su manera de juzgar lo que es deseable y lo que no lo es. A medida que pone en el lugar correspondiente las piezas del mosaico del mundo de modo que su significación se vuelva cada vez más clara, al controlar primero y luego desechar las emociones personales negativas, al desarrollar una tranquila vida interior impersonal, cambiará su propia actitud hacia los males de la vida. El cambio se realiza con lentitud y resistencia, pero al final el ente no puede impedirse de realizarlo. Hasta el punto que abandona la pequeñez de su ego y responde a la dirección de su yo superior en otras cuestiones, así debe responder aquí. El cambio más profundo es el resultado del descubrimiento de su yo divino, lo cual hace que la relatividad del mal se esclarezca completamente y la desaparición del ego contra el fondo de eternidad se vuelva perfectamente visible.

Sí, desde el más elevado punto de vista, el mal es sólo una ilusión y el bien es lo opuesto del mal, de seguro el bien en sí no es más que una ilusión, se pregunta el hombre. La respuesta es que hay dos "bienes". Hay un bien relativo que es el verdadero opuesto del mal, y es ilusorio. Hay un bien absoluto que es una cualidad del Uno e Infinito Poder Vital; éste es el verdadero bien. El mal en sí no tiene una existencia infinita. En nuestra vida ordinaria, esta aseveración es contradictoria. Con nuestra mentalidad ordinaria la encontramos increíble. Es preciso llevar una vida tan solitaria como los anacoretas del Tibet para que sea aceptable. Lo que debemos aprender, aun cuando nos cueste aceptarlo, es que el pensamiento divino del universo no es

sólo perfecto y benévolo tanto en su primera como en su última etapa, sino que lo es igualmente en la etapa actual. Si hallamos al mundo en una confusión de tragedia y sufrimiento, de caos y pecado, la confusión está en nuestra vista, en nuestra manera de ver las cosas. Cuesta mucho comprender esta afirmación, pero ayudará a lograr tal comprensión comparando la experiencia humana de la realidad del mal con la experiencia de una pesadilla que tiene una persona dormida. Las horribles y odiosas figuras que ve en la pesadilla son sin duda reales para el durmiente, los tormentos y terrores que le causan son también reales. Empero, después de despertar, no asigna más valor a todo cuanto vio que el que merece; reconoce que sólo son meras ideas. Desde un punto de vista inmediato y práctico es perfectamente cierto que el mal es real, extendido, poderoso, aunque es un factor limitado en la existencia humana. No obstante, desde el punto de vista filosófico y último no es lo que parece ser. Por cierto existe. Pero tal existencia es relativa al cuerpo humano con su pensar finito. Su presencia no puede ser negada, pero al mismo tiempo hay un factor más elevado tras ella como hay un factor más elevado tras el cuerpo humano.

Tanto al mal como al sufrimiento les fue asignado un papel en el desarrollo humano desde su comienzo mismo. No aparecieron por accidente o por alguna "caída" inesperada. No fueron introducidos por algún poder satánico en contra de la voluntad divina. La caída en el pecado y la experiencia del dolor son partes integrantes de la Idea cósmica. No son accidentes cósmicos o errores cósmicos. La sabiduría divina obra tanto en ellos como en otras partes. Lo que se equivoca es la percepción humana, la impaciencia humana y la limitación humana. Es la calidad y el grado de conciencia lo que hace que un hombre percibe sólo el mal donde otro hombre percibe tanto el mal como el bien, así como comprende que el mal humano es tanto la consecuencia del libre albedrío del hombre como del costo de la evolución humana.

Es difícil defender la crueldad de la Naturaleza. La destrucción que tiene lugar en el poblado reino animal y a la cual somos indiferentes, supera de lejos la destrucción que tiene lugar en el reino humano durante una guerra mundial, la cual despierta la atención de todos. Pero el nacimiento de las formas vivientes en nuestro propio plano debe ser seguida por su muerte en este plano. Estos dos polos en la Naturaleza, el positivo y el nega-

tivo, son el corolario inevitable de la manifestación cósmica. Si el intelecto es capaz de justificar la crueldad de la Naturaleza divorciándose de las más nobles emociones, recordemos que se ocupa únicamente del nivel físico. La intuición, que opera en un nivel diferente, encuentra que tras todas las formas exteriores está el espíritu interior de la Naturaleza y que una presencia viviente y amante está tras los pensamientos del hombre. Cuando el intelecto siente amargura por el obrar de la Naturaleza, la intuición permanece suave y serena. Concluye, y sólo le cabe hacerlo, que si hay tal bondad en el corazón oculto de la Naturaleza, debe de haber algún buen propósito en la superficie de las cosas.

Todos los errores ilusorios y los males aparentes ocupan un lugar racional en el orden cósmico, tanto los sufrimientos como los goces. Este orden, a causa de su existencia, no deja por eso de estar menos controlado por la divinidad. No es el resultado de un accidente en el funcionamiento universal o de un error en el planeamiento divino.

La infinita conciencia de la Mente-Mundo aprehende al cosmos en su totalidad. Este, en su infinito conocimiento, ha previsto todos los cursos probables y las consecuencias posibles de la conducta humana. Pero sabe asimismo que la humanidad corrompida de hoy será la ennoblecida humanidad de un mañana lejano. Estaríamos justificados al denunciar al pensamiento divino por ser enteramente malvado y absolutamente implacable si el fin de la existencia humana fuese igual a la pasajera fase que vivimos hoy, o si fuese un juego incierto y arriesgado. Pero el final es glorioso, su realización una certidumbre, el proceso merecedor de fe. Porque es un genuino desenvolvimiento desde el interior de atributos, capacidades y estados de conciencia que reflejan algo de lo divino.

Si aquí hay un solo y supremo principio de Ser en el cosmos, si todas las cosas y todas las criaturas han emanado de él, entonces lo que en el obrar de este cosmos llamamos mal o sufrimiento, deben de haber emanado también de él. Pero como este Principio Supremo es el único siempre existente, se sigue que el mal y el sufrimiento en los individuos son sólo apariencias transitorias condenadas a vivir intermitentemente y luego a desaparecer. No hay pena, mal o dolor en la esencia eterna de las cosas en sí, en la absoluta unidad de vida, como observó justamente Mary

Baker Eddy. Sólo cuando los procesos temporales de manifestación aparecen y sólo cuando los innumerables seres se diferencian, esta existencia llega a ser posible. Porque sólo entonces empieza la dualidad de los contrarios. Nada puede ser llevado a la realidad sin que por necesidad traiga su contrario. Nos forjamos la idea de luz únicamente forjándonos la idea de oscuridad. Si la luz hace que la oscuridad sea posible, el amor posibilita el odio, la alegría el dolor y el bien el mal. Cuando se permite a los seres manifestados que posean deseos y ejerciten la voluntad —como deben hacerlo si no quieren ser robots—, entonces es inevitable que se les permita la lucha potencial para satisfacer sus fines egoístas. Siempre existirá el mal en algún punto u otro del cosmos en su manifestarse, porque siempre hay sombra a la luz del sol. Si no hay sol, no hay sombra; si no hay bien, no hay mal. Estas cosas se presuponen y están negativamente presentes en sus contrarios. El cosmos no puede manifestarse sin que aparezca al mismo tiempo esta perpetua relación entre ellos.

Pero debido a que el cambio está impreso en la manifestación, el mal que vemos no es siempre el mismo sino una nueva personificación de él. Sus antiguas formas se transmutan con el tiempo y la evolución en bien. Así, a despecho de ellos mismos, un mal aparente puede llevar a un cambio que resulte en bien, y el sufrimiento temporario, con el tiempo suele convertirse en felicidad estable. El principio obstruccionista, la fuerza adversa, el peso muerto de la inercia contra el cual debe luchar todo hombre que se esfuerza en elevarse, existen porque resistirlos ofrece la oportunidad de desarrollar el bien. La lucha que se ve obligado a entablar contra elementos resistentes, por más larga que sea, lo ayuda a progresar. Una de las tareas asignadas a las fuerzas del mal es la de poner a prueba su temple obstaculizando su crecimiento, poner a prueba su carácter tentando sus deseos y haciéndole ver lo que es realmente oponiéndose a sus esfuerzos de autodesarrollo. ¿Qué es finalmente este poder contrario, esta fuerza adversa sino el ego personal del hombre, la parte menos importante y más baja de él conectada con el mundo exterior aunque invisible? Su presencia en la vida humana hace que el hombre se sobreponga o ceda a él. En el primer caso, lo impulsa obrar para su propio mejoramiento, en el segundo caso, lo hace reconocer su propia debilidad. Tarde o temprano, las desagradables consecuencias de tal debilidad lo llevarán a luchar contra

ella y a desarrollar su poder de voluntad. Esta es parte de la misión del mal, la de estimular al hombre para que lo destruya y forzarlo a que se perfeccione. Inmediata y directamente, puede o fortalecerlo o debilitarlo. Por último, siempre lo fortalece.

En todo lo concerniente al mal, es inútil hablar de la omnipotencia del Poder Supremo y por lo tanto de su capacidad de abolir el mal de golpe. Al hombre no se le habría otorgado cierto libre albedrío sin otorgarle al mismo tiempo la libertad de hacer el mal, en el caso de que deseara hacerlo. Toda la idea de la evolución humana hubiese carecido de sentido si el hombre no fuese otra cosa que un autómatas esclavo, completamente privado de la capacidad de autodeterminación. Hasta el punto de que goza de libertad, hasta ese punto el Poder Supremo le concedió voluntariamente su propia omnipotencia en la esfera individual pero no en el cosmos, limitó necesariamente su propia voluntad *en apariencia* pero no en realidad.

La noción teológica de que hay una dualidad fundamental de bien y de mal que prevalece en el tortuoso modelo del universo y en el enmarañado relato de la historia no es ni justa ni equivocada; exige que se la interprete correctamente. La filosofía ofrece tal interpretación. No sostiene que hay un poder satánico que es coigual al poder divino. Sostiene que Dios no tiene ningún rival igual e independiente. Otra noción paralela afirma que el mundo ha caído en una cruel confusión, que la obra de Dios fue peligrosamente sabotada por Satanás, y que sólo el hombre acudiendo en ayuda de Dios puede poner fin a esta confusión y vencer este peligro. Por cierto la Sabiduría Infinita y el Poder Infinito han caído muy bajo si necesitan tal ayuda. El engreimiento humano ha alcanzado un nivel de la más desorbitada fantasía o, aun peor, da pruebas de arrogancia espiritual al creerse llamado a "ayudar a Dios". La Infinita Inteligencia es también el Poder Infinito. ¡Estaría muy por debajo de su propia omnipotencia si necesitara en su obra cósmica la asistencia de una criatura finita como el diminuto hombre! Lo único que el hombre puede ofrecer es conciliar su propio propósito con el fin universal. Pero esto redundaría en su propio beneficio, no en el de Dios, y si no lo hace causará su pérdida.

¿No es más sensato creer que la Mente-Mundo sigue siendo lo que siempre fue y que la historia del planeta sería muy diferente si pudiéramos verla sin la limitación de nuestras percep-

ciones finitas y nuestra comprensión finita? Es humano desear que ocurran ciertas cosas y desear que ciertos propósitos se cumplan. Pero Dios no es humano. El Ser Infinito no tiene necesidades, ni deseos, ni propósitos. Cuando parecen existir, es para los otros. No atribuyamos nuestras concepciones finitas al Ser Infinito ni nuestras cualidades humanas al Poder Absoluto.

El concepto filosófico del mal es muchas veces rechazado con demasiado apresuramiento por haber sido estudiado de prisa. No se lo podrá comprender cabalmente mientras no se comprenda su carácter doble. Concede de buena gana que las fuerzas del mal obran activa y extensamente en la historia humana. Reconoce su oposición a la evolución espiritual de la humanidad. Pero afirma que la actividad de estas fuerzas es limitada y no llega a explicar la naturaleza última del mal. Dice que el mal se verá forzado por último a servir los propósitos del bien. La vida del primero es efímera; la del segundo es eterna. Si podemos elevarnos al nivel de lo Real, ya no podremos percibir el mal transitorio por sí mismo. Lo percibimos entonces destacándose sobre el fondo del bien final. Ya que tenemos algo de la Mente-Mundo en lo profundo de nosotros, una perspectiva adecuada del problema debe incluir ambos puntos de vista. Hay un mal relativo y un bien relativo, que por necesidad son contrarios. Pero no hay un mal último, sino un bien último.

¿Hemos progresado?

Si contemplamos la escena histórica nos vemos tentados a negar que la moralidad humana haya realizado algún progreso y a afirmar que el mal humano no tiene remedio. El carácter de la humanidad ¿se ha vuelto mejor o peor? La guerra ¿lo ha purificado mental y emocionalmente? ¿Qué ha aprendido de las calamidades nacionales y penas personales sin precedente alguno en la historia del hombre? ¿Cuesta más en el mundo de posguerra mantener la integridad moral que en los días de preguerra? ¿Acaso la marea de la experiencia no produjo cambios en el corazón del hombre, no estimuló una buena voluntad duradera entre hombre y hombre? ¿La más horrible era de la historia no enseñó nada acerca de la significación espiritual de la vida? A medida que las escenas de la vida contemporánea desfilan ante los ojos meditabundos, estas preguntas surgen con insistencia.

Sólo pueden ser contestadas al precio de plantear otras cuestiones igualmente difíciles.

El hombre no evoluciona siguiendo tranquilamente una línea vertical que lo lleva desde un punto más bajo a otro más alto. Evoluciona andando penosamente por un camino en espiral cuyos círculos bajan y suben. El curso seguido por su progreso espiritual, mental y moral es rara vez recto y casi siempre zigzagueante. En la historia ningún progreso se realiza en línea recta. El desarrollo se lleva a cabo por una espiral ascendente que sube y baja. Se asemeja históricamente a una marea cuyas aguas avanzan para retroceder después. Pero difiere de las mareas verdaderas en que, cada vez que avanza, llega a un punto que está más allá del punto precedente, y que cada retroceso no la lleva tan lejos como estaba antes. El ciclo parece cerrarse sobre sí mismo pero en realidad es una espiral ascendente.

Cuando la mente admite voluntariamente este pintoresco concepto del progreso desde la vida celular al ser celestial, tendemos a limitar nuestra comprensión a esta sola parte del curso de la vida, ya que a cada fase de desarrollo le sucede eventualmente una fase complementaria de desintegración y colapso. En suma, el progreso existe de una manera general pero es intermitente y es el resultado total de una larga serie de triunfos y derrotas. Llega el momento en que alcanza su punto decisivo y entonces la gloriosa meta que atrae a sus criaturas se convierte en el abismo en el que finalmente caen. A despecho de este retroceso periódico, el viaje espiritual de la humanidad es esencialmente progresivo. Cada elevación de la curva cíclica de la evolución es siempre más alta que la que le precedió.

Todo su desarrollo futuro se oculta en la célula original. Todo su crecimiento físico y espiritual a través de las edades es en realidad un desenvolvimiento antes que una evolución. Empero esto es cierto sólo para los rasgos más importantes de su curso de vida. Para el resto, hay una suerte de incertidumbre y por tanto una suerte de libertad.

El animal obedece sin vacilación sus instintos corporales, en parte porque no lo turban las dudas e interrogantes de la razón, en parte porque carece aún de individualidad intelectual. La Naturaleza sirve de guía a sus instintos, y habitualmente son justos. Pero el hombre se halla en una situación diferente. Está desarrollando su facultad de raciocinio y también se está individualizando.

Hasta el punto en que esto ocurra pierde la guía de la Naturaleza y tiene que depender de sus propias fuerzas. Por eso se mueve a través de nebulosas incertidumbres y actúa impulsado por incitaciones casi ciegas cuyas consecuencias son a veces favorables, pero a menudo no lo son en absoluto. Así anda por la vida con vacilantes pasos, muchas veces incapaz de ver claramente el camino que sigue.

Si deseamos que nuestro pensamiento sobre este tema sea correcto, es preciso aclarar el significado que se asigna al término "progreso". Durante demasiado tiempo fue disparatado o contradictorio debido a nuestra aceptación equivocada y fácil de los desatinos tradicionales. El retroceso que significó para la sociedad humana la guerra y sus secuelas destruyó las nociones desatinadas de un progreso continuo que servía de refugio a tanta gente cómoda. Fueron acerbamente castigados por su ilusorio y vacío optimismo. A medida que una civilización materialista seguía un camino que la llevaba aparente e indefinidamente a crecientes triunfos, los hombres empezaron a dudar de las verdades espirituales que habían aprendido. Pero como lo saben ahora quienes observaron este fenómeno, este camino la llevaba al desastre. Porque no basta estar en movimiento, ¡hay que saber también adónde se va! ¿No hemos leído acaso "Aquellos que andan a ciegas perderán"? Nos hemos detenido y, desconsolados, confesamos que fuimos unos insensatos al ir tan lejos para encontrar tan poco.

No se podrá escapar a las dificultades de posguerra buscando una posición media entre situaciones extremas, sino buscando nuevas posiciones de preferencia a las antiguas. La sociedad moderna tendrá que tomar una decisión final e irrevocable respecto de la dirección a seguir. Tendrá que escoger entre aferrarse como antes al ego materialista y animalista o abandonarlo. Su destino depende de esta elección. Su adolescencia espiritual debe llegar a su fin, como ya lo hizo su adolescencia tecnológica, y de la misma manera dramática.

Darwin y Spencer echaron a rodar la pelota de la teoría evolucionaria con tanto placer que pocos sectores del pensamiento pudieron escapar a esta doctrina. Más tarde, hasta los dirigentes y los pensadores religiosos se regocijaron con la ley del progreso inevitable. ¡Ni siquiera los detuvo imaginar que el Poder Absoluto progresaba infinitamente junto con su creación! Con un optimismo extravagante, casi delirante, que alejaba a aquellos

que pensaban más profundamente, declaraban que Dios, el hombre y el universo progresaban hacia la perfección. La lucha por la existencia darwiniana es cierta para el reino animal y el del hombre primitivo, pero es cierta a medias. El propósito espiritual que anima esta lucha y guía su curso es la media verdad complementaria que debe ser añadida por la mente humana si no quiere dejarse engañar por un desesperado materialismo. Porque la gran evolución de conciencia que está tras toda esta evolución de formas, ennoblece la perspectiva mundial, mientras que la otra la degrada. El concepto de evolución debe ser ampliado, elaborado y definido.

No tenemos que confundir la evolución con el progreso. La primera es un hecho permanente de la Naturaleza, el segundo un fenómeno temporario en la historia humana.

La ciencia, con todas sus maravillosas máquinas y elementos químicos, tiene aún que resolver los antiguos enigmas de la luz y la vida. Descubrió mucho sobre su manera de obrar y su mecanismo, muy poco sobre su naturaleza y esencia. Los materialistas darwinianos, por ejemplo, pueden preguntarse cómo pudo ocurrir que aparecieran entes vivos en este planeta cuando la ciencia les dice que en sus comienzos fue una masa ardiente, con temperaturas que hubieran esterilizado cualquier célula potencial o germen de vida. La filosofía siempre proclamó el hecho de que en ninguna parte del cosmos hay materia muerta. Hay sólo radiación viviente, energía palpitante, animada y controlada por una mente inherente a ella y que se expresa en todas partes en ciclos de vida que se desarrollan, en movimiento desde una forma inferior a una forma superior y en circuitos semejantes a espirales, desde un menor grado de conciencia, inteligencia y carácter a un grupo mayor.

Si se pregunta por qué la infinita sabiduría que está tras el universo hace seguir al principio de evolución un camino en espiral, sólo cabe contestar que de otra manera no se hubiera logrado tan rica variedad de experiencias como las que alcanzaron los entes vivos. A medida que recorren su curso circular mueven desde una dirección a la opuesta, pasando por todas las diferentes regiones que median entre dos puntos. Van de un contraste a otro contraste, de un logro a una pérdida, del verano al invierno, del día a la noche, y así en lo sucesivo, impulsados por una ley eterna. que existe tanto fuera como dentro de ellos mismos. El anhelo del

cambio empieza a surgir en ellos aun cuando su experiencia es bienaventurada, porque si esta experiencia se prolonga demasiado se vuelve monótona. Esto explica asimismo por qué los entes experimentales recuerdan las primeras formas de su experiencia, si bien breve y concisamente. Porque al volverse sobre sí mismo el camino en espiral debe repetirse. Y esta repetición no es tan sólo física, como el embrión que se desarrolla en la matriz de su madre, sino también mental, como en los primeros veintiocho años de cada reencarnación.

El deseo de la felicidad es universal, pero la concepción de la felicidad no lo es. Todas las criaturas comparten el primero, ¿por qué difieren acerca de la otra? ¿Por qué no surge espontáneamente en su mente al oír esta palabra? La doctrina de la evolución psíquica a través de repetidas encarnaciones nos da la respuesta. Ellas difieren en la magnitud de la experiencia y en las capacidades innatas (y por eso difieren sus concepciones y actitudes) porque están en diferentes niveles de la vida evolucionaria. Los seres groseramente materialistas están en un nivel más bajo y sólo pueden encontrar una satisfacción transitoria en cosas groseramente tangibles. Los seres más refinados están en un nivel más alto y en su concepción de la felicidad incluyen cosas puramente intelectuales o estéticamente emocionales. Hay un nivel aún más elevado en el cual un reducido número de hombres y mujeres reconocen que los logros espirituales son una de las formas de satisfacción más preciosa, más deseable y más duradera.

Si contemplamos los últimos treinta años de la historia de la humanidad, cabe preguntarse si la evolución se aplica únicamente a su vida intelectual y física; si, respecto de la vida moral y espiritual, la doctrina no es nada más que el cumplimiento de un deseo. A no ser que expresemos el significado del término con más exactitud, conduce al desengaño afirmar que el mundo ha progresado o no. En los ensayos de Macaulay sólo se ve optimismo respecto del milenario que la ciencia traería supuestamente a nuestra civilización. Pero Matthew Arnold, examinando el desarrollo de la misma civilización en el mismo período, escribió acerca de ella con inquietud. Los dos estaban en lo cierto en cuanto a sus respectivos puntos de vista, porque cada cual pensaba en una diferente clase de progreso. El primero sólo vio y se ocupó del mejoramiento físico y lógicamente intelectual, mientras que el segundo

lo encaraba desde un punto de vista moral e intuitivamente intelectual.

Cuesta mucho reconocer el lento ennoblecimiento del hombre si examinamos únicamente un período limitado. En verdad, en ciertos casos hemos visto el proceso opuesto —su rápida brutalización— en nuestra época. Por consiguiente es menester preguntarnos si estamos tan seguros como lo estábamos antes de haber progresado. La respuesta es evidente en todas partes. Nuestras máquinas y nuestra química han progresado, pero nuestra moral y nuestras maneras no lo han hecho. Nuestras técnicas se han adelantado a nuestro carácter. Con cada generación empeoramos respecto de la fe, de la espiritualidad y de la reverencia hacia un poder superior, pero mejoramos en capacidad de razonamiento y de información mental.

Si tantos signos exteriores muestran que nos encaminamos, no hacia la paz y la espiritualidad, sino hacia nuevos choques para conquistar las posesiones materiales y el poder exterior, es precisamente mediante estos choques y de sus consecuencias educativas como llegaremos por último a la comprensión, la paz y la espiritualidad. Pero el proceso será necesariamente lento. Los errores que comete un carpintero se ven en su obra acabada, ya sea en su apariencia o en su uso. Pero los errores que se cometen en la conducta de la vida no son tan visibles, ya que sus consecuencias son mucho más lentas y mucho más difíciles de reconocer. Esto se debe a que la obra del carpintero es juzgada por los sentidos mientras que una comprensión verídica del ser humano es juzgada por la inteligencia. Y en la evolución del hombre, sus sentidos han llegado a un estado más desarrollado que su inteligencia. Por eso la sola experiencia no trae una inmediata sabiduría. Sólo después de haber sido cabal y honradamente pensada, razonada, o de haber penetrado profundamente por la intuición en una forma impersonal, aparece el fruto. Esto demanda tiempo, empero implica y produce el crecimiento.

Esta es la respuesta para quienes se lamentan que los hombres no aprenden nada de la historia, ya sea la propia o la de otros, o aún peor, sólo aprenden falsas lecciones. El tiempo hace madurar algunos frutos, dañarse otros, trae más sabiduría a algunos hombres, más insensatez a otros. Engañados por el egoísmo y cegados por la pasión, algunos obtienen de la experiencia un significado muy distinto del que debían obtener, y así caen en la

maldad. Pero el Yo superior tiene una paciencia suprema. Sabe que llegará la hora en que nuevas experiencias con sus errores y su consiguiente retribución, con su sufrimiento y su consiguiente desesperación, confrontará cada hombre con la insistente demanda de que la comprenda. Si al orden divino del universo le procuran el tiempo y los eventos necesarios para su crecimiento, esto no significa que deba depender únicamente de ellos; éste sería un camino demasiado largo, demasiado tortuoso, demasiado incierto. Para ayudarlo a acortar el camino y a hacerlo más seguro y verdadero, puede apelar al recto uso de su razonamiento, a la enseñanza de los maestros espirituales y a su propia intuición.

Su tránsito por la tierra le provee parte de las condiciones requeridas para desenvolver sus atributos y capacidades latentes. Pasa gradualmente de la ignorancia al conocimiento a través de la experiencia, del deseo a la paz a través del sufrimiento. Al sumirse en el mal y las tinieblas halla la oposición que le permite ejercitar su voluntad para el bien y aspirar a la conciencia de la verdad. Hay un poder inherente en él y en el cual también la Naturaleza desempeña un papel, que impulsa su crecimiento mental y el mejoramiento moral de su especie. La vida es una progresión ordenada y al mismo tiempo interrumpida desde lo infinitesimal a lo infinito, no sólo en la lucha por la existencia física sino también en el desarrollo del talento creador, en el desenvolvimiento de la capacidad mental y de la conciencia, y en el conocimiento del ser interior.

Aquellos que desean anticipar este adelanto evolucionario deben realizar el esfuerzo necesario y someterse a la disciplina impuesta con un espíritu alegre y voluntarioso. Porque la misma verdad que antes nos fustigaba cuando la desdeñábamos y rechazábamos, nos bendecirá cuando la aceptemos y recibamos. El mismo mal que primero nos tentaba, más tarde nos pondrá a prueba. La revelación de lo que somos, si se la relaciona con sus consecuencias, nos lleva por último a buscar el bien. Obra examinando nuestro derecho al supremo tesoro de la Vida, a la conciencia del Yo superior enraizada en la divinidad, tentando nuestro carácter y fe o poniendo a prueba nuestros motivos y bondad; de esta manera nos permite establecer tal derecho. Así, al final, es un instrumento del propósito cósmico para nosotros y no, como muchas veces se supone, sólo el enemigo de este propósito, y nada más. Nuestra percepción humana de la vida que nos rodea es li-

mitada y estrecha, nuestra concepción de ella es imperfecta y parcial. La vemos como se ve el revés de una alfombra en proceso de fabricación, cuando es una masa informe con un modelo fragmentario, al que apenas se puede discernir por estar al revés.

Sea cual fuere la catástrofe que hiere la vida corporal del hombre contemporáneo, el progreso de su vida espiritual está preordenado y es inevitable. Nos basta examinar el sangriento y ávido curso de la historia para comprender que el mal en el hombre es tan innato como el bien, aunque es cierto que mientras el bien progresa elevándose, el mal se aja y se marchita en el suelo. Durante la guerra, los hombres inclinados a la filosofía nunca perdieron la esperanza, porque sabían que la cuerda del karma llegaba a su término y que el mal encarnado acabaría por destruirse a sí mismo. La mente se defiende con mayor firmeza durante las conmociones contemporáneas, y hasta no sufre daño alguno, sólo si busca y hace suyo por una contemplación constante, el conocimiento de la Idea divina que está tras las cosas. Esto le otorgará la fe de que la ley moral debe siempre prevalecer porque la evolución fue ordenada por la divinidad. Entre las tinieblas que se extienden y el tumulto de la guerra, existe la seguridad de que las fuerzas que obran sólo para el mal, al final obran para su propia destrucción y que el éxito del mal es siempre transitorio. En su ignorancia metafísica, los dirigentes málvados no comprenden que las fuerzas de la evolución y del destino también están obrando, ni tampoco comprenden que llegarán a ser los herederos sufrientes de sus propios hechos. Las calamidades que hicieron padecer a otros pueblos, se convertirán en maldiciones que recaerán sobre ellos. No comprendieron que cada forma de mala acción contiene en sí el germen de su reacción retributiva.

Vivimos en una época en que los poderes del mal apostaron todo para lograr la dominación del mundo. También hemos visto el fracaso colosal de la primera fase de esta apuesta. La hora del castigo sólo puede posponerse; no se la puede ni evadir ni evitar. "Ni en los cielos, ni en medio de la mar, ni ocultándote en las grietas de las montañas podrás escapar al fruto de tu mala acción". Así habló el Buda y la historia siempre dio la razón a estas palabras. Vemos en el resultado de la primera fase no sólo una sorprendente demostración del triunfo fundamental del bien sobre el mal, sino una confirmación contemporánea de que se establecieron

límites definidos a la actividad del mal, tal como se lo expone en *La Sabiduría del Yo Superior*.

El ateo dice que aun cuando existiese Dios, es impotente para prevenir el surgimiento del mal o implacable al permitir su continuación. El filósofo dice que Dios existe, posee poder y da pruebas de misericordia, pero que estas cosas están canalizadas a través del cosmos, es decir un universo ordenadamente regulado. Dice asimismo que las fuerzas oscuras sólo pueden obrar dentro de ciertos límites y que al final del ciclo son destruidas por retribución o se destruyen ellas mismas.

Nuestro deber práctico

Si alguien objeta que tal concepción de la sanción divina del mal enerva la voluntad e impide resistirlo, permitidos contestarle que, si lo juzga desde el punto de vista del obcecado ego personal, al parecer es así. Pero si lo juzga desde el punto de vista de la esclarecida alma humana que ama la verdad, al parecer no es así. Hasta se puede hacer un peligroso mal uso de la verdad. Esto es lo que ocurre cuando, por medio de una falsa lógica, se hace uso de las anteriores doctrinas para liberar a todos de responsabilidad moral. Aunque tratan de explicar las circunstancias que inducen a los hombres a pensar equívoca y malévolamente, no buscan mitigarlo. Quienquiera llegue a la conclusión de que no es responsable y por lo tanto no merecedor de castigo, llega a una conclusión antifilosófica, equivocada y peligrosa. En lo escrito aquí no hay nada que defienda una mansa sumisión al mal. Nada que ponga al asesino en el mismo nivel que el santo. Quienquiera piense así, sólo leyó pero no entendió el significado de estas palabras. El triunfo del mal es sólo un triunfo aparente, porque su poder es limitado. Si el pecador se viese *impulsado* a pecar por el plan divino o por la divina voluntad, si en consecuencia pensara que podría perpetuar cualquier crimen porque así lo ordena Dios, entonces los cimientos de la moralidad se derrumbarían y la creencia de que gozamos de libertad para escoger entre hacer el bien y hacer el mal sería ilusoria. Estaría en contradicción con la enseñanza ética de todos los grandes profetas.

Aunque al nivel y desde el punto de vista de la realidad última, la sabiduría infinita y el amor infinito reinan supremos, si descendemos al nivel y al punto de vista del mundo fenoménico,

tenemos que admitir la existencia de entes malignos y fuerzas hostiles que prosperan en el odio y en hacer el mal, en la falsedad y el daño. Aquí estamos en un mundo de apariencias, ¡sí!, mas para criaturas cuyas percepciones están limitadas a este mundo éstas son terribles realidades, contra cuyas interferencias debemos luchar y a cuyas sollicitaciones debemos resistirnos.

La filosofía no niega la existencia del mal, pero niega que sea absoluto. La ética filosófica siempre se opuso al mal pero al mismo tiempo señala su relatividad. En ningún momento estamos bajo la necesidad de hacer el mal y sólo en algunos momentos dejamos que nos lo hagan. Y cuando el conocimiento filosófico nos enseña que es una forma del error, buscamos inevitablemente hacer siempre el bien, por más lamentables que sean a veces nuestros fracasos. Es una falacia creer que todo es perfección en la Mente-Mundo, en consecuencia todo es perfecto para los seres humanos. Para la sabiduría divina, el mal en el movimiento universal es algo que fluye de la misma naturaleza de la existencia separativa, puesto que eventualmente toma la forma de una afirmación de sí agresiva. El hombre que puede llegar a comprenderlo no está libre de sus responsabilidades humanas, ni tampoco tiene derecho a proclamar cada suceso como si hubiese sido igualmente querido por la voluntad divina o abandonar su deber personal para resistir al mal mental. Puesto que se dice que el mal en el hombre es debido a su ignorancia y a la consiguiente desubicación de fuerzas que en sí no son malas, tales como el intelecto, la energía y la emoción, no cometamos el error de decir que en consecuencia la presencia del mal debe ser negada. Por el contrario, porque es un rasgo que transforma la vida en una arena de luchas inacabables, es preciso reconocerlo, enfrentarlo y luchar contra él. No es una contradicción la lucha severa e incesante contra el mal en la vida práctica y al mismo tiempo el reconocimiento filosófico de la parte que desempeña inconscientemente en la Idea-Mundo.

Quizás un hombre nunca llegue a comprender por qué las cosas son como son; que renuncie a develar este enigma; pero esto no tiene que interponerse en su actitud práctica. El mal se fortalece moralmente cada vez que se lo resiste y se lo vence. En la filosofía no hay nada que aliente a quien hace el mal a seguir este camino equivocado. Al contrario, le advierte que el sufrimiento lo espera y que no tendrá paz mientras no se arrepienta. Reconocer que tras todas las cosas hay una voluntad divina no puede

ni tampoco debe suscitar en nadie una actitud irresponsable hacia la vida y la tendencia hacia una conducta letárgica. Cuando los pensamientos destructores dominan los sentimientos del hombre y lo obsesionan hasta el punto de herir a sus semejantes, la sociedad tiene el deber de defenderse tomando medidas preventivas contra ese individuo. El punto de vista pesimista que ahoga la iniciativa, acepta la inmoralidad y dice a los hombres atormentados que se contenten con su suerte, muchas veces da la razón a los atormentadores para que sigan haciendo el mal. Esto promueve el crimen y aumenta el mal del mundo.

La actitud de resignación fatalista ante los acontecimientos malos por creerlos la expresión de la voluntad de Dios, a veces es heroica pero otras es cobarde, a veces sensata y otras desatinada. Para emitir un juicio correcto se necesita conocer los factores invisibles tanto como los factores visibles que intervienen en cada caso particular. Atribuirlo a la voluntad de Dios en ningún caso desvía la responsabilidad que pertenece al esfuerzo propiamente humano. Aquí la falacia estriba en hacer cometer las acciones por el hombre y cargar a Dios su responsabilidad. Surge de la confusión de pensamiento. Sólo si estudiamos el mal desde distintas perspectivas, tal como la religiosa, metafísica y mística; y luego que la filosofía esclarece esta confusión con su penetrante análisis, podremos tener una idea clara acerca de él. En suma, aconseja al estudioso a aceptar al mal en metafísica y a resistirlo en la práctica. Debe hacer lo primero a causa del origen divino del cosmos y lo segundo debido al estado imperfecto de la humanidad. Desde el punto de vista práctico no hay otra alternativa que la de juzgar al mal como mal o como ignorancia y tratarlo como tal. La actitud que ignora el mal en los hombres y disculpa sus hechos malvados aparentando una caridad angélica, no es filosófica. Aunque no es menos caritativa, la filosofía no compra sus virtudes al precio de perder su equilibrio y de cerrar los ojos. Prefiere mantenerse firmemente de pie con los ojos abiertos. Reconoce el bien en los hombres como parte del mismo cuadro que contiene el mal. Porque comprende, nunca condena.

En el terreno de la conducta, el mal no es una ilusión metafísica sino un hecho práctico. Lo encontramos todos los días y tenemos que entendernos con él de la mejor manera posible. No podemos reconciliarnos con el mal, mucho menos colaborar con él. Debemos desempeñar nuestra parte en la vieja e inacabable

lucha contra él. Hay que recordar siempre que avenirse metafísicamente a la presencia del mal no es la misma cosa que resignarse. Vemos que acompaña inevitablemente las primeras fases de la personalidad en el universo, pero también debemos ver que es una compañía temporal. Está allí, pero no tenemos que cooperar con el mal ni someternos a él. Si comprendemos sus limitaciones, no tiene por qué conmover nuestra fe ni nuestros nervios.

Por eso hay muchas razones para que los aspirantes a la filosofía, así como los legos, deben luchar por vencer al mal y tratar de elevar el carácter de la humanidad. Es cierto que la práctica de la no resistencia puede sorprender a tal punto a quien hace el mal que desista de su actitud equivocada. Esto es acertado. Pero suele ocurrir únicamente en ciertos casos. En la mayoría de los casos tiende a producir el mismo efecto en su actitud interior, en su conciencia, pero ésta es muy ligera y totalmente inconsciente.

El enfoque convencional del problema de la guerra tiene que ser examinado otra vez. Es menester dar más importancia a sus causas psicológicas y sus relaciones con la matanza de animales deben ser estudiadas a la luz de la ley de recompensa. Se dijo en *La Sabiduría del Yo Superior* que la forma más excesiva de mal animalista en la humanidad sube como escoria en la superficie de esta época con el fin de que se pueda eliminarlo más fácilmente. Todas las egoístas tendencias a la matanza, la violencia y la codicia, el odio y el despecho, la ira y la sospecha, el resentimiento y la venganza que se manifestaron del peor modo posible en las dos guerras mundiales, encuentran en la tremenda fuerza explosiva de las bombas atómicas su expresión final. Más allá de esta violencia mortífera la humanidad no puede descender. La ciega adhesión de la humanidad a la lucha animalista y a las tendencias homicidas, se manifiesta en dos hechos terribles: la matanza de los hombres en la guerra y la matanza de los animales en la paz. La primera se justifica éticamente hasta ahora por la excusa de una causa justa y de una forzosa autodefensa. La segunda se justifica hasta ahora por la excusa de la ignorancia dietética, las necesidades heredadas y los hábitos sociales. Pero la primera se podría evitar a menudo y la última es muchas veces innecesaria.

No tenemos que ignorar el mal en nuestros semejantes, pues debemos tratar con ellos en un mundo práctico, ni tampoco tenemos que ignorar el alma que trabaja silenciosamente en ellos. Con el tiempo el mal desaparecerá; el bien permanecerá para siempre.

Si es menester tener relaciones con ellos, debemos percibir lo que no está bien en ellos, pero es preciso hacerlo impersonalmente y sin agravio. La debilidad humana que nos hace devolver el mal por el mal, que busca desquitarse o vengarse de quien hizo daño, es inaceptable. Debemos actuar de acuerdo con lo que nos impone la responsabilidad social en tales casos. Pero no debemos ensuciar-nos con malas acciones.

Ni tampoco dejarse dominar por el hábito inútil aunque común de condenar a aquellos que nos han agraviado. Jesús explicó la razón de este consejo: "Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen". Y Epicteto nos ha enseñado que el hombre que mira más allá de las apariencias, no encuentra a sus semejantes culpables. La mala conducta de estos hombres surge de las imperfecciones y limitaciones de su psique, de su condición desequilibrada y subdesarrollada. No pueden evitar hacer lo que hacen porque no pueden evitar ser lo que son. Y esto a su vez es la herencia de todas sus experiencias pasadas, de todos sus pensamientos pasados. El tiempo los va a enseñar. La vida los va a instruir. El sufrimiento eliminará el veneno de su sistema. La ley de compensación se ocupará de ellos y los va a disciplinar. Cuando lleguen a tener conciencia del daño que hicieron a otras vidas y del mal que se hicieron a la propia vida, se arrepentirán y llegarán a una mejor comprensión. Esto exige largo tiempo y muchos nacimientos. Mientras tanto, debemos aprender a perdonar lo que la vida a veces perdona. Habría pocas esperanzas de escapar a la esclavitud del mal, si la gracia de Dios no penetrara en la vida evolucionaria en algún punto o por medio de algún hombre bienaventurado. Y cuando esto ocurre trae la redención, la liberación y la iluminación. Hay amor en el corazón de las cosas. Hay perdón para el hombre arrepentido. Hay olvido para los pecados de los que se abjuró, pero únicamente cuando se eliminan las causas que los produjeron.

La misericordiosa remisión de los pecados, el otorgamiento compasivo del perdón son hechos reales entre los mismos seres humanos. ¡Cuánto más reales serían en las relaciones de los hombres con su Padre Divino! El perdón de los pecados es un hecho, no sólo una esperanza, pero es un hecho únicamente para aquellos que aprenden la lección de sus sufrimientos y la aplican. Los otros deben sufrir las consecuencias de su mala conducta, porque si no lo hacen así el karma, la ley de compensación, sería sólo una

ley excéntrica en la que no se podría confiar, y la experiencia que trae carecería de valor. Esto se debe a que no obra sino después del arrepentimiento de los pecados y la reforma de la conducta. La creencia de que el pecador más depravado puede esperar el perdón y llegar a la bondad, es cierta hasta para el peor de los hombres, pero sólo si se arrepiente profundamente y cambia sus ignorantes hábitos de vida, de carácter y de conducta.

La ley de compensación (karma) no es una ley vengativa. No expresa, como algunos creen, el dicho hebraico de "ojo por ojo, diente por diente". Si fuera así, la humanidad no podría expiar su sombrío karma o escapar de la enmarañada tela que tejió en el pasado. Lo que ocurre en realidad es que tan pronto como el hombre llega a una plena comprensión y a una profunda convicción de que debe abandonar su mala conducta, que tan pronto como su carácter, conciencia, inteligencia y equilibrio están suficientemente desarrollados, se libera de las consecuencias de su equivocado pasado. En otras palabras, al realizar el cambio de sí mismo, de su mentalidad y sus sentimientos crea una nueva y poderosa causa, mientras que la misma ley produce el nuevo efecto de esta causa, lo cual pone fin al sombrío karma heredado de su ignorante pasado. En este sentido hay perdón de sus pecados, lo cual es un sentido diferente de la simple forma sentimental del ansioso pensar que, en los círculos religiosos, abusa de la idea de perdón.

El pasado no se puede borrar totalmente, aun cuando es posible modificar su legado. En quien aspira al perdón, éste sólo se aplica a un pecado específico o a un grupo específico de pecados. En el adepto, se aplica a la totalidad de todos sus pecados. Porque el primero aún no ha ganado su recompensa y lleva al hombro su falta de cumplimiento por no haberse liberado su ego. Pero el segundo se ha liberado de su carga al librarse de su oculto núcleo, el ego.

Al tratar con gente que es víctima de la sugestión de fuerzas malévolas, ya sea continua o intermitentemente, debemos recordar que no hay que condenarla, ni tener por ella resentimiento u odio. Llevamos todos nuestra carga de malas acciones provenientes de un remoto pasado, empero estamos siempre prontos para buscar el perdón de su pesada retribución. Si no estamos preparados para perdonar a quienes nos hacen mal, no tenemos derecho a esperar la remisión de nuestros pecados. De hecho ésta es

una ley espiritual. Todos aquellos que buscan el perdón para ellos mismos, deben seguir la regla del perdón en sus tratos con los otros hombres. Cada vez que tienen que soportar el odio de los hombres, se les ofrece la oportunidad de mostrar su buena voluntad para con los hombres. Donde los otros sólo hallan el veneno, deben encontrar el antídoto.

Pero éstos no son los únicos fundamentos de tal actitud. Hay otro fundamento y no es menos sólido. Los pensamientos de cada hombre contribuyen en pequeñísima parte al acervo del mundo, lo hacen mejor o peor. El hombre es responsable de sus propios pensamientos, y si sigue un camino espiritual debe tratar de que sean constructivos, positivos y armoniosos, y no destructivos, negativos y discordantes. La oscuridad no tiene existencia positiva en sí. Es simplemente falta de luz. De igual manera, la ignorancia es simplemente falta de conocimiento y el mal es simplemente falta de bien. Y de igual modo que la única manera de librarse de la oscuridad es traer la luz, ya sea encendiendo una lámpara o abriendo una ventana, la única manera de eliminar el mal del pensar del mundo y eliminar la ignorancia que lo fomenta, es traer buenos pensamientos y difundir el conocimiento espiritual en el mundo.

A medida que el hombre desenvuelve sus características más divinas, se desprende de sus características más groseras. Por su propio trabajo de mejoramiento en sí, allana el camino para que la gracia redentora de Dios pueda entrar. Cuando descubre su verdadero yo, cuyos primeros atributos son el amor y la sabiduría, desecha el mal y el error. En el momento en que se desprende de los velos de la ignorancia, llega a distinguir los valores malos y se vuelve hacia los buenos. Para conocerse plenamente, tendrá que conocerse a sí mismo iluminado con un rayo del sol divino, que derrama luz y expresa bondad. Para comprender plenamente el mal, tendrá que amar la pura verdad antes que las ilusiones placenteras. Y entonces ese mismo mal que antes era un oscuro y trágico enigma para sus percepciones más bajas, se desvanece como tal ante sus percepciones más elevadas y se transmuta.

La tranquila confianza en la bondad última del universo se basa en una percepción más bella, y no hay que confundirla con el desequilibrado optimismo que se basa en un ruidoso emocionalismo. Se manifiesta en el hombre a través de una guía espiritual que descansa en la revelación exterior y la intuición interior. Esto

ayuda a su evolución pero no la garantiza. Para esto hay que considerar un solo hecho: la presencia del Yo superior en cada corazón, cuya paciencia sobrevive a miles de reencarnaciones de negación, cuyo poder domina al final todos los impulsos animales y la mundanidad calculadora, cuyo magnetismo lo atraerá a través de incontables penas y enajenamientos, porque es el mismo Amor.

Una Idea está implícita en el orden mismo del cosmos. La ciencia comenzó a tener algunas vislumbres de pequeños fragmentos de este plan. El valor último de la ciencia estriba en su revelación de la presencia de esta ley en el cosmos. Porque una ley presupone una mente y de ellos se infiere la inteligencia.

En cuanto el hombre ha llegado al actual conocimiento de las leyes de la naturaleza, es evidente que tras ellas hay alguna clase de mente unificadora. También es evidente que esto no es indiferente al desarrollo del hombre.

Nada está ni nadie ha estado, ni podría estar fuera del infinito terreno de conciencia del Ser Infinito. Además, ningún evento puede tener lugar excepto en el infinito terreno de su ley.

Si todos los hombres se dieran cuenta de la perfecta sabiduría, inteligencia u orden que hay en el cosmos, caerían de rodillas en profunda reverencia ante el Poder que está tras él. Deduzcamos de cada hecho intuido la firme seguridad de que una ley divina mantiene todos los procesos del universo en su poder, y una mente divina existe tras todas las innumerables mentes humanas y es su fuente y su meta.

Si alguien cree que el universo está gobernado por la ciega casualidad, es porque lo ve con ojos de miope. Remy de Gourmont, distinguido crítico literario francés, escribió: "La verdad es ilusión, y la ilusión es verdad. La humanidad vivió siempre en el error, y además no existe la verdad, ya que el mundo está en perpetuo cambio. Si un hombre logra construir una imagen verídica del mundo, dejará de ser verídica para sus nietos." Si de Gourmont se hubiese dirigido a aquellos metafísicos que no reconocen otra guía que la que el intelecto puede indagar, no hubiese andado errado. Pero su mente demasiado analítica no vio el solo hecho que desafía todo análisis, el hecho de que hay una realidad oculta que manifiesta su existencia —aunque no su naturaleza— a través de la apariencia del mundo, y *una ley eterna que gobierna sus infinitos cambios.*

La filosofía nos enseña que la vida de todo el universo, no menos que la vida de todos los hombres, es gobernada por el orden y no por el accidente, por la ley y no por la casualidad, por la inteligencia y no por la absurdidad. Existe una dirección inteligente tras cada fenómeno de la vida en la Naturaleza y en el cosmos. No hay evento, ni criatura, nada en todo el universo que carezca de significación. Esto es así y debe ser así porque todo el universo es el pensamiento de la Mente infinita. En todas partes y en todos los tiempos la inteligencia universal está siempre presente, obrando sin cesar. Las leyes de la Naturaleza son verdaderamente sus leyes. Y esto sigue siendo cierto aún cuando la limitada visión del hombre ve el error a causa de la presencia del mal y la muerte. El caos y la confusión, el accidente y la casualidad, la pena y la desdicha en la existencia humana son sólo una apariencia pasajera, no una realidad duradera. Aun cuando no lo podamos conocer o ver, como ocurre en la mayoría de los casos, debemos creer con confianza que un poder superior está activando los procesos del mundo hacia lo que por último probará ser del mayor provecho para todas las criaturas y cosas que están en él. A quien estudia filosofía con perseverancia, todas las piezas de este mosaico, que para el lego parecen carecer de sentido y no tener relación alguna, ocupan gradualmente cada una su lugar y revelan la maravillosa significación del conjunto. Hay sabiduría y bondad en el corazón de las cosas, y podemos andar con fe aun cuando su visión nos sea negada.

La Idea divina es el resultado de la divina sabiduría y de la comprensión perfecta. Por lo tanto es la mejor posible. Y no puede no haber sido lo que es sin que la Mente divina no fuese lo que es. Asimismo el universo no puede ser sino el mejor universo posible. Si somos incapaces de percibirlo, se debe a que nuestra mentalidad finita no puede comprender la existencia infinita. Si, en esta cuestión, empezamos por dudar de la sabiduría de Dios, terminaremos por aceptarla. Tal aceptación consciente del orden divino de las cosas no es fácil para la mayoría de los hombres. Por cierto, sólo la aceptan mucho después que la razón se lamentó y sus emociones se rebelaron contra ella. El ego debe primero bañarse en la gracia antes de someterse y aceptarla. Hasta en sus aspiraciones espirituales, está buscando siempre resultados rápidos; mientras que el Yo superior busca los duraderos. De ahí la eterna paciencia con que el Yo superior contempla los sufrimientos de

su retoño y espera su mejoramiento. Muchos deploran esta paciencia digna del mayor respeto. Sin embargo, no puede ser de otro modo si quiere realmente promover y garantizar la autenticidad de la evolución del ego. Porque cada paso que lo eleva será entonces espontáneo, originado dentro de sí mismo por su propia experiencia y observación. Su crecimiento no será artificial y dudoso, sino natural y seguro. El ego goza del derecho y la libertad de cometer sus propios errores y de pagar el consiguiente sufrimiento, porque debe llegar a integrarse completamente en su yo pariente, por un proceso tan natural como el que hace que una semilla se convierte en árbol.

Una perspectiva tan impersonal del universo no fue hecha para los débiles y los cobardes, ni tampoco la visión de una Idea tan sabia y de procesos tan perfectos. Un hombre debe apelar al héroe que está en él para ser capaz de realizarlo. La actitud heroica es por cierto el precio que debe pagar por la verdad, la verdad que trae consigo la paz. Aquel que adopta una perspectiva de tan amplio alcance, que formula un concepto de la existencia tan fundamentado, nunca se entregará a la desesperación a causa de la actual desdicha de la humanidad o de la oscuridad contemporánea, del desasosiego caótico y del bullente tumulto. *Sabe que fuerzas santas se interpondrán cada vez más en su historia, a despecho de las caídas temporarias o de las regresiones parciales.* Porque todo y todos moran inevitablemente dentro del principio del ser benéfico.

Las experiencias amargas y brutales no serán disculpadas, porque no quiere cerrar los ojos a las fuerzas del mal y a la moralidad caótica, a la tragedia y degeneración del mundo que lo rodea. Por cierto, las verá más claramente y más vivamente que los demás hombres, porque las examinará hasta sus mismas raíces en la naturaleza humana. Nunca pretenderá, como los débiles idealistas, que no existen. Empero la conciencia de estas duras realidades no lo intimidarán ni lo desilusionarán nunca. Sabe que llegará el día en que otros hombres se despertarán para buscar el único poder capaz de vencerlas, y entretanto, mientras espera su despertar, mantendrá en alto la antorcha de su luz interior. Esta es su responsabilidad y no la rehusará. Esto es lo que debe hacer por la humanidad y por cierto lo hará.

El lado feo de la vida no debe ser ignorado, como algunos místicos y yoguis del Este y ciertos hombres cultos del Oeste lo

ignoran. Tal modo de rehuir su existencia es ora una cobardía moral, ora un narcótico emocional, ora una ofuscación intelectual. La filosofía hace frente a este lado feo de la vida, con todos sus males y horrores, y no lo niega. Pero tampoco lo acepta.

Que lo acepten aquellos que desean servir a la humanidad con los medios que están en su poder, que lo acepten aquellos que buscan distribuir las aguas espirituales de vida y el pan material del hombre. Pero, dicho esto, que no caigan en el craso error de creer que las leyes del universo no son justas, que los poderes del mal son todopoderosos y que a menos que ellos alteren personalmente el curso de los eventos el resultado será sumamente deplorable. Esto no es así. El universo seguirá existiendo, no importa lo que hagan. Su administración está en manos capaces y benéficas. Dios sigue siendo la Autoridad Suprema y no necesita ni pide la ayuda de nadie.

El vago sentimiento de que, a despecho de todos los sufrimientos y pecados, el desenlace de este drama de la raza humana será, al final, bienaventurado y feliz, es correcto. Donde hoy vemos el mal en el hombre, en los eventos o en algún lugar, es más bien la ausencia de bien, así como el frío es la ausencia de calor. Porque el bien pertenece por derecho propio a la naturaleza interior de las cosas, y nunca puede desaparecer para siempre. La más segura garantía de que el bien siempre está destinado a triunfar, por más tarde que suene esta hora de triunfo, se halla en los atributos del Poder que sustenta toda existencia. Uno de estos atributos, tal como lo sintieron los místicos que se aproximaron a la divinidad, es el amor. Conocer, sentir o creer esto, es saber, sentir o creer inmutablemente en la justicia última y en la beneficencia de las cosas. El místico filosófico afirma que el odio no es una realidad permanente, sino una ausencia temporaria de amor, y así como la oscuridad desaparece al aparecer la luz, así las emociones negativas desaparecerán cuando la evolución obligue a los hombres a despertarse y a admitir el amor que es inherente a su yo más profundo, el Yo superior. La concepción filosófica de la vida ve en la presencia de un alma divina en el hombre otra garantía de que su naturaleza sensible experimentará algún día la verdadera felicidad, que su inteligencia la conocerá y la comprenderá, y que su carácter finalmente evolucionará y llegará a un estado de verdad, bondad y belleza. Por eso está libre de la melancólica experiencia de H. G. Wells

que en la ancianidad tuvo que reemplazar su tremendo optimismo "científico" acerca del futuro de la humanidad por un pesimismo "científico" igualmente tremendo.

La experiencia terrenal no es un instrumento para torturar al hombre sino un recurso para educar al hombre. Sus valores más bajos se transmutan con el tiempo en valores más elevados, sus valores malos en valores buenos. La inmensa multitud de seres humanos que pasaron por la faz de este globo que gira en el espacio durante incontables millones de años, no han pasado en vano. Las misteriosas leyes de este cosmos no permitirán ni permitirán un triunfo final de fuerzas o de entes que violan su esencial beneficencia interior. Si la aparición del mal individual es una fase ordenada del desarrollo humano, la liquidación del mal individual fue igualmente ordenada. En esto estriba la paradoja, pues aunque el mal está presente en todas partes, no prevalecerá en ningún lugar. El análisis muestra que es una serie de valores y cualidades, no un principio eterno. Que el cosmos nacido de la divinidad y sustentado por ella, contenga ilógicamente cualidades malas, es algo que no se puede comprender al primer pensamiento, ni juzgar a primera vista. En lugar de buscar su origen fuera del universo, lo debemos buscar dentro de nuestra conciencia. Porque representa una corrupción de los valores humanos, un enajenamiento del Yo superior y una mala dirección del libre albedrío.

El hombre malo escribe en el agua, el ser malo es un sendero en la arena. Porque el destino del primero es el de transformarse, y el del segundo es el de ser olvidado. En el ejercicio de la libre elección del hombre se produjo un ciclo de pensamiento, acción y sentimiento pecadores. Pero como tuvo un comienzo, así tendrá un fin. Ya que empieza de nuevo en cada individuo, termina allí, no en la especie. El reino pecador del infierno está dentro de nosotros. Por lo tanto cada ser humano debe hallar por sí mismo el reino sin pecado del cielo, y debe encontrarlo dentro de sí mismo. Que los pecadores lleguen algún día a ser santos, ya que el mal se transmuta con el tiempo en bien, no es sólo una posibilidad que es preciso admitir sino una verdad que hay que reconocer.

Si la situación presente de la humanidad nos deprime y si las perspectivas de su futura situación nos asustan, no por eso abandonaremos nuestra creencia en el eventual triunfo del bien

sobre el mal y en la eventual aniquilación de las fuerzas destructoras. No es preciso creer en ello simplemente porque lo deseamos sino porque es así. Nunca hay que olvidar que el progreso y las victorias de los poderes de las tinieblas son ilusorios; parecen verdaderos, pero no son verdaderos. Si existe el mal en el universo, sin embargo el universo es bueno. Si los hombres comunes deben buscar en un lejano futuro la transformación de las tinieblas en luz, el sabio encuentra la luz *aquí y ahora*. Ve la amenaza y los peligros de la época y los justiprecia en su verdadero valor, pero sabe que estará tan seguro más tarde como lo está ahora, porque él, el verdadero yo, no puede ser tocado, ni puede ser alcanzado por ninguna amenaza ni por ningún peligro, porque mora más allá de ellos. El universo que contempla resplandece siempre. Su conciencia superior lo ve de una manera tan diferente que está reconciliado con él tal como es hoy, no como será en algún lejano día. Sabe que si tantas criaturas en el universo tienen que pasar por una fase mala, el Ser Supremo que está tras el universo nunca lo hace. Hasta donde llevó su mente en armonía y unidad con el bien, percibe que será para siempre más poderoso que el mal.

Así al final cada hombre tendrá que resolver el desconcertante problema del mal por sí mismo. Nadie se lo resolverá, porque debe penetrar hasta lo más hondo de su propia conciencia, en las profundidades místicas donde mora el Yo superior, antes que pueda llegar a su verdadera solución.

El verdadero filósofo tiene conciencia de un hecho, cuya enseñanza perenne recibió del Yo superior, el hecho de que la verdad triunfará al final, de que el bien vencerá al mal, de que la tolerancia y la bondad dominarán a la crueldad y que las tendencias espirituales sobrevivirán y durarán más que las tendencias materialistas. Si el logro de estas cosas no tiene lugar en nuestro tiempo, si está oculto en la futuridad, aprenderá a tener la paciencia de la Naturaleza. Si el primer desarrollo del ente humano parece tener la necesidad de llevar el mal a la superficie de su vida, el desarrollo ulterior exigirá igualmente la eliminación del mal en su vida.

En los próximos milenios la civilización se desprenderá de sus características malas, incluso las guerras, y adquirirá características buenas, que serán bendecidas por una época verdaderamente nueva y gozosa en comparación con el estado actual. Así como

el dinosaurio y los demás monstruos reptilianos perecieron cuando las condiciones planetarias ya no podían expresarse más de esa manera, así desaparecerán al mismo tiempo el tigre y el buitro fuera del hombre como Naturaleza y dentro de él como pasión y codicia. Así como cada noche es seguida por el alba, así también el oscuro período del materialismo que ahora culmina con sus peores rasgos, será seguido, primero por una breve transición, luego por un período luminoso en que se manifestarán los brillantes rayos de una mejor edad para el hombre.

CAPÍTULO IX

¡DIOS ES!

Lo que se escribe en estas páginas tiene su propia importancia, pero lo que forzosamente se deja sin escribir, posee una importancia mucho mayor. Puesto que muchos de los anteriores argumentos dependen de la sola afirmación de la existencia de Dios, y dejarían de tener valor si esta existencia no fuese real, es menester decir unas pocas palabras acerca de lo Impronunciable.

Si, según el decir de Bacon, alguien toca superficialmente la filosofía, se convierte en ateo. Pero si indaga en profundidad, llegará a estar completamente convencido de la existencia de Dios. Puesto que un cristal, una flor y un cuerpo humano siguen la misma ley de desarrollo por etapas, y puesto que estas etapas y sus formas muestran que hay tras ellas una inteligencia infinitamente más grande que la del hombre, aquel que niega la existencia de Dios lo hace más bien por prejuicios emocionales que por falta de penetración intelectual. Si pudiese contemplar sin prejuicios y con suficiente profundidad la naturaleza y la utilidad de las cuatro estaciones, el poder creador del sol y el movimiento de los planetas, vería que el gobierno inteligente del universo está regido por una ley. En todo ello la casualidad no entra para nada. Si se contempla la evidencia de que hay una intención de vida en la tierra y las estrellas, y se es incapaz de creer que un poder superior rige todo el universo, si no se halla otra solución que el ateísmo, se debe a que la mente que contempla esta evidencia está ya cerrada por la parcialidad o desequilibrada por la emoción o trastornada por el sufrimiento o demasiado extravertida por los sentidos del cuerpo o defectuosa de algún modo.

El mundo no está desprovisto, como un cadáver, de vida y sentido. Posee ambos. Dentro de la partícula más infinitesimal y tras ella, aunque seamos incapaces de discernirlo, hay una Mente rectora, un principio espiritual que la gobierna. Este principio de vida presente en todas partes y el poder cósmico creador son una y la misma cosa: Dios. Tanto en las estrellas como en el hombre vemos el signo o la evidencia de su incomparable inteligencia e increíble omnipotencia. Sus leyes están siempre presentes, pero el sentido humano sólo las conoce por los efectos que producen en este mundo de forma, tiempo y espacio. Si el universo careciese por completo de leyes, si los eventos y los movimientos universales, tales como la aparición del sol y el crecimiento de las semillas, tuviesen lugar en forma azarosa, no podrían seguir existiendo. Hasta aquellos microscópicamente diminutos organismos a los que damos el nombre de células, con los cuales están contruidos las plantas, los animales y los seres humanos, contienen en latencia y con el tiempo desarrollan la mentalidad y las características del mismo hombre. Y esto lo hacen de acuerdo con un plan perfecto, por etapas ordenadas y a través de millones de renacimientos.

Nada de lo que ha ocurrido en la historia del mundo hubiera podido ocurrir salvo por la sanción última de la voluntad y la sabiduría de la Mente Universal. Sin esta clave que sirve de guía a la razón, el pensamiento humano hubiera debido atribuir todo cuanto ocurre a la mera casualidad. El universo parecería carecer de sentido, la fortuna sería muy injusta y la misma vida una locura. La vida en cada dominio de la Naturaleza sería por cierto el juego de fuerzas brutas, mecánicas y ciegas, tal como piensa el materialista. Pero con esta clave discernimos que en medio de este caótico torbellino hay un propósito divino tras la existencia humana, un orden racional dentro del mismo universo y una Mente benéfica que actúa como regente de los dos. Con ella encontramos un significado en toda existencia y aún más en la existencia humana. Ya no nos aparece más como una partícula de espuma transitoria en el océano, sino más bien como el primer y tenue fulgor de la luz eterna.

Que nadie impugne la infinita sabiduría de la Mente Universal sólo porque está más allá de su comprensión finita o porque el mal y el dolor lo enfurecen. ¿Acaso tal hombre hu-

biera podido predecir, después de ver con un microscopio y sin conocimiento previo, que un diminuto trozo de jalea protoplásmica llegaría a convertirse en un hombre adulto dotado de la capacidad de pensar, amar y adorar? Empero cada planta, cada animal viviente demuestra la presencia de la inteligencia cósmica en las etapas progresivas de la semilla a la flor, del feto a la criatura adulta. Estas etapas fueron organizadas con demasiada sabiduría y claridad hacia el fin en vista para que fuesen el resultado de la mera probabilidad. El proceso evolucionario es tan inevitable, por más lento que sea, como el retorno del sol. Nada es o será dejado fuera porque cada átomo es viviente y tiene el germen de la conciencia de sí. La antigua división entre materia muerta e inerte y célula viva y activa ya no es más válida y desapareció con los nuevos conocimientos en electrónica. No hay energía ni objeto que en esencia no sea una forma bajo la cual aparece la Corriente de Vida de la Mente-Mundo. La materia de nuestra vestidura de carne fue una vez mineral, luego planta y animal, y ahora es humana. El cuerpo del hombre es el crisol de la Naturaleza; su pensamiento, su poder transmutador. El desenvolvimiento del estado físico al espiritual exige el paso por estos tres dominios, por diferentes planetas y por la forma humana, donde el fuego de la conciencia de sí enciende en su obra evolutiva previa una sorprendente magia. Aún más, de igual modo que las células de su cuerpo son afectadas tanto por lo que hace como por lo que piensa mentalmente y siente emocionalmente, también el hombre es afectado por lo que el planeta le está haciendo. Porque éste tiene su propia meta individual hacia la que evoluciona, y debido a ello cambia lenta o abruptamente las condiciones de vida de todas las formas vivientes en todos los dominios y en su cuerpo.

La fuerza vital en el hombre no habría expresado la inteligencia humana si no tuviese tras ella la inteligencia universal, ni la espiritualidad humana si no fuese impulsada por el espíritu universal. El destacado biólogo inglés, Sir J. Arthrop Thompson, afirma: "Luego de un largo rodeo se vuelve siempre a la antigua verdad: en el comienzo era la Mente". A medida que el conocimiento filosófico del hombre que busca se acrecienta, la veneración religiosa se intensifica. Se convence cada vez más de la eterna presencia de la sabiduría infinita

en el universo, se pierde cada vez más en la contemplación de la maravilla de su vida infinita. No fueron ni las teorías metafísicas, ni los sueños visionarios, ni las intuiciones místicas, ni los sentimientos piadosos, ni las observaciones prácticas personales las que forzaron al profesor Geley, brillante fisiólogo francés, a exclamar: "Este conjunto de hechos, puesto a nuestra disposición por diferentes hombres de ciencia, ¿no nos prueba acaso la extraordinaria, sorprendente, incomprendible, hasta diría, la milagrosa *inteligencia* de la Vida?"

Ningún hombre ha dado prueba del mismo grado de inteligencia y arte que la Naturaleza nos muestra. La maestría técnica que se necesitó para construir el cuerpo humano es algo que nos sorprende, primero con temor y luego con reverencia. Aquel que denomina esta maestría "fuerza ciega" y no percibe la inteligencia viviente que está tras ella, revela así su ceguera intelectual. La inteligencia infinita se revela en todas partes a los ojos que saben ver y a las mentes que saben pensar. Los médicos no habrían necesitado ser agnósticos y ateos como tantos lo fueron en el pasado si hubiesen observado de un modo más intuitivo los numerosos signos de una fuerza superior que rige el nacimiento del cuerpo humano, la evolución del feto humano y las actividades de la sangre del hombre. No tienen ningún derecho a suponer, por ejemplo, que, debido a que los sucesos involuntarios que ocurren en el sistema nervioso están más allá del terreno de la conciencia personal, deben por lo tanto estar fuera del terreno de toda conciencia posible. La reacción ante el peligro; los reflejos y los movimientos tales como las secreciones glandulares y la digestión estomacal, de los que se supone que tienen lugar en el mundo de la mecánica; el trabajo automático de los órganos internos (como el corazón) que mantienen el cuerpo; la actividad que tiene a su cargo la reparación de las heridas internas y externas, todos ellos son manifestaciones de una inteligencia racional directiva dentro del mismo cuerpo. Incontables y complejas células de la sangre nacen, maduran, y pronto mueren en cada ser humano. Llevan una vida activa, que tiene un fin. Sin embargo no tienen conciencia de que hay un ente llamado Hombre tras todo el grupo, así como el hombre nunca tiene conciencia de los procesos por los cuales los glóbulos blancos y rojos de la sangre llevan a cabo su trabajo. Así la

mente contiene la conciencia física, pero puede no estar limitada a una sola clase de conciencia.

¿Cómo hallan las plantas su alimento, los animales su sustento, y el hombre su subsistencia y su ropa, todo del cuerpo de este planeta? ¿Cómo la Naturaleza satisface de un modo tan infalible sus necesidades? La respuesta es que la Mente Inteligente es la base subyacente a todo, la fuerza activadora del acontecer universal. Sólo después de haber pensado esta idea en todos los niveles llega a ser clara, su importancia cobra vida y sus implicaciones se vuelven visibles. Nos lleva directamente a dos otras ideas.

Primero, la Mente-Mundo es el origen de toda existencia. Así como por su naturaleza misma el sol irradia luz, así por su naturaleza misma la Mente-Mundo manifiesta el cosmos. Segundo, todas las cosas tienen a Dios como esencia, pero ninguna cosa revela a Dios como esencia. La inmensidad del universo está más allá de lo imaginable. Nuestra tierra, a despecho de sus continentes y océanos, es menos que un átomo en comparación con su asombrosa extensión. Empero, sólo nos acercamos a la verdad cuando comprendemos que aunque el cosmos entero es una inevitable expresión de la Mente-Mundo, sigue siendo una expresión limitada.

Es preciso tener esta seguridad —por más que nuestros sentidos, en los cuales no podemos confiar, y su vagabundo alumno, el intelecto, nos digan lo contrario—, de que hay un orden cósmico, una Idea oculta tras el proceso del mundo. Pero nosotros, también, somos parte de este orden, de este proceso. De ahí que la Idea exista dentro de nosotros como alma divina.

Lo que los sentidos nos dicen acerca del mundo es siempre lo contrario de lo que el alma nos dice. Los sentidos nos dicen que su experiencia es verídica, el alma nos dice que es una ilusión. Los sentidos nos dicen que no somos sino cuerpos; el alma nos dice que hay algo de divino en cada uno de nosotros. Los sentidos nos dicen que las cosas ocurren por un accidente de la casualidad; el alma nos dice que las cosas ocurren por la sabiduría de Dios.

La Mente-Mundo es siempre consciente, siempre omnisciente y siempre presente. Le es imposible al hombre conocer toda la verdad acerca de un solo hecho, sólo esta Mente es

capaz de hacerlo. Ni tampoco el ser humano puede comprender todo cuanto atañe al pasado y al futuro como lo comprende esta Mente. Todas las clases de existencia posible son aprehendidas juntas por la Mente-Mundo. Así su conciencia es verdaderamente cósmica de un modo que nunca lo podrá ser una conciencia finita. Todos los puntos en el espacio y todos los momentos en el tiempo están contenidos dentro de la Mente-Mundo. Tal infinita capacidad de experiencia está por completo fuera del alcance de la comprensión inmediata del intelecto humano finito.

¡Y sin embargo los hombres siempre trataron de poner a Dios a la altura de su pequeñez! Atribuyeron a esta palabra todo cuanto de falso y dudoso ideaba su imaginación o la usaban con diferentes sentidos. El significado que le damos aquí es el de un Poder imperecedero que está al mismo tiempo en el mundo (y por tanto en nosotros) y sin embargo trasciende el mundo.

¿Qué es este Poder? ¿Es una Cosa o una Persona? No es ni una cosa ni la otra, y aquellos que no piensan de esta manera se engañan a sí mismos. La filosofía sostiene que la Mente es la realidad última. Dios es Mente y está en todas partes. Sólo una Mente impersonal puede estar presente en todas partes en un cosmos ilimitado, sustentando toda clase de vida personal tal como lo hace. Las criaturas de Dios no podían ser menos que personalizadas; pero Dios mismo no podía serlo. Si lo fuera, los planetas no girarían a impulso de una ley universal sino a impulso de un capricho personal.

Los científicos del siglo pasado, en su frío desprecio de las concepciones emocionales, dieron el nombre de Dios antropomórfico a lo que los religiosos en su necesidad de consuelo interior, llamaban un Dios personal.

Tal Deidad antropomórfica era para ellos un poder exterior completamente separado del hombre, pero a la cual le atribuían características similares a las de los hombres, pero mucho más amplias. Un error muy común fue el de atribuir sus características más elevadas —y a veces las más bajas— a Dios, y luego olvidar que eran siempre características humanas que no podían pertenecer de manera alguna a la Mente única, infinita, omnisciente y universal. Este error surgió porque el hombre era incapaz de adorar a un Dios tan impalpable

e impersonal, ni siquiera de aprender intelectualmente el concepto de la divinidad. Por eso la religión le permitió, sea como concesión a su incapacidad, sea como dogma de su creencia actual, adorarlo en una forma cuya existencia fuese fácilmente captada por la imaginación sensual o aprehendida por el intelecto. Era más fácil presentarle una concepción de la Deidad que ampliaba su yo humano y reducía sus limitaciones, porque la cosa que conocía mejor era su propio yo.

La exigencia de un Dios Personal es en realidad un intento instintivo del ego personal para llevar a Dios a su propio nivel, es el anhelo natural del ente humano que desea un glorificado Confortador humano. El hombre es una persona y siente la necesidad de relaciones personales. Esto es muy perdonable y propio a todas las actividades humanas, incluso religiosas. Pero introducirlo en su intento de penetrar metafísicamente en el secreto más recóndito de su vínculo con el poder infinito, es pensar con una mentalidad de niño y negarse a abandonar la etapa elemental de la vida espiritual. Es insistir en deletrear una y otra vez las primeras palabras de sabiduría en la escuela primaria de la vida.

El hombre que sufre quizás hable con dureza de la austera indiferencia de Dios, hasta de la enigmática e implacable crueldad de Dios, de igual modo que el hombre feliz dice cosas agradables de la graciosa benevolencia de Dios. Ambos hombres no conocen nada acerca de la verdadera naturaleza de Dios y sólo invisten un ser impersonal con atributos humanos personales llevados a una escala cósmica. Es un Dios hecho a la imagen del hombre. Todos los reproches que le hacemos a Dios por haber creado una u otra parte defectuosa del universo o haber permitido el pecado o la desdicha, se basan en nuestro error fundamental de pensar en Dios como si fuese un hombre. Un Dios humanizado no es un dios en absoluto. El hombre puede comprender más fácilmente el concepto de una Deidad que en cierto modo se le asemeja, que es caprichosa, temperamental, vengativa y parcial, deseosa y accesible a los elogios. Les es más difícil comprender el concepto de una Deidad que es demasiado impersonal para que puedan afectarla estos contactos personales, demasiado impalpable para que la alcancen las adornadas pompas.

Cada vez que en estas páginas se criticó el dogma de un

Dios Personal, se lo hizo pensando en el hombre magnificado y glorificado, en la criatura arbitraria, celosa, vengativa, injusta, a quien los elogios halagan y el temor hace flaquear. El poder que sustenta el cosmos, la mente que está tras él es infinita, última y eterna. ¿Cómo puede ser personal, cuando una persona puede pensar en los objetos exteriores a ella mientras que tal poder nunca puede hacerlo? El hombre glorificado de la religión exotérica es un Dios finito, mientras que el ser absoluto de la filosofía esotérica es infinito.

Con todo, aquellos que creen apasionadamente en un Dios Personal pese a que su creencia es criticable, se basan en fundamentos imposibles de criticar: aquellos que sienten fervientemente su presencia tampoco están equivocados. Esta base es el Yo superior, la raíz de este sentimiento es también el Yo superior. Creer que el Uno Infinito Poder Vital es el Todo, es creer en Dios; creer que uno mismo lo es, es creer en el ego; creer que es aquello en que los tres estados de vigilia, de sueño y de sueño profundo se unen, es creer en el trascendental Yo superior.

De igual modo que el hombre siente un ego dentro de sí mismo, así también su ego personal en momentos de exaltación llega a sentir un Ente viviente tras él y dentro de él. En este sentido sólo ese Ente es su Dios personal. Fue a ese Ente a quien Jesús dirigió la frase inicial del Sermón de la Montaña: "nuestro Padre, que está en los cielos". La palabra Padre indica y expresa aquí alguna clase de relación personal. Por lo tanto ésta es la paradoja, pues Dios es al mismo tiempo personal e impersonal, ya que aparece en la mente como el primero a quienes tienen necesidad de él, aunque es el último en esencia.

Mientras el hombre siga considerando a Dios como un dios hecho a su imagen, nunca podrá encontrar verdaderamente a Dios. La mente humana crea sus propios dioses. Al final son únicamente sus propias concepciones, pero tras ellas sigue existiendo la realidad sobre la cual estas concepciones se basan. El acrecentamiento de la inteligencia y la evolución de la ética dan como resultado una idea aún más elevada de Dios.

Hasta que el hombre no se dé cuenta de su proximidad a Dios dentro de su propia conciencia, sea cual fuere la idea que se forja de Dios, le será una ayuda útil, cuando no una

necesidad práctica, para inspirar sus esfuerzos, influir en sus motivaciones y servirle de guía en sus actitudes. Debe amar esta Idea, si algún día ha de amar lo que está más allá de todas las ideas, el Absoluto que está más allá de toda relatividad.

Sir Arthur Keith se quejaba una vez que cuando leía las palabras "Dios es un Espíritu infinito y eterno", en su mente no aparecía ninguna imagen visual, y que cuando oía las palabras "el Espíritu Santo" trataba en vano de captar la imagen mental que se forjaba el clérigo que las pronunciaba. Pero ¿cómo podía una concepción abstracta asumir una forma pictórica? ¿Cómo podía la imaginación indagar misterios en los que los sentidos no encuentran absolutamente nada? Sólo la facultad metafísica puede encararlos, aunque está lejos de penetrar en ellos. Y las quejas de Sir Arthur Keith revelaban su infortunada deficiencia en esta facultad, su dedicación a una especialidad científica, brillante, parcial, que lo limitaba y lo encerraba.

En el mismo acto de revelar su existencia a través del universo, la Mente-Mundo oculta su verdad. En cuanto la Deidad deja de ser Deidad. En cuanto Dios aparece, desaparece. Cada empieza a parecerse a cualquier forma conocida o imaginada, pintura artística, cada metáfora verbal que se utiliza para representar lo Real, sólo da una imagen falsa de él. Hasta la concepción humana más próxima y verídica —la de un completo vacío, de un Espacio sin forma— induce fácilmente al error. El "Vacío Supremo", como lo llaman los místicos orientales, no es más que una ayuda para llevar la mente en la dirección correcta. Cada símbolo es sólo un sirviente de lo Divino. Ningún sirviente debe ser tomado por el amo. En tiempos pasados costaba creer que todo el vasto y variado cosmos podía derivar de un estado de aparente Nada. Ahora las investigaciones que se realizan en energía atómica han hecho comprensible la creencia de que el Vacío puede ser lo contrario de lo que parece, puede ser en verdad lo Real. Ningún hombre de ciencia pudo contemplar el átomo, porque su visión es demasiado limitada. Pero los instrumentos electrónicos delicados e ingeniosos que emplea no lo son. Le hacen conocer indirectamente su presencia, le muestran fotográficamente su huella, le evidencian las tremendamente dinámicas y misteriosas energías contenidas en la estructura atómica que para sus sentidos

no existen en absoluto. En su tentativa de relacionar lo que no ve con lo que le dicen sus instrumentos, el hombre utiliza el poder de su imaginación para construir una explicación de estos hechos y su poder de reflexión para construir ecuaciones matemáticas. Hasta este punto y de esta manera se ve forzado a extender sus perspectivas y a volverse metafísico.

Algunos prefieren dudar de su existencia, otros la niegan llanamente, pero nadie puede despojar al Infinito y Absoluto Origen de su misterio. Algunas verdades pierden su valor al ser repetidas, pero ésta no es una de ellas. Es lo Desconocido porque es lo Solo, lo Unico, lo Uno sin segundo. No hay dos realidades, por eso leemos en la Biblia: "El es Dios; y fuera de El no hay otro". Si la causa primera de este mundo tuviese su origen en alguna otra causa, sería entonces la causa segunda —un cálculo numérico que es matemáticamente imposible.

El hombre sólo estuvo en contacto con sus apariencias y nunca captó su naturaleza verdadera y esencial. Inclinar la cabeza confesando ignorar la verdadera naturaleza de este Poder es algo que tanto el sabio más grande como el salvaje más inculto deben hacer. No es sólo digna humildad, sino también sabiduría práctica lo que lo hace actuar de esta manera. Sabe que hasta las mejores percepciones humanas son demasiado estrechas para captar lo que permanecerá siempre más allá de ellas, y por tanto es más provechoso aplicarlas donde es posible lograr el conocimiento. No podría ser lo que es —único de todas maneras— si se lo pudiera conocer y llevarlo dentro del alcance de la experiencia personal.

Llamamos MENTE al principio último de todo ser. Llamamos Mente-Mundo al principio último de este mundo que se manifiesta en cosas y criaturas. Pero mientras el primero está más allá de la expresión o del alcance intelectual, y es único, ilimitado, absoluto y siempre en reposo, el segundo existe en sus relaciones con el universo y con el hombre. Es cualitativamente descriptible, individual y siempre activa. La palabra DIOS significa para el filósofo el primer principio, para el teólogo y el místico significa el segundo. La MENTE permanece sola en su unicidad, mientras que la Mente-Mundo está siempre en relación con el mundo que es su producto. El segundo es un aspecto del primero, un Dios independiente del tiempo en el tiempo y por el tiempo, pero la MENTE es Dios

para siempre fuera del tiempo y del espacio. Empero, excepto el pensar humano acerca de ellos, los dos no son entes distintos.

No comprenderemos nunca el verdadero concepto intelectual de Dios a menos de comprender primero la naturaleza dual del Misterio divino. Es en su aspecto más abstracto y más remoto, el Vacío inconmensurable que trasciende todo, del cual no se pueden afirmar atributos ni cualidades. Sin embargo, es también, en su aspecto más concreto y más próximo, la animadora y en todas partes inmanente Vida y Mente del universo. Así es al mismo tiempo la No-cosa y la Toda-cosa.

“Yo soy el que soy” fue la respuesta que Dios dio a Moisés en el Sinaí cuando le preguntó Su nombre. Esta frase es enigmática mientras no nos damos cuenta que trata de decir que Dios está más allá de las palabras, más allá de toda descripción y definición. En realidad significa: “Yo soy el Innominado” “¡YO SOY!” La respuesta demostrativa que Moisés recibió era la única afirmación positiva acerca de Dios que se podía hacer; ¡Dios es! Todas las demás afirmaciones deben expresarse necesariamente en términos negativos, todas las demás sólo pueden decirnos lo que Dios no es.

El tiempo y la Salvación

La Mente, la Deidad, está más allá del pensamiento y fuera de toda imaginación. No tenemos ninguna concepción exacta de ella fuera de la que podemos forjarnos por analogía con nuestra experiencia humana, el concepto del tiempo infinito y del espacio ilimitado y de una Mente coexistente con ellos. Pensamos comúnmente en el tiempo poniéndolo en tres compartimientos separados: pasado, presente y futuro. La idea común hace de él un continuo y lo pinta en la forma de una línea recta, que viene del pasado, atraviesa el presente y sigue en el futuro. La idea correcta del tiempo es la de la relatividad y la manera correcta de describirlo es un círculo. En un círculo no hay pasado absoluto, ni presente absoluto, ni futuro absoluto; son por completo relativos al punto desde el cual se empezó. Además, un círculo no tiene un comienzo absoluto ni un final absoluto; es relativo de igual modo que el tiempo es relativo.

Todo, desde la célula microscópica hasta el gigantesco sol, sigue un modelo preconcebido en su desarrollo tortuoso, alzándose en espiral hacia niveles cada vez más elevados. Y esto es cierto no sólo para el cuerpo exterior sino para la vida interior y la conciencia.

Cuando las implicaciones del principio de un cosmos sin comienzo ni fin se comprenden cabalmente, se comprenderá también que nuestra era de unos pocos miles de años debe compararse con una era prehistórica de millones y millones de años. Porque los ciclos planetarios que precedieron nuestro ciclo pasaron en medio de vastas y destructoras conmociones de la Naturaleza, los eventos que los acompañaron fueron olvidados y todo cuanto se refería a ellos destruido. Sin embargo, nosotros, en nuestra ignorancia y arrogancia, seguimos estimando los valores evolucionarios basándonos en datos insuficientes. El desconcertante relato del tiempo que nos dicen los datos manchados por las lágrimas de la humanidad que tan inadecuada e imperfectamente pasan por historia, nos dejan aún más confundidos porque ignoramos cómo el hombre vivía, pensaba y sentía en el remoto pasado cuya narración dejó escrita. Hasta los soles y las estrellas morirán: todo es efímero. Sólo la misteriosa No-cosa de la cual surgieron, permanecerá. Porque Dios *es* verdaderamente.

La serie de los ciclos cósmicos es inacabable. La Mente infinita no decidió de súbito hacerse creadora. Lo fue siempre y lo será siempre. Toda la infinitud del cosmos es una especie de espejo que refleja la infinitud de la Divinidad de la cual surgió. Toda la Naturaleza no es sino una parábola de la primordial realidad que la trasciende.

Una Mente cósmica sustenta el pensamiento del mundo. Nosotros, los seres humanos, somos parte de este pensamiento y, en grado limitado, lo compartimos al pensar en ella. El universo es una idea en la mente de Dios. Pero es también una idea probada en una infinita variedad de modos y en una infinita extensión de tiempo. Por lo tanto cada ente viviente es diferente de todo otro ente viviente, ya sea la planta que crece en el suelo o el ser humano que pisa el suelo. Cada rostro es individualmente modelado, no hay en todo el mundo dos rostros iguales. En toda la Naturaleza no hay dos cosas iguales, dos seres iguales, ni tampoco dos impresiones digitales iguales

en toda la galería de las impresiones digitales humanas. ¿No es sorprendente acaso que, mientras la experiencia de cada hombre que comprende el Yo superior es idénticamente la misma, no difiriendo el ente que descubre en modo alguno de los que descubren los demás hombres, no hay dos hombres formados por la Naturaleza con el mismo modelo? En cuerpo y mente, en fisiología y facultades, en la palma de la mano y la planta del pie, en la emoción y el pensamiento, la diversidad rige los 3.000 millones de entes humanos que moran en la tierra. No hay forma en la Naturaleza que sea el duplicado exacto de otra forma, ningún suceso que repita exactamente un suceso anterior. Esto nos demuestra cuán infinitamente variada es la forma en que se expresa la Idea Infinita y su existencia a través del hombre y el mundo.

Desde el punto de vista humano, la característica más importante de la Mente-Mundo es su capacidad creadora. Vemos al infinito e ilimitado cosmos formado de universos, galaxias y sistemas solares que por su intermedio cobra existencia. Ya se explicó en *La Sabiduría del Yo Superior* que esta capacidad creadora es inherente a la verdadera naturaleza de la Mente-Mundo. De hecho los dos son tan inseparables que constituyen una ley eterna e invariable. Esta habilidad creadora es la característica más importante del ser humano. Se manifiesta en una variedad de modos, ya sea a través del ciego acto de la autorreproducción o a través del acto plenamente consciente de la creación intelectual, sea en la inspirada producción del artista o en el ingenio mecánico de los inventores. La energía creadora se despliega asimismo en el destino del ser humano que, para bien o para mal, el hombre se forja cada día. Está en la mano de cada individuo el permanecer en la oscuridad y la ignorancia o el entrar en la luz, la paz y el poder.

La manifestación del cosmos se repite infinita y eternamente como un reflejo de la naturaleza infinita y eterna de la Mente-Mundo. El mundo es limitado y finito mientras que la Mente-Mundo es ilimitada e infinita en su naturaleza. La Mente-Mundo no puede hacer otra cosa que cumplir la ley de su propio ser misterioso. Desplegó una *vislumbre* de su propia infinitud al desplegar un universo infinito, y de su propia intemporalidad al desplegar un universo eterno. Por eso no debemos confundir el concepto que se utiliza en matemática de

una repetición tediosa e inacabable de lo finito por lo verdaderamente Infinito. No es la inacabable continuidad del tiempo sino su completa ausencia lo que es verdaderamente eterno. Quienquiera imagine que lo infinito es una gran totalidad matemática a la que se llega amontonando una tras otra magnitudes increíbles, está equivocado. Porque todas las magnitudes, todas las cifras se refieren a espacios o a tiempos mensurables. El verdadero infinito es inextenso y atemporal. La mente en su pura esencia no puede entrar en la categoría de espacio porque no podemos medir sus dimensiones, ni tampoco en la categoría de tiempo porque no podemos medir su duración.

La Mente-Mundo nunca pierde ninguna parte de sí misma al proyectarse en el universo. En realidad no se le quita nada ni se le agrega nada. Débese esto a que es realmente infinita. A través de un universo de formas finitas, lo infinitamente Informe sólo puede ser vislumbrado, pero nunca se llegará a expresarlo verdaderamente. Por lo tanto no hay ningún lugar donde no esté ni lugar alguno donde esté. Esto es una paradoja. Pero si queremos comprender intelectualmente la Mente-Mundo nos vemos obligados a pensar en paradojas. De ahí que las variadas formas de este mundo contribuyen a la forma de todo el universo pero por sí mismas no pueden constituirlo, porque su totalidad es mucho menor que la de él. La Infinitud de todas las infinidades tiene un valor propio, que trasciende cualquier unión posible de valores inferiores; por más completos que sean.

Sólo la Infinita Duración es verdadera. El movimiento gíatorio del planeta y el tic tac del reloj sólo miden el tiempo pero no lo hacen. El tiempo de la vigilia desaparece en los sueños como si fuese una mera nada porque los eventos del día se viven como en un relámpago. La experiencia de la sucesión del tiempo es hecha por la mente; por lo tanto el tiempo en sí es mental. Vemos los objetos distribuidos en el espacio y los sucesos experimentados ordenados en el tiempo. Ignoramos que los órganos de los sentidos nos imponen la naturaleza particular de esta experiencia debido a la forma en que están contruidos, siendo nuestra conciencia del mundo por entero relativa a ellos.

Para la persona nacida y criada en una ciudad hay algo

de terrorífico en el pensamiento de una procesión de eternidades que se mueven a través de una Infinita Duración. Le es casi imposible captar el significado de la Infinita Duración y del Infinito Espacio porque vive el presente en una constante búsqueda de movimiento y actividad en un ambiente restringido y circunscrito. El significado se aclara casi imperceptiblemente y muy naturalmente para la persona más mística que se crió en inmensos espacios desiertos o en dilatados lugares salvajes, porque la tremenda quietud y silencio le producen esta reacción.

Cuando la mente humana llegue a resolver parte del misterio simbólico que gobierna sus relaciones con el tiempo, resolverá, en el mismo instante, el misterio que se vincula con la religión. El Yo superior no está en el tiempo aunque coopera a la conciencia del tiempo de su progenie, la persona cuya existencia preside. Que una parte del ser humano pueda existir simultáneamente fuera del tiempo, es una aseveración no inteligible para la mente humana. Es poco probable que esta idea pueda penetrar en la conciencia de unos pocos individuos en nuestra atormentada época. Cuesta aceptar la verdad de que, tras los horrores y sufrimientos del siglo se oculta una divina vida de bienaventuranza, serenidad, amor y bondad. Porque los ojos no ven su belleza, ni el oído oye su música, ni las manos tocan su realidad, ni el intelecto halla fácilmente alguna relación entre los dos órdenes de vida.

La mente siempre fue y siempre será. El cuerpo está hoy aquí, y mañana ya no está más, quienes insisten tontamente en identificarse con él cambian de un día para otro y terminan por perecer con el cuerpo. Pero aquellos que sabiamente se identifican también con la Mente, comparten su existencia infinitamente continua. ¿No es eso lo que quiso decir Jesús al pronunciar estas palabras: "Antes que Abraham, yo soy"? Quería decir que al identificarse con el yo del Cristo, su Yo superior, su Yo eterno, se identificaba con algo que siempre fue y siempre será, con el ser atemporal e inmortal. Quería decir que aquellos que sólo eran capaces de personalizarlo, que sólo pensaban en él como en el Jesús humano inmerso en el tiempo y percedero con el cuerpo, no podían comprenderlo ni lo conocían tal como era verdaderamente en su Yo superior.

"Ahora es el día de la Salvación", anunció Pablo a los

apóstoles cristianos que nunca habían conocido a Jesús el hombre, pero que habían conocido a Cristo, el Yo superior que ilumina al hombre. Esta salvación no sólo está en el futuro temporal, sino también en el Ahora atemporal, lo cual no es la misma cosa que el presente temporal. Se lo logra a lo largo de los años por incontables esfuerzos, pero su feliz culminación llega súbitamente y sin esfuerzo alguno. En tal momento quien lo logra se da cuenta que buscaba algo que ya poseía y que en verdad había poseído siempre. Llega a percibir que el atemporal Ahora de lo que es perpetuamente, está ligado inexplicablemente al fugitivo "ahora" de lo que fluye perpetuamente; que la apariencia está en una unión tan sagrada e íntima con la realidad que las dos se confunden en el más misterioso abrazo.

"Soy todo lo que es, lo que fue, lo que será". Estas palabras, que reflejan la grandeza de la Eternidad que medita sobre sí misma, eran honradas por los egipcios, que las habían grabado sobre el santuario del templo de Sais. Las honró Beethoven, que las escribió en una tarjeta a la que hizo poner un marco y tenía siempre sobre una mesa cuando componía su inmortal música.

De estos hechos extraemos una valiosa lección práctica. El hombre debe empeñarse en lograr una perspectiva más plena de la vida con ayuda de la opinión de quien esto escribe. Tal diferencia de puntos de vista le permitirán no sólo ser un actor en la escena de la vida, como es actualmente, sino también un espectador. Así desempeñará un papel doble, siendo paradójica y simultáneamente el observador de su mundo y el observador del observador de su mundo. El primer observador reacciona ante el medio que lo rodea, pero el segundo sólo ve la reacción. El primero es el ego, el segundo el alma. El primero es activo al evolucionar mediante el modelo fijado por el segundo, y de este modo señala sin saberlo la verdadera existencia de este último. De ahí que para quien aspira a la meta filosófica, al logro místico o a la realización religiosa, es un ejercicio saludable y necesario el contemplar los sucesos de la vida, ya sean molestos, emocionantes, importantes o alegres, tal como ocurren, y mirarlos desde un punto de vista muy diferente de quienes no tienen estas aspiraciones. Debe contemplarlos impersonalmente como si ya perteneciesen al pasado,

como si fueran simples recuerdos. Debe apuntar a la serenidad o seguridad con la cual contempla los años que pasarón hace mucho tiempo. Que recuerde y aplique la doctrina mental de que el tiempo carece de significado cuando lo separa de la sucesión de sus pensamientos, de que es sólo una idea impuesta a su conciencia y que puede descubrir la fuente de esta idea, la cual está por sí misma fuera del tiempo. Si quiere liberarse de la dominación del tiempo, debe necesariamente liberarse de la dominación del presente. Lo que se le pide es que se eleve con calma, con desapego interior y con sublime equilibrio por encima del desvanecerse del tiempo.

Si este ejercicio imaginario de convertir el presente en pasado se hace dos veces por día, es suficiente para dar buenos frutos sin obstaculizar los deberes cotidianos. Un punto esencial al que debe prestarse atención es que este ejercicio debe empezar abruptamente; es preciso que tenga la fuerza de lo inesperado. Uno de los resultados prácticos es que impartirá a su habitual estar en el tiempo, el sentido de un intenso poder que lo sostiene y lo sustenta desde lo hondo de su ser. Esta victoria sobre sí mismo le ayudará a liberarse hasta cierto punto del equivocado gobierno del ego. Tenderá a exaltarlo por encima de las distracciones de su existencia terrenal y a fijar sus pensamientos en un orden superior, donde reina la eterna paz. Aunque este orden le parezca muy alejado, empero no está más allá de su alcance. Fijando con perseverancia sus pensamientos en estas actitudes y manteniéndolas firmemente en su verdad hasta que se compenetre por completo de su significación liberadora, poco a poco su efecto tranquilizador saturará todo su ser. Al representar al Testigo de su propia vida, empieza a comprender lo que realmente significa la paz interior. Luego, si agrega a este ejercicio ciertas disciplinas para dominar las pasiones y cuanto es negativo en su cuerpo, dejará de imaginar que sólo vive en el tiempo, porque las vislumbres de su ser verdadero le revelarán que éste no vive en el tiempo.

El hombre que no se cansa y lleva la búsqueda del ego por el No-ego hasta el final, descubre que aun cuando su cuerpo está ocupado activamente en el tiempo, su mente se mantiene profundamente quieta en lo eterno. Esta nueva conciencia no lo abandonará en todos los días de su vida. Su expe-

riencia le dice que este es el significado de la solemne declaración del *Nuevo Testamento*: "ya no habrá más tiempo". Por eso, al estar ya en posesión del futuro, no necesita hacer más planes para el porvenir. Habiendo subido desde el escalón del pasado a la plataforma de la iluminación, ya no le preocupa descender otra vez. Viendo el presente como un sueño, sigue manteniéndose alerta. Aquí encuentra el salvador siempre-ahora, el liberador siempre-libre. Aquí las cuitas del tiempo se aquietan y las vidas encarceladas se liberan. Aquí está la felicidad sin causa externa, el amor sin personas, la verdad sin pensar. Aquí es la patria de donde todos los hombres vinieron y a la cual siguen perteneciendo en secreto.

El planeta entero se convierte en imagen para el hombre que comprende. Sus hermosos paisajes naturales se vuelven el emblema de la belleza divina. Sus fluyentes agitados mares se convierten en recuerdo del poder proteico del Uno que adopta cualquier forma imaginable como el múltiple. Su cielo azul es una vislumbre de la completa falta de forma del Absoluto. Su incesante sucesión de días y noches, estaciones y años, sugiere la eternidad del Yo superior. Así la tierra, el agua, el aire, el movimiento planetario y solar le hablan de Aquél que los trasciende.

Dios y el hombre

Nadie puede medir el infinito poder ni nadie puede pesarlo. Nadie puede tocarlo con las manos ni verlo con los ojos. Sin embargo, algo que emana misteriosamente de él toma parte en nuestra experiencia y es parte de ella. Esta es la verdadera razón por la cual los hombres en todas las épocas y en todos los países se preocuparon, se sacrificaron por emprender la búsqueda de este poder. La doctrina filosófica del Ser de Dios descansa en el sólido cimiento de las declaraciones de aquellos que tanto en el Este como en el Oeste, tanto en la época antigua como en la moderna, triunfaron en esta búsqueda y se acercaron a Dios. Su verdad fue reconocida y verificada por los sabios, los ponderados y los inspirados de todos los períodos y de todas partes del mundo. Lo que han hecho y conocido señala a los demás hombres lo que deben hacer y conocer.

Tal vez sea duro, tal vez exija muchas vidas de esfuerzos, pero no es su única y especial prerrogativa. Se destacan como símbolos para toda la raza humana, diciéndonos en verdad qué somos y adónde vamos. Si los hombres estudiaran sus escritos y sacaran provecho de sus consejos y aplicaran lo que aprenden a sus propias vidas, en lugar de las preocupaciones que destruyen la fe lograrían hacerla más profunda.

Como millones de árboles que hunden sus raíces en una sola y misma tierra, los millones de seres humanos hunden sus raíces en un solo y mismo ser universal. Todo y cada criatura que está en el universo debe su propio ser a un Ser indiferenciado, la Mente. Si declaramos entonces que hay algo divino immanente a todos los hombres, no seremos culpables de haber dicho un absurdo. No es suficiente que alguien mire su cuerpo y diga que ha visto un hombre. Debe mirar también las misteriosas profundidades de su mente. De igual modo que lo Ordenado no puede surgir de lo Caótico, lo Consciente no puede surgir de lo Inconsciente. Si la primera verdad significa que el universo es divinamente gobernado porque su orden revela la siempre divina inteligencia, la segunda verdad significa que el hombre está divinamente enraizado porque su conciencia revela omnisciencia divina. La última verdad de la vida humana, así como de la existencia universal, es simplemente el eco de un murmullo proferido por el poder único e invisible: Dios. Todo cuanto un hombre puede conocer de Dios lo encuentra en sí mismo, en su esencia.

Dios está entrelazado de tal modo con el hombre que es imposible separar los dos. La frase del poeta Tennyson no es sólo verídica para los místicos arrebatados sino también para los hombres ordinarios: "Él está más próximo que el aliento, más cercano que las manos y los pies". Cada vez que oímos o vemos algo, que lo tocamos, lo saboreamos o lo olemos; cada vez que recordamos o juzgamos algo, en realidad es la mente la que lo está haciendo. Y esto, cuando se lo analiza hasta su carácter último, es la base universal e individua de toda experiencia y de todo pensamiento, de toda vida y de toda existencia: Dios. Sus sensaciones y pensamientos pueden estar asociados con creencias materialistas acerca de la naturaleza de la mente, pero esto no altera su fundamental carácter no-materialista. Si se duda de la divina existencia, sólo es posible ha-

cerlo porque se utiliza lo que en realidad es un poder divino. El pensamiento interno del yo y la experiencia externa del mundo no podrían surgir si el principio fundamental de la Mente no estuviese en su base. El mismo poder de pensamiento por el cual niegan a Dios es en sí mismo una manifestación de Dios que existe dentro de su propio ser. Este negar a Dios es paradójicamente posible sólo porque Dios existe. Lo que en realidad niegan es meramente una criatura creada por su imaginación. ¿Cómo es posible que fuerzas que por sí mismas no son inteligentes puedan producir seres inteligentes? ¿Cómo es posible que energías que por sí mismas son ciegas puedan producir energías que tienen un propósito? Estas son cuestiones que ningún materialista puede contestar satisfactoriamente.

Es lógico que un ser razonante como es el hombre se interrogue sobre la razón de su propia existencia. Pero aquellos a quienes el ateísmo condujo a negar su naturaleza espiritual fueron engañados. Toman el primer ejercicio que la mente hace de su poder por su capacidad madura y última. Sin dicha capacidad no se puede culpar a estos hombres si nos dicen que el espíritu es un espejismo ilusorio. Sin embargo, no debemos creerlos. Si esto fuera cierto, estas páginas jamás habrían sido escritas, porque no hubieran dicho nada. Ni tampoco los centenares de escritos dejados por los místicos se levantarían de las brumas del pasado para silenciar el error que profieren sus labios. Y otros centenares de escritos surgirán en el velado futuro.

La cuestión planteada por la súbita aparición del alma en el hombre en cierta etapa de su evolución, debe ser contestada por los religiosos. La crearon ellos mismos con sus propias aseveraciones y por esta razón deben dar una respuesta a este interrogante. El mentalismo ni siquiera toma en consideración esta posibilidad. Dondequiera que haya vida hay mente. Y la vida se extiende desde el mineral elevándose a través de cada reino de la Naturaleza. El nacimiento y la muerte, la llegada y partida de cada criatura individual en la Naturaleza están regidos por un poder superior con el cual están inseparablemente ligados. Generaciones de seres se han sucedido una tras otra como las olas del océano. ¿Adónde fueron? Todo este impresionante movimiento de la vida cósmica, toda la tremenda interacción de incontables criaturas y de incontables estrellas tiene una sola y última direc-

ción, aunque no tengan conciencia de ella: el redescubrimiento del yo como ser que vive y tiene su fuente en Dios.

Aquel que piensa verdaderamente, en el sentido más hondo de la palabra, comprende que debe haber una fuente infinita de todo el universo, y de toda la vida en el universo, y de toda la conciencia de esta vida. Las tribulaciones del hombre que sufre surgen en última instancia del hecho de haberse apartado en fe y conciencia de esta fuente. Cuando deja de adorar a Dios, adora su propio y pequeño ego. Por no ser capaz de vincular a Dios con el ego, sufre a causa del antagonismo de la Naturaleza. Imagina en su ceguera que puede bastarse a sí mismo: no ve que en el momento en que intenta hacerlo se aliena el poder mismo de quien depende. Su ignorancia se torna insensatez. Su interés por la vida termina con el ego, el cual se convierte en el centro de su universo. No se entiende más a sí mismo ni tampoco sus experiencias. Está acosado por las preocupaciones —muchas de ellas evitables— desde el nacimiento a la muerte, pagando así el pesado precio de su desgarramiento de la fuente de su propia vida y mente. Al exaltar su finito ego, al separarse de su infinita fuente, comete la mayor torpeza y persigue una ilusión tras otra.

Tal es la condición del hombre hoy día. Aunque la realidad que se oculta tras esas ilusiones, lo rodea y está en él, su relación con ella es semejante a la de una persona ciega que tiene en las manos un resplandeciente collar de perlas. El ego personal y físico llega a creer que todo cuanto existe está en él, cayendo así en la mayor de las ilusiones, puesto que durante todo ese tiempo la vida y la conciencia del Yo superior están en la raíz de su propia existencia y expresión. Es este terrible hecho de la alienación espiritual lo que se encuentra en el fondo de todo el pecado y la desdicha del hombre. Al fin y al cabo, ¿cómo puede gozar de paz el hombre si su naturaleza más baja sigue esclavizándole, sigue perturbando sus relaciones con los demás hombres o rompe sus relaciones con el yo divino?

El sol es la única cosa que se puede comparar acertadamente con el Yo superior. La oscuridad no puede nunca amortiguar su brillo ni tampoco otro orbe puede hacerlo más brillante; y de modo similar el brillo del Yo superior no puede ser amortiguado por la ignorancia del hombre ni aumentado por su conocimiento. El sol ilumina todo cuanto existe y así permite co-

nocer todo objeto; de modo similar la verdad, tal como lo dice el texto sánscrito: "Es aquello que cuando se conoce, hace que se conozca todo lo demás".

En el alma divina de cada ser humano hay una paz perfecta y una bondad inalterable, aun cuando el cuerpo de esta persona esté enfermo y su alma sea malvada. En el Yo superior hay siempre dulzura y amor, aun cuando en su proyección haya a veces avaricia y odio. El sentimiento del hombre se entrega totalmente a las malas pasiones, pero su ser más recóndito nunca lo hace. Permanece inquebrantable. Sus pensamientos pueden ser sometidos, pero su verdadero yo es intocable. El gobierno del mal pertenece únicamente al nivel de las apariencias transitorias, no al de las realidades duraderas. Si pudiéramos llegar a lo más *hondo* del alma de un hombre —por más malvado que fuese— hallaríamos que es fundamentalmente bueno. La base de la naturaleza de todo ser humano es la bondad. El mal es sólo una gruesa capa de pensamientos y tendencias superimpuesta al ser. El hombre tal como aparece es una cosa; el hombre tal como es realmente, es otra. La coordinación de los dos, tal como lo expresan estas palabras: "Yo y mi Padre somos uno", trae armonía y felicidad. Así la persona penetra en el reino de los cielos.

Toda la órbita de la vida del hombre es acosada por una terrible contradicción. Por una parte ve que todo y todos pasan y son perecederos. Por la otra, le persigue la esperanza de que la vida oculte algo más tras su velo. Se siente siempre impulsado a buscar ese algo Más. La explicación es sencilla. Tanto lo que ve como lo que espera son verdades; el uno explica al otro. Porque el mundo y el hombre son manifestaciones finitas del Ser Infinito; en consecuencia, la parte busca por último su fuente como el agua busca su nivel.

¡Cuán necesario es recordar el principio fundamental y no perderlo de vista entre todas las apremiantes pruebas y cargas personales de hoy día! ¡Cuán necesario es recordar, cuando los eventos contemporáneos nos desalientan, que en la parte más recóndita de nuestro ser vive el Yo superior, verídico, impenetrable, sereno y sublime! Exige nuestro amor y en cambio nos ofrece los grandes beneficios de la paz, la seguridad, la comprensión, la ayuda y la fuerza. Durante la guerra, cuando la humanidad estaba desenvolviendo su destino más sangriento,

el eterno Testigo se manifestaba y seguía existiendo en el corazón de los combatientes. Aquello que es la esencia de toda piedad, la bienaventurada y benigna presencia espiritual que por último redimirá a sus hijos pródigos.

Si el cosmos es en cierto modo la expresión de una Mente infinitamente sabia, sólo puede ser benéfico en su significación central y en su resultado final. Pues, ¿dónde está el hombre sabio que al mismo tiempo no es un hombre bueno? Y si un ente tan limitado y finito como el ser humano es bueno en el mejor de los casos, ¡cuánto más benéfico debe ser el ente ilimitado e infinito, Dios! En sus más elevadas percepciones del universo, el vidente místico comprende que la vida regente que está tras la realidad, es una idea plena de significación, y que la presencia que rige el universo es benévola. Comprende que no está solo, que ningún hombre está solo. Hay una presencia divina que existe, sabe y se preocupa. Hay un Poder, invisible y universal, inmortal y original, inefable y trascendental, que rodea y sustenta todo, a través de su representante en él, el Yo superior.

Las masas son víctimas de esta inquieta y perturbada civilización y no pueden leer el verdadero significado de su vida, pero el vidente iluminado, que permanece en una tranquila actitud mental contemplando el bello lago de su ser interior, lo lee con la velocidad del relámpago. La conciencia filosófica de la corrupción humana va siempre acompañada de la confortadora conciencia de la evolución humana; su tristeza ante la extensión del mal está mezclada con la esperanza de que por último prevalecerá el bien. Si es excelente y hasta esencial hacerse la pregunta: *¿Qué soy yo?* Es aún mejor hacerse esta otra pregunta: *¿Para qué estoy en el mundo?*

Cuando hayamos visto la última ciudad y visitado el último país; cuando hayamos recorrido las calles de todos los lugares históricos y viajado por todo el planeta, forzosamente volvemos a hacernos esta pregunta: "¿Cuál es el significado de nuestra vida en este mundo?" El movimiento debe cesar, los inquietos pies detenerse. Porque los años que se han perdido viajando no se emplearon en buscar las verdaderas respuestas a estas cuestiones; se perdieron prestando atención a este globo terrenal y no reflexionando seriamente en el misterio de haber nacido en la tierra.

Mientras no comprendamos por qué estamos en la tierra, corremos el riesgo de cometer serios errores. Gastamos todas nuestras energías en nuestras necesidades físicas o en apetitos animales, en trivialidades sociales o en diversiones pasajeras, en la curiosidad intelectual o en objetivos fútiles; o en inacabables trabajos cuya recompensa es lograr estas cosas. Gastamos y luchamos por conseguir un cuerpo sano, un cuerpo bien alimentado, un cuerpo hermosamente vestido. Esto es bueno ¿pero acaso estas metas son fines en sí mismas? Los vestidos, el alimento y la buena salud ¿acaso nos impedirán equivocarnos estúpidamente o seguir un camino criminal que terminará en la pena y el desastre?

No estamos aquí para amar al cuerpo sino al alma. Tenemos que alimentar, vestir y proteger al cuerpo, pero únicamente porque es el instrumento que le permitirá lograr la conciencia divina. Por cierto nuestra existencia física se gasta en menos de un décimo del período de nuestra existencia superfísica. Es preciso trabajar para conseguir el dinero necesario para alimentar el cuerpo, vestirlo y protegerlo para que al final nos pueda llevar a lo largo del camino que conduce a Dios. En rigor, la carne se afana por amor al alma. La vida terrenal provee las condiciones que permitirán al ego elevarse por encima de sí mismo. Si recordamos que la importancia vital del Yo superior es generalmente subestimada e insuficientemente comprendida por la política, la economía y la sociología, nos damos cuenta cuán incompleta es su comprensión y en consecuencia cuán imperfectamente cumplen con su finalidad. Los hombres que no se interesan por metas más elevadas, que no tienen fe en los fines espirituales, ni tampoco en un ideal elevado, caen necesariamente en la ofensa moral y el desafío intelectual que es el materialismo. Los materialistas pueden decir lo que quieren, pero sin un ethos espiritual es imposible construir con éxito una civilización que merezca el nombre de tal. Liberar al hombre de la necesidad económica es un buen fin, pero si no se lo libera de la desdicha de la ceguera materialista suele caer en el abismo del riesgo. La organización de la vida humana pasa por alto el fin último del nacimiento humano, el cual es el de realizar la divinidad en cada corazón, aunque poniendo en peligro la vida misma. Por eso uno de los deberes del ente humano es descubrir su lugar y significado en la Idea Planetaria.

Porque su plan fundamental no puede ser alterado por él. Hasta las así llamadas conquistas de la Naturaleza, son en realidad parte de esta Idea, aunque no lo sepa. Su tan alabado libre albedrío es muy limitado. Sin embargo la creencia de que el universo existe para la propia evolución del ser humano es equivocada sólo en parte. Si existe originalmente para los propósitos de la Naturaleza, a los cuales el individuo debe por fuerza someterse, es su propia, última y voluntaria cooperación en estos propósitos lo que en última instancia le permite desarrollar sus mejores potencialidades y lo conduce a un magnífico florecimiento.

El problema planteado por las relaciones de su experiencia personal con la experiencia humana total, de la cual es sólo una parte, es un problema que exige varias preguntas y respuestas. Si quiere comprender el papel y la meta de la humanidad en este planeta, si quiere comprender su propio papel y su meta, tiene que considerar la vida con amplia perspectiva. Debe considerar con amplia perspectiva los eventos particulares y relacionarlos con las operaciones impersonales de la ley universal, prestándoles una forma que de otra manera carecería de significado y situándolos en el orden universal de las cosas, pues de otro modo serían insignificantes, injustos e irrazonables. Debe ser capaz de ver la dirección final de sus propios esfuerzos tanto como la de los esfuerzos de la sociedad. Debe verlo todo como un cuadro impersonal, un cuadro del mundo. Entonces la vida deja de ser caótica, su suerte personal ya no es más confusa y la experiencia se hace ordenada y hasta santa. Porque es el orden de Dios. Comprender la vida es percibir este orden. Ser feliz es cooperar voluntariamente con este orden.

El ser humano desempeña el papel de una simple célula en la conciencia y vida de la Mente Planetaria. Hay millones de tales "células" en la Mente Planetaria, en el alma del universo. Pero en el cuerpo del hombre hay igual número de diminutos seres que desempeñan un papel semejante hacia su propia persona. La habilidad creadora de la Naturaleza está siempre y en todas partes obrando. Esta infinita variedad de vida, mente, movimiento y actividad se dirige hacia un fin racional y predeterminado, es Dios en la expresión de sí mismo. Su misma infinidad habla al hombre de la infinita naturaleza de Dios. Su inacabable obrar le habla de la inextinguible creatividad de Dios. ¿Cuál es el significado de estos hechos biológicos? Significa que todo y todos, está en rela-

ción con algo o con alguien, que la naturaleza 'exacta de esta relación debe ser encontrada antes que se pueda lograrlo con el éxito, y mientras el hombre no halle cuál es su relación con el Yo superior por una parte, y con su yo inferior de diminutos microorganismos por la otra, vivirá en una completa falta de armonía consigo mismo y en pugna con el universo.

Un conocimiento fidedigno y personal de estos hechos procura, hasta en este siglo de horrores y males, una esperanza inquebrantable en el futuro de la humanidad. A menos que los maestros y gobernantes, sus guías y dirigentes aprendan a ver los espantosos problemas por la luz directa o reflejada de tal conocimiento, lo que Jesús vio y Buda razonó, se les escaparán muchas veces las soluciones mientras tantean en la oscuridad. No es un conocimiento útil sólo para los haraganes y los soñadores. Correctamente explicado y propiamente comprendido, puede ser asimilado por quienquiera esté en relación con las luchas y combates de este duro mundo. Tiene un valor práctico y directo para el mundo puesto que ofrece los únicos principios sobre los cuales puede fundamentarse una acción recta y lograrse una verdadera prosperidad. Su práctica abate al egoísmo y exalta la virtud, pacifica la violencia y destruye el odio. Es un solaz para aquellos que alguna vez jugaron con la vida cuando ésta les mostraba un rostro risueño y que ahora ven su otra y horrible faz.

La situación de la raza humana es hoy tan sombría que los pesimistas se preguntan: "¿Dónde está Dios?" y "¿Dios se interesa realmente por la humanidad?" Todo hombre puede tratar de contestar a estas preguntas basándose en un punto de vista superficial del mundo. Pero son escasos quienes están calificados para contestarlas por haber explorado los retiros más recónditos de su ser psicológico, y descubierto su parentesco con Dios. Son escasos aquellos que tienen perfecta seguridad, por medio del testimonio de su propia experiencia, de que este yo recóndito es divino, que está vinculado con Dios. Por medio de este yo pueden descubrir una pequeñísima parte de las intenciones de Dios hacia la raza humana. En consecuencia poseen la perfecta seguridad de que estas intenciones son benéficas pese a todas las apariencias contrarias. Para aquellos que han perdido la fe debido al trágico curso de los eventos mundiales, su respuesta está grávida de esperanza.

El poder divino no está ausente del mundo ni de ninguna situación cuyo desenvolvimiento tiene lugar en el mundo. La ley divina

controla todas las situaciones. Es cierto que hay hombres malvados entre nosotros y fuerzas malignas que obran en la oscuridad, pero no podrán nunca gobernar verdaderamente al mundo, ni tampoco determinar el curso que la humanidad ha de seguir. La voluntad de Dios siempre se cumplió y siempre se cumplirá. No hay voluntad menor que pueda triunfar. Y es la voluntad de Dios la que estableció el curso que debe seguir la humanidad llevándola de las tinieblas a la luz, de la ignorancia al conocimiento, de la maldad a la bondad, de la incapacidad al poder y, sobre todo, de la animalidad primitiva a la humanidad reflexiva, y de ahí a la espiritualidad intuitiva.

CAPÍTULO X

LA VOZ DEL PROFETA

El intelecto, que obra separado de la intuición y divorciado de la conciencia, que es sometido por los deseos, pasiones y egoísmos; al que el orgullo conduce al desengaño de sus tan mentados poderes; que se imagina a la ciencia como un Mesías que acompaña al psicoanálisis, llevó natural e inevitablemente a demasiados hombres y mujeres de la preguerra a un cínico materialismo y a la búsqueda de los placeres para liberarse. Creyeron que las circunstancias sociales y las emociones de su cuerpo eran las fuerzas supremas a las cuales debía responder la vida humana. Creyeron que el carácter del hombre era principalmente el producto del ámbito físico y de la herencia. Despreciaron la religión considerándola como un incidente o, sencillamente, un capricho de la historia de la mente humana; convirtieron a la metafísica en la sirviente de su punto de vista tenebroso, vacío y amoral, e ignoraron el misticismo. Sin embargo, vivir, dormir en la ignorancia del ego, existir sin fe o sin comprender que un alma divina está en la raíz de todo hombre, continuar satisfaciéndose cómodamente con la negligencia común y descansar en esta seguridad imaginaria, equivalía a echarse en una especie de tumba espiritual. Aquellos que no podían comprenderlo, que no podían comprender el hondo significado de su propia experiencia y de su propio yo, se reían burlescamente o miraban con indiferencia todas las sinceras tentativas de volver a despertar el sentido intuitivo de lo divino en la humanidad.

Experimentaron una terrible conmoción al contemplar la enorme cantidad de dolor y el alcance de la maldad que trajo la guerra. Estaban frente a un fenómeno ante el cual sus com-

placientes teorías huían desconcertadas y azoradas. Estaban ante una civilización, basada en gran parte en las sanciones materialistas, que se había atraído un aplastador desastre. La guerra mostró la insuficiencia de todas las teorías materialistas que atribuían las desdichas humanas únicamente a malas condiciones económicas o a represiones psicológicas, frustraciones y perversiones. Estas causas dan cuenta de algunos de los males de la humanidad, pero no dan cuenta de la aparición de los extremos de crueldad y criminalidad en monstruosa escala continental. El completo fracaso de la sociedad moderna en resguardar la paz, la desdichada incapacidad de la moderna civilización en impedir a los seres humanos convertirse en sanguinarias bestias, humilló y desalentó a muchas personas que creían en ella. Pero también las hubo que aprendieron la lección. Porque sólo entonces, al ver las penosas consecuencias de un punto de vista materialista del mundo y las equivocadas acciones que derivan de él, tales personas empezaron a reflexionar sobre la insuficiencia de uno y la insensatez de las otras. Descubrieron que los asuntos mundanos los habían absorbido a tal punto que habían descuidado aquellos que trascienden el mundo.

Lo cierto, al fin y al cabo, es que sin la guía de Dios y sin la fortaleza de las fuerzas divinas ¿puede el hombre evitar caer en la confusión? Las religiones tradicionales de todos los pueblos en todos los tiempos, en lugar de engañarse a sí mismas y engañar a los demás, ¿no contendrían alguna verdad? De este modo aquellos que eran intelectualmente más humildes volvieron sobre sus pasos y, arrepentidos, se encaminaron por senderos ignorados. De este modo se despertó una nueva urgencia espiritual al presenciar el colosal fracaso de la sabiduría humana privada de ayuda divina. Y así expiaron sus pecados, educaron su mente y santificaron su corazón en un sentido mucho más verídico que el sentido ortodoxo y convencional. Vieron, por último, que si las misteriosas e invisibles realidades de la existencia no se tienen en cuenta, no es posible esperar lo mejor, sino lo peor, de la existencia misma. Así justificaron el dicho filosófico: "el materialismo puede apoderarse del pensamiento y del sentimiento del hombre, pero no puede conservarlos". Tal es la historia espiritual de un reducido grupo de personas. Si hubiera sido la historia espiritual de todas las personas, ¡cuán diferente sería ahora su futuro!

No es suficiente que quienes dirigen la humanidad concentren su tiempo y energía en vencer la crisis militar, económica y política. No deben cometer el error de ignorar los principios más elevados y de descuidar la búsqueda de la ayuda divina. Y porque la crisis moral es lo que produjo las crisis exteriores, los hombres y las mujeres necesitan más espiritualidad, es decir, más religión, más misticismo y más filosofía, y no menos en nombre de la seudo practicalidad. Tienen necesidad de una o dos de las tres disciplinas espirituales que hemos mencionado, porque de tales fuentes surge el sentido moral, la conciencia de la distinción entre lo justo y lo equivocado, el deber del autodomínio y de no ofender al prójimo, y el sentimiento de compasión hacia los demás. Lo necesitan también para redimir la fe y recuperar la esperanza.

La verdad espiritual es, en fin de cuentas, una parte esencial de la curación de tales enfermedades como la desilusión y el desaliento, la desdicha, las preocupaciones y el pecado, que han descendido sobre el mundo. Este hecho fue pasado por alto debido a cuestiones de rivalidad u oscurecido a causa de la explotación humana. Su interés descansa finalmente en la aceptación intuitiva sentida en lo hondo del corazón, su respaldo se encuentra en el corazón porque el Yo superior está allí. El instinto religioso ha sido elemental y por lo tanto persistente a todo lo largo de la dilatada historia del hombre. Encubierto a veces, otras oculto bajo un nuevo ropaje, dejado a un lado o aparentemente ahogado, en verdad el instinto religioso nunca fue aniquilado. ¡Cómo hubiera podido ser matado si en el mismo centro del ser del hombre existe siempre el espíritu divino que lo ampara y da fe de su redención última!

Si en el hombre no hubiese un alma divina, sus ideales carecerían de sentido y serían inútiles. Es el alma que imparte una secreta realidad a sus luchas por perfeccionarse y a sus anhelos de mejoramiento social. En el corazón del peor individuo existe un misterio que nadie conoce. ¡Porque en todos los hombres un rayo de la Mente universal se hace cuerpo, compenetrándolos y evadiéndolos al mismo tiempo! Es la presencia de la divinidad en él, por más oculta y por más hundida que esté en lo hondo de su ser, lo que le imparte cierto ideal en sus mejores momentos que le hace sentirse insatisfecho con lo que es ahora. Es su presencia lo que le hace asignar diferentes valores a distintas cosas y a diferentes disposiciones de ánimo al acercarse inconsciente-

mente a la conciencia de la divinidad. Ante todo, le ordena seguir la religión.

Es preciso explicar lo que se entiende por religión. Puede significar ser miembro de una organización pública histórica como la Iglesia de Roma, o la aceptación de un sistema de doctrinas acerca de Dios, el hombre y el universo, como el hinduismo, o la experiencia de un estado emocional, como la conversión al metodismo. O puede significar la fe en Dios sin ataduras de ninguna clase. Para el propósito de esta hora basta decir que los hombres sienten su necesidad cuando buscan ir más allá de la primera impresión sensorial de su existencia, que la religión pura es la creencia por la cual el hombre siente que hay un secreto e invisible poder más alto que él, que las religiones organizadas populares deben poner esta creencia en una forma sencilla y accesible a las masas y que nadie debe ser impulsado a expresar su fe adhiriendo a alguna organización religiosa si tal no es su deseo. Las funciones propias de la religión son: primero, suscitar en sus fieles la fe en un poder superior y sustentarlo; segundo, llevarlos a comulgar con este poder, e inculcar su adoración; tercero, hacerlos mejores en carácter y más nobles en conducta; y cuarto, librarlos de la desdicha emocional.

Cualquier religión pública es el primer paso que lleva a la gente a una vida de suprema significación. Sus beneficios se derraman sobre todas las clases. El hombre sencillo e ignorante tiene tanto derecho a recibirlos como el hombre evolucionado y culto. Por cierto, toda religión fue establecida primeramente para beneficio de las masas. Su obra les enseña no sólo que Dios existe sino también su vínculo con Dios; no sólo explica las consecuencias psicológicas de esta relación sino que les inculca la moral que necesitan. La religión es la fuente de recta conducta más difundida, más popular y más elemental. Es en consecuencia el medio más valioso para elevar a la sociedad. Si no hace otra cosa que ofrecer una útil barrera contra los restos de extrema bestialidad del hombre, es suficiente para justificar su necesidad. Este es un deber que no se puede rehuir, porque si la fe en Dios no nos ofrece ni siquiera esto, es una fe hipócrita y en consecuencia inútil.

Aquellos que dicen que la religión fracasó, basándose en el hecho de que fue incapaz de impedir la guerra, juzgan con demasiada ligereza. Pues ¿cuál habría sido la conducta de los

hombres en los años de paz si las restricciones morales de la religión —por más débiles que fueran— hubieran sido totalmente inoperantes? Admitamos que el hombre en cierto modo fracasó, pero la justicia nos obliga a reconocer que este fracaso fue parcial. Si el hombre vio, en los trágicos eventos de nuestra época, cómo las oscuras fuerzas del mal triunfaron por un tiempo en nuestro planeta, y examina las causas de este fracaso parcial, verá que la primera causa se debe a que la religión no estuvo a la altura de su misión. Sus verdaderas funciones fueron demasiado a menudo contradecidas por su ministerio tradicional. De hecho, toda religión sincera enseña a sus fieles a olvidar los prejuicios y a vencer los rencores, pero no a recordar los primeros y a sustentar los segundos. Mahoma, por ejemplo, predicó democráticamente la hermandad de todos los hombres. Pero la mayoría de sus fieles sólo aceptan la hermandad de los mahometanos. De este modo su enseñanza ha degenerado con el tiempo. La historia de todas las demás religiones —ya sea el cristianismo, el judaísmo, el hinduismo o el budismo— está profunda y oscuramente manchada con pensamientos irreligiosos y prácticas que no tienen nada que ver con la fe.

Otra causa es que el hombre moderno, y en especial la generación más joven, gusta de investigar las cosas por sí mismo, de usar su propio juicio y no aceptar ciegamente lo que les dice la verdad religiosa. El día en que las teologías tribales eran capaces de satisfacerlos, se desvanece rápidamente ante nuestros ojos. Tales cosas no pueden hacer frente al progreso de la mente humana. Dos factores de tremenda fuerza han entrado en escena en los últimos cien años: la ciencia y la democracia. Las características mentales del hombre moderno fueron inevitablemente afectadas y alteradas por ellas, mientras que su vida exterior en ciertos casos fue ayudada por estas características y en otros, dañada. El hombre moderno quiere comprender las cosas racionalmente y al mismo tiempo comprenderlas por sí mismo. Le es más fácil recibir y comprender una fe que no exige una ciega credulidad y que apela más a la inteligencia racional. Se ha apartado de las concepciones anacrónicas y de las formas cristalizadas, pues esas concepciones y formas quedaron destruidas por su incapacidad de adaptarse a las necesidades de la época. La influencia de la jerar-

quía eclesiástica se ha desvanecido y el poder de las autoridades pías ya no cuenta más. Las promesas de las escrituras ya no atraen más a los jóvenes y las amenazas de los sacerdotes ya no los intimidan más. ¡Esta actitud no es sensata, pero ridiculizan el pasado porque no había ni autos ni radios! De ahí que las creencias y dogmas, las instituciones y ministerios que fueron sancionados por el pasado, reciben automáticamente su parte de ridículo.

En cierta etapa de la historia religiosa de la sociedad, el humanismo y el racionalismo se liberan de las supersticiones, corrupciones y degradaciones de la religión degenerada y actúan de esta manera como factores retributivos. No es en absoluto esencial para la salvación del hombre el que crea que la tierra fue hecha por Dios en seis días de veinticuatro horas. Ni tampoco es esencial que trate de sentir una sincera fe cuando los rituales se tornaron vacíos de contenido, los dogmas carentes de sentido o grotescos, las palabras de la liturgia mecánicas, y la mayoría de los códigos morales fosilizados. Por cierto, resistir a la explotación jerárquica y reconocer la fácil caída en la hipocresía que mancilla la historia de la religión, es el derecho y el deber del hombre.

Que no se piense que estas críticas vienen de un despreciativo enemigo de la religión. Por el contrario, vienen de un amigo sincero. Aun Jesús nunca creyó que estaba equivocado o que perdía su tiempo al denunciar la conducta hipócrita de la jerarquía rabínica, ni tampoco el Buda al denunciar las prácticas supersticiosas de la jerarquía brahmánica. Mas porque el amor a Dios y no el odio a los hombres motivaban sus críticas, siempre fueron constructivas.

Tan pronto como ha cumplido su función correctora, la oposición a la religión se convierte en factor retrógrado. La misma facultad de la razón crítica que apartó al hombre de la superstición grosera dándole de este modo discernimiento mental, puede llevarlo al materialismo científico y privarlo de su discernimiento intuitivo. Es un remedio eficaz cuando su fe religiosa está enferma, pero nadie se puede alimentar únicamente con remedios. Ningún hombre físicamente robusto es verdaderamente sano si su espíritu es débil, ni emocionalmente vigoroso si padece de parálisis ética, ni quien sólo vive para su naturaleza animal pero está muerto para su naturaleza an-

gética. Cuando declara, como declaró Freud, que "Dios es una ilusión, la religión una enfermedad, y el sentido religioso una neurosis patológica", entonces él mismo debería ser tratado como alguien gravemente enfermo de delirio y neurosis. Al perder esta cualidad sobre la cual descansa el fin mismo de su encarnación terrena, la cualidad de sentir veneración por algo que está más allá de su pequeño ser, pierde el sentido de la posibilidad de llegar a una existencia más elevada y de la presencia de un poder superior en el universo, sólo para ganar en cambio un materialismo vacío y tenebroso.

Si la difusión del materialismo hace correr al ente humano el riesgo de paralizar su intuición y de restringir su conciencia, los riesgos para la sociedad humana son la pérdida del impulso moral y la deterioración de la conciencia moral. En cuanto las antiguas religiones sustenten y promuevan estas cosas, seguirán ayudando a la gente, sobre todo a la gente común. En cuanto pierden terreno y la influencia que las reemplaza no sustente ni promueve los valores morales, el orden de las cosas se vuelve anárquico, regresivo y sombrío. Es un hecho histórico el que la caída de las religiones esté señalado y acompañado por levantamientos sociales. Cuando florece la irreligión y desaparece la moral, cuando los aspectos humanos de la sociedad se deterioran aunque se multipliquen las innovaciones técnicas, ya no son posibles ni una paz verdadera ni una prosperidad duradera. Nos basta imaginar cuál sería la condición de un país si toda religión desapareciese, para comprender su necesidad. Con todos sus defectos, abusos e insulsez, una religión popular organizada hace bastante bien, y por lo general su influencia es lo bastante benéfica como para justificar su existencia. Cuando los principios morales ya no sujetan más la conducta, cuando la exhortación ética es desechada como una molestia anticuada y su base religiosa es tachada de narcótico para las masas, surge una situación peligrosa.

Las consecuencias de no creer en la existencia divina se hacen patentes en distintas formas, de las cuales las peores son el caos moral y la confusión que prevalece, la brutalidad, el egoísmo y falsedad que llegan a ser aceptables cuando se cree que ningún principio retributivo gobierna al mundo. Esto, a su vez, se debe a no creer en ninguna otra realidad que no sea la

Materia. El hombre paga un pesado precio por tal desarrollo parcial de sus propios poderes pensantes.

La religión pura es en sí divina y duradera, pero las instituciones, los dogmas y las jerarquías religiosas sufren de la falibilidad humana y de la deterioración del tiempo. Las formas históricas que asume la religión pueden estar infectadas con crasos errores, pulidas supersticiones, explotaciones egoístas y antiguas hipocresías, pero la pura y permanente esencia que la sustenta justifica su existencia y le imparte su mejor influencia. El hombre devoto puede desechar estas formas, pero no puede desechar su esencia. El escéptico que pierde la fe a causa de una enseñanza equivocada sobre Dios y el alma, sin pensarlo y a pesar suyo pierde al mismo tiempo la fe en la verdadera enseñanza de la religión. Al apartarse desilusionado de la servil veneración a la autoridad eclesiástica, se aparta de la humilde veneración al mismo poder superior, lo cual es un profundo y peligroso error. Es natural que se haya cansado de su irracionalidad. No le conviene en absoluto volverse irreligioso. Evita el peligro de ser inducido al error por otros para caer en el riesgo de equivocarse él mismo.

Por eso los deseos reprimidos, los propósitos secretos y las aspiraciones descartadas siguen atormentando al hombre que no ha llegado a una completa animalidad o materialidad y que se siente sujeto en la trampa mecánica de la civilización moderna. Pero operan en una forma indirecta, son el resorte que desencadena las emociones y las actividades cuyo carácter parece ser totalmente distinto. Ya sea por medio de la bebida o por medio del deporte, por medio del cine o por medio del sexo, la gastada pieza humana de una desequilibrada época mecánica, trata de escapar a su tiránico ego.

Cuántos hombres y mujeres se sienten desdichados por anhelar una vida espiritual, pero lo hacen inconscientemente porque no se dan cuenta de su anhelo. La civilización moderna tiende a ahogar estos vagos anhelos, o en el mejor de los casos sólo reconoce a medias su existencia e importancia, a tal punto que se han vuelto semejantes a una muelle tierra de labor cubierta con una capa de dura lava volcánica.

La religión debe volverse más amplia

Cada vez que los representantes de la religión oficial no supieron satisfacer las necesidades espirituales de sus fieles, su lugar fue ocupado por otros. El poeta inspirado fue el predicador del siglo último, como el artista iluminado fue el misionero de tiempos más recientes. En nuestra época, se admira cada vez más al hombre de ciencia que se inclina hacia la metafísica. No cabe duda que todo eso es bueno en cierto modo, pero la poesía, el arte y la ciencia no pueden reemplazar a la religión. Cada una de estas disciplinas es capaz de dar al hombre un sostén interior en la vida, pero ninguna puede darle precisamente lo que sólo la religión es capaz de darle. Los hechos y las abstracciones científicas no pueden por sí mismos alimentar satisfactoriamente el alma del hombre. El intelectual moderno, o su contraparte proletaria, quedan con hambre después de haber seguido tal dieta. Busca el pábulo que no se encuentra en el arte, el placer, las diversiones o los deportes. Por cierto éstos lo ayudan y muchas veces los cree suficientes para satisfacer sus necesidades. Pero las necesidades trascendentales de su alma, siendo como son, no hay sustituto que pueda reemplazarlas alguna vez.

Es preciso desarrollar de un modo moderno los medios que satisfacen el sentido religioso. Esto no significa necesariamente que sea preciso crear una nueva religión o adoptar alguna religión exótica. No significa otra cosa que una nueva y más amplia comprensión de las antiguas religiones. El Occidente podría salvar su vida interior, actualmente en vías de desaparición, recordando lo que Jesús enseñó verdaderamente. El cristianismo, correctamente entendido y expuesto, difiere en cierto modo de lo que enseña la Iglesia, y por cierto es más inspirado. Ha llegado a tal punto el sometimiento a las frases y palabras, que cualquier referencia a la religión se torna en seguida en referencia a una rígida ortodoxia o a un estrecho sectarismo. Sin embargo las grandes convenciones de la vida religiosa, sus ideas, métodos y formas tradicionales, no están atados para siempre con cadenas de hierro. El hombre puede modelarlas para que se ajusten al lugar y a la época en que vive. La actitud religiosa y la meta religiosa no pueden alte-

rarse y deben permanecer iguales para toda la gente y todos los siglos. Pero la forma y los medios pueden alterarse y las cambiantes circunstancias no dejan de afectarlos.

La religión empezará a mostrar su utilidad en la escena moderna sólo cuando sus defensores comiencen a adecuarla a la época moderna, a las necesidades modernas, a hacer que abra los ojos a la crisis moderna, que oiga la tragedia moderna. Hecho esto, llenará otra vez su benéfica función. Debe llegar a ser una institución flexible y progresar con la vida y la mente del hombre mismo. No hay otra manera de servir bien a la humanidad. Desdichadamente, la historia del pasado y lo que ocurre en la actualidad muestran que aquellos que deberían ser los primeros en comprender este orden de cosas son, por lo general, los últimos. Como la lección es desagradable, no tienen ninguna gana de recibirla.

Un grave error que cometen los representantes de la ortodoxia oficial es el de ser los primeros en oponerse y los últimos en aceptar cualquier manifestación del espíritu viviente de Dios entre los hombres. Si los hombres se ven forzados a buscar en otra parte el sustento religioso, si son tantos los que sienten la necesidad de algo nuevo, se debe a que no reciben ayuda alguna.

El hombre moderno se enorgullece de haber progresado mucho más allá de la mentalidad estrecha, ignorante y supersticiosa del pasado. Pero eran al fin y al cabo los defectos de ciertas virtudes, y al librarse de los defectos el hombre se libró de las virtudes. Porque la estrechez de miras se debía a una fe religiosa extraviada, la ignorancia a un reconocimiento demasiado severo de las limitaciones del intelecto humano, y la superstición a la intuición aceptada implícitamente de que el mundo físico no era el único mundo del ser.

Se ha sugerido que la mejor solución para el problema religioso del hombre moderno es la unión de las antiguas fes tradicionales o la imposición de una nueva fe. Aquí el sentimentalismo ha domeñado a la razón y el deseo es padre, madre, tío y tía del pensamiento. La humanidad está constituida en una forma tan variada que esta solución sería más bien un impedimento que una ayuda. El temperamento que se satisface emocionalmente con las impresionantes formas sacramentales del Catolicismo de Roma, por ejemplo, sufrirá de hambre emo-

cional en el cuaquerismo desnudo, interior y carente de formas. ¿Y qué hallará el salvaje, con sus tabús, sus danzas, su magia, de común con el cuáquero, que adora silenciosamente la Presencia Invisible?

Las necesidades espirituales de los diferentes grados de humanidad son tan variadas, debido a sus imperfecciones, que es preferible esperar pacientemente el crecimiento natural de la mentalidad y el carácter antes que forzar los distintos grados dentro de un molde de hierro de elaborada unidad. En todo caso, seguirán existiendo cismas entre los distintos cuerpos y divisiones entre las diferentes sectas. Se debe esto a que la fe del creador de un grupo suele vagabundear tanto como viaja la imaginación del creador de otro grupo; pocas veces la intuición, respaldada por la investigación o la inspiración divina, está libre de las opiniones humanas. El ego se introduce allí como en cualquier otro lugar. No hay que deplorar las tendencias separatistas, y mientras existan es preciso reconocerlas. Un conglomerado mecánico de las antiguas religiones existentes es impracticable en gran escala, es decir, en escala útil, y nunca podría satisfacer todos los gustos.

El intento de obligar a religiones organizadas rivales a fundirse en una unidad artificial sería tan insensato como conducente al fracaso. No soñemos tonterías y no exijamos de la humanidad una unidad a la cual le es imposible llegar debido a su propia variedad. No esperemos que consienta en adherir a una única religión universal que haría innecesarias las demás religiones, ni le pidamos vivir en una universal hermandad a la que sólo podría llegarse después de haber logrado una perfección moral sobrehumana. Creer que es suficiente para la consecución de esta nueva utopía un simple gesto o la adhesión a algún movimiento espiritual, es un error intelectual que obstruye la entrada al camino que siguen quienes desean mejorar la suerte de la humanidad. Este exceso de idealismo no constituye su fuerza, como suelen creer, sino su debilidad. Desear que las distintas fes lleguen a fraternizar es un deseo mucho más sensato y laudable que el deseo de unificación.

Si la armonía espiritual entre los hombres forma realmente parte de la meta última, es un hecho esencialmente interior y no exterior. Debe existir dentro del hombre o no existir en absoluto. Ninguna organización, ninguna institución puede lo-

grarlo y por lo tanto no son necesarias para su existencia. Por consiguiente, sólo puede encontrarse en los individuos. Para ser verdadera, debe crecer por sí misma dentro del hombre al darse cuenta éste que la falta de armonía es la causa de constantes sufrimientos y tribulaciones y es el efecto de la ignorancia espiritual. Mientras tanto es menester dar más importancia a la santidad interior que a la observancia exterior, comparar las religiones para saber que Dios habló a muchas razas y tener la suficiente amplitud mental para reconocer que no hay una sola biblia ni tampoco un sólo conductor espiritual. El estudio de las religiones comparadas ayuda mucho para erradicar el fanatismo y suavizar las parcialidades. Por este estudio los credos comunes a la mayoría de las religiones —y por lo tanto los más verídicos— se esclarecen y su universalidad es proclamada.

Si la religión, ya sea la incorporada a los antiguos credos familiares, ya sea la que pertenece a los cultos extraños, está destinada a ser moralmente poderosa, debe absorber algunos conocimientos asiáticos. El siglo XIX, que vio la expansión del capitalismo y el transporte, el desarrollo de la maquinaria y el comercio, vio también la introducción del pensamiento asiático en Europa y América y del pensamiento europeo en Asia. La situación general del hombre es tan trágica que ha llegado el momento en que las ideas más vivientes de Oriente no deben considerarse más como plantas extrañas, anormales o exóticas. La necesidad de otros frutos, en la reorientación de sí, la reconstrucción de la sociedad y la reinterpretación de las escrituras es urgente y profunda. Porque sólo un cambio en sus pensamientos y valores puede traerle el mejoramiento que necesita tanto. Aprenderá del Este que es preciso dar importancia a dos ideas que muestran que los ideales de autodisciplina y automejoramiento son realmente prácticos, sensatos y necesarios. Primero, la ley de recompensa (karma) le devolverá con el tiempo todo cuanto haya dado; segundo, el alma divina no sólo está siempre presente en él y en todo lo demás sino que puede ser conocida. Al aceptar la segunda verdad, piensa en Dios no como en algo lejano y remoto, sino como en algo cercano y dentro de sí mismo y de los demás, lo cual le permite perfeccionarse y ennoblecer sus tratos con el mundo. Y una vez que esté convencido de la primera verdad, los pueblos agresivos abandonarán las falsas concepciones que

los condujeron a creer que sacarían provecho luchando con otros pueblos. Porque fue tanto el veneno que se derramó en la mente del hombre durante muchos años, se necesita urgentemente un suero para contrarrestar este veneno. Estas ideas sustentan la dignidad de la vida humana, proclaman las potencialidades divinas que contiene e inculcan la verdad del orden moral.

Las luchas de la guerra enredaron los hilos del karma de Oriente y Occidente. Las populosas aglomeraciones de Extremo y Medio Oriente se han puesto en contacto, ya sea hostil o amigablemente, con las razas occidentales, en un grado como nunca se conoció en la historia. La consecuencia de todo esto es que, no sólo las poblaciones blancas deben esforzarse por comprender a las poblaciones amarillas o morenas, sino que estas últimas también deben esforzarse por comprender a las primeras. Por más que cueste lograrlo, se llegará inevitablemente a este acercamiento. El hombre que estudia las religiones comparadas, que analiza la cultura de Oriente junto con la de Occidente, tiende a liberarse de las parcialidades ambientales. Es menester que el mundo entero amplíe su horizonte religioso. Llegará el día en que Occidente rinda homenaje a la sabiduría oriental, pues su hermano mayor le trae una herencia de sabiduría espiritual que debe aprender a respetar y reverenciar. La admirable espiritualidad cuyo ejemplo hallamos en los escritos de Platón, en las cuestiones de Sócrates, en el pensamiento de Spinoza y en las tragedias de Sófocles, no difiere mucho de los ejemplos de cultura oriental en su nivel más alto.

Al parecer, en este momento hay una urgente necesidad de ampliar el horizonte espiritual de Occidente con los préstamos y dones del Este, porque el reprimido deseo de Occidente de equilibrar su elevado desarrollo práctico con una cultura intuitivo-mística fue llevado por la crisis a la mente consciente. Oriente se entrega cada vez más al embrujamiento del proceso material y en consecuencia se hunde cada vez más en el materialismo. Esta situación se debe a su gran edad. Porque no basta presentar grandes libros escritos miles de años atrás; hoy es preciso presentar también una gran civilización. La contradicción entre la sublime literatura del Este y su atrasada condición física

es trágica, y si el mejoramiento de esta situación es imprescindible, la forma en que se realiza es muchas veces imprudente.

Nosotros los hombres de Occidente debemos aprovechar todo cuanto fue pensado, enseñado y conocido por los más elevados espíritus de Oriente; debemos recurrir amplia y humildemente a su sabiduría, porque enriqueceremos así nuestro acervo y ampliaremos nuestras perspectivas. Pero es preciso hacerlo sin ilusiones. Aunque tal extensión de su cultura ayudará a nuestra civilización en vez de debilitarla, como pretenden algunos fanáticos, no es suficiente de por sí para renovar nuestra civilización espiritual. Esto sólo será posible si despierta, si oye la voz de sus profetas vivientes, y si sigue una moderna versión de la búsqueda de las antiguas religiones capaz de ser vivida y que esté en contacto con las realidades de su situación actual. Son tales los riesgos de esta situación que sería preferible iniciar una nueva tradición viviente que enredarse en una antigua tradición condenada a morir.

El investigador moderno, que nació en tierras de Occidente y fue educado en una atmósfera individual, se encuentra dividido entre dos maneras de vivir antagónicas. Está la atracción de Oriente, donde las tradiciones del misticismo son tan ricas y sus fuentes tan desarrolladas y vivientes como en ningún otro lugar. Y está la atracción del Occidente donde nació, cuyo racionalismo científico y practicidad física aprendió a considerarlos necesarios en una vida civilizada. Estas influencias que se originan en diferentes direcciones tienden a dividir su voluntad y confundir su mente. ¿Cuál es su deber espiritual? La sabiduría le contesta que no debe ceder a ninguna de estas dos influencias, sino que debe empeñarse en aprovechar el espíritu creador de las dos. La vida misma le asignó la tarea de unir las suavemente de modo tal que cada una complementa a la otra y contribuye al resultado final.

Hoy, como ayer, es posible lograr la revelación divina, tan fácilmente en el Oeste como en el Este. No hay ninguna raza particular ni ninguna nación particular que sea su sola poseedora. Es universalmente potencial, y si el habitante del hemisferio occidental emprende la tarea correctamente la puede convertir en realidad, aunque no tan prontamente como el habitante de un monasterio indio. Que no se vea trabado por quienes insisten en una tradición puramente local, en una expresión es-

pecíficamente racial, en un punto de vista históricamente limitado o en una adhesión ferozmente sectaria. Lo que está presente en todas partes no puede ser el monopolio de determinada raza, pueblo o secta. Los hombres de Occidente hallan la raíz de su alma en Dios —si bien no tan fácilmente como los orientales— si así lo desean. El Yo superior revela su presencia a todos por igual. El hecho de que hombres como Sócrates, Lao Tsé y Emerson, que vivían en tierras tan apartadas como Grecia, China y América, lograron la misma bienaventurada revelación significa que la verdad es tan accesible en un lugar como en otro, que nadie necesita viajar a Oriente para encontrarla y que si se empeña en buscarla en la recta dirección —dentro de sí mismo—, puede quedarse en su casa y lograrla.

No obstante, comete un grave error quien cree que la filosofía sostiene que una religión es tan buena como otra. No lo hace. Admite las diferencias de la verdad intrínseca de las variadas religiones, pero nos dice que debemos elevarnos por encima de las formas exteriores de todas las religiones para encontrar la verdad pura. Además es tolerante y afirma pragmáticamente que una religión conviene más a un hombre particular que ha llegado a un estado particular de desarrollo aunque no convenga a otro hombre. Sea cual fuere el método, la idea o la institución que ayuda eficazmente a cierto tipo de individuo a adoptar una vida espiritual, ésta no puede desecharse como carente de valor por un diferente tipo de individuo porque no lo atrae o no lo ayuda en absoluto. Debe ser tolerante aunque se aparte con indiferencia, recordando que puede ser útil para otra persona.

Esta tolerancia universal tan necesaria empieza a manifestarse, si bien débilmente, a consecuencia del estudio imparcial de las religiones comparadas, que deriva a su vez del estudio de los idiomas orientales en las universidades de Occidente. Este estudio cambió favorablemente la actitud de los intelectuales occidentales hacia otros credos. Ya no se denuncian estas religiones como si fuesen totalmente falsas. Además, un concepto más noble de la beneficencia y la justicia divinas condujo a la comprensión de que otros pueblos no podían haber sido dejados —en un mundo ordenado— sin luz, ayuda, revelación o guía. Sin embargo, sólo quien estudia filosofía puede encarar el estudio de las religiones comparadas de una ma-

nera genuinamente imparcial. Porque sólo aquel cuyo disciplinado intelecto desechó los prejuicios y cuya emoción purificada se apartó del favoritismo puede lograrlo. Es recompensado con el descubrimiento de que la fuente última de todas las auténticas verdades religiosas es una y la misma —el yo más elevado del hombre— y que ello explica por qué las mejores ideas de tales verdades son comunes a diferentes pueblos y a diferentes épocas. En la plenitud de su propio tiempo, con el desarrollo que sigue a sus esfuerzos y la madurez que cristaliza su experiencia, este hecho se vuelve tan patente en su intelecto que le sorprende que no haya sido visto por otros. Le enseña a valorar todas las religiones, sin importarle los lazos que lo atan a una religión o lo separan de las otras.

¡Cuán escasos son aquellos que se detienen para pensar que la religión que afirman y creen ser verdadera hubiera podido tomar otra forma si hubiesen nacido en otro país! ¡Cuán pocos piensan que el mismo consuelo y ayuda, la misma guía y sustento que derivan de su propia religión, otros pueblos la derivan de otras religiones!

¡Cuántos millones tienen con la religión que profesan sólo una relación de censo! ¿De qué sirve señalarlo a la mayoría de los miembros de esta o de aquella iglesia? Más bien preguntemos qué es la fe de los así llamados creyentes. ¿Es una fe vital la que hace sentir su fuerte influencia en sus pensamientos, sentimientos y acciones, o es una fe vacía, meramente nominal y casi siempre muerta? La complaciente herencia de puntos de vista ancestrales, por más limitada, deficiente o hasta falsa que sea, tal vez se destaque más en la esfera de la religión que cualquier otra. Ningún hombre puede llegar a ser un verdadero cristiano —o hinduista o budista— por un accidente del nacimiento o por la formalidad del bautismo. Sólo puede llegar a serlo pensándolo cabalmente, sintiendo su realidad y obedeciendo sus mandatos morales. Todo el resto es una vasta sugestión social que, por más que engañe a la humanidad, nunca ha engañado al Yo superior. Cuentan más sus acciones que sus opiniones, más su carácter que sus creencias, en la aceptación de la religión por un hombre. Es fácil engañar a la sociedad sobre este particular, pero no ocurre lo mismo con las leyes y fuerzas superiores. La razón nos dice que los poderes no nos

juzgarán por nuestra profesión formal de fe religiosa sino por nuestros pensamientos y conducta.

La luz del místico

Hemos escrito antes de que el fracaso parcial de la religión tuvo lugar porque no fue sincera consigo misma. Pero tal falta de sinceridad, a su vez, tuvo lugar porque dejó de comprenderse correcta y luminosamente. Este punto debe ser aclarado.

Gran parte del mal del mundo surge de la trágica ignorancia de los hombres y no de la repulsiva maldad de los hombres. Esta ignorancia surge, a su vez, de su habitual identificación del yo con el cuerpo, que desconoce por completo su aspecto más amplio y más divino. La separación que existe en la conciencia entre el ego y el Yo superior es fatal. Es la raíz de todos los pecados, de la ignorancia, de los males y desdichas del hombre. Para contrarrestar esta ignorancia y eliminarla gradualmente, los maestros religiosos, místicos y filosóficos fueron en verdad enviados por Dios para iluminar las tres capas diferentes de la raza humana. Si se dejara a la humanidad sola, sin la guía de los instructores espirituales y divinos, el hombre descansaría en el torpor de la ignorancia y moriría en la bajeza del animalismo. La experiencia no basta para formar el carácter y aguzar la inteligencia. La experiencia debe ser explicada al hombre, algo de su significación interior debe serle revelado. Es preciso aliviar sus sufrimientos con palabras compasivas y alimentar su vaga fe con la enseñanza.

En la aparición esporádica de un maestro espiritual, de un profeta religioso o de un salvador divino, vemos la fuente de tal enseñanza.

El Verbo surge intermitentemente del silencio divino. No lo dicen los cielos, sino los labios del hombre. No es sólo un sonido o un documento escrito; es también un poder creativo y transformador. Aquel que dice o escribe El Verbo se convierte en el fundador de una nueva religión, el profeta de una nueva elevación. Le corresponde descifrar, si cabe decirlo así, un mensaje recibido en un código trashumano y traducirlo al lenguaje común. Tal es la suprema inteligencia que sostiene

al mundo en sus manos, cuyo obrar ayuda a la humanidad haciendo que tenga lugar el nacimiento de dicho hombre en el lugar y en la época convenientes. A veces llega a la tierra, como llegó Jesús, desde un planeta más evolucionado. Tal individuo se asemeja a un general en la guerra contra el mal. Se empeña en derrotarlo. Su aparición entre nosotros a intervalos periódicos es tan sabia como necesaria. Ni su aparición ni la eventual difusión de su influencia son accidentales o dependen del deseo de alguna persona. Las dos fueron ordenadas por la divinidad mediante las fuerzas que guían la evolución humana y la ley de la retribución universal.

El profeta y el vidente saben que su designio será rechazado por todos, excepto unos pocos, pero se siente obligado a expresarlo formalmente. Si lo es, tal expresión tiene entonces un valor mucho más grande que si fuera personal. Establece una relación simbólica con sus desatentos oyentes. Es un arma de dos filos, que podría haberlos salvado pero que será usada para juzgarlos. Al comienzo su obra tardará en ser conocida, no se reparará en ella por un tiempo, como la obra de Jesús no fue advertida por ningún historiador contemporáneo, salvo Josefo. Sólo tuvo unos pocos centenares de seguidores, y Buda unos pocos miles, aunque su enseñanza sustentó a millones en siglos posteriores. Confucio fue completamente ignorado, aunque su enseñanza constituyó parte del sistema educacional chino durante dos mil años. Durante los primeros diez años de su misión profética, Zoroastro no pudo encontrar otro discípulo que su propio primo, únicamente lo acompañó una sola persona.

Los verdaderos discípulos más bien que los seguidores nominales de las grandes personalidades mesiánicas del mundo siempre fueron una minoría desdeñable. Esto se debió en parte a los escasos medios de transporte y a los primitivos medios de comunicación que no permitían la rápida difusión del mensaje divino. Hoy se puede difundir con mucho más velocidad y al mundo entero. No obstante, es preciso comprender la imposibilidad de esos sueños, la improbabilidad de una milagrosa conversión de toda la humanidad realizada de la noche a la mañana, tal como suelen imaginarlo los no iniciados y los sentimentales. Lo que Jesús no pudo hacer, lo que Buda no pudo realizar, en rigor nadie lo podrá hacer. Aquellas grandes luces con forma humana conmovieron la terrible inercia espiritual de la humanidad, es cierto, pero la con-

moción fue ligera. Los escasos seres sensitivos respondieron ardentemente como siempre, pero la mayoría sólo preocupada de las cosas materiales apenas fue tocada.

Poca gente comprende que la obra de un profeta se cumple esencialmente en un limitado período después de su aparición sobre la tierra y no dura para siempre. Porque su tarea primordial es doble: implantar algo en el corazón de los hombres, un presente de su gracia, que ha de ser transmitido por los siglos en ondas cada vez más amplias; decir o escribir un mensaje verbal que satisfaga prudentemente las necesidades del momento, las formas de pensamiento de la gente y el panorama histórico de la época. La fuerza que se difunde así alcanza su cenit y luego empieza a debilitarse y desaparece. Al alcanzar el cenit el espíritu triunfa, pero en el nadir la letra gobierna. En el primero de los casos tenemos una verdadera religión y los hombres sienten su inspiración, pero en el segundo es muchas veces una burla y los hombres sienten su vacío. El profeta posee verdaderamente el poder de otorgar la gracia, mientras que, luego del paso de los siglos, muchos que hablan en su nombre ya no la tienen más. Esta es una de las razones por la cual la religión se disipa en el largo transcurrir de los siglos, y lo que la gente obtiene de la religión es meramente su último residuo.

Hoy, los principios originales de las grandes religiones están alterados a tal punto, su eficacia moral tan amortiguada, su influencia contra el materialismo tan debilitada, que la necesidad de una vasta renovación interior en todo el mundo y en todas las clases es incontestable. Cuando el credo profesado por un hombre ya no es más una ardiente convicción sino una fría conveniencia, la necesidad de una nueva dinámica es indiscutible. Empero, es un error común dar por sentado que esta clase de interés sólo incumbe a la gente especialmente piadosa, excéntrica o solemne, como si un mínimo de atención prestado a materias espirituales fuera un signo de sana normalidad o de excelente equilibrio. Al fin y al cabo, no es sólo el discípulo de la Búsqueda quien es llamado a buscar y encontrar la felicidad del Yo superior, sino todo el mundo. Mas, para estos últimos, el llamamiento viene de muy lejos y se oye muy débilmente, pues su lugar de origen no se conoce con certeza.

Dios ha establecido para el hombre un sendero evolucionario que lo conduce desde lo más bajo en su carácter hasta lo más

noble, y que fue destinado a elevarlo por encima del nivel de la animalidad inconsciente. Debe recorrerlo hasta el fin; hasta este punto no tiene libertad de elegir. Pero, comúnmente, la velocidad con que lo recorre depende de él, puede recorrerlo tan lentamente o tan rápidamente como lo desee. La religión es el primer paso que se da en la recta dirección, pero tarde o temprano debe seguir su viaje y recorrer todo el camino, lo cual significa que debe pasar por una fase de experiencia mística personal e interior. La primera y última demanda que la religión hace a la humanidad es la fe, una fe sencilla y que no se discute. En ello no hay nada de malo. Todas las madres hacen justamente la misma demanda a sus hijitos. El hombre religioso cree que existe un divino poder que sustenta todo. Pero su fe puede cambiar, volverse más débil y hasta desaparecer debido a las duras presiones de los eventos desfavorables o de los argumentos escépticos. Tal situación no satisface al místico. Ve la necesidad de una relación más íntima con Dios. Y por medio de la abnegación, de la autodisciplina y la meditación la realiza, hallando el reflejo del poder divino en lo más hondo de su propio yo, su existencia claramente demostrada por su propia experiencia íntima. Para llegar a este convencimiento no tiene que apelar a nada exterior, sino que alcanza la verdad por el obrar de su pensamiento y sentimiento. Si la religión deriva su principal justificación de la autoridad externa, el misticismo deriva su principal justificación de la experiencia íntima. Pero es indiscutible que para alcanzarla hay que seguir un camino elevado y progresivo. Y este es el camino que tanta gente necesita seguir en nuestra época.

Por más valiosos y necesarios que sean el conocimiento religioso y sus esfuerzos preparatorios, no llenan el objeto más elevado de la existencia humana. El círculo en cierto modo limitado de todos aquellos a quienes no satisface un conocimiento meramente preparatorio a una vida más elevada, pero que quieren adquirir sus verdades a través de una realización interior, así como el de aquellos que sienten fuertemente la urgencia de elevarse desde un estadio inferior a las proximidades de la cumbre de la realización espiritual, pueden ver cumplida su aspiración si aceptan pagar el elevado precio de la autopreparación y de la autodisciplina. De este modo son merecedores de la iluminación más plena y personal del Yo superior.

Cuando vemos que en la sociedad se encuentran juntas per-

sonas de distinto nivel de carácter e inteligencia, conducta e intuición, se plantea el problema de conciliar la sencilla fe de las masas con la compleja fe de los pocos que son capaces de absorberla. La mayoría no puede ir más allá de esa fe sencilla, pero no deben obstaculizar el camino de aquellos capaces de lograrla. Por otra parte, estos últimos no deben convertir el misticismo en asunto exclusivo de algunas personas privilegiadas, privando a gran número de gente de sus elevados beneficios. Si no conviene impartir el conocimiento demasiado rápidamente a personas incapaces de absorberlo, tampoco conviene abstenerse de impartirlo. La solución de este problema exige un proceso de clarificación, el cual debe proveer todas las oportunidades a quienes deseen ansiosamente progresar, pero sin desalentar a quienes son incapaces de hacerlo.

Los sabios hacen de la religión una escuela para la elevación espiritual del hombre. La casta sacerdotal tiende a convertirla en prisión. Se instituyó para que el hombre avanzara lenta pero gradualmente. Luego las organizaciones humanas lo emplearon para subordinar al hombre. Las experiencias evolucionarias de la vida le dan una responsabilidad interior cada vez mayor, es decir, lo individualizan mentalmente. Sin embargo, algunos sacerdotes cegatos creyeron que podían mantener su inteligencia y carácter en grilletes artificiales. La vida trata de hacerlos pasar de una etapa a otra etapa de percepción espiritual. Empero, ellos tratan de limitar este santo fin a una sola etapa. Es preciso permitir y hasta alentar al hombre religioso a llegar a la etapa del misticismo, a cambiar su adoración por un remoto Dios antropomórfico por la comunión con la divina alma sentida interiormente, tan pronto como se encuentre preparado para ello. En cambio, por lo general se lo disuade de alcanzar esta etapa. Esto se debe a que no se comprende que el verdadero misticismo no es enemigo de la religión. Es un progreso, pero no es un progreso que aleje de la verdadera religión.

Cuando la religión instituida logra la amplitud de corazón que le permite dejar una puerta abierta a la religión mística y le impide encerrarse como en una cárcel, todos, incluso ella misma, recibirán la ayuda de tal renunciamento. Las necesidades contemporáneas lo exigen imperiosamente. Las tensiones de esta época son tales que tanto el hombre orgulloso e intelectual como el hombre sensual e ignorante no son capaces de hacerles frente.

La necesidad de algo que pueda otorgar la paz, la esperanza, la fortaleza y la luz a su desconcertado yo interior empieza a dejarse sentir.

La filosofía no se dirige a los hombres exigiéndoles que desechen la religión, ni se burla de ellos pidiéndoles que traten a la religión de inútil. La religión es para todos, incluso los filósofos. Pero la filosofía pide a los hombres que lleven su religión más allá del sectarismo, para purificar la práctica y profundizar la comprensión de la religión. Corona lo que proclama el misticismo y cumple las promesas de la religión, aunque al mismo tiempo corrige los errores y elimina las limitaciones de ambos. Nunca se opone a la religión —¿cómo podría hacerlo si la genuina religión surge de su propio seno?—, sino a la degeneración y corrupciones de la religión, ni tampoco menosprecia el misticismo —cuyas prácticas de meditación son parte de su propia sangre—, sino las formas extravagantes e insensatas que tiende a asumir el misticismo. Ya que la finalidad y la perfección pertenecen únicamente al punto de vista del inacabado Todo, dice que todos los puntos de vista son útiles mientras sigan siendo provisionales y se vuelven imperfectos si son últimos.

Porque la comprensión crece a medida que el punto de vista se eleva, un maestro religioso explica la experiencia de una manera elemental, y un maestro místico lo hace de una manera más adelantada. Debajo de la superficie convencional de la religión y cubierta por los imponentes rituales, se oculta un contenido místico. Cuando los dogmas de las religiones elementales son adelantados como verdades místicas últimas, el resultado es lamentable. Pasan gradualmente del equívoco y la superstición al absurdo y la intolerancia. Esto ocurre porque los hombres no iniciados y carentes de espíritu crítico confunden los niveles de referencia intelectual, porque son incapaces de establecer una división neta entre lo perteneciente a la esfera de la observancia exterior y lo perteneciente a la esfera de la vida interior.

Pero, desdichadamente, los que hicieron más daño al hecho místico no son los creyentes religiosos sino los hombres que pretenden ser místicos y los maestros místicos desequilibrados. Es preciso advertir al estudiante prudente, que desea conservar su salud mental y llegar al verdadero conocimiento, que el reino de los estudios místicos está orillado por senderos ocultos ensombrecidos por tontas supersticiones. Las verdades del reino místico

se asociaron a tales insensateces. Esta mezcla fue difundida por movimientos fantásticos, cultos imbéciles, maestros charlatanes y sociedades secretas dudosas. Aquellos que nunca experimentaron una disciplina intelectual, ya sea en el curso de una educación formal o en el del propio desarrollo, creen fácilmente los engendros de la fantasía o caen en el pantano de la manía religiosa. El investigador inteligente debe andar con cuidado por esos terrenos, porque las malezas malsanas crecen en profusión. Que recuerde siempre que si desea aceptar la creencia en un poder superior, puede hacerlo sin aceptar al mismo tiempo multitud de peligros, supersticiones, charlatanerías e ilusiones. Sólo afirmándose en la prueba científica del *hecho práctico observado* puede emprender su camino con seguridad a través de una teoría que dio tanto que hablar.

No hay ridículo que pueda matar las pretensiones exageradas, la locura o el fraude de tales cultos. Los crédulos fieles se dan demasiada importancia para que esto ocurra, tanta importancia, que no tardan en perder el sentido del ridículo. "No hay nada que tenga tanto éxito como el exceso", aconsejaba alegremente Oscar Wilde. Siguen este consejo hasta sus últimas consecuencias. ¿Acaso son hombres tan simples que sus facultades críticas no llegaron a su pleno desarrollo y se tragan todos los cuentos y dogmas fantásticos? La respuesta, por más paradójica que parezca, es sí y no. Hay muchos que no son inteligentes, pero otros se desempeñan bien en sus profesiones y negocios, y sólo muestran su ingenuidad al escuchar conferencias pseudo místicas o al leer literatura psicológica de contenido semi disparatado.

Estas enseñanzas contienen una curiosa mezcla de verdad y fantasía, de ahí que a veces cuesta justipreciar los movimientos que sustentan. Una de las razones por la cual atraen a la gente es que, junto con sus exageraciones y falsedades y a pesar de ellas, contienen elementos útiles. Algunos son el inevitable resultado de los intentos hechos por el hombre para escapar a las ataduras de la ortodoxia religiosa cuando llegan a ser intelectualmente penosas.

Muchos se unen a estos cultos por la esperanza y se quedan por la costumbre. Otros satisfacen simplemente su pasión por las sensaciones, e imaginan que satisfacen su pasión por la verdad. Cuando el milagro prevalece sobre lo místico, se corre el riesgo de perder el verdadero valor de este último. Cuando el misterio

predomina sobre el misticismo, se atraen las dificultades y se cae en el peligro. Cuando el bien místico degenera de este modo, ya no conduce más a la espléndida iluminación a la que debía llevar, sino a una vida achaparrada, a un corazón marchito, a la inapetencia moral y a la atrofia intelectual.

No es de sorprender, por lo tanto, que tanta gente inteligente, instruida o práctica sonría con sarcasmo o desprecio si alguien menciona las ideas místicas, y en especial las orientales, pues las asocian invariablemente con grupos extraños y fantásticos o con groseras hazañas de charlatanes. Quien haya frecuentado un círculo más amplio que el círculo estrecho de estos pequeños cultos sectarios puede negarlo con justicia, ni tampoco quien haya viajado por el ancho mundo ha dejado de observarlo por propia experiencia. Tampoco puede negar que existe una aureola de fanatismo furioso en torno de los seguidores de estos cultos, y que ésta es lo bastante grande como para atraerles el ridículo. Por cierto el verdadero misticismo tuvo que sufrir del descrédito que, sin discriminación alguna, les es atribuido. El desprecio o indiferencia con que tantas personas consideran la mística ocultista y los estudios de yoga; la irrisión a que están sometidos los maestros como en sus fieles. Revelan que es insensato aceptar sin crítica que practican gran número de los más criminales; la incapacidad de influir, guiar o dirigir la vida pública en grado alguno; estos son hechos que equivalen a una lección evidente para las personas más tolerantes. Indican que hay algo de malo tanto en sus maestros como en sus fieles. Revelan que es insensato aceptar sin crítica alguna cualquier concepto fantástico o afirmación exagerada promulgada en nombre del ocultismo, misticismo o yoga, y que, finalmente, todo tiene que ser puesto a prueba no sólo por su verdad intelectual sino por sus resultados morales y prácticos.

No son escasos los escritores místicos de la época antigua o medieval, y también de nuestra época, que han cultivado el arte de dar rienda suelta a su fantasía. No cabe duda que, en algunos casos, trataban, simplemente y con buena intención, de impresionar a sus lectores y despertar su interés y, en otros casos, expresar simbólicamente lo que para mentes inmaduras era de difícil comprensión literal. Pero sus escritos producen un efecto desdichado, en ciertos lugares, sobre aquellos que siguen pensando como en la Edad Media o que son intelectualmente inmaduros. Porque si aplicamos las variadas pruebas de credibilidad, tales

como el análisis crítico, la plausibilidad racional, la experiencia pasada o el conocimiento científico, nos vemos forzados a reconocer que si se encuentran grandes verdades en estos escritos, se encuentran también grandes tonterías, en especial en el supuesto caso de describir eventos históricos literalmente. Sin embargo, aquellos que lo desean pueden seguir leyendo y estudiando dicha literatura, pues su contenido es siempre precioso, pero deben hacerlo con prudencia.

Todo esto es lamentable pero no impide que lo que hay de genuino en las ideas místicas sea menos valioso o verídico. Es sólo para poner en guardia a los estudiantes. Más aún, debe señalárseles la necesidad de encontrar un terreno más seguro. Este lo provee la filosofía y sólo se puede encontrarlo en ella. Les enseña a cultivar deliberadamente las cualidades de un justo equilibrio mental y de un apropiado equilibrio emocional. De ello resulta una rápida repugnancia por todo cuanto es exageración inmoderada y hace rechazar instintivamente toda pretensión no calificada.

La religión conviene mejor a las masas, así como el misticismo, su nivel más elevado, conviene más a la gente más sensible, y la filosofía, su nivel superior, conviene más a la gente sensitiva e inteligente. Los hombres sabios, que idearon sistemas de religión y técnicas de misticismo, lo hicieron con el propósito último de llevar a quien emprende la aventura humana desde las etapas más bajas a las más elevadas de la espiritualidad. Aunque la vida superior del hombre empieza y termina con la religión, se eleva al misticismo y va aún más lejos a la filosofía, antes de retraerse finalmente sobre sí misma y volver a adorar humildemente a Dios. La filosofía incluye y contiene la religión, como un culto de adoración, pero no está limitada por la religión. Sus fronteras son mucho más extensas, explora mucho más profundamente. La fe religiosa no puede hacer el trabajo de la experiencia mística, ni ésta a su vez el trabajo de la indagación filosófica. Las tres no están en el mismo nivel. Se lo comprenderá mejor diciendo que el hombre puede ser religioso sin ser místico. Hasta puede ser, aunque muy pocas veces, místico sin ser religioso. Pero no puede ser verdaderamente filósofo sin ser religioso y místico al mismo tiempo.

Si la religión empeña la fe del hombre, la metafísica su intelecto, y el misticismo su intuición, la filosofía no sólo em-

peña toda su naturaleza sino que lo hace en el más alto nivel. La religión presenta la verdad pictóricamente, el misticismo la presenta intuitivamente, la metafísica la presenta intelectualmente, pero la filosofía llega a ser la verdad en todas las partes del ser y de la vida. El código de conducta religioso domina y disciplina las pasiones más bajas, los instintos agresivos y los deseos egoístas del hombre, pero no llega a vencerlos. Sólo el código filosófico, que incluye una preparación de todo el ser, incluso el ser corporal, puede lograrlo. El método científico interroga a la Naturaleza por la observación y el experimento. El método religioso reverencia a la Naturaleza como obra de Dios. El método místico introvierte los sentidos e ignora a la Naturaleza para poder contemplar a Dios. El método metafísico se entrega a la reflexión abstracta sobre la Naturaleza. El método filosófico sustenta, completa y los equilibra todos, añadiendo el despliegue de una indagación trascendental y de una actividad divinizada.

La filosofía rechaza el proselitismo. No acepta a los neófitos. Los hombres aprenden lentamente a pensar filosóficamente por propia intuición, propio pensamiento y propia experiencia. Cuando oyen sus ideas, todavía informes y en desarrollo, expuestas con claridad y expresadas con autoridad por la filosofía, y cuando todo esto tiene el acento de la verdad y la atracción de la afinidad, ya están prontos para ella. Sólo cuando su experiencia exterior y su crecimiento interior se han formado empiezan a satisfacer sus necesidades. Por eso el filósofo no difunde sus ideas. Se contenta meramente con compartirlas. Por lo general halla seguidores entre quienes no temen los nuevos puntos de vista y se sienten fortalecidos al lograr un nuevo discernimiento del curso de los eventos y de la naturaleza de las cosas.

Todo esto no significa que cualquier hombre pueda llegar a la filosofía por un solo y mismo camino. Este camino fue el tradicional hasta la época moderna, pero el surgimiento del intelecto y la rápida individualización del ego han traído algún cambio. Aunque la aproximación antigua y medieval mediante la religión y el misticismo es la que sigue la mayoría de la gente, una minoría cuyo número aumenta sin cesar entra por las puertas de la filosofía desde distintas direcciones: desde la ciencia, el ateísmo, la psiquiatría, los regímenes de salud, los sistemas de cura naturopáticos y por la fe, etc. Hasta cierto punto dicha

aproximación los ha purificado físicamente o curado emocionalmente o preparado mentalmente, lo cual a su vez los hizo más receptivos a la voz de la filosofía y más aptos para recibirla. Cabe la posibilidad en nuestra época de lograr una combinación equilibrada de ciencia, religión, metafísica, misticismo y de las artes curativas tal como ninguna época anterior pudo alcanzar. Fundamentada en la filosofía de la verdad, sería algo sobre lo cual la humanidad podría finalmente descansar, porque este fundamento ha sido probado desde la más remota antigüedad y ha emergido triunfalmente del escrutinio de inúmeros siglos. La sabiduría de los sabios es la sabiduría de las edades. No puede perecer nunca. ¿Por qué? Porque todo el pensar humano, todo el sentimiento humano, toda la experiencia humana, cuando son llevados a su fin último por la espiral de los movimientos evolucionarios, vuelven y han de volver a ella.

Lo que los hombres más iluminados de la historia encontraron en las honduras recónditas de su ser, puede ser vuelto a encontrar en nuestro ser. Lo que aprendieron, lo podemos aprender. Sus esfuerzos no se agotaron, sus descubrimientos no terminaron las posibilidades del hombre. Debemos creer en ello, no sólo porque nos sustenta en una época cansada y desilusionada, sino porque es cierto. Ni una persona entre mil sigue su ejemplo hoy. No hay razón ninguna para que las pocas personas que aprecian su verdadero valor no traten de hacerlo. Es menester recordar que Dios no murió con el pasado sino que vive hoy; que la voz de quienes contemplaron a Dios puede ser oída de labios vivientes, y no sólo de los muertos que son honrados por el pasado; que ningún período ha tenido el monopolio de la revelación, de la inspiración y la iluminación divinas. Cada libro que nos ayuda a percibir las verdades espirituales es un libro bíblico, no importa que haya sido escrito en el siglo xx o lo que puedan decir de él personas convencionales, interesadas o irreflexivas. Aquellos que se niegan a atribuir autoridad y santidad al presente viviente, traicionan por ese hecho mismo un pesimismo espiritual que no se justifica ni puede ser justificado. Lo que fue enseñado por los más antiguos pueblos está aún con nosotros y puede enseñarnos también. La Mente-Mundo está tras nuestras mentes finitas como lo estaba antes. La historia no puede limitar su obrar a un período particular o a un individuo

particular. Está presente en todos los hombres y, por lo tanto, accesible a todos los tiempos.

Que nuestra adoración de esta Mente sea total, inteligente, pura y directa. Total, porque cada momento de ahora en adelante es un momento santo. Inteligente, porque debemos comprender claramente que la vida divina no es nuestra enemiga ni está lejos de nosotros sino que mora en la raíz misma de la propia vida de quien la adora. Pura, porque ningún beneficio personal salvo los espirituales, son exigidos como retribución. Y directa, porque los símbolos ceremoniales, los adornos intelectuales, las oscuras intimaciones y los intermediarios humanos de la religión públicos se vieron desplazados en una indagación sagrada y privada.

Si la filosofía da algún mensaje a quien anda por la tierra es que existe la Mente-Mundo en la cual nuestras pequeñas almas están misteriosamente enraizadas y que es la inspiradora de todo cuanto es benéfico y noble, sereno y bello en nuestros pensamientos y sentimientos; que la plena y reverente conciencia de su presencia y consciente cooperación con su voluntad, cumplirá el propósito último de la vida humana y traerá la medida extrema de la felicidad humana. Una vez que este mensaje se hunda profundamente en el corazón y una vez que la mente sea receptiva a él, el hombre encontrará que la esperanza, la significación y el valor son gloriosamente devueltos a la vida. Como una estrella que resplandece sola en la oscuridad, siempre sirve de guía a quien la conoce, mientras que los demás vagan sin ningún propósito directivo o tropiezan y caen en la noche sin límites.

CAPÍTULO XI

LOS RECURSOS INTERIORES

En las honduras de su inquieto corazón la humanidad está atemorizada por el espectro de la bomba atómica. Hasta cierto punto sigue, empero, el camino convencional y se oculta a sí misma la extensión de su temor. La consecuencia de esta actitud engañosa es la incubación de tensiones nerviosas, de neurosis psíquicas y hasta de enfermedades físicas. El número de las personas que sufren graves neurosis no se estima en centenares, sino en millones, y no está limitado a una sola clase sino que cunde por todas las clases. El estado continuo de alarma pública y de temor privado durante los bombardeos de guerra y los altibajos de la paz ha afectado asimismo la salud de las mentes más débiles.

El temor es un sentimiento negativo, y por lo tanto no debe ser cultivado, pero es útil si logra despertar en la gente la necesidad de enfrentar la situación calamitosa que lo creó y la fuerza para ponerle remedio. Como advertencia de la necesidad de acción, su voz debe ser oída. La psicología barata que, si bien predica una vida carente de temor, ahoga esta advertencia bajo una capa de optimismo irreal y de confianza infundada, rinde un flaco servicio. Así como el hombre que lucha por su vida en el agua aprecia intensamente el valor de la sólida tierra bajo sus pies, así la tranquilidad del período de verdadera paz entre las naciones es apreciado con más intensidad cuando los productos de la guerra científica vomitan sus pavorosos horrores. La posibilidad de un nuevo mundo pacífico sólo puede surgir de un cambio en la humanidad reflexiva, agudamente consciente de las lecciones dadas por los sufrimientos de la guerra en el reciente

pasado. Es el momento en que los dirigentes y los dirigidos deberían contemplar en profundidad su situación y decidirse firmemente a buscar las verdaderas causas de tales guerras repetidas y adoptar una acción correcta para eliminarlas. Esto no se hizo en forma intensiva en el pasado, o no se supo hacerlo, como la situación actual lo evidencian plenamente.

La gente no conoce y necesita que le enseñen que cuanto ocurre en el mundo es un reflejo, llevado a un grado exagerado, de lo que ocurre en ella en variado grado. En mayor o menor grado, todos entregaron su vida interior al poder de la animalidad y el materialismo unidos, sin embargo no lo saben. De ahí que ese poder mismo, aunque en una forma más evidente y más cruel, domina implacablemente su vida exterior. Han traído de la etapa animal de su existencia los restos de poderosas propensiones, y a esto añadieron un intelecto astuto, mal dirigido, egoísta, derivado del presente estado humano. Los animales matan cuando tienen hambre, pero los hombres son peores, por cuanto la posesión de esta calidad de astucia los induce a matar o a torturar también por otras razones. Energías violentas y pasiones explosivas turban su corazón. Deseos deprimentes lo desgarran con sus afilados dientes. Instintos agresivos vagan como tigres y sombrías sospechas se arrastran como serpientes en su mente consciente o en su subconsciente. Codicias egoístas tienen firme asidero en sus actitudes. Odios y amarguras y lujurias se agitan internamente y son fomentadas externamente.

Es inevitable que tan bestiales pensamientos se exterioricen y que las luchas históricas se produzcan. ¿Cómo puede lograrse la verdadera paz en el mundo mientras no desaparezca la mentalidad luchadora de la selva? No hay ley, no hay gobierno que pueda domeñar la expresión de estas fuerzas una vez en acción. El estadista puede reglamentarlas dentro de ciertos límites, pero no más allá. Cada vez que esta mentalidad domina, no sólo emponzoña el ser interior sino que contribuye también a la experiencia exterior. La ira que se siente hoy puede manifestarse en el plano físico mañana como un accidente que hace que quien la haya sentido se caiga y se hiera; este es sólo un pequeño incidente que ilustra la importancia del autodomínio y el valor del recto pensar.

Cada vez que muchas personas viven juntas en un hogar, o trabajan juntas en un campo o una fábrica, en una oficina o en

un negocio, la presencia de una sola personalidad agresiva e indisciplinada basta para producir desavenencias o provocar querellas. De ello se infiere qué beneficios puede traer a la vida social al autoadiestramiento y el automejoramiento, tal como lo repitieron siempre los guías espirituales. Enseña al hombre a elevarse a su naturaleza superior y a domeñar su naturaleza inferior. Hasta el punto en que sean capaces de lograrlo, hasta ese punto la sociedad se beneficiará con ellos. Pero si las advertencias de los profetas no son tenidas en cuenta y la sabiduría de los filósofos no es escuchada, la discordia, la lucha y la guerra se manifiestan.

Cuando las emociones no pueden ser más dominadas y siguen una dirección equivocada, ya sea la ira, la lujuria, el odio o el orgullo, también escapan a nuestro dominio la paz y la felicidad. Se convierte en peligro para la persona y la propiedad. Entre los malos complejos, aquellos que más predominan y que, bajo la ley de retribución, traen el sufrimiento, son los complejos de agresividad, de violencia, de egoísmo y de pasión. La gente que desea conservar las causas de sus cuitas sólo porque son naturales o familiares, pero que no desean experimentar las desdichas que inexorablemente les siguen, tienen una actitud ilógica. Mientras no mueran en el corazón del hombre la ira y la codicia, el odio y la lujuria, los conflictos y las luchas seguirán sucediéndose en su vida. Y la muerte de las pasiones primitivas sólo se produce con la entrega total del ego al Yo superior. Aquellos que lo buscan no son numerosos; los que lo logran, muy escasos. La paz en la tierra es un noble sueño; su pleno cumplimiento está muy lejos (aunque su cumplimiento parcial no lo está), mientras no haya más gente que se entregue a esta búsqueda, la única verdadera y duradera. Cada individuo debe luchar contra su naturaleza inferior por sí mismo y en sí mismo, debe empeñar el intelecto en ella, en lugar de permitir que el intelecto esté a su servicio. Si lo hace, no sólo él, sino sus allegados, se beneficiarán.

La humanidad debe aprender a disciplinar y a dominar sus violentas pasiones negativas, sus emociones agresivas y sus destructivos pensamientos antagónicos, debe empezar a luchar contra sí misma si quiere abstenerse de luchar contra los demás, debe crecer y abandonar su falta de madurez emocional propia de la adolescencia y elevarse sobre las actitudes infantiles y por completo egocéntricas. La búsqueda de la paz dentro del hombre

debe preceder y así crear inevitablemente la paz en el mundo exterior. La falta de equilibrio mundial se debe en parte a la incapacidad de reconocer que el ser físicamente maduro no es bastante, que todavía es preciso volverse emocional, intelectual y espiritualmente maduro.

Es evidente que la vida espiritual está fuera de la visión y más allá del poder de muchos hombres en la actualidad. Si analizamos la causa, vemos que se han dejado esclavizar a tal punto por su naturaleza inferior, responden de tal manera a las sugerencias materialistas exteriores y al medio en que viven, que sólo las cosas que pueden tocar y sentir y ver con su cuerpo tienen alguna realidad o algún significado para ellos. Únicamente esas cosas los atraen, no las cosas más bellas de la mente y el corazón, no los ideales más sublimes de la intuición.

Lo que dicta la sabiduría y respalda la experiencia es que si la humanidad desea vivir en un mundo mejor, mejores pensamientos y sentimientos en la humanidad deben preluar esta deseable condición. La noción de que se puede llegar a un mejor orden de sociedad sin preocuparse por mejorar primero al hombre, carece de sentido. La reforma debe empezar en el carácter humano, si se desea que sea verdadera y no una comedia. Porque de su largo pasado ha traído un residuo de cualidades de sentimiento que pertenecen naturalmente al reino subhumano, a las salvajes y enfurecidas bestias de la selva. Es su combinación con el frío e implacable intelecto lo que ha producido hombres de una ambición megalomaniaca y desmedida, quienes a su vez allanaron el camino de la lucha, el egoísmo y el ateísmo para que lo recorrieran otros hombres y los llevara finalmente al desastre y a la destrucción.

Las sospechas y temores de dichos dirigentes representan las fuerzas del mal en nuestro tiempo, la intensidad psicopática de sus odios, que en parte son el resultado de la situación contemporánea y en parte contribuyeron a esta situación, y son el reconocimiento instintivo cuando no inconsciente de la derrota última y de la destrucción final que tratan de expresar o imponer al resto del mundo. Lo que falta en sus perspectivas de la situación no es sólo la fe en valores más elevados sino la fe en la idea de poderes superiores. Han estado durante tanto tiempo y tan profundamente embriagados con el éxito del desarrollo material y el triunfo de dominar aparentemente a la Naturaleza, que se han

convertido en las víctimas de un inflado ego, los proponentes de la completa capacidad de la voluntad humana para desechar la ética y negar al espíritu en su camino hacia la meta que se fijaron. Pero los dramáticos eventos del siglo xx les mostrarán qué terrible ilusión es en realidad tan mentada capacidad porque nuestro planeta no es una cosa muerta, sino una cosa viviente. Es el cuerpo de una Mente viviente, inteligente y poderosa. Con el tiempo librará su sistema y su superficie de los venenos morales y mentales que amenazan a sus hijos con una completa destrucción, de igual modo que un cuerpo humano arroja fuera de sí su sangre envenenada a través de erupciones cutáneas. Aquellos que se niegan a dejarse infectar por los caracteres negativos y las fuerzas adversas de nuestro tiempo, y buscan conocer y obedecer a las leyes espirituales del ser, se procura de esta manera una suerte de protección contra cualesquiera peligros que tales fuerzas hacen correr a la humanidad.

La trágica impotencia que siente el individuo solitario al ver subir la sombría marejada de los eventos, la aparente inutilidad de luchar contra tales sucesos, derriba la emoción y hace vana toda preocupación por el destino personal. Frente a ese formidable movimiento hacia la autodestrucción, el hombre en su soledad y en su pequeñez ya no cuenta para nada. No se le puede culpar si levanta los brazos con resignación y llega a la conclusión pesimista de que haga lo que hiciere el resultado final de los eventos del mundo no podrá cambiar, que por más que trate de alterarlos, es tan escaso lo que está en su poder hacer que ni siquiera cuenta, y que si se empeñase hasta el límite que le permiten su situación y posición, el alcance de sus esfuerzos en el mejor de los casos sería muy reducido.

Ya que es evidentemente imposible que los gobiernos —con todos sus admirables esfuerzos— ejerzan el poder protector de los dioses, cada hombre debe buscar por sí mismo su propia fuente de ayuda. Por más necesarios que sean sus preparativos defensivos políticos y militares, sus preparativos espirituales no son menos necesarios. ¿No sería más prudente, más previsor dar más importancia a todo cuanto le ayuda y hacer esfuerzos personales y extraordinarios en pro de su propia salvaguardia? ¿No le convendría más desarrollar sus recursos individuales y encontrar medios suplementarios que le permitan protegerse mejor? Si los eventos nacionales exteriores están más allá de su control,

su vida privada interior no lo está. Aquí por lo menos está libre de elegir y de gobernar, aquí goza de libertad personal e inmediata. Si su destino exterior es rígido, su destino interior no lo es. Si los disturbios mundiales están más allá del control de quienes, por su posición, contribuyen a los asuntos públicos, el individuo insignificante que se siente impotente, puede empero hacer mucho en cuanto a sus reacciones personales ante tales disturbios. Puede *dominar* sus reacciones y modelarlas o modificarlas. Mentalmente, con certeza, y físicamente, por lo general menos, está hasta cierto punto bajo su control. Las contempla como su oportunidad creativa para hacer un trabajo muy necesario sobre sí. Si es poco lo que puede hacer para llevar la paz al mundo, puede hacer mucho para estar en paz consigo mismo. Por sí solo le es imposible salvar la vida exterior de la civilización, pero puede empeñarse en salvar su propia vida interior. Si no puede traer la tranquilidad a la sociedad, por lo menos puede lograrla para sí mismo.

Nuestra época es un desafío para cada individuo, un desafío que le impulsa a salvarse, una orden que lo fuerza a buscar su refugio interior y no dejar todas sus posesiones en manos de la protección política y militar. Cada hombre debe realizar un cambio interno y externo en su régimen de vida y no esperar de los demás que lo protejan y le permitan atravesar la crisis sano y salvo. Cada hombre debe sobrellevar sólo la parte más profunda de su ansiedad. Nadie puede sobrellevarla por él, ni siquiera ayudarle a sobrellevarla, por más que se engañe creyendo que esto es posible. La vida, la gran maestra, lo deja solo para que pueda ver el rostro de su propia psique. Si es sabio, sacará provecho de esta revelación, y verá su debilidad y su fuerza, su ignorancia y su conocimiento, su frustración y su suficiencia.

En los círculos religiosos se oye a menudo proponer la idea de una nueva aproximación a las masas, de una plegaria nacional especial, de un llamamiento general al arrepentimiento. Estas ideas son buenas, pero no son suficientes para enfrentar la crisis. Cada individuo debe prepararse por sí mismo. Debe empezar por despertar y aceptar algunas partes de la *verdad* espiritual elemental. No es necesario que se una a un grupo, una institución, un credo, una religión o una organización para hacerlo, ni tampoco es preciso que abandone cualquier grupo, u organización o religión a la cual pertenece. Tales cambios son menos

importantes que creer que haciendo el bien se llega a la satisfacción, y haciendo el mal al sufrimiento. Si logra creer en la ley de retribución y en la existencia de un Poder Superior tras ella, y si se esfuerza por mejorar su carácter y desplegar sus recursos interiores, todo esto será su armadura y sus armas para defenderse de la crisis.

Es imperativo para quienes se dan cuenta de esta situación, la confianza en sí mismos y el desarrollo de sus propios recursos. Tales individualistas tienen un mejor futuro porque son los únicos que reconocen el verdadero llamado a la salvación. Pero los demás hombres, aquellos que se han afirmado en sus pequeños engranajes, aceptarán un verdadero consejo espiritual en una forma teórica. Son muchos los que no querrán aplicar sus medidas prácticas a su vida personal. Por lo tanto, tratarán de modificar aquellos mandamientos que no son cómodos y harán reservas acerca de los ideales que son desconcertantes. Sólo unos pocos tendrán el suficiente valor moral para apartarse de los atractivos de la pesada sensualidad y comodidad burguesas, que han hipnotizado a toda una civilización, y rechazarán la autoadmiration presunción que paraliza la verdadera intuición espiritual o la pervierte hasta convertirla en seudointuición.

Quien despierta al hecho de que el desafío contemporáneo es primero un desafío individual y después un desafío social, al principio no será capaz de descubrir los medios que le permitan conciliar su vida exterior con su vida ideal. Pero si compara lo que desea con lo que debe sacrificar para conseguirlo, verá muchas veces que ha caído en el error común de tomar su ámbito individual por su ámbito indispensable. El hombre ordinario no se da cuenta en absoluto de cuán complaciente es el punto de vista con que juzga las cosas, y no sabe que esta complacencia ofrece una resistencia interior a la intuición mística y una resistencia exterior a la enseñanza de la verdad.

Aun no hace mucho se tenía la costumbre de relegar a los adeptos del misticismo al asilo de la credulidad, del fraude y hasta de la locura. En un gran número de casos los críticos estaban perfectamente justificados en hacerlo, porque cuando quien pretende ser místico abandona el recto camino, cae fácilmente en estas aberraciones. Pero condenar totalmente al misticismo porque una parte de él está podrida, es de por sí injusto y un proceder insensato. La gente así llamada sensata,

normal y práctica es en realidad menos capaz de hacer frente a una crisis que aquellos a quienes se califica de tontos, anormales y soñadores, de locos, fanáticos y excéntricos. Y, sin embargo, no es tan extraño. Cuando hombres como Jesús, Buda y Sócrates aparecieron por primera vez, tanto ellos como sus seguidores fueron calificados en forma similar. Ellos, también, fueron los heréticos de su tiempo, simplemente porque se negaron a dejarse petrificar en el materialismo autodestructivo de la sociedad convencional.

Las presiones sociales suelen impedir que un hombre viva de acuerdo con ideas que le son antagónicas. Debe desechar sus ideas, modificarlas u ocultarlas, si no quiere abandonar su comunidad. Tal ajuste compulsivo no es bueno ni para su carácter ni para sus nervios. Es un juicio irónico sobre la naturaleza de nuestra civilización el que toda verdad eterna en las ideas místicas, tan bien conocida por los antiguos asiáticos, sorprenda al hombre moderno como algo completamente nuevo, ya sea porque nunca la oyó antes, o si la oyó porque no le prestó ninguna atención.

Las ideas de esta clase, extrañas y desacostumbradas, que chocan con las ideas sustentadas por la sociedad o que trastornan aquellas que recibió de las convenciones, se enfrentan con la naturaleza humana, cuya primera e instintiva respuesta es contradecirlas. Esto es cierto aunque hayan sido establecidas por los hechos, las pruebas y las evidencias. ¡Tal es el poder de los hábitos de toda una vida y de la fuerza de las opiniones preconcebidas! El reformador que intenta vencerlas trepa por una abrupta cuesta. Sólo los así llamados fanáticos y excéntricos les prestarán oído. Los otros las escucharán de mala gana, y sólo cuando la desesperación se apodere de sus mentes o estén físicamente quebrantados.

No es tarea placentera nadar contra la corriente de la sociedad en nombre del individualismo místico; en verdad, a veces es una tarea heroica. Sólo pensar en cambiar los hábitos rutinarios y en librarse de las tendencias adquiridas en toda una vida abate e irrita a la mayoría de la gente. Se han convertido en víctimas de los hábitos que prevalecen en su ambiente y las mismas tendencias asumieron una existencia tanto psicológica como física, pues han llegado a ser fijaciones profundamente arraigadas en su subconsciente. Sin embargo el sufrimiento espera

a estas víctimas si insisten en seguir siendo prisioneras de su gastado pasado y no se adaptan a las diferentes perspectivas que se requieren ahora. ¿Por qué se obstinan en apegarse a condiciones pretéritas de pensamiento o a modelos ancestrales de respuesta cada vez que fueron incapaces de hacer frente a las exigencias presentes?

Cada hombre depende en cierto modo de las masas. En todo momento recibe sugerencias de la multitud. Es más o menos esclavo —esclavo de las formas sociales, esclavo de las instituciones establecidas, esclavo de los códigos convencionales y esclavo de la opinión pública—. Aunque esta esclavitud era mucho peor en lo pasado, aún en nuestra época no hay hombre que piense, sienta y actúe plena y libremente por su propia voluntad. Más probablemente piense, sienta y actúe debido a lo que le fue sugerido por otra gente. De ahí que el hombre pocas veces vive su propia vida independiente u obedezca su propio yo interior sino que, con todos los demás, vive la vida de la multitud. Aun cuando una parte de su actitud hacia la vida sea innata, la mayor parte no lo es. Le es impuesta por la instrucción y la enseñanza que recibió, por el medio cuyas influencias acepta y por los modelos convencionales a los cuales se ajusta. Cuando la perspectiva del mundo está modelada a tal punto por la sugestión externa, la necesidad de pensar por sí mismo se convierte en virtud fundamental y en factor necesario a la salud mental.

La multitud humana está emergiendo de la adolescencia aquí y allá, semiinconscientemente, preparando su madurez. Nuevos campos de experiencia se abren ante ella. Debe aceptar parte de la responsabilidad de pensar por sí misma, la cual llega al aproximarse a la madurez. Ocupa hoy una posición intelectual muy diferente de la que ocuparon sus antepasados. Ya no es más un niño que se cuelga de las vestiduras de la autoridad y que sigue ciegamente a quien lo manda. Hoy debe empezar a ver su camino por sí mismo y a comprender por qué sigue este particular camino. La historia llegó a una edad en que las masas deben encontrar por sí mismas y en sí mismas la verdad que en épocas posteriores les era presentada por otros hombres y era aceptada por ellas con ciega confianza. Ahora deben prepararse para abandonar esta actitud adolescente y sostenerse solas. El destino ya no les permite que dependan únicamente de la protección de la autoridad externa; tienen que aprender a depender de su inte-

ligencia. Un niño a quien su madre siempre lleva a cuestas desde la infancia hasta la madurez nunca aprenderá a caminar y, por cierto, será demasiado débil para sostenerse sobre sus pies. Tiene que echarse a caminar, y tropezar a veces, y caerse antes que sus miembros le sean útiles.

Si la vida se vuelve exclusivamente autoritaria, si el hombre de la masa permite que todo su pensar, su responder y su vida sean hechos por otros, con el tiempo estará demasiado enervado o debilitado para pensar, responder y actuar por su propia capacidad. Pues ¿cómo podrá crecer si es incapaz de expresar un pensamiento a menos que lo haya recibido del exterior, si no puede tomar una sola decisión si no recurre a los demás para que la tomen por él? Todos deben liberarse de las sugerencias raciales que les fueron impuestas, deben esforzarse en establecer su actitud individual hacia la vida. Ya ha llegado el momento de mostrar, aunque sea vagamente, algunos de los atributos de la naciente madurez. Deben dejar a un lado la aceptación pasiva e irreflexiva y mostrar más responsabilidad en sus creencias y su propia vida.

Una de las primeras cosas que descubre el estudioso de filosofía como consecuencia de sus estudios de semántica es la tremenda influencia que la sugestión desempeña en la vida humana, y uno de los primeros problemas con el cual debe enfrentarse es el de separar los hábitos, los pensamientos y las emociones de la otra gente de los suyos. Empero esto le cuesta mucho porque son casi indistinguibles de los suyos; todos desempeñan el mismo papel en y sobre su corazón. Ideas e impulsos que le son propios, tienen que mezclarse con los de origen extraño o hasta quedar sumergidos por ellos.

En realidad no es indispensable un maestro, aunque siempre ayuda. La vida y sus experiencias, la Naturaleza y sus silencios, la Reflexión y sus conclusiones, la Meditación y sus intuiciones proveerán a quien busca todo cuanto es necesario. Tiene que encontrar en las luchas y dificultades de la vida un gimnasio en el cual pueda ejercitar su razón y aumentar su capacidad, no una excusa para correr en busca de las comodidades gastadas de una sociedad sobre cuyas espaldas se colocan todas las cargas. Porque está aquí para desplegar finalmente sus propias facultades de intuición e inteligencia, para lograr finalmente la comprensión de la existencia para sí y por sí mismo. Además, debe comprender

que los dolores y sufrimientos de la vida lo ayudarán a librarse de sus ataduras y a extraer su conocimiento latente de que este mundo de devenir es para siempre imperfecto, de modo que pueda volverse hacia el mundo de ser que es para siempre perfecto.

La evolución es a un tiempo un tremendo hecho y una fuerza siempre apremiante. Impulsa la vida hacia adelante y hacia arriba. Pero este movimiento doble no puede actualizarse sin superar y negar sus etapas previas. De ahí que el hombre deba liberarse de sus antiguas servidumbres. Debe empezar a buscar en sí mismo, en sus recursos latentes y maravillosos la ayuda que necesita. Porque todo esto es el primer paso que ha de conducir al último paso, al hallazgo de la divinidad en sí mismo, el cual es en resumidas cuentas el último gran objeto de sus encarnaciones terrenales.

Es necesario, empero, no equivocarse aquí. Lo que se quiere decir es que, mientras que el egoísmo del ego debe atenuarse, al mismo tiempo debe incrementarse la capacidad de juicio individual del ego.

¿Dónde está la riqueza del hombre?

Moralmente, cada hombre está libre de emplear la amenaza de una posible y temprana aniquilación como excusa por abandonarse a los excesos sexuales y al abuso de alcohol, pero es igualmente libre para emplearlo como acicate de empresas más altas que le concederán una armadura interior. Esta época, más que cualquier otra, ha multiplicado los placeres exteriores con ayuda de la ciencia y, sin embargo, más que cualquier otra, ha sentido irónicamente la pérdida de la felicidad humana. El deseo, tan difundido hoy, de perseguir los placeres frívolos, sería más sano si fuese equilibrado y moderado. Pero cuando llega a ser, como lo vemos tan a menudo, desequilibrado, desmedido, extravertido y escapista a cualquier precio, es malsano. Es agradable gozar y divertirse, pero no es bastante para que constituya el propósito de la vida. Si falta un fin más alto que la redima, tal vida es en verdad una vida malograda.

Nuestra época no quiere despertar al hecho de que el sufrimiento humano es inevitable y eterno, impreso en el carácter de toda existencia humana, y no algo que aparece ocasionalmente.

Porque si llegara a despertar, tendría que despertar en consecuencia a la necesidad de encontrar un método de *evasión interior* a la *dominación exterior* del sufrimiento. Todas sus conmociones son un punzante recuerdo de que este mundo es sólo un campamento pasajero y no un hogar permanente. Reconocer tristemente la transitoriedad de la vida terrenal y la insuficiencia de los valores terrestres es parte de la actitud del individuo que despierta a la realidad. De ello surge su decisión de limitar sus ambiciones, de hacer más sencillos sus deseos y de cuestionar los hábitos de su ambiente. De este modo toma la trascendental decisión de buscar en sí mismo ayuda, paz, estabilidad y libertad. ¿De qué le sirve poseer tantas cosas cuando aún no se posee a sí mismo, de ser el dueño de tantos recursos exteriores y de tan escasos recursos interiores? ¿De qué le sirve agitarse vanamente corriendo de un lado para otro si no va nunca en busca de su propia alma?

Tal es la inseguridad de nuestra época que sólo las escasas personas que encontraron su propia alma y con ella la paz interior, han hallado la verdadera seguridad. El hombre que se arriesga por entrar en la impetuosa vida del mundo creyendo encontrar una felicidad duradera, se engaña por completo. Lo que hallará es una felicidad pasajera y satisfacciones temporarias.

La creencia de que pueden llenar su vida con cosas y personas y sucesos, y de este modo cumplir el objeto de la vida y en consecuencia lograr la felicidad, es el error que está en la base de casi toda la actividad social de los pueblos del Occidente moderno. Al ser incapaces de reconocer el verdadero bien, todos sus esfuerzos terminan inevitablemente en la frustración, el descontento o el desengaño. Ni siquiera una cantidad de cosas —por más útiles y mecánicas que sean—, ni una multitud de personas —por más ricas, amantes o importantes que sean—, son bastantes para dar al corazón lo que busca inconsciente. Aquellos que no carecen de las cosas de la vida, o aquellos que se encontraron en circunstancias fáciles, pueden estar satisfechos por un tiempo consigo mismos, y con el mundo exterior, pero sólo por un tiempo. Otros no hacen más que correr de una pretendida situación diferente, pero insatisfactoria, a otra, empezando cada experiencia con la patética ilusión de que es la última, y sabiendo por último que no lo es. Son incapaces de

escuchar la voz de una sabiduría inconmensurablemente más antigua que la de ellos. Pero aquellos que han sufrido frustraciones, privaciones y desdichas, aquellos cuyas esperanzas están muertas y cuyo valor los abandonó, cuyo desengaño es hondo y permanente, desean evadirse de sí mismos o del mundo. Son aquellos que muchas veces prestan atención y escuchan la voz de la antigua sabiduría con más prontitud.

Es cierto que algunas personas tienen conciencia del vacío espiritual que llevan en sí, aunque sus habitaciones estén repletas de muebles, sus armarios llenos de ropa y su despensa rebosa de alimentos. Sin embargo han perdido a tal punto su individualidad que siguen multiplicando las necesidades materiales que les ofrecen de sugestivas voces. La idea de detenerse en medio de esta afiebrada e ilusoria actividad, incapaz de traer una verdadera felicidad, y de prestar atención a los numerosos e inspirados maestros espirituales que han señalado el único camino que conduce a tal felicidad, es una mera idea en el vacío. No es aplicable a la rutina cotidiana de la vida. Hay seres humanos que han sufrido más y poseen menos, y en consecuencia tienen más conciencia de su necesidad interior. No obstante, la mundanidad gobierna a tal punto a la mayoría de los continentales hoy día que no se contentan si una tarea no les ofrece una ganancia rápida y que no les confiere ventajas personales. La tarea animada por un ideal cuyo provecho no es inmediato y cuyas ventajas consisten sólo en el bienestar interior, les parece carente de atractivo.

Sin embargo, aquí y allá hay individuos que despiertan al hecho de que la civilización occidental moderna, con su infinita multiplicación de necesidades, conduce menos a la paz del alma que la antigua y más sencilla civilización oriental, con sus confesados altibajos, desventajas e inconvenientes. ¿Cómo logrará la gente la paz interior cuando sucumbe continuamente y desdichadamente a las sugerencias que desde todas las direcciones la incita a aumentar sus deseos? Por debajo de cierto máximo y por encima de cierto mínimo de posesiones, ya no hay verdadera necesidad de ellas. La paz interior es únicamente posible para aquellos que desprecian no sólo la pobreza de la escasez sino también las riquezas de lo superfluo.

La gente que se deja cegar por la posesión de las cosas mientras abandona la posesión de sí misma muestra que no

ha crecido ni emocional ni intelectualmente, que es una raza de niños espiritualmente pequeños que sólo se preocupa por juguetes. Exhiben su adolescencia espiritual mientras se dejan arrastrar por la actividad, las posesiones, las excitaciones, los logros exteriores y el éxito mundanal. Dan demasiado valor a estas cosas, y en su lucha por conseguirlas pierden toda posibilidad de alcanzar la paz del alma. Enloquecen de contento cada vez que consiguen algo nuevo y luego caen en la vacilación y la insatisfacción, en la falta de armonía y la agitación. No es pesimismo ni derrotismo señalar la inadecuación de tal modo de vida. Con todo lo que han hecho y obtenido —¿qué han hecho en realidad?—, han construido una civilización que amenaza derribarse por todos lados, tanto interior como exteriormente; y ¿qué han obtenido en realidad? —han obtenido un mundo de creciente frustración y codicia, caos y violencia, envidia, odio e intranquilidad.

Amontonan posesiones de las cuales se enorgullecen y a las cuales se atan. El placer que se siente por tales adquisiciones no tarda en convertir el lujo en necesidad, lo cual es al menos discutible en cuanto a sabiduría, pero convierten asimismo los valores morales sanos en falsos valores materialistas, y esto no lo es. Cuanto más se entregan a las sugerencias motivadas por su ambiente, tanto más llenan sus corazones con deseos y pierden toda paz. La complejidad de la vida moderna, en especial de la vida moderna en Occidente, hizo que sus víctimas perdieran la capacidad de discernir entre lo meramente superfluo y lo realmente indispensable.

El significado de esta meta —que no tiene nada que ver con el ascetismo heroico— debe ser cuidadosamente especificado. El deseo es la fuerza impulsora de la vida. Sus manifestaciones y desarrollo dentro del ente humano son parte del plan evolucionario de este ente. Es necesario en las etapas primera e intermedia para despertar varias capacidades latentes. Es necesario en las etapas adelantadas, en las que toma la forma de ambición personal y de aspiración cultural, para hacer surgir otras capacidades de una clase más sutil. El lugar que ocupa en la vida no es un mal, mucho menos un accidente. Durante las etapas del desarrollo del ego personal del hombre sus deseos por las cosas que lo sustentan son justos y naturales. Tiene que hacer uso de ellos, apearse a ellos, satisfacer las necesidades

y cumplir las ambiciones. Pero cuando, en las últimas etapas de su aparición planetaria, discierne que no está solamente en la tierra para lograr el perfeccionamiento físico o la comodidad corporal, sino para llegar a una meta más elevada y realizar un destino más alto —la realización espiritual—, el propósito más elevado y en consecuencia más importante de su aparición debe complementar y modificar el propósito más bajo y preliminar. Antes, el deseo y el apego son útiles y necesarios para el hombre. Después, lo son únicamente en el grado en que los deseos insaciables se diferencian de las necesidades esenciales. Inevitablemente llegará el momento en que, debido a la madurez de la experiencia y de la reflexión por una parte, y el acerbo sufrimiento y el punzante desengaño por la otra, su insaciable naturaleza se verá forzada a menospreciar sus objetos y, en consecuencia, a poner un freno a sus actividades. Esto no significa que deba renunciar a ellas exteriormente, sino que debe disciplinarse y dominar su apego a ellas.

Una vida de gustos sencillos tiende en sí y por sí a fomentar la tranquilidad interior. Sólo por la simplificación el hombre puede volver a una existencia más natural y, en consecuencia, más espiritual y más sana. Más allá del punto de la verdadera necesidad, las cosas suelen convertirse en molestias y el hombre debe apartarse de ellas. Ha de examinar su vida y cuestionar sus deseos, para ver hasta qué punto impiden el logro de las aspiraciones espirituales o le roban el tiempo que necesita para ejercitarse en el relajamiento y la meditación. Inevitablemente esto debe ser seguido por un reajuste ascético, aprender a pasarse de las cosas suelen convertirse en molestias y el hombre debe apartarmerzca ser dilapidada en la comodidad corporal y el estancamiento espiritual, si el examen de la situación revela que tal es el caso. Al llegar a cierto punto el hombre debe desligarse de las ataduras, debe decir a las cosas y hasta a las personas que pretenden entrar en su corazón: "Hasta aquí y no más lejos". Puede aprender a disociarse interiormente de sus relaciones sin presentarles exteriormente un semblante helado. Sentirse interiormente libre y desligado y no esclavo de las cosas o de la gente, es una situación que pocos occidentales comprenden, y aun más escasos son los que la experimentan.

Lo que importa no son las cosas de las cuales se aparta, sino el fuerte deseo que siente por ellas. Tal cambio de actitud

puede o no conducir al rechazo de las posesiones. Su dirección interior y las circunstancias exteriores determinarán si esto es necesario. La necesidad de llevar una vida más sencilla disponiendo de menos cosas puede surgir en él, o no ser posible en vista de su situación en el mundo. No tiene importancia. Lo que más importa es lo que lo mantiene encerrado en el ego; los pensamientos y sentimientos expresados en deseos que exigen cada vez más y que nunca se satisfacen o se resignan en lo que ya tienen. Las posesiones deben abandonarse como una cadena que impide caminar, o convertirse en un poder para el perfeccionamiento y el aprovechamiento de sí. No es lo que posee un hombre sino lo que piensa y siente acerca de sus posesiones, lo que es realmente importante. Por consiguiente, no es tanto por el gesto exterior de renunciar a las cosas como logra un genuino progreso espiritual, sino cambiando su actitud hacia esas cosas mismas.

Desligarse del mundo no exige necesariamente la intervención de las emociones, aunque por lo general ocurre así. Se puede sentir cierto apego a las cosas y, sin embargo, estar por completo desligado, a condición de actuar con voluntad y decisión.

Aquellos que hablan de sacrificio y desapego, pero que nunca tuvieron posesiones o una situación que abandonar, hablan con demasiada facilidad. Por eso opiniones como la que voy a mencionar a continuación, son muy comunes y expresadas con mucha firmeza: "Pienso que es imposible lograr una tranquilidad filosófica sin ser rico; y encuentro ridícula la opinión de aquellos filósofos que se jactan de su paz interna en medio de la escasez: oigo sus aseveraciones con incredulidad." Estas palabras fueron escritas hace más de un siglo en Italia por el marqués Francesco Guasco. ¿Cómo es posible destruir las dudas de este noble escéptico? Ningún argumento es tan sólido y convincente como la experiencia personal. No hay nada que pueda hacer creer a un hombre que los sabios y místicos que sintieron y proclamaron la paz mental, a despecho de su desdichada situación externa, no mentían ni sufrían alucinaciones. Habían encontrado la verdadera felicidad interior y los incrédulos serían más sensatos si opusieran objeciones no a su posibilidad, sino a sus dificultades.

La filosofía nos enseña que el hecho supremo de la existencia del hombre, no son ni las circunstancias ni su fortuna. Es él mis-

mo. El medio que lo rodea cambia como las mareas; los vientos del destino y la fortuna se levantan y caen sin resistencia; pero a pesar de todos los cambios el pensamiento del "Yo" domina todo. Y la cuestión primordial de la vida humana es la de construir el carácter, de ampliar el conocimiento, de expandir la conciencia y, sobre todo, de reconocerse a sí mismo, de reconocer su "Yo", como algo arraigado en un estado más elevado de ser. Su tarea secundaria es la de lograr la experiencia. Siente los placeres y los dolores, adquiere el dinero y sustenta una familia como un verdadero medio que lo conduce al medio primordial.

Los únicos individuos pacíficos son aquellos que se han traído en sí mismos, que se han interiorizado —y a veces lo han hecho exteriormente— para seguir un mejor modo de vida, aquellos que se han negado a someterse a una actividad que no tiene una meta más alta que su mera autocontinuación, aquellos que se han fijado una meta de logro espiritual dentro y fuera de la meta del logro físico.

No se puede pedir al trabajador occidental que imite al faquir oriental y busque el estado de completo "no deseo". Quiere vivir bien y para eso debe tener deseos. El deseo, como ya se dijo, tiene su propio lugar y su propia utilidad en la vida. No obstante, el hombre debe reconocer la naturaleza transitoria de las cosas mundanales, de los placeres y posesiones y, en consecuencia, buscar Aquello que sólo da una satisfacción duradera. No ha de limitar sus deseos sólo a las cosas, placeres y posesiones, sino que debe agregarles el deseo de la realización espiritual, del autoperfeccionamiento y de la paz interior. Cansado de las contradicciones inherentes a los fines sensuales, ha de empezar a cultivar los fines suprasensuales. Ha de empeñarse en la búsqueda de la autorrealización espiritual, una búsqueda cuya meta es un estado único e incomparable. Esto sólo otorga la paz que está más allá de todos los deseos y que deriva de elevarse por encima de ellos. San Juan se refiere a este particular en iv, 14: "aquel que beberá del agua que le daré, nunca más tendrá sed." Esto no puede lograrse, empero, a menos de vivir no sólo para las verdaderas necesidades y goces disciplinados del cuerpo sino también para los valores intangibles que no son medidos con un metro terrenal. Puede estimar y gozar de la posesión de una radio y un automóvil, si así lo desea, pero no debe enorgullecerse de estas pertenencias físicas hasta el punto de darles un valor

y un lugar equivocados en comparación con las cosas espirituales.

Un mundo sufriente y atormentado necesita el silencioso mensaje de esta sabiduría, pero sólo un mundo humilde le prestará la suficiente atención. Lo necesita, sin embargo, son muy escasos quienes ven que la filosofía no es algo que conviene sólo a los soñadores, sino un medio adecuado capaz de sobrevivir a todas las pruebas de la experiencia. La lección más sorprendente que nos dieron una guerra catastrófica y una paz caótica es que la seguridad y la paz deben encontrarse primero dentro de nosotros mismos. Si se puede lograrlo, las llevaremos con nosotros en cualquier circunstancia que pueda acaecernos.

Esta es una época ansiosa y difícil para la cual necesitamos un apoyo interior independiente de las circunstancias externas. Debemos apelar y pedir ayuda a la parte divina de nuestro ser. Porque necesitamos el poder extraordinario que sólo se encuentra en los valores elevados y en los mejores principios, si queremos atravesar con seguridad este difícil período. Tenemos al alcance de la mano recursos infalibles, siempre está presente un poder benéfico. Si creemos en la realidad, la conciencia superior, la inteligencia y la gracia del Yo superior; si creemos que estas cosas existen realmente y no son meros conceptos intelectuales que se utilizan en un juego de especulaciones, entonces debemos creer también que el Yo superior nos puede ayudar en nuestra hora de necesidad. Para descubrir si esto es así, debemos prepararnos para realizar un experimento. Debemos poner nuestra fe más plena en él y llamarlo desde lo más hondo de nuestro ser, y esto es preciso hacerlo tanto en la acción como en la oración. Debemos volver a nuestro hogar. Debemos dejar de mirar y de apoyarnos en aquellos que están en dificultades, y recordar que todo lo humano puede desengañarnos al final, mientras que todo lo divino es un auténtico refugio sólido como la roca. Lo que hay de mejor, lo que buscamos está a nuestro alcance porque el Yo superior está dentro de nosotros. Puede oír nuestra sincera plegaria y concedernos su benevolente gracia. Por lo tanto, debemos hacer el esfuerzo y confiar en nuestras cualidades divinas, en nuestras potencialidades sagradas y en nuestra yoidad mística.

Si creemos que Dios es más grande que el hombre, podemos creer también que el yo espiritual, que es nuestro vínculo con

Dios, conoce todo cuanto se puede saber sobre el hombre. Ya que admitimos que nuestro conocimiento de la vida es inadecuado e imperfecto, ¿no sería más sabio y sensato someter nuestros problemas fundamentales a este ser más elevado, al Yo superior? Mientras actuemos de acuerdo con nuestras iniciativas y nuestras débiles luces, contamos únicamente con los limitados y muchas veces decepcionantes recursos del falso ser exterior. Tan pronto como reconocemos humildemente esta situación y nos echamos a los pies del poder más alto, tratando de ponernos en comunión con él y buscando su guía, logramos que sus grandes recursos acudan en nuestra ayuda. Sin embargo, cabe prevenir que la respuesta a esta súplica no viene de golpe, sino que se revela poco a poco a lo largo de meses y años, y que debemos esperar mientras lo llamamos con perseverancia. Pero vale la pena esperar y en verdad es la única cosa en la vida que valga la pena esperar.

Adoptando tales actitudes reconocemos la existencia de un poder más elevado y buscamos su ayuda y hasta su protección en nuestras dificultades. Numerosos soldados, marinos, aviadores y civiles se encontraron en situaciones peligrosas en las cuales les amenazaban una muerte violenta u horribles heridas, y apelaron a un poder más elevado por la oración o la resignación con un fervor que nunca habían sentido. Conocían su impotencia como individuos y descubrieron el significado de la fe, la esperanza y la confianza en la Mente tras el universo; algunos, durante la guerra, aprendieron por primera vez cuán valioso era el apoyo interior que podían derivar de ella.

Cada crisis que muestra vívidamente cuán miserablemente pequeña es la comprensión humana, cada catástrofe que revela plenamente cuán dolorosamente débil es la fuerza humana, es una oportunidad para pedir humildemente al Yo superior apoyo y dirección. Para aquellos que recorrieron todo el mundo y sólo vieron sus luchas y caos, las ideas filosóficas pueden traerles renovadas esperanzas y confianza en la eterna seguridad de la realización del propósito de Dios. Para aquellos cuya vida está llena de dificultades y desengaños, les puede traer nueva ayuda y dirección, o al menos la fe en el orden divino del universo. Para aquellos que están prontos a aceptar la liberación del temor y el odio y las demás cualidades negativas, les muestra que la vida no es una cosa desordenada sino un modelo. A todos afir-

ma que el movimiento de la raza humana es, a despecho de las apariencias contrarias, un arreglo para el bien al final. Aunque profiere un mensaje de advertencia al mundo contemporáneo, también expresa pensamientos elevados y consejos prácticos. Hace saber a todos el enunciado de sus leyes superiores y les pide su obediencia, porque así se protegerán a sí mismos.

CAPÍTULO XII

LA BUSQUEDA

En el elevado mundo de ser donde mora el Yo superior, ningún mal lo penetra, ninguna pasión lo agita. Descendemos de su bondad absoluta a la oscuridad y el tumulto, al pecado y la violencia de la tierra, como si saliéramos del paraíso para ir al purgatorio. El tremendo contraste entre su sublimidad y tal degradación moral nos condenaría a una tristeza perpetua si no hubiese un vínculo entre ambos. Pero este vínculo existe verdaderamente. Cada ser humano lo puede hallar y seguir la antigua Búsqueda y así elevarse a la conciencia de su Yo superior.

Toda la gente está empeñada en pequeñas búsquedas que tienen como fin objetos serios o triviales; sólo el hombre que se ha embarcado en la Gran Búsqueda no tiene otra meta que la realización de la que le fue asignada por Dios. Cuando un hombre termina por despertar al hecho de que su vida fue inacabable lucha consigo mismo y sigue siéndolo, suele preguntarse por qué esto ha de ser así y qué debe hacer para ponerle fin. Tal pregunta lo llevará eventualmente a la puerta del Yo superior.

Existen personas que nunca oyeron hablar de esta misteriosa Búsqueda, pero que obtendrán de lo que hemos dicho algo o mucho de su significado, aun cuando no acepten rápidamente su verdad o se entreguen directamente a sus demandas. Sin embargo, en un sentido más amplio, esto es bastante. El desafío habrá sido aceptado. Un día, ya sea tarde o temprano, ya sea en la carne o fuera de ella, lo recordarán.

Lo que significa es ésto: aquel que busca se adelanta al proceso evolucionario haciendo por sí mismo tan rápidamente

como le sea posible lo que la Naturaleza hace por los demás hombres tan lentamente como le sea posible. Se modela a sí mismo a lo largo de las líneas establecidas para él por la dirección intuitiva y la revelación exterior hasta que lo Ideal se convierte en lo Actual. Se empeña en modelarse de igual manera que un escultor se empeña en esculpir el tosco mármol en una estatua expresiva. Conoce la verdad de lo que le fue enseñado por la intuición y la revelación, así como por las vastas oscilaciones de la experiencia, y sabe que la felicidad y el carácter, el discernimiento y la fuerza que confieren a la vida sus verdaderos valores, debe crearlos por sí mismo desde su interior. Todas estas cualidades existen allí en latencia, pero tiene que hacerlas surgir por un esfuerzo de voluntad. Ve en sus momentos de sabiduría que la felicidad no vendrá del exterior, y si en verdad ha de venir, vendrá desde el interior. Y comprende que para que esto sea posible debe luchar con perseverancia contra el caos de sentimientos contradictorios que se interponen entre él y el Ideal.

Es claro que la acción expresa el pensamiento. No es tan claro que el hacer sea también la consumación del ser, que lo que hagamos sea la consecuencia de lo que somos. Aquellos que creen que la verdadera filosofía se pierde en ensueños o se hunde en abstracciones, están equivocados. No sólo hace la pregunta "¿Qué es la verdad?", sino también "¿Cómo viviré?", ¿y acaso hay una pregunta más práctica que ésta? El americano de ascendencia europea es un hombre esencialmente práctico y encuentra que si cierta enseñanza no es meramente teórica sino igualmente aplicable a su rutina cotidiana, que no sólo confiere a quienes la siguen una comprensión del propósito interior de la vida, sino una paz fuera de lo común, un gran poder sobre sí mismo y bastante sobre lo que lo circunda, es probable que la juzgue con simpatía. Esta es entonces una oportunidad histórica, pues no es tan sólo incomparablemente superior a todas las demás, sino que alentará, fortalecerá y guiará durante estos años de crisis a quien está inexorablemente envuelto, como todo el resto de la humanidad, en el remolineante vórtice que arrasa al mundo.

El hombre indagador no necesita ni señuelo ni recompensa para vivir como debe hacerlo, pues tanto su bienestar exterior como su riqueza interior son ayudados, su verdadera felicidad es construida o ampliada. La filosofía no es sólo un asunto teó-

rico. Una vez que llegó a conocer sus principales enseñanzas, quien la estudia debe esforzarse por aplicarlas a su vida cotidiana. Descubrió estas verdades por el empleo de la intuición y la razón. Ahora debe ponerlas a prueba sopesándolas con la experiencia, tanto la emocional como la física. Aceptarlas es una cosa, hacer que obren en sí mismo y en su vida, es otra. Hasta que no dejen de ser palabras y compenetren su vida, son únicamente imágenes reflejadas en un espejo. Toda esta soberbia disciplina, que debe desentrañar pacientemente, la dedicará a la empresa de su propio perfeccionamiento.

Desde luego, si tuviese que aceptar los modelos convencionales y mundanales de pensamiento, sentimiento, moralidad y conducta, ciertos problemas no se le plantearían nunca. Pero se ha empeñado en una idea mucho más elevada. Que muchas veces no podrá estar a la altura de esa idea, es muy probable, porque es humano, pero no debe aceptar su fracaso con cómoda complacencia. Por el contrario, debe tratar de erradicarlo erradicando sus causas inherentes y sus resultados infortunados. Esto exige la disciplina del yo y a veces soportar la pena emocional. Todo cuanto se gana con demasiada facilidad, se pierde igualmente con facilidad. Esto es cierto para los placeres y las satisfacciones mundanales. Pero los placeres espirituales, que surgen del dominio de sí en el pensamiento, la emoción y el cuerpo, y luego de largas luchas, esfuerzos y padecimientos, permanecen y no se desvanecen.

Quien extiende las manos a la resplandeciente paz del Alma, no las extiende en vano. Pero en el primer momento no sentirá su calor, ni tampoco luego, a menos que se disponga a trabajar por lo que desea. Quien acepte este conocimiento no necesita que le digan que tarde o temprano, poco a poco o de súbito, se manifestará en un correspondiente reajuste práctico de la vida. En los santificados momentos de intuición, plegaria o contemplación le llegará la inspiración activa de vida, y en los empeñosos momentos de reflexión metafísica obtendrá rectos principios de vida. En todas las situaciones tratará de aferrarse a esos principios y de aplicar las verdades fundamentales, y al actuar así, no tendrá motivos para arrepentirse.

Encontrar su elevado propósito en la tierra es una cosa, consagrar la vida a este propósito es otra, pero mucha gente se niega a hacerlo porque le parece imposible llevar a la realidad ideales

tan altos. El camino es largo y poco familiar, su fin parece un pináculo inaccesible, y los obstáculos en route son muchos y formidables. Al contemplarlos el neófito, su sentido de inferioridad se despierta, se desalienta y siente que el viaje está más allá de su modesta fuerza en la breve vida. Hasta duda de su capacidad para trepar por la áspera cuesta que está frente a él, como dudara Tao Yuin Ming en su queja pronunciada hace quince siglos: "El cielo está más allá de mis esperanzas".

Pero tal pesimismo es demasiado extremado, insensato e innecesario. Aun cuando sepa que muy probablemente nunca alcanzará el Ideal, no debe impedirle esto esforzarse por llevarlo a la realidad. Aun cuando no haya logrado nada de sorprendente en todos sus esfuerzos, aun cuando su progreso sea tan lento que le parezca desalentador, por lo menos tiene el consuelo de que su rostro está vuelto hacia la dirección correcta y que sus pies ya están en camino hacia la salvación. Si encuentra la dirección exacta y sigue mirando hacia la meta, no tiene que desalentarse ante la lentitud de su progreso. Thomas Carlyle escribió en una carta: "Que las intenciones de un hombre y los esfuerzos que hace por cumplirlas sean sinceros, y la partida ya está ganada, que tenga éxito o no."

Todos los hombres, al fijarse una meta, realizan unos pocos progresos en el curso de una vida. Los beneficios y la recompensa que resultan de este progreso, no carecen de valor. Si lo hacen, tendrán la satisfacción de ser capaces de aceptar lo peor que pueda sucederles mucho mejor que si no lo hubieran hecho. Que aquellos que consideran que el autoperfeccionamiento está más allá de su capacidad, que al menos hagan la tentativa de alcanzarlo, con vacilación, paso a paso, en lugar de no hacer ninguna tentativa. Si dan los primeros pasos con paciencia, perseverancia y buen tino, expresan de esta manera su interés por el Yo superior, y el Yo superior expresará su interés por ellos. Deben estar alegres. Hay otras metas en el camino que conducen a la más elevada. Muy pocos alcanzarán ésta, pero no cabe duda que muchos se beneficiarán al intentar alcanzarla. Por más que sientan que nunca llegarán al pináculo de la realización en esta encarnación, tienen la posibilidad, aunque sea por breves instantes, de disfrutar de un bello clima. Aun esto tiene mucho valor.

La esperanza es el poder que persuade a una célula protoplásmica microscópica a que pruebe su suerte en el juego evolu-

cionario de la vida, y que la transforma con el tiempo en un enorme elefante. Es el misterioso aliento de la magia que convierte el fracaso en éxito. Es el aspirar del niño recién nacido y el expirar del moribundo. Es el rayo de sol transfigurador que redime la trivialidad de la más mísera existencia. Es la última riqueza del hombre, pero la mejor, pues aquel que posee la esperanza halla nuevas fuerzas en la caída interior y en el fracaso exterior.

Por último, aquellos que piensan que la Búsqueda está fuera de su alcance, que contemplan sus realizaciones como algo que está más allá de su fuerza y circunstancia, pueden aprovechar su estudio y familiarizarse con su enseñanza. Si tienen fe en las ideas y las aceptan con sinceridad, esto no dejará de beneficiarlos en el presente y de poner los cimientos en esta vida para emprender su estudio en una vida futura.

¿Qué significa el progreso espiritual? ¿Significa que se deben tener cada vez con mayor frecuencia visiones, arrobamientos y extrañas experiencias? ¡No! Significa que con el paso de los años el hombre debe sentirse más dueño de sí mismo, con mejor carácter, más vigilante y obediente a sus intuiciones, más consagrado a su Yo superior. Una vez que fijó su ideal, el aspirante se verá obligado a juzgarse a sí mismo de cuando en cuando. Sabe muy bien que es incapaz de vivir a la altura de su ideal, y por lo que sabe, tal vez no lo logre en toda su vida. No obstante, debe preguntarse periódicamente lo que es preciso hacer, porque de esta manera le ayudarán a apartar la complacencia y la vanidad.

La extensión o hasta la oposición de la experiencia mundanal, sus preocupaciones y desdichas, así como sus goces y realizaciones, prueban la extensión y la seriedad con que contempla la filosofía de la verdad como una guía práctica en la vida. Basta el primer viento fuerte de una circunstancia inesperada para ponerlo a prueba.

La Búsqueda se abre camino a través de una larga y llana planicie, pero a veces cruza altas y abruptas montañas. No es difícil equivocarse el camino o dar un paso en falso. El caminante tendrá que verse frente a la tentación y luchar contra ella, será puesto a prueba y derrotado, combatirá y triunfará. Tendrá que abrirse camino y hacer un rodeo para evitar las rocas que se encuentran en ciertas etapas de su sendero. Tendrá que estar

preparado para afrontar repetidos desengaños o exageradas esperanzas y para experimentar frustraciones inevitables y expectativas prematuras.

Si se pregunta: "¿Cuánto tiempo se necesita para seguir la Búsqueda hasta que se llegue a la meta?", cabe responder que durante todo el tiempo en que el Yo superior es sólo una idea, no conocida y no experimentada en cada instante del día, despierto o *dormido*, durante todo ese tiempo ha de seguirse la Búsqueda. El número de años que toma varía necesariamente con los distintos individuos. Todos inician la Búsqueda desde diferentes puntos, desde diferentes niveles de su condición presente. No es posible fijar un período. Los hombres avanzan un rato, luego se detienen, toman un camino equivocado o renuncian a la Búsqueda momentáneamente. O progresan lentamente en ciertos períodos y rápidamente en otros. Es tanto lo que se les exige que es comprensible que pocos alcancen la meta.

El hombre trae al encarnarse un número de impulsos dominadores, tanto subconscientes como conscientes, pero no aparecen todos al mismo tiempo. Empiezan a hacer sentir su influencia en distintas edades, de modo que su carácter, intenciones y acciones rara vez siguen una línea recta a todo lo largo de su vida. Es en la edad madura cuando las ocultas aspiraciones espirituales de encarnaciones pasadas, así como de la juventud, reaparecen y exigen ser satisfechas. En consecuencia, gran número de quienes aspiran a la Búsqueda se separan de las filas de aquellos que llegaron a los cuarenta o cincuenta años de edad. A menudo el hombre maduro lamenta haber iniciado la Búsqueda demasiado tarde para que modifique su experiencia, demasiado tarde para esperar una realización feliz, demasiado tarde para tener la fuerza necesaria que le permita cambiar sus hábitos de pensamiento y acción. La frustración suele sumirlo en la tristeza. No obstante, debe reconocer que la edad madura le trajo algunas valiosas cualidades que no poseía antes. Le permitió encontrar un equilibrio entre la pasión y la razón, entre las emociones y el pensamiento, entre el cuerpo y la mente, entre los ideales y las realidades. Le trajo una discriminación más sabia en su lidia con las ideas, las actitudes, la gente, los eventos y el medio en que vive. Le trajo una revisión completa de todos los valores y experiencias, la costumbre de pensar detenidamente y un más claro reconocimiento de la naturaleza semejante a un sueño, y

por lo tanto mental, de la existencia misma. Todo esto lo ayudará en la Búsqueda. Son escasos los jóvenes que ya lo poseen. Si carece del entusiasmo de la adolescencia, de las emociones de la juventud, de las infatuaciones histéricas, es porque fueron reemplazados por algo mejor: una manera tranquila de juzgar, una admiración juiciosa, sensata y equilibrada. Con la edad, las pasiones pierden fuerza en el hombre ordinario o se someten mejor a la disciplina de quienes aspiran a la Búsqueda. Este cambio es una tragedia para el hombre común, pero un alivio para el otro. Los jesuitas no aceptan en su Orden —y en consecuencia no tienen confianza en el conocimiento, poder y responsabilidad exigidos— a un hombre que no tenga menos de cuarenta y cinco años.

Aun queda el benéfico aunque misterioso factor de la gracia del Yo superior, que símbolo alguno puede representar de un modo adecuado. Su obrar es impredecible, pero su facticidad es cierta. Por un esfuerzo cabal, junto con la oración y el espíritu de servicio, es posible invocar su gracia. De este modo, no necesita confiar únicamente en su fuerza personal. Recibirá inspiración y ayuda para hacer lo que no podría hacer de otro modo, si se dirige en la dirección precisa. Por último, si tuvo la suerte de rendir homenaje a alguien que se aproximó o pudo realizar con éxito el Yo superior, pero que no perdió en el proceso la compasión por sus semejantes ni teme el sacrificio que demanda ponerse al servicio de la humanidad, la recompensa es entonces segura. La gracia del maestro no será escatimada cuando las condiciones en que debe recibirse sean convenientes.

Totalidad y equilibrio

No sólo es parte del fin del Yo superior hacer a un hombre sabio, disciplinado y, en su verdadero sentido, una persona práctica, sino hacer de él un hombre cabal y equilibrado. Esto es por cierto muy importante. La dirección hacia la cual la vida nos impulsa es hacia la realización de la integridad: cuerpo, mente, sentimientos e intuición han de transformarse en un canal armonioso a través del cual el Yo superior pueda expresarse sin obstrucciones. Entre los que siguen una enseñanza mística, hay un número sustancial que muestra, a causa de la falta de equi-

librio en su carácter y en la manera como conducen sus asuntos, que son en realidad casos psiconeuróticos. Como tales, y por un tiempo, precisan los servicios de una terapia mental y emocional, la cual debe prepararlos y hacerlos capaces de aprovechar los servicios de la filosofía. Es en verdad lamentable hallar tales casos citados por las críticas adversas y los duros comentarios que se hacen respecto de los cultos místicos, y cuando en realidad se entregaron al misticismo ya enfermos de neurosis o empeoraron debido a los métodos crudos y ridículos desequilibrios de dichos cultos. El verdadero misticismo, aquel que forma parte de la filosofía, busca mantener el equilibrio y retener el sentido común, la racionalidad y practicalidad, a todo lo largo de su curso. Atrae mucho menos a los neuróticos desenfrenados y mucho más a la gente sensata o educada, de las cuales muchos temen un terreno de ideas y experiencias aparentemente dudoso.

Hay cuatro funciones distintas en la personalidad humana, cuatro actividades en la psique humana: pensar, sentir, querer e intuir. Estos cuatro elementos de la psique deben llevar su actividad al más alto nivel, y al mismo tiempo mantenerla equilibrada. En rigor todo el obrar del Yo superior es una larga enseñanza que desarrolla y equilibra las tres facultades que más se usan, y luego hace que la facultad intuitiva las ilumine y se haga obedecer por ellas. Si una o dos de esas facultades son activas y las otras no, se produce una falta de equilibrio. Si el intelecto actúa sin la guía, la supervisión o el control de la intuición y la emoción, de seguro se extraviará, cometerá errores y llegará a conclusiones falsas. Si la emoción ignora la razón y no presta atención a la intuición, de seguro se convertirá en el juguete del egotismo y la víctima de los deseos. Si la enseñanza espiritual es aportada solamente al intelecto o a las emociones, y no a la voluntad, será en parte estéril.

Muchos aspirantes tienen un desarrollo desigual. Una u otra parte de la psique es deficiente. Se puede ser un hombre bueno, pero al mismo tiempo insensato. Hay hombres que son intelectuales, pero que carecen de intuición. Cada iluminación, al tener lugar, tiende a reparar esta desigualdad y apunta hacia la totalidad. Que sea escasa la gente que llega a esta armonía de la psique, que casi todos son uniones mal avenidas de desarrollo adulto en algunos respectos y desarrollo infantil en otros, es una razón de más para que el ferviente aspirante se imponga como

tarea el examen de sí mismo y lo haga honradamente de vez en cuando, y aproveche los resultados para tratar de educarse en su totalidad. Cada vislumbre momentánea del Yo superior conduce a este fin.

La necesidad de una personalidad desarrollada y equilibrada no se origina sólo en causas metafísicas, sino también de causas psicológicas. ¿De qué sirve, por ejemplo, aconsejar la meditación a una persona ya demasiado introvertida para ser capaz de luchar con sus circunstancias personales? Sólo la apartará aún más de la capacidad de ajustarse a la vida y de hacer frente a sus problemas con valor y en el momento conveniente, y de la voluntad de enfrentar las realidades exteriores. Tal hombre es ya un ser que rehuye la realidad, y la práctica de la meditación sólo lo ayudará a rehuirla aún más. No hallará el verdadero camino evadiéndose para caer en otras ilusiones o persiguiendo una meta ficticia.

La filosofía cree en la necesidad de un desarrollo integral y armonioso que establece un equilibrio recíproco entre la razón, la emoción y la acción en toda la personalidad humana. Su fin no es parcial. Se niega a fortalecer el carácter dejando al cuerpo débil o a vigorizar la razón dejando al sentimiento en desorden. La síntesis filosófica hace que estas diferentes tendencias se unan sin interferir unas con otras en sus separadas funciones. Esto lo logra reconciliándolas en vez de enfrentarlas, reconociendo la inevitable multiplicidad de toda existencia manifestada. El estudiante busca correlacionar sus variadas tendencias y hacer que armonicen, no permitiendo que una de ellas se rebele o usurpe el trono de la soberanía. Debe usarlas y unirlas en una aparente antítesis.

Cuando comprende la interdependencia de todos los distintos lados de su naturaleza, afloja la tensión manteniéndolos en un conflicto perpetuo. Ya su ser interior no es más antagónico consigo mismo. Ya su voluntad no está más desgarrada por sus propias atracciones y repulsiones. Ya sus emociones no están más destrozadas y divididas por exigencias contrarias. Ya no depende más de un péndulo que lo lleva de un lado para otro. Ya no se inclina más hacia un lado por ignorar los demás lados, no alimenta algunas cualidades abandonando otras. Logra un carácter perfectamente equilibrado que no llega a ningún extremo intelectual ni se entrega en demasía a las emociones, y que, con discrimi-

nación, conserva el sentido de la proporción en todas sus acciones. Todas las partes diferentes de su naturaleza, todas las variadas facultades de su ser, obran unidas y con equilibrio hacia el solo fin de llegar a ser un todo. De esta manera, consigue un equilibrio satisfactorio de sus esfuerzos y acciones, aun cuando sólo lo consiga con el paso de los años.

La filosofía no altera su carácter integral, sino que permanece igual a sí misma sea que esté ocupado con sus pensamientos o que esté quietándolos, sea que esté orando de rodillas o trabajando en los campos. Al poner en práctica las predicaciones, la totalidad y el equilibrio son las tres cosas esenciales que trata de cultivar, pero no son las únicas. A ellas debe añadir otras que no son menos importantes: la reeducación de los sentimientos, la oración, el relajamiento y la meditación. Aquellos que buscan así restaurar su propia integridad, eliminar sus imperfecciones y alcanzar la conciencia espiritual, se sitúan en la mejor de las posiciones para ayudar a los otros a que hagan lo mismo.

La respuesta del Yo superior a la súplica humana se da bajo las restricciones de la sabiduría. No halaga nuestra sentimentalidad ni vigoriza nuestro egotismo. Una paz cuyo valor es tan grande no se puede obtener sin pagar su justo precio. Se producirá necesariamente una lucha abnegada con el fin de transferir fidelidad desde los sentidos al alma y hacer que los hábitos personales estén en concordancia con las leyes más elevadas.

A la filosofía no le interesa halagar al hombre o lisonjear su vanidad. Por lo tanto, da comienzo al lado práctico de su disciplina señalando sus defectos, faltas y errores, y abriendo sus ojos a las debilidades, incapacidades y complejos de las cuales hasta entonces no tuvo conciencia o no los veía. Para seguir su camino con seguridad, un hombre precisa que lo curen de sus fanáticas obsesiones e irracionalidades convencionales. Tiene que darse cuenta que la erradicación de las faltas personales no tiene mucho que ver con el encuentro del verdadero yo, pero esto no es exacto. Sus mismas faltas surgen de la falsa concepción del "Yo" que le cierra el camino para llegar a él, una concepción que hace que se identifique a sí mismo con las emociones que ha heredado de sus reencarnaciones animales y humanas primitivas.

Hay seguidores del misticismo que lo usan como una forma de escapismo, que esperan que algún poder mágico les procurará una transformación de sí mismos y sus vidas sin tener que esforzarse o sin sufrir una dura disciplina. Hay tres doctrinas místicas que les llaman particularmente la atención y que aprovechan para evitar todo esfuerzo y disciplina, todo trabajo necesario sobre sí mismos. Adoptan un punto de vista fatalista de la ley de recompensa (karma) para justificar su paralización o su fracaso. Adoptan un punto de vista infantil acerca de las relaciones con un maestro para echar sobre sus espaldas toda la responsabilidad de su vida mundana o de sus problemas, y de su progreso espiritual. Adoptan un punto de vista demasiado personal de la doctrina de la gracia para buscar el favoritismo de Dios y sustentar su ego.

Demasiados aspirantes al yoga, cuya imaginación supera fácilmente los límites de una fantasía desenfrenada y cuya vanidad les hace pensar que están más adelantados de lo que lo están realmente, permanecen como arañas en su tela, elaborando un tejido de pensamientos centrados sobre sí mismos y envolviéndose completamente en la tela. Caen en experiencias alucinatorias o falsas visiones o llegan a ser los receptores de ilusorios mensajes venidos de imaginarias fuentes, que surgen todos de insostenibles preconcepciones, injustificables expectativas y sugerencias egoístas que derivan de una mala interpretación de sus lecturas o de las conferencias a las cuales asisten. Caen en hábitos de descuido y desaseo, se vuelven menos alertas y menos inteligentes, menos activos y menos útiles, menos responsables y menos prácticos. Se llenan la cabeza con informaciones carentes de valor o equivocadas, por medios "psíquicos" o seudointuitivos. Nunca hay que ignorar u olvidar cuando se medita, que es preciso hacerlo con prudencia y con responsabilidad. Aporta muchas bendiciones si se lo encara adecuadamente y en el momento conveniente, pero no de otra manera. Por lo tanto, las personas que practican la meditación mística como hábito, deben practicarla correctamente, o no hacerlo en absoluto. Aquellas que ejecutan sus ejercicios mal o antes de estar moralmente preparadas o psicológicamente equilibradas, reciben algunos beneficios pero los daños son mayores. Desvitalizan el cuerpo físico y trastornan la vida física. Es preferible esperar hasta que el sentimiento y la razón, la imaginación y la discriminación, sean

llevadas a un sano equilibrio. No todas las personas son aptas para la meditación, y las inaptas siempre podrán desarrollarse en otra dirección hasta que, eventualmente, estén preparadas. Mientras tanto, les será útil un sencillo relajamiento.

Si la imagen divina está siempre dentro de nosotros, la luz que derrama y el calor que irradia son muchas veces obstruidos en parte o totalmente por las barreras que se interponen antes de alcanzar la superficie de nuestra conciencia. ¿Cuáles son estas barreras? Son las tendencias materialistas, los apegos excesivos, la extroversión excesiva, la naturaleza desequilibrada, los sentimientos violentos, los malos pensamientos, los cuerpos pesados o intoxicados, las pasiones rebeldes y, sobre todo, el ego indómito. Por lo tanto, para llegar a tener conciencia de la luz, el aspirante debe refinar las emociones, gobernar a los instintos, y de este modo vigorizar su carácter. Ha de empezar por practicar ejercicios de introspección mística, dar comienzo al estudio de la metafísica de la verdad, y mediante esta autoeducación adquirir el conocimiento de las significaciones más profundas del yo y de la vida, de las leyes universales y divinas de la evolución humana y de su destino. Ha de cultivar los sentimientos religiosos y las intuiciones místicas por un esfuerzo regular mediante la plegaria y la meditación. El propósito de todas estas arduas purificaciones es el de desencadenar la voluntad y la mente y así lograr que se puedan mover libremente en el reino del Yo superior. Si es paciente y voluntarioso, la respuesta a todas las cuestiones que surgen en el corazón de quien busca, se encontrarán un día, a condición de que trabaje en la purificación de sí mientras está esperando.

Regeneración del cuerpo

La esfinge está echada en el desierto para advertir a todos los candidatos a la iluminación que deben vencer su naturaleza inferior. No podrán abandonar el recinto exterior del templo oculto y entrar en las "Cámaras de Poder" hasta que hayan cumplido esta orden. Pero la naturaleza inferior y la mente inferior no soltarán su presa, a menos que luchen por encontrar una salida. Se necesita el adiestramiento de la voluntad, el rechazo de

los apetitos y la disciplina del cuerpo que, si al principio no son agradables, llegan a serlo al final.

Ningún hombre goza de absoluta libertad de voluntad y elección en su conducta exterior. Ningún hombre está libre de hacer lo que le da la gana. Esto es tan cierto para el filósofo como para el imbécil. Todos los hombres están limitados por alguna circunstancia y condicionados por alguna situación exterior a ellos mismos. Pero si en realidad no existe una plena y perfecta libertad de voluntad y de elección para el hombre, ninguna decisión de la mente o acción del cuerpo de las cuales es él solo responsable, sin embargo se le ofrecen dos formas distintas de sometimiento. Goza de libertad para ser un sirviente de su Yo superior o un esclavo de su naturaleza inferior. ¿Dónde está la libertad de voluntad para un hombre que se deja esclavizar por mezquinos odios, furias y deseos que se originaron en los desórdenes del cuerpo y en las toxemias? Los hombres que no están libres de las pasiones esclavizadoras y de la inconsciencia espiritual, se enorgullecen empero de su libertad porque gozan de sus derechos de ciudadanos.

Liberar la voluntad de su esclavitud a la naturaleza inferior lleva a una suficiente iluminación mental como para mostrar al aspirante cuán falsa es la libertad que parece acompañar la obediencia a esas pasiones. Es intolerable para el hombre razonante dejarse esclavizar por apetitos que ya no son naturales y por pasiones destructoras de la paz.

El hombre que aspira a una meta superior a sí mismo debe evitar los deslices de la voluntad. Puede pasarlas por alto durante un tiempo, pero no puede permitirse el lujo de hacerlo por mucho tiempo, porque entonces el hábito de la inercia o del derrotismo es nutrido imperceptiblemente dentro de él y embota sus esfuerzos. Al llegar a cierto punto es preciso que deje de ser indulgente hacia sus frustraciones y que tome la resolución de seguir un curso de disciplina. La cómoda aceptación de evitar toda autodisciplina física y emocional, es una de las razones que le impiden progresar rápidamente. Si aquellos que se quejan de no progresar o progresar casi nada despertasen de su negligencia y se entregaran a una verdadera disciplina del cuerpo y al dominio de las emociones, comprenderían que el primer paso práctico es *hacer* algo hacia la reforma de sí mismos; entonces no tendrían por qué lamentarse. Además, muchas veces es pre-

ciso emprender vigorosos cambios físicos si desean que su receptividad intuitiva sea más activa y más exacta. Tal disciplina comporta la purificación del cuerpo y la modificación de los hábitos junto con las así llamadas prácticas ascéticas por un tiempo, ya sea como algo preliminar o que acompañe cualquier trabajo mental que se intente hacer. Si no se procede así, éste se pierde en un mero sueño y a veces en una decepción.

Al parecer hay lugar para el ascetismo en la vida filosófica, pero es un lugar sereno y sano. En vez de usarlo para dañar o destruir el cuerpo, es usado aquí para desarrollarlo y perfeccionarlo. En vez de hacer peligrar su salud, promueve el estado más alto de buena salud. Este trabajo de mejoramiento físico y emocional y de purificación pasional a menudo se necesita como preparación.

Es menester una nueva perspectiva de la austeridad y penitencia, una nueva valoración del ascetismo y de la abnegación. Es preciso investigar por qué ocuparon tan amplio lugar y durante tanto tiempo en la vida espiritual. El ideal místico siempre se asoció históricamente con el ascetismo.

El verdadero propósito del ascetismo fue a menudo mal comprendido, tanto por quienes adhirieron ciegamente a él como por los que lo criticaron superficialmente. No es desligarse del cuerpo y abandonarlo como algo ilusorio, no es despreciar y hacer sufrir al cuerpo una lenta tortura como algo ajeno; es dar al cuerpo el lugar que le corresponde como sirviente del ser humano en su totalidad, incluso su ser espiritual.

Aunque se puede decir mucho en favor de las disciplinas rígidas, de los sistemas y rutinas de la mayoría de las instituciones monásticas, tales artificios para desligar a los hombres de la vida mundanal y vincularlos a una vida santa, aunque convienen a la generalidad de los aspirantes propensos a la religión, no son provechosos a los aspirantes inclinados a la filosofía. Estos necesitan crecer como crecen las plantas y las flores, con el sol que les hace extender sus hojas y pétalos. Necesitan un aire más libre, un enfoque menos organizado y más individual. Requieren menos reglas y reglamentos más fáciles, menos encierro y menos vida comunitaria.

Las disciplinas ascéticas, cuando se aplican inteligente y apropiadamente, se oponen al dominio de la mente por los sentidos de modo que ésta goce de libertad para prestar toda su

atención a su interioridad, para explorar sus puros retiros. Pero, desdichadamente, han llegado a significar no sólo el rechazo de los sentidos por la voluntad del hombre, sino también el atormentador castigo de éstos. La filosofía no recomienda un ascetismo que busca que la vida sea lo más desagradable posible con el pretexto de que hace la vida lo más virtuosa posible.

La finalidad directa de un régimen de disciplina filosófica es la de preparar para un renacimiento espiritual, de arrepentirse de la sensualidad y egoísmo de la conducta pasada y preparar el cuerpo, las emociones y la mente por el influjo de fuerzas más elevadas y corrientes más santas. Su finalidad indirecta es la de librar de la enfermedad y otorgar salud y vigor al cuerpo. Es preciso reconocer que el así llamado estado normal del hombre civilizado es realmente no natural y malsano; que la reeducación de la mente y el adiestramiento del cuerpo que producen la Búsqueda son en verdad procesos terapéuticos; y que este intento de llegar a armonizar con el Yo superior es realmente un esfuerzo curativo. Aquel que viola las leyes higiénicas de su cuerpo, eventualmente se verá obligado por la Naturaleza a sufrir las consecuencias.

Aquel que no se interesa en la vida humana y es indiferente al cuerpo humano, por cierto no trata de comprender el mundo del cual el cuerpo es una parte, y al que juzga malo o ilusorio. En consecuencia, no alcanza ni la revelación ni el discernimiento que puedan explicarle la naturaleza, las leyes y los desarrollos evolucionarios. El problema de cómo vivir pacíficamente en el cuerpo y enfrentar las enfermedades y las pasiones, no se resuelve proclamando la ilusoriedad de su carácter.

El estudiante que busca este conocimiento superior no sólo será capaz de asimilarlo más allá de su capacidad personal, sino que será capaz de aprovecharlo mejor de lo que le permiten sus limitaciones. Por ejemplo, su desequilibrio o su insensibilidad, sus malos hábitos corporales o la condición ingobernable de sus emociones influirán en lo que aprende y lo deformarán. Algún grado de autocorrección mental y emocional y de purificación física es necesario antes que esta enseñanza pueda serle impartida. Este trabajo sobre sí exige cierta severidad hacia sí mismo. Por lo tanto, las prácticas disciplinarias son justamente una parte de las primeras etapas del método místico. La filosofía misma las incorpora a sus enseñanzas y no les opone ninguna

objección. Sólo pone reparos a la exagerada importancia que se le da y a los extremos del ascetismo a que pueden conducir.

Ejemplos típicos de un ascetismo exagerado e irrazonable que la filosofía rechaza son, por ejemplo: el Curé d'Ars que se niega a oler una rosa; Suso, que inflige horribles torturas a su cuerpo con instrumentos de hierro, cilicios y hasta agudos clavos; los faquires mahometanos que moran, comen y duermen entre las tumbas de un cementerio; Madame Guyon, que se ponía agudas piedras en los zapatos antes de hacer un paseo.

Para el aspirante la más dura de las luchas es vencer sus pasiones, gobernar sus deseos y controlar sus pensamientos. El Buda dijo que el hombre que se había conquistado a sí mismo era más grande que el conquistador de ciudades. El esfuerzo que exige es por cierto tan grande que puede extenderse a lo largo de muchas reencarnaciones. Hay algunos métodos prácticos que permiten que la lucha sea más corta, el triunfo más fácil. La primera purificación que se le exige es la del cuerpo. La práctica de la antigua técnica revela los verdaderos instintos del cuerpo, y hasta cierto punto los sentimientos, los instintos profundamente hundidos debajo del materialismo convencional de la sociedad, civilización y tradición. Sirve a un triple propósito: arrepentimiento, purificación y curación. Reducir, o hasta eliminar la glotonería que hace cometer excesos de comida, bebida y de fumar son signos de tal progreso.

La glotonería es más bien un error de la higiene corporal que un pecado de la conducta moral. Consiste en comer o en beber más de lo que exigen las necesidades del cuerpo para mantenerse en buena salud, o en incluir alimentos en la dieta que son dañosos. Tal violación de sus leyes conduce inevitablemente con el paso del tiempo y por efecto acumulativo, en un trastorno de su funcionamiento que se manifiesta en la enfermedad. La acumulación de estas materias innecesarias y no requeridas por el cuerpo termina por afectar la salud, los nervios, las emociones y la mente de un modo obstructivo o degradante. Una manera eficaz de reducir esta acumulación de materias impropias a la salud es practicar el ayuno, en ciertas ocasiones o por breves períodos.

No es necesario que el hombre prive a las criaturas vivientes de su cuerpo con el fin de sustentar su propia carne. La Na-

turalza le procuró el medio de satisfacer todas sus necesidades con los cereales, legumbres, frutas y productos lácteos.

En el siglo iv, San Juan Crisóstomo escribió que "nosotros (los dirigentes cristianos) practicamos la abstinencia de la carne de los animales para dominar nuestro cuerpo... el antinatural alimentarse de carne es de origen demoníaco... el alimentarse con carne envilece. Recordemos que quien escribió este argumento en pro del vegetarianismo fue, en opinión de San Agustín, el defensor más auténtico y más elocuente del cristianismo de su tiempo.

El así llamado hombre normal llena su cuerpo con productos de desecho tóxicos por su modo de comer equivocado y su falta de limpieza interior. Esto a su vez lo llena de apetitos mórbidos y de deseos continuos. El hombre verdaderamente normal goza plenamente de su alimento, pero nunca come por amor a la comida, y no toma más alimento de lo que necesita el cuerpo para mantener sus funciones.

Si tiene relaciones sexuales, no lo hace solamente por las exigencias irreprimibles del cuerpo, ni a impulso de sus ardientes sentidos, ni tampoco para satisfacer las exigencias de otra persona que es víctima de sus irrefrenables sentidos. No permite que la destilación de su preciosa esencia se gaste continuamente en un debilitante abandono de sí, ni la preciosa libertad de su corazón y mente se entreguen a la esclavitud sexual. No se deja cegar por el éxtasis físico producido por el comercio sexual y, por la reflexión metafísica, se da cuenta de que es sólo una breve, desdichada y pasajera imitación del éxtasis producido por la elevación espiritual. Breve, porque en unos pocos minutos desaparece. Desdichada, porque a menudo su costo no guarda proporción con su valor. Pasajera, porque aquellos en quienes se origina suelen cansarse, disgustarse y hasta odiarse mutuamente. Es más inmediato y tal vez más arrebatador que el éxtasis producido por la creación artística o intelectual, pero éste es menos costoso y dura mucho más. No obstante, la energía sexual es una forma baja, limitada de la energía creadora de la Mente-Mundo. El goce que procura es un eco ahogado cuyo sonido original pertenece a la región divina. Por eso es tan buscado.

El aspirante no debe permitir que todo cuanto es mórbido, negativo y tóxico penetren en su cuerpo o en su mente. El propósito de los regímenes ascéticos es múltiple, pero el principal

es purificar el cuerpo y las emociones, y devolverles la verdadera salud. Quien reforma voluntariamente sus hábitos de vida, por medio de ejercicios de respiración, extensión, tensión y distensión, por el cambio de la rutina y la dieta diarias a exigencias del principio y en desafío de los apetitos, logra la capacidad física y fortalece su fuerza moral.

Es preciso limpiar al cuerpo de sus impurezas y remediar su funcionamiento defectuoso hasta cierto punto, junto con una limpieza emocional y mental, de modo que la personalidad pueda abrirse a las fuerzas del Yo superior sin otra obstrucción que la que está siempre presente y es la más formidable de todas: el ego. La purificación debe preceder y hacer posible la regeneración. La incapacidad de entenderlo es una de las razones por la cual aquellos que practican la meditación pero descuidan el equilibrio y la purificación, muchas veces no realizan los progresos esperados hacia la vislumbre del Yo superior.

Sólo con el desarrollo de la experiencia y la madurez de su comprensión el hombre será capaz de cuestionar la naturaleza de sus deseos, y de limitarla en interés de la Búsqueda. Porque sólo entonces advertirá que no basta estimar las cosas desde el punto de vista de su agradabilidad o de su afflictividad. Por el desarrollo que el tiempo y la experiencia, la reflexión y la razón le aportan, podrá vaciar su corazón de sus codiciosos apetitos y mórbidos deseos que la toxicidad del cuerpo le crearon.

En la elevadora reforma y perfección de su vida moral y emocional debe aprovechar ciertas ayudas físicas que facilitarán sus empeños. Esta reeducación de los instintos y apetitos del cuerpo, de las pasiones y nervios, es ayudada por el uso de presiones, tensiones, abstenciones, purificaciones y hasta de violencia dirigidos constructivamente contra ellos. Se lo logra más rápidamente por el despertar de la voluntad en un acto de devoción sagrada, por la determinada y regular práctica de ejercicios físico-psíquicos creativos que canalizan la fuerza que está tras ellos en salud, virtud y dominio.

Con esta purificación del cuerpo carnal, como parte del esfuerzo total por allanar el camino a la entrada del elemento intuitivo, se facilitará el paso a la purificadora naturaleza del sentimiento. Hallar la tranquilidad interior y la salud exterior del cuerpo es establecer los más firmes cimientos a cualquier felicidad que la vida pueda traer.

Reeducación de las emociones

En el pasado, la vida emocional del buscador era en gran parte una respuesta instintiva a los sentidos, un proceso ciego que muchas veces lo arrastra a su propio daño. No hay verdadera libertad de voluntad en ello, sólo una libertad imaginaria. Pero la escena entera es iluminada por un poco de luz. En el futuro, las emociones se verán libres de los sentidos, serán guiadas por su voluntad superior en pro de sus mejores intereses, serán ennoblecidas, refinadas y espiritualizadas.

La persona impaciente e infantil, que en su actitud emocional sigue siendo adolescente, debe desarrollarse para llegar a la madurez, al equilibrio y a la autodisciplina del adulto antes que pueda proseguir provechosamente los ejercicios místicos. Los neuróticos, cuyas emociones están en un nivel infantil, que se entregan al pánico y a las rabietas, que a la menor provocación se vuelven histéricos, deben comprender que su tarea inmediata no es el desarrollo de los poderes místicos, sino el desarrollo de las virtudes morales. El Yo superior les negará la vislumbre de Sí mientras no la desarrollen. Es más importante que construyan su carácter en lugar de meditar buscando sensaciones psíquicas. De otra manera, es muy fácil para rodearlos de un espejismo emocional formado por el así llamado amor, el odio, la sentimentalidad, el temor, la bienaventuranza o cualquier cosa que convenga a su propósito en ese momento, e impedir así su progreso o rechazarlos.

Aquel que alimenta el rencor, por ejemplo, que cultiva toda herida a su amor propio y siente resentimiento contra la persona a quien juzga responsable de esta acción, interrumpe su propio progreso espiritual. No puede dominar esta molesta situación sin ceder a la provocación, con la expresión de sus más bajas emociones o con el despliegue de sus peores atributos. Echa la culpa de este resultado a la falta de desarrollo espiritual en los otros, cuando debería culparse a sí mismo. Rehuir la responsabilidad es una vieja treta del ego. Pero el único que tiene la culpa de sus dichas o desdichas es él mismo.

El ego se disfraza de una manera tan completa y tan espiciosa que no se da cuenta del daño que hace. Que no cometa el error de ocultarse sus culpas. Son las emociones negativas como

la mezquindad, el temor, la malevolencia, la enemistad, la malignidad, la intolerancia, el fanatismo, el malhumor y el mal carácter las que hacen la fuerza de su ego cuando se niega empeinadamente a entregarse a la silenciosa voz del Yo superior. La insensatez de sostener al ego en lugar de reconocer su culpa, pone obstáculos innecesarios en su camino y lo aleja de la gracia del alma. Sus juicios serán equivocados, sus fines se convertirán en fantasmas y su vida será perseguida por las desdichas si insiste en defender al ego en lugar de censurarlo. Convendría más que transfiriese el objeto de su resentimiento a su propio ego por las muchas decepciones que le procuró y por las muchas heridas que le produjo. Cuanto más pronto tenga conciencia de sus faltas, tanto más puede esperar de la vida. Cuanto más pronto reconozca sus tropiezos, tanto mejor será el futuro en comparación con el pasado. Cuanto menos se preocupe por mejorar a sus semejantes y más se preocupe por mejorarse a sí mismo, tanto más grande será la posibilidad de lograr las dos cosas. Mientras ciertos hombres pierden su tiempo y se dañan buscando excusas a sus defectos, el ferviente estudiante de filosofía mejora su tiempo y se ayuda a sí mismo buscando maneras constructivas de mejoramiento. Es menester que sea humilde para reconocer sus propias deficiencias en lugar de ocuparse de los defectos de sus semejantes, pero la recompensa será proporcional.

Cada provocación que recibe de las faltas, pecados y errores de otras personas, le ofrece la posibilidad de practicar el rechazo de las reacciones negativas a esta situación. Cuanto más irritable es, tanto mayor es la oportunidad que le ofrece de recibirla con una sonrisa. Debe considerarlo también como una prueba. Una situación provocadora debe ser contemplada como una ocasión provechosa de iniciar el trabajo interior sin permitir que la reacción negativa se produzca primero. Así, la impaciencia y la irritabilidad al tener que esperar a una persona a quien se citó, puede eliminarse declarando que se posee una infinita paciencia y recordando al Eterno Ahora, con su infinita aceptación de Vida. No obstante, la prudencia aconseja que evite los lugares, las personas y las situaciones que puedan despertar su naturaleza inferior. Los fuertes enfrentan mejor estas cosas que los débiles, los maduros y purificados mejor que los jóvenes, que aún no han terminado su desarrollo. Si por ejemplo sabe que su propensión a la ira es una de sus debilidades, entonces hasta que no

logre cierto dominio sobre sí mismo, debe tener prudencia y evitar aquellas situaciones que puedan provocar su mal carácter.

Esta conquista de las emociones personales es una parte importante de la tarea del discípulo. La vida misma le presentará oportunidades que pondrán a prueba su progreso en esa dirección. Hay oportunidades que le harán abandonar un punto de vista inferior por uno más elevado, oportunidades que elevarán, purificarán o despersonalizarán sus sentimientos cuando éstos son de carácter negativo. Esta abnegación trae proporcionadas recompensas espirituales en términos de un progreso duradero. Tales oportunidades se evidenciarán en forma más conspicua respecto de sus relaciones con otras personas. Diferencias, roces y falta de armonía que surgen de ambos lados ahora se limitarán a un solo lado, y éste no será el suyo. Permanecerá frío, recogido, sin resentimiento ni inquietud en los casos en que sienta tentación de conducirse en forma opuesta. Le basta pensar profunda y tranquilamente un instante para ver que muchos de los así llamados sentimientos humanos y actitudes humanas son en verdad indeseables; y que no debe someterse a su tiranía ni excusarse de hacerlo porque son tan comunes y difundidos. Le basta pensar que a despecho de sus defectos y debilidades sigue amando a sus amigos y a todos sus allegados. No los amaría menos si estos defectos y debilidades desaparecieran. Por lo contrario, los amaría aún más. Y si esto es cierto para los defectos y debilidades humanos, cuánto más cierto es para los defectos y debilidades más bajos, para las más groseras animalidades y sentimientos que nos muestran el peor lado de la humanidad.

La parte de su persona que cambia con las oleadas de las emociones, que los temores, deseos, deprimen y exaltan por turno, no puede conservarse eternamente, ni en esta vida ni después de la muerte. La Naturaleza seguirá sometiéndolo a la ley de evolución, lo hará sufrir experiencias que, al darle conciencia de sus insatisfactorias limitaciones, no le permitirán hallar la paz mientras no descarte el complacerse en ellos.

¿Acaso no es inhumano, cuando no insensato, por más que muchos pongan reparos, pedir a un hombre que adopte una actitud hacia su vida personal semejante a la del químico que observa los elementos en el laboratorio? ¿Puede un ser humano llegar a tal desprendimiento, a una indiferencia tan completa, a no

permitir que nada lo conmueva para analizar con impasibilidad las experiencias y sucesos que más le importan? Pero tales cuestiones muestran un concepto equivocado de la disciplina filosófica. A fin de esclarecerlo, hagámonos otra pregunta: ¿Por qué es mucho más fácil examinar el pasado que el presente para descubrir nuestros errores, discernir la verdadera oportunidad de la falsa, reconocer los verdaderos amigos de quienes no lo son? El mentalismo contesta que se debe a que el ego interfiere más fácilmente cuando estamos involucrados en una situación que cuando la miramos desde una lejana perspectiva. Y esto a su vez ocurre porque la emoción es predominante en nosotros en el momento en que tiene lugar, porque con la emoción la tomamos por una realidad material. Mientras que, después de haber retrocedido en la memoria, es sólo un pensamiento, inconscientemente nos enfriamos y sin emoción lo aceptamos como si hubiese sido tal originariamente. Considerándolo como un pensamiento, podemos tomar una actitud más calma, más desprendida. La calma con que contemplamos el pasado es deliberadamente cultivada por el filósofo mientras examina el presente. El sentimiento tranquilo e impersonal es la verdadera esencia de su actitud. El sentimiento es un motivo demasiado fuerte en la vida humana como para que se lo pueda matar, pero cuando es egoísta, debe ser domeñado. Esto es todo cuanto la filosofía pide al hombre.

No se exige al sentimiento humano que se elimine a sí mismo, sino que se eleve. La emoción humana no debe ser destruida, sino comprendida y guiada. Nadie puede permitirse ignorar el sentimiento, sino que debe conciliarse con él. Porque proporciona el fervor que imparte energía a la vida. Es una fuerza impulsora, pero es preciso saber dirigirla. Su fuerza no puede sustituir la seguridad de una dirección justa. Para lograr esta perspectiva, tanto la guía de la razón como el impulso de la intuición son necesarios. Se precisa también la luz de la inteligencia, y se la precisa aún más que el fervor. Le enseña en qué dirección debe moverse. Si se mueve en una dirección equivocada, entonces su situación se hará más peligrosa. Es preferible generar el fervor de la luz; entonces andará en la recta dirección y andará bien. Por lo tanto, la fe emocional debe ser domeñada por el pensar racional. Aunque muchos se dejan guiar ciegamente por sus sentimientos, el estudiante, recordando que la filoso-

fía no puede hacerla ni dejar lugar a la mistificación, debe cuestionar todos sus sentimientos. Si lo llevan en la dirección correcta, los seguirá con el mismo fervor que los demás. Pero, además, tendrá la satisfacción de saber adónde va. No se le pide que se desprenda de sus sentimientos. Sólo se le pide que deseche todo cuanto carece de valor y es desagradable, todo lo que en el sentimiento es bajo, negativo, vil, destructivo, egoísta, agitado, emocional y neurótico, todo cuanto conduce al sentimentalismo y a la autocompasión.

Empero, el sentimiento no desaparece, pero es purificado, ennoblecido, exaltado, tranquilizado y hecho filosóficamente verídico. Por cierto, mientras sus sentimientos no despierten, el aspirante nunca podrá conocer el Yo superior, pero esos sentimientos deben ser sentimientos elevados de devoción, reverencia, veneración y amor de una clase de la cual el amor terrenal puede dar un indicio pero que no tiene paralelo en este mundo. La Búsqueda debe despertar sus emociones más intensas, sus sentimientos más profundos. Deben mezclarse con su intelecto, su intuición y su voluntad en el servicio de la Búsqueda. En consecuencia, no puede ser una fría cuestión carente de vida. El verdadero filósofo no está hecho de piedra, no carece de corazón, pero todo su sentimiento no está diseminado en un centenar de diferentes direcciones. Lo entregó a la única cosa que lo atrae más, al Yo superior. No es un hombre insensible, frío e inhumano, sino que expresa sólo sus emociones más elevadas, o aun mejor, es emocionalmente libre. Para entender la conveniencia de tal estado, nos basta contrastar su serenidad duradera con la tumultuosa emocionalidad del neurótico, del histérico y del psicópata.

La emoción es un factor tan poderoso en la vida humana y tan valioso en la acción humana, que sería insensato pedir a alguien que la desechara. La filosofía no exige tal cosa. Pero exige un equilibrio correcto entre la emoción y la intuición. Lo que la mayoría de los hombres no ve es que su verdadero enemigo está más bien dentro que fuera de ellos mismos. Porque les cuesta mucho más juzgar una situación con calma que sentirla emocionalmente. La emoción en sí es neutral. No es un mal al que hay que vencer. Puede aliarse con una mala idea, pero también puede hacerlo con una buena. La disciplina filosófica exige su conquista cuando está unida a una idea falsa o mala, porque enca-

dena al hombre a ella. Por lo tanto, el discípulo, que debe vivir con más cuidado que la mayoría de la gente, tiene que hacer una distinción entre las emociones inferiores y las superiores. Es preciso que desaliente al primer grupo y aliente al segundo. Las emociones inferiores deben ser gobernadas firmemente por la razón, las superiores unirse armoniosamente a ella. Todas deben ser dominadas por una tenaz disciplina que el hombre se impone a sí mismo. Purificadas por la intuición, exaltadas por el fin moral, son un poderoso capital en su empresa espiritual, pero si se las deja libres y desenfrenadas, o se les permite que dominen el pensamiento y la voluntad, son una lamentable pérdida. El hombre no debe emocionarse con facilidad.

En cada régimen se puede incluir con provecho tres métodos prácticos para purificar y calmar las emociones. El primero estriba en aprovechar el poder del hábito. De este modo, el hábito de entregarse desenfrenadamente a la belleza de la mujer conduce finalmente a desear a la mujer, mientras que el hábito de entregarse a la belleza del alma lleva finalmente al deseo del alma.

El segundo método consiste en hacer uso del pensamiento opuesto, la idea contrastante. Es preciso escoger una cualidad moral que sea lo opuesto de la debilidad que lo preocupa. En su meditación diaria debe poner la cualidad deseada ante sus ojos, e imaginarse que la posee, identificar su carácter con ella. El poder creador de tal concentración emergerá con el correr del tiempo, porque se insinuará en los momentos de ocio en que la mente instintivamente se entrega a sus deseos y pasiones a la vista de algún estímulo externo.

La firme decisión de purificar la mente, seguida por el práctico intento de arrancar de raíz todo pensamiento equivocado es el tercer método que ha ayudado a muchos aspirantes. Si se aferra a este método logrará resultados definitivos. Aun en unos pocos meses, el mejoramiento de la condición de su mente se notará muy bien, pero el éxito del método depende de sorprender cada pensamiento en su origen y no permitir que crezca hasta convertirse en una robusta planta difícil de extirpar.

Debe aprender a acariciar emociones justas, pero desechando el falso emocionalismo. Si lo consigue, lo emocional ya no será insensato ni lo intelectual ineficaz.

Es deseable domar emociones derrochadoras, o aun ponerlas bajo el dominio de la razón, porque apartan al aspirante de su persecución del Ideal. Por cierto, es preciso cultivar el estoicismo. Cuando la pasión es finalmente dominada por la inteligencia y la emoción es guiada por la impersonalidad, en ambos casos a través del canal de la voluntad, se liberará de muchas ansiedades innecesarias y se salvará de muchos peligros evitables. Entonces su vida exterior seguirá su curso con más tranquilidad y seguridad, y gozará de más serenidad y libertad en su vida interior que los demás hombres.

Para muchos hombres tal vida de independencia interior es horrorosa y repulsiva. No ven que son esclavos de la amargura y el deseo, del odio y la ignorancia, no ven que su complaciente crucifixión del Ideal es lo realmente horroroso y repulsivo. O lo declaran inhumano, nivelando así los hombres por lo que hay de bajo en ellos en lugar de hacerlo por lo que hay de mejor. El hombre débil que cede en seguida al impulso sensual, que no piensa en luchar contra él, sólo vive para el momento. Nunca se detiene en pensar para qué está viviendo. Que lo mejor de la vida sólo puede conseguirse llevando una vida disciplinada es algo más conocido por el común de la gente que por los filósofos. El placer que deriva de tal disciplina es conocido por quienes están a merced de los instintos y los sentidos. Cuando la Búsqueda se una al cultivo de una voluntad más firme en ciertas direcciones, sería insensato hacerlo en un espíritu de hosca obediencia. El término de este trabajo sólo puede ser un goce más verdadero y una nueva alegría.

Adoptar tal posición contra la común y constante identificación de sí mismo con los impulsos y emociones del ego, tarde o temprano será un acto necesario para que el aspirante llegue a la luz espiritual. Si repite este acto un suficiente número de veces, se producirá en su vida interior una especie de fisura. Habrá un yo observante y un yo observado. Esto no es siempre evidente, pero lo es en momentos críticos y en situaciones importantes. En suma, estará bajo la guía del Yo superior y sentirá su aura exterior. Las dificultades con las cuales antes se enfrentaba al separarse de su naturaleza inferior y el temor de desligarse de su ego lo habían desalentado al comienzo de la Búsqueda, pero para luchar contra esto conoce el goce de seguir

sus sabios consejos, la fascinación de estudiar su historia, su posición y ramificaciones, y la recompensa de acercarse poco a poco a la condición supremamente deseable del dominio de sí. A medida que la voluntad se hace más fuerte y el tracto interior más limpio, el proceso de autoespiritualización se vuelve más fácil.

Capítulo XIII

EL SILENCIOSO LLAMADO DEL YO SUPERIOR

El hombre del siglo xx vive en una sorprendente época que demasiado a menudo prefiere el estridente sonido del saxófono al silencioso llamado del espíritu. Pasa la mayor parte de sus días en la agitada prosecución de cosas sin importancia. Busca ansiosamente la multitud, pero es incapaz de dedicar un segundo a la búsqueda de aquella quietud en la cual, como nos dice el *Antiguo Testamento*, puede hallar a Dios.

Por inclinación y educación el hombre de Occidente es extravertido. Sus pensamientos son constantemente atraídos por una cosa o por otra, sus emociones están a merced de lo que lo circunda y de los eventos. Llega a embriagarse a tal punto con sus acciones que no puede dejar de hacer una u otra cosa. Esta extroversión desequilibrada, esta continua preocupación por el aspecto físico de la vida que es la moderna existencia del hombre, para las masas es demasiado a menudo una necesidad, pero en las clases más afortunadas una elección deliberada. Este impetuoso deseo de actividad, esta ansia por someterse a una serie de actividades o compromisos, esta terrorífica marcha de hoy que mantiene continuamente en movimiento al cuerpo o la mente de la gente, es agravada por la alta tensión y los horribles ruidos de la vida ciudadana contemporánea.

La intensificación de la vida física obsesiona las energías modernas e intoxica la mente del hombre de hoy. Cuando agregamos a esto las aplástadoras experiencias de la guerra que tantos millones de personas padecieron en este decenio, endurece los nervios y produce un insensible materialismo. Llena la atmósfera de inacabables tensiones. Los traumatismos que resultaron

de ello produjeron inevitablemente una cosecha de desagradables psicosis y atormentadoras neurosis, de desdichadas desorientaciones mentales y desalentadores agotamientos nerviosos. Hay mucha más gente neurótica que en cualquier otra época de la historia del hombre. Son el inevitable subproducto no sólo de una guerra devastadora, sino del ámbito mecanicista del siglo xx y de las complicadas tensiones del vivir. Si la serenidad tiene algún valor, es seguramente hoy en que la violencia, la destrucción, el tumulto, el cambio, el caos y las marejadas agitan las aguas. La vida se ha vuelto tan agitada que se necesita verdaderamente un remedio para las neurosis de guerra y las ansiedades de paz, un antídoto para las tensiones sin precedentes y las presiones psicológicas de la crisis mundial.

Es muy común ver al hombre tenso apresurarse en cumplir su programa diario tan pronto como le sea posible y permanecer nerviosamente tenso mientras lo está llevando a cabo. Parecería que está empeñado en una inacabable y rápida caza, que se renueva todas las mañanas impacientándolo por el tiempo que le toma llevar a cabo las tareas inmediatas. Da más importancia al tiempo medido por el reloj que al juicio intuitivo. La turbulencia de su vida interior y la trivialidad de sus intereses mundanales le hacen perder sus limitados años y muestran que está preso de la insensatez general o de la insensatez personal. Utiliza los programas de actividades creados por él mismo como una excusa para postergar el descanso espiritual, y en la mayoría de los casos esta postergación es demorada por el resto de su vida. En las condiciones existentes, la mera cuestión de ocuparse de los detalles de la vida es tan pesada que gran parte de su fuerza y de su tiempo son tomados por su desmesurada pequeñez. Es tan complicada que hasta la simple concentración en la vida espiritual está llena de obstáculos artificiales. De este modo se ata a la circunferencia del yo y nunca halla o se toma el tiempo de llegar a su centro.

El hombre moderno se ocupa justamente en ganar dinero, pero cuando su ocupación se convierte en preocupación, cuando llega a ser tan dictatorial que le impide todo pensamiento acerca de los fines elevados de la vida, o cuando el gasto del dinero ganado se lo impide, se atrae pruebas y disgustos de sitios donde menos los espera. La tarea de alimentar su cuerpo, de vestirlo y darle un techo suele tomarle mucho tiempo y gran parte de

su energía, pero no debe impedirle ocuparse de la tarea más elevada de hallar el alma.

La inquietud nerviosa, la prisa y las emociones de nuestra época no dejan sitio para otra vida que no sea la de pasajeras sensaciones y breves impresiones. En tales condiciones, las cosas profundas y duraderas suelen desaparecer, las cosas vacías y sensuales se destacan prominentemente. El amor es reemplazado por la lujuria, la ponderada reflexión por la mera curiosidad, y los hombres siguen traicioneros fuegos fatuos que los conducen a pantanos donde se hunden y sufren. Por todos lados se ve el espectáculo de hombres que huyen para no hundirse y sufrir. Por todos lados se ve el espectáculo de hombres que huyen de la verdadera vida y se aferran a la mera apariencia ilusoria de ella, porque es más fácil que someterse a sus exigencias y aceptar sus reajustes. Sin embargo no parecen darse cuenta de que son los verdaderos escapistas.

En este siglo, una tendencia notable, que es más visible en el Occidente moderno que en otras zonas, es la que hace buscar a un hombre mayor número de sensaciones en la experiencia cotidiana. Esta tendencia se desarrolló en fantástico grado y por cierto ha contribuido al extraordinario aumento en nuestra época de casos de alta tensión sanguínea y de ataques al corazón. Las tensiones incesantes del programa diario del hombre del siglo xx le impelen a dar velocidad al pensamiento, y así lo agotan. Aquel que empieza sus actividades o movimientos con tan desesperado ímpetu como para agotarse antes que sea necesario, no comprende que ha de pagar tarde o temprano el precio de su insensatez. Cabe lamentar este hecho, pero las buenas intenciones no le impedirán cometer tal error y el sufrimiento que es su consecuencia. Así como la desesperada necesidad del introvertido no es la de pensar más, sino la de hacer más, la del extravertido no es la de hacer algo, sino encontrar algo que le impida hacer.

Cuando la enfermedad obliga a un extravertido extremado a guardar cama, a no hacer nada, a permanecer tranquilo, logra un verdadero beneficio al permitir que sus poderes de reflexión e intuición se vuelvan más activos y útiles. Este confinamiento forzoso entre las sábanas afecta no sólo el cuerpo del enfermo sino también su mente. Se le ofrece la oportunidad de obtener una nueva perspectiva del curso de su vida

y un nuevo balance de sus juicios. Se encuentra en posesión de un valioso presente —la oportunidad de hacer una nueva estimación de esos juicios, de detenerse y de indagar más profundamente en el significado de los sucesos pasados y de las circunstancias presentes, así como de las posibilidades futuras—. Las tensiones se vuelven entonces más ligeras y las urgencias son menos imperiosas. Debajo de las cobijas puede entregarse al relajamiento —tal vez por primera vez en muchos años— y el Yo superior, que no pudo hacerlo meditar en los fines de la vida de una manera más agradable, ahora lo logra mediante una desagradable enfermedad.

¡Cuánta gente se da cuenta de que la enfermedad les da tiempo para relajarse, reflexionar o rezar, aunque sea forzosamente, y su benéfica influencia los acompaña por el resto de su vida! ¡Cuántas veces el descanso impuesto por la enfermedad permite que las fuerzas curativas de la Naturaleza pongan remedio a una situación creada por desobedecer las leyes higiénicas del cuerpo! De este modo la Naturaleza equilibra el daño físico que hizo.

Si el cuerpo cae enfermo porque su propia higiene no es obedecida, porque las leyes que gobiernan su sano funcionamiento son infringidas, entonces la enfermedad es útil, porque advierte al hombre que debe reformar sus hábitos físicos. Esto debe incitar al médico —lo cual incidentalmente aconseja también Hipócrates, el fundador de la medicina europea—, a ser también un filósofo, a reflexionar en el gran número de enfermedades que en realidad son la búsqueda de amparo contra el desequilibrio propio, el descuido y el autoenvenenamiento. Debe reflexionar también en el gran número de enfermedades que podrían prevenirse si se pudiera hacer comprender a las personas que las señales de peligro que la intuición les hace ver, les advierte de entregarse por un tiempo al descanso o al retiro espiritual para escapar a las excesivas tensiones del trabajo, la pasión, las preocupaciones y las emociones negativas, o los malos hábitos de comer y beber.

Cuando el hombre es incapaz de reconocer la exacta naturaleza de estas señales, cae en la enfermedad y en un obligado descanso, y entonces al estar en cama los pacientes tienen la oportunidad, luego de haberlo descuidado mucho tiempo, de reconsiderar la base de su vida y las reglas que la go-

biernan. Si se niegan a aceptarlo, si están demasiado agobiados por el sufrimiento físico y demasiado compenetrados de su ego a causa de sus emociones, para realizar un examen de sí mismos y de su conducta, entonces la enfermedad no les puede hacer sino daño.

No obstante, es un hecho paradójico que la misma mala salud que los impulsa al relajamiento y a la reflexión y así los conduce indirectamente a una breve iluminación espiritual, en otra persona puede obstruir tal iluminación. La ley general que rige estas manifestaciones es la del cuerpo, y el cuerpo debe estar en buenas condiciones para recibir la iluminación correctamente y sin impedimentos.

Si tantas inquietudes, agitaciones y tensiones no fueran bastante, muchas no se deben a la Naturaleza sino a las circunstancias artificiales de la vida contemporánea en las ciudades, y también a causa de un pensar equivocado y de un mal régimen de vida. No debe sorprender a nadie que todo esto, desde el punto de vista filosófico, tenga consecuencias graves y dañosas. Bajo su gobierno los hombres tienden a perder su fe religiosa y a ser incapaces de llegar a la intuición mística. Les impide hallar el tiempo de pensar acerca de su vida, de sus problemas interiores, de sus fines elevados y profunda significación. Destruye la capacidad de pensar por sí mismos como individuos, y disminuye la capacidad de llevar su pensamiento al estado de concentración. Destruye la ociosa y deliberada tranquilidad de la actitud espiritual.

Entre quienes aspiran al logro espiritual son muchos los que aceptan las sugestiones de las masas que constituyen la sociedad y a quienes no interesan ni se ocupan de esta búsqueda. De resultados de ello se crean deberes ficticios. Encuentran que carecen de tiempo para estudiar y pensar, para aprovechar el silencio o meditar, y que carecen de energía para apartar la atención del curso exterior de los eventos. Por eso no hay escapatoria para ellos a menos que se vuelvan individualistas.

El hombre de Occidente ha explorado y dominado casi toda la superficie del planeta; le queda todavía por explorar una décima parte de su yo interior. Porque de una vida siempre en movimiento, impacientemente enérgica y ambiciosa se hizo un ideal, él, más que los otros, necesita corregir esa parcialidad. Sus

agitaciones y sus actividades tal vez sean virtudes a sus propios ojos, pero son juzgados con ironía entre los orientales que siguen fieles a su herencia interior y se toman el tiempo necesario para dedicarlo todos los días a la adoración, la meditación, el silencio y la soledad, y que de este modo conservan su vida interior como el núcleo de su vida exterior. La costumbre occidental de detener todo el tiempo ocupado conduce a nervios destrozados y a la confusión moral. El único remedio es hacer lugar en la rutina diaria para aprender el arte de la quietud mental. Intervalos de pleno descanso mental y físico deben intercalarse en esta rutina. El deseo reprimido de paz interior preparó al occidental para el advenimiento de las doctrinas psicológicas y de los métodos místicos que lo pueden ayudar ahora a ayudarse a sí mismo. El inconsciente reconocimiento de esta necesidad de lograr un mejor equilibrio entregándose a prácticas de relajamiento es evidenciado por la creciente popularidad de los cultos que aconsejan tales prácticas.

Cuán diferente es la actitud del hombre relajado que pone atención en cada paso que da y vive cada momento con tranquilidad y concentración. Posee el tranquilo sentimiento del ocio, un sentimiento increíble para aquellos que creen que todas las horas deben estar llenas de actividad. Vive de acuerdo con su propio andar, no con el de una sociedad desequilibrada y frenética. Su vida toda transcurre en un tiempo diferente sin prisa, pacífico y placentero. Hasta goza de horas vacías de toda ocupación que enloquecerían al hombre moderno de Occidente. Sin embargo no es ni vagabundo ni holgazán. La dirección general de su vida tiene un propósito bien definido, sus actitudes y acciones tienen profunda significación.

El ejercicio de una calma que nada altera en cualquier circunstancia es una ayuda definida en todos los aspectos. De ella surge naturalmente un exacto discernimiento de los valores y un juicio equilibrado. En la vida de casi todos los hombres hay momentos de mucha congoja o de mucha tentación en que el dominio de sí puede fácilmente quebrantarse, pero su impacto es mucho menor cuando se ha cultivado la tranquilidad. El hombre relajado nunca permite que la ira lo domine a tal punto que lo haga perder el dominio de sí. Sus juicios son naturalmente imparciales y desinteresados, y no son condicionados por sus deseos. Su juicio de la más acalorada disputa será siempre pon-

derado y justo, y muy probablemente correcto y razonable. Nunca se entregará a una crítica negativa sin hacer al mismo tiempo una sugerencia positiva.

¿Cómo puede el hombre moderno destruir su desasosiego y hallar tan deseable paz interior? Puede lograrlo encontrándose a sí mismo. Debe empezar buscando un antídoto para su excesiva extroversión. Encontrará el más eficaz en la deliberada práctica de la introversión ya sea relajándose o meditando, o ambas cosas a la vez, como ejercicio diario. ¡Cuán escasa es la gente que lleva tal vida mística hoy día! La generación actual, cansada de la guerra y ahita de extroversión, está pronta para recibir la verdad filosófica y la práctica mística. Durante mucho tiempo intentó vivir sin un fin elevado. En el pasado esta actitud siempre condujo al fracaso, tal como ocurre hoy. Una inmersión demasiado prolongada en la exterioridad comenzó a producir en los individuos más sensitivos el regreso a la vida espiritual.

Con todo, la vida moderna es demasiado rica en distracciones para permitir el fácil logro de la paz interior sin entablar una lucha abnegada para alcanzarla. ¿Qué pueden hacer aquellos que se ven forzados a compartir las preocupaciones y tensiones de la vida cotidiana? La idea de detener temporariamente toda esta afiebrada actividad les parece a ciertas personas desagradable e irritante. Sin embargo, es precisamente lo que la filosofía les ordena hacer. Les es tan fácil hundirse en los intereses mundanos y los placeres sociales, en las actividades personales, que una pasividad que los aparta de todo esto les parece algo trivial, vacío, inútil e irritante. Es preciso que el aspirante se aparte de vez en cuando de sus deberes ordinarios, y en estos períodos que observe si está cometiendo errores o perdonando debilidades, para hacer el inventario de las experiencias pasadas y las ideas presentes y descubrir el mejor camino para su desarrollo futuro. Esto se logra más fácilmente en la tranquilidad del campo o cerca del mar. No se lo puede lograr en las grandes y ruidosas ciudades.

La mayoría de los hombres necesitan este período de retiro espiritual porque precisan de vez en cuando un respiro de las dificultades y luchas de la vida antes de seguir esforzándose para hacerles frente. Precisan buscar un retiro secreto que los aleje del tumulto de la ciudad, intervalos de pacífico alejamiento

del trajín de la ciudad. Esto debe hacerse no como una escapatoria de la vida mundanal, sino como una preparación para ella. Deben alejarse cuando el impulso interior les obliga a hacerlo, cuando la necesidad interior de tal refugio se vuelve tan urgente y cuando las circunstancias exteriores lo permiten.

Todos los aspirantes deben emplear estos intervalos para aprender a conocerse verdaderamente y a conocer la vida. Luego deben volver a los deberes del mundo, sumergirse en la actividad mundanal y allí poner a prueba sus conocimientos, practicar su discriminación y expresar sus ideales. Es necesario que se alejen de vez en cuando, ya sea por media hora o por un mes, para vigorizar sus fuerzas y concentrar sus sentimientos en la Búsqueda. En esos momentos de retiro precisan de la soledad para crear su propia atmósfera mental, libertad para obedecer sus impulsos interiores de naturaleza espiritual, y aspirar al relajamiento, la purificación y el ennoblecimiento de sus sentimientos.

El alejamiento periódico de las incertidumbres de los asuntos mundanos para alcanzar la certidumbre de los espirituales, de las distracciones de las ciudades a la paz de la soledad de la Naturaleza, es una excelente regla. Es cierto que todos los hombres sienten a veces la necesidad de escapar cuando el exceso de trabajo o de preocupaciones los apremia demasiado o cuando el exceso de relaciones o el exceso de tumulto les hace anhelar el campo y la soledad. En tales momentos escapar a la agitación es beneficioso, por cierto necesario. Pero la filosofía dice, hay que aprovechar estos momentos razonablemente. Que su frecuencia no sea mucha y su duración breve. Es menester alejarse de cuando en cuando, pero sólo por un período limitado. Aunque la filosofía aprueba un alejamiento ocasional y un tranquilo ocio como medios que conducen a un fin más amplio, no aprueba el tranquilo ocio como un fin en sí mismo. Nunca aconseja buscar una evasión permanente y convertirse en un permanente escapista. Una vida bien equilibrada exige un retiro equilibrado. Es tan eficaz buscarlo y seguir siendo un lego, que pasar toda la vida en instituciones que permiten evadirse y convertirse en monje.

No hay necesidad de encerrarse en un monasterio para esta autopreparación; cualquier ser humano puede practicarla en su hogar. A menudo esta práctica da mejores resultados debido

a las oposiciones vencidas, a las dificultades domeñadas, todo lo cual le procura una fuerza que ningún monasterio puede darle. Mientras aconsejaba a Anathapindika, un multimillonario de su época que deseaba renunciar al mundo, el Buda, apóstol de la renunciación del mundo le dijo: "Te digo, permanece en tu condición de vida y aplícate con diligencia a tu empresa. No es la vida, ni la riqueza ni el poder lo que esclavizan al hombre, sino el *aferrarse a la vida, a la riqueza y al poder.*" Cuando un hombre se preocupa por retirarse del mundo, tal vez obedezca a una genuina necesidad interior que en este estadio particular le hará realizar un verdadero progreso. Pero tal vez obedezca, no a la genuina necesidad, sino al tímido temor de enredarse en los asuntos de la inquieta humanidad. En este caso, sólo transfirió su egoísmo de un estado positivo a uno negativo. Su virtud, al no haber sido puesta a prueba, se convierte en una cosa débil y encerrada.

Cuando es imposible alejarse del mundo por largos períodos, se puede aprovechar todos los días cortos momentos de retiro. Pueden tomar desde quince minutos a todo un día. Permiten tomarse breves vacaciones lejos de las rutinas cotidianas y de las distracciones mundanas.

La aventura de la meditación

En esta época dinámica quien da mucho valor a la práctica del relajamiento y de la meditación, es muy probable que sea tomado por un tonto o un loco. Es el primer error de los hombres modernos, presos en el torbellino urbano, el de pensar que si hacen la más breve pausa en su vida cotidiana, perderán algo debido al tiempo que roban a sus asuntos. Por el contrario, si la pausa es verdadera y sincera, lograrán un beneficio en la misma esfera donde temían experimentar una pérdida. Basta tomarse breves intervalos del más completo relajamiento en el régimen diario de actividades personales para experimentar sus benéficos resultados. Debido a las tensiones de la civilización moderna se han convertido en necesidad biológica. Todo hombre que lo haga mejorará su trabajo, se sentirá menos cansado y conservará su vitalidad si recupera sus fuerzas mediante tan provechosa distribución de su tiempo. De este modo no pierde

realmente nada al perder algunos minutos de trabajo y placeres. Precisa esos oasis en el desierto de la jornada de su vida. El pensamiento y el sentimiento deben agradecer esos breves y bellos momentos de liberación de la carga de la existencia común. Empero, irónicamente, las personas que se preocupan por sus cuitas son incapaces de aprovechar un instante de libertad que les ayudaría a dar menos importancia a sus preocupaciones. Y al no tener deseo de relajarse o de meditar, pierden lastimosamente su tiempo. Si pudieran entender las profundas fases de la vida espiritual, comprenderían que la noción común de que la falta de actividad del cuerpo significa que no se hace nada o no se gana nada, los resultados inolvidables de la meditación demuestran su falsedad. La noción menos común de que la falta de actividad del intelecto significa la misma falta de provecho, los inolvidables resultados de la meditación demuestran también que es falsa. Incidentalmente, estas dos etapas no son semejantes sino que una es una etapa más alta y la otra más baja de la misma práctica.

Veremos ahora la profunda sabiduría que se oculta tras la antigua ley religiosa que ordena descansar un día por semana. Estos sabios de la antigüedad imaginaron la manera y los medios para recordar al hombre el verdadero propósito de su vida en la tierra. Corría el riesgo de enredarse por completo en los deseos terrenales y en los asuntos físicos, y olvidar su supremo deseo: el descubrimiento y la comunión con su divina alma. Por eso le enseñaron a sustituirlos con asuntos espirituales y trascendentales, por eso instituyeron un día especial de la semana para este propósito. Cada séptimo día se le recordaba el elevado objeto de todo este trabajo, el fin último para el cual sólo era un medio temporario. Debía ser serio y hasta grave, apartarse de la frivolidad en ese único día porque la muerte era una sombra siempre presente.

Un día de descanso permite que su agotada conciencia externa llegue a su nivel más bajo sólo para que luego sea más fructífera; permite a las más profundas capas de la mente hacer surgir el conocimiento intuitivo y hace que el pensamiento se vuelva hacia el último y sagrado propósito de toda vida humana.

La misma necesidad, el mismo deber son aún más urgentes en nuestro siglo xx. Porque la inventiva moderna, que podría emplearse para disponer de más tiempo libre para la prosecu-

ción espiritual, se emplea en realidad para frustrar este propósito. Con la ayuda de autos, trenes y hasta aviones, y con las facilidades que procuran las diversiones y los deportes, el sábado se pierde en placeres transitorios. Tal día debería ser marcado por la dedicación de la vida al más elevado ideal aceptado y al restablecimiento de la fe en su carácter esencialmente espiritual. Es el momento apropiado para contemplar el futuro, para reflexionar acerca del pasado y, en consecuencia, hacer los cambios necesarios de pensamiento, proyectos y prácticas. Es el momento en que un hombre debe volver a inspirarse en actitudes fundamentales. Ese día debe consagrarse a la oración, al pensamiento acerca de los fines esenciales, a la reflexión sobre la meta a alcanzar, al recuerdo de las aspiraciones, a la lectura de libros inspirados y a la práctica de la meditación. Debe reestimar su valor como alguien que tiene a la divinidad en su corazón. Finalmente debe pensar y tener conciencia del parentesco que existe entre él y Dios.

El flujo de la vida cotidiana entregada al trabajo o al ocio distrae la mente de su propósito superior y la mantiene en movimiento de un tema al otro. Esta continua disipación de las energías psíquicas del yo y de sus fuerzas vitales impide cualquier retraimiento de la atención y de su concentración en su empeño por volver en sí. El intento de ahorrar cierto número de minutos en las veinticuatro horas del día con el único propósito de invertir el flujo de la atención, haciendo que de la inquietud vaya al reposo y de los sentidos al alma, es lo más importante que un hombre pueda emprender. El hombre que no lo hace con la excusa de que no puede disponer de ese breve rato, deberá preguntar a su conciencia si toda la actividad que despliega tanto en el trabajo como en el ocio es tan necesaria como parece. Si su conciencia le da la razón, si no puede hacer otra cosa, basta que mantenga una recta actitud hacia los asuntos externos y tenga siempre presente en el fondo de su mente el pensamiento de la búsqueda espiritual. Sin embargo, son muy escasos quienes se hallan en tan desdichada situación.

Ningún hombre puede decir que tiene una plena experiencia de la vida si no tuvo una experiencia espiritual. Si el hombre de occidente quiere recobrar el equilibrio, no sólo debe entregarse a una vida activa, sino al mismo tiempo a la vida contemplativa. Se debe prestar un lugar destacado y cier-

to a los ejercicios de meditación en las costumbres euroamericanas. Las prácticas místicas no deben limitarse a unas pocas **personas y, en consecuencia, ser consideradas anormales, excéntricas o raras.** Un grupo más extenso debe emplearlas. Quienquiera dedique un momento de su día a ellas y haga un honrado esfuerzo para reformar su modo de vida, un día sentirá dentro de sí la presencia de una individualidad más pura, de un yo espiritual. La costumbre diaria de excluir de la atención los asuntos personales o de apartarlos de la emoción, de alejar la mente de las trivialidades, las tentaciones y los roces del mundo, mientras se deja hundir profundamente en la abstracción, conduce al goce de un pacífico respiro y a la libertad de las tensiones de la vida, el trabajo y la gente.

El hombre que aprende el arte de retraerse dentro de sí para tocar, no las oscuras capas del subconsciente del ego, sino la parte más honda del ser espiritual, alcanza la tranquilidad y la felicidad. Cuanto más profundamente se hunde dentro de su mente, tanto mayores serán los benéficos poderes de curación y pacificación. El preludio de esta contemplación silenciosa iluminará su carácter y espíritu todo el resto del día.

Los grados más internos del propio ser de la mente son los grados más próximos al Yo superior. Debido a este hecho el valor de la meditación mística es único. Porque hace que la conciencia del mediador se interne cada vez más profundamente, se acerque cada vez más al estado divino que es su meollo. Mientras la mente recorra las regiones que le son ajenas, el secreto último del mundo se le escapará. Porque el primer paso que la primordial Mente cósmica dio fue el de su manifestarse exteriormente en el mundo, y esto nos señala la dirección interior donde debemos dar nuestro último paso: es decir, dentro de la mente misma.

La mente humana tiene una sempiterna curiosidad. Quiere conocer cada vez más. Sin embargo, nunca puede desprenderse de su curiosidad y satisfacer su deseo. Todo cuanto consigue es finito y limitado, incompleto e insuficiente, y será siempre así. Cuando por último comprenda este hecho, tarde o temprano emprenderá la búsqueda. Entonces, cuando finalmente consiga rodearla y contemplarla, interiormente, logrará la paz en una infinita satisfacción y ya no necesitará preguntar más.

Vemos las cosas que nos rodean pero no la luz que hace posible la acción de ver. Experimentamos el movimiento de los pensamientos, pero no lo que hace este movimiento posible. Porque así como debemos presuponer la existencia de la luz al fin de ver una cosa, también debemos presuponer la existencia de la mente al fin de conocer un pensamiento. Mientras que la conciencia individual está enteramente embargada en la contemplación de la presentación pictórica a la que llama "mundo", seguirá siendo inconsciente de su propio ser, seguirá siendo un misterio no revelado para ella misma. No sabemos que los mismos pensamientos que producen el mundo de nuestra experiencia transitoria, nos apartan al mismo tiempo del mundo de la realidad eterna. Por eso la necesidad del alejamiento místico de ellos es tan importante. El fin de la meditación, cuando culmina en la contemplación, es el aquietar de toda actividad mental para que la mente misma, la fuente y condición de esta actividad, pueda conocerse en su estado original. La práctica conduce finalmente al artista a encontrar la belleza y al místico a encontrar la divinidad dentro de sí. Este es su más elevado propósito. Así lo conduce desde el materialismo al mentalismo, el cual le enseña la verdad acerca de la "materia" y le revela la realidad que se oculta tras sus múltiples apariencias.

Hay una Mente en el hombre, inconmensurablemente superior a su mente ordinaria. Si, en los momentos de quietud y de tranquilidad de ánimo, espera pacientemente sus exigencias y se somete a ellas, si en esos ensueños y abandonos espera atentamente y al mismo tiempo positivamente hasta que el Yo superior le revele su presencia, logrará comprensión, poder y dirección inconmensurablemente superiores a lo que conoce comúnmente.

La fuerza se desboca sin la sabiduría y la calma que la dirigen; la verdad complementaria es que el conocimiento es mudo a menos que se lo ponga en acción. El yogui que, en cuclillas, permanece en tranquila meditación y descanso, a la sombra de las palmeras, silencioso e inmóvil como una piedra es un espectáculo fascinante para algunos occidentales atormentados. Es un testigo reflexivo y no un actor activo en el juego de la vida, sus ojos están fijos, cerrados a medias, y su mente está aferrada a un mundo donde no hay cuestiones molestas ni problemas turbadores. Pero ¿acaso el yogui podría mantener

el mismo desapego en la clase de vida turbulenta y llena de ocupaciones que el occidental medio debe llevar?

Es cierto que el hombre que empieza su día, lo interrumpe o lo termina sentado con las manos sobre las rodillas, con la respiración tranquila y regulada y los ojos entrecerrados o cerrados, y que fija sus pensamientos por todo el tiempo posible en la Mente que es al mismo tiempo la fuente sublime y el misterioso sustentador de su ser; se acerca al juicio y a una vida plenamente equilibrada y que entonces extrae deliberadamente fuerza moral y una visión de largo alcance de sus momentos de meditación para ocuparse de sus asuntos diarios, ya sea en la oficina o en la fábrica, en el tribunal o en el hospital, en la granja o en un barco, y si trata de hacer su trabajo con penetración o efectiva practicidad, tanto él como el mundo obtendrán provecho de ello. Obtendrá el suficiente desligamiento filosófico para discernir en medio de sus actividades externas y ambiciones terrenas que son transitorias como espuma. Tratará de cumplir su deber en medio del tumulto del mundo, y cumplirlo bien, pero no descuidará el elevado deber que le enseña la quietud mística que se oculta tras el tumulto del mundo. Se impondrá una disciplina diaria, pero como la fuente de tal disciplina es el Yo superior, surgirá cada vez con mayor espontaneidad y sin que se esfuerce ni la busque. Con este régimen le será eventualmente posible alcanzar un estado en el cual las heridas y males de la vida cotidiana ya no lo puedan más lastimar. Hasta los errores se convertirán en oportunidades de progreso.

Sólo se justificará la civilización cuando los hombres del mundo se conviertan en místicos, y cuando los místicos vuelvan a descubrir el mundo. En el período en que vivimos hoy, dominado por la economía y la política, por el materialismo y la violencia, el misticismo está inevitablemente separado de la vida mundanal. Los espíritus tranquilos reaccionan contra el estrépito alejándose de las ciudades. Los espíritus gentiles reaccionan contra la violencia retornando a la soledad. Las mentes intuitivas reaccionan contra su materialismo sumergiéndose en el estudio y la contemplación. El misticismo no encuentra ningún lugar donde afirmarse y se entrega a la evasión. Pero aun cuando lo haga hoy en defensa propia, con el tiempo se verá obligado a invertir este proceso, después de ciertos eventos. Cuando pase el punto culminante de la violencia, cuando el materialismo se

desplome agotado, el misticismo tendrá que volver al servicio activo, y sus conductores sentirán la urgencia y la necesidad de obrar en el mundo exterior. Hallarán lugar en una sociedad que, en su antiguo gobierno, no sabía que hacer con ellos. Entonces la vida pública será inspirada por sus revelaciones.

Cuando la gran mística española Santa Teresa penetró finalmente en el encantador resplandor de su experiencia mística, observó: "Este es el fin de esa unión espiritual, que en el nacer de su obrar, *obra*." Lo que halló en el curso de su desarrollo anunciaba lo que hallarán eventualmente en nuestro siglo místicos inteligentes, en contraste con los místicos egocéntricos y neuróticos. Tendrán que enunciar ideas precisas y claras respecto de las implicaciones prácticas y de los valores sociales del misticismo en una época de revolución mundial.

Llegará la hora en que el hombre extravertido tenga que comprenderse a sí mismo y, paralelamente, llevar la paz interior a sus nervios destrozados. Durante siglos estuvo cuestionando el universo entero, era inevitable que empezase a cuestionarse a sí mismo.

Es difícil explicar, con precisión y exactitud, cómo una persona empieza a conocer que ese sublime poder, el Yo superior, existe dentro de ella misma: la revelación es compleja. Consiste en una certidumbre metafísica, un sentimiento intuitivo y una experiencia mística, que apuntan todos hacia un indescriptible algo que, de todas las cosas, es lo único que existe por propio derecho independiente; que por su misma naturaleza es un ser sin causa, eterno y perfecto.

Basta la afirmación de Jesús: "El reino de los cielos está dentro de vosotros". El significado de estas hermosas palabras es transparente. Aquel que busca algo eclesiástico en ellas, pierde su tiempo. Ordenan a todos los hombres a oír en silencioso ensueño las intimaciones de ese ser oculto, es decir, practicar la quietud mental y sumergirse en la contemplación. Una vez que reconoce que la Mente Divina, sea cual fuere el lugar del infinito universo en que esté, también está dentro de él, deja de buscar en la oscuridad y empieza a andar en la luz. Dios ya no es más un Ser extraño y remoto a quien se propicia en abyecto temor o se halaga en lastimosas rogativas, sino una presencia sublime y siempre presente a quien se busca en el propio corazón; y que se busca noblemente en el gozo, la reverencia, la

humildad y el amor. Al final, las enseñanzas religiosas acerca del alma no sólo deben fundarse en una auténtica experiencia personal de los conductores, sino que deben llevar a la experiencia personal de los seguidores, o probarán ser insuficientes.

El alma, ese misterioso ente que es enteramente no existente para mucha gente y cuya búsqueda es quimérica para la mayoría, con el tiempo será lo único que quede cuando todo lo demás desaparezca. Si los pensamientos del hombre siempre se dirigen hacia el objeto de su experiencia y nunca van hacia la conciencia que posibilita esta experiencia, es inevitable entonces que ese objeto asuma una significación y realidad únicamente para y en sí mismo. Es decir, se convertirá en materialista. Sin embargo, el Yo superior es aquello de lo cual proviene su conciencia. ¿No puede concederse a sí mismo la ocasión espiritual de ponerse en contacto con él, con su yo más íntimo?

Puede viajar a lo ancho y largo de los cinco continentes para ponerse en comunicación con los científicos más inteligentes, pero si no viaja por su interior y no se pone en comunicación con su propio yo divino, el secreto de la vida siempre se le escapará. Pierde lo que es más importante si pierde la ocasión de entrar en el invisible templo de su propio corazón. Allí mora el alma, allí el rayo de Dios hiere al individuo y sólo allí logrará el satisfactorio descubrimiento de lo que es realmente. Esta es la tarea fundamental: tener conciencia de lo divino que está en él. Todas las demás son secundarias o terciarias. Debe establecerse en la conciencia del Yo superior por y para sí mismo. Ningún otro hombre puede hacerlo por él. Y el trabajo de la Búsqueda en purificación y meditación es indispensable para este propósito.

Un ejercicio práctico de relajamiento

Las prácticas de meditación fueron descritas por el autor en algunos de sus libros anteriores: *El sendero secreto*, *La búsqueda del Yo superior* y *La Sabiduría del Yo superior*, y estas descripciones no precisan ser repetidas aquí. Pero es aconsejable recordar otra vez a los lectores las advertencias dadas en esas obras. Es menester que comprendan claramente que la mediumnidad espiritualista no es de ningún modo una meta que deben buscar los aspirantes a la filosofía, y si sus prácticas de meditación parecen conducirlos a tal resultado, deben abandonarlas. Aun no

están prontos, y deben aplicar sus esfuerzos hacia al automejoramiento.

La práctica indiscriminada de ejercicios de percepción psíquica pasiva y negativa y de mediumnidad por gente que sabe poco o nada de las fuerzas que están evocando, es deplorable. Pero en forma diferente la misma crítica puede aplicarse a aquellos que juegan con ejercicios místicos sin ocuparse de las leyes morales y las múltiples condiciones que rigen el misticismo. La meditación es meramente una parte del enfoque total que se precisa en la búsqueda del Yo superior. El trabajo sobre un apropiado equilibrio de la psique, sobre el fortalecimiento del carácter y la eliminación de los rasgos negativos, es aún más importante. Porque es al mismo tiempo una salvaguardia para asegurar resultados correctos y el medio de evitar sufrimientos innecesarios.

Cuando la inteligencia, el sentido común, el juicio y la discriminación faltan, mientras las emociones neuróticas, las tendencias histéricas y el egoísmo personal se hacen sentir con fuerza, cuando no se realiza intento alguno de disciplinar el carácter, de descartar los sentimientos destructores como la ira y el odio, los poderes que suelen desplegarse con la meditación son más dañinos que benéficos. Se califica entonces a tales riesgos de trastornos nerviosos, de alucinaciones, en lugar de llamarlos autoestimación e insensatez. De ahí que en los antiguos manuales de yoga se prescribía que la purificación debía preceder o acompañar a la meditación.

Las técnicas prácticas de los ejercicios de relajamiento no fueron explicadas antes y lo esencial será descrito brevemente. El estudiante puede iniciarlos adoptando una actitud más descansada hacia la gente y hacia los sucesos. Es cuestión de empaparse de un poco de filosofía. Entonces puede entregarse al ejercicio, acostándose de espaldas en una postura supina, cerrando los ojos y conservando toda su energía muscular y nerviosa. Se produce una interacción mutua de la mente y el cuerpo. Un cuerpo relajado tiende a inducir una mente relajada, de igual manera que una mente excitada tiende a inducir un cuerpo inquieto.

El relajamiento le procurará el tónico que necesita y el descanso que requiere, pero para poner al cuerpo en un estado más receptivo, debe preceder al ejercicio una respiración profunda y rítmica, que el estudiante empezará tan pronto como se acueste.

Las manos deben estar flojamente unidas sobre el plexo solar. El aire le trae la fuerza vital y un cambio en su manera de inhalar efecta al cuerpo y no tarda en eliminar el cansancio. Este ejercicio rítmico requiere que la inhalación se haga silenciosa y muy lentamente, contando uno, dos, tres, cuatro, cinco. Al exhalar, debe repetir mentalmente los mismos números. Es esta coherencia de un ritmo medido y equilibrado lo que extrae la vitalidad del aire y la hace absorber por el cuerpo y armoniza sus funciones. Debe saturar su mente misma con dicho ritmo. Con el tiempo los pulmones lo seguirán automáticamente y la atención se sumergirá a tal punto en el ejercicio que se unirá a él. La respiración debe ser larga, profunda, lenta e igual, no espasmódica ni tensa. La aminoración de la respiración debe resultar en una disminución de la tensión. Unos pocos minutos de esta práctica preliminar extienden la vitalidad como oleadas a través del cuerpo entero. Tiene que pensar en la Unica Fuerza Vital que llena todo el universo, que existe en todas partes, que llena el espacio, que contiene y compenetra todas las criaturas, incluso a él y toda la humanidad. Debe imaginarse entonces que flota en el espacio en torno de su cabeza, luego que fluye con movimiento igual y rítmico por el costado derecho de su cabeza, por el costado de su tronco y a lo largo de la pierna derecha; luego subiendo por la pierna izquierda, por el costado izquierdo y otra vez detrás de la cabeza. Este fluir circular debe repetirse unas pocas veces, dejando que la corriente descanse por un momento en la cabeza y al final de cada circuito. Ninguna parte del cuerpo debe estar fuera de la corriente benéfica. Todo esto se efectúa con los ojos cerrados.

El próximo paso consiste en levantar los dos brazos y luego dejarlos caer abruptamente por su propio peso como si estuviesen muertos. Esto se repite con las piernas. Entonces se examina mentalmente el cuerpo entero de la cabeza a los pies. Verá que algunos músculos están inconscientemente contraídos y tensos. Debe eliminar esta contracción cada vez que la encuentre y la tensión de los nervios cada vez que la siente. Los miembros han de estar confortablemente sueltos. Es preciso que preste mucha atención al relajamiento de la columna vertebral y de las manos, y relajar el conjunto de músculos entre las espaldas y la nuca.

El ejemplo humano más perfecto de descanso es el del bebé

que duerme. Los hábitos de la civilización han traído la artificialidad. Los vestidos modernos, los muebles y los métodos de trabajo se interponen y hasta pervirtieron la manera natural de descansar. Hacen que los músculos se contraigan cuando no hay ninguna necesidad de hacerlo, perdiendo así energía y descargando la batería del cuerpo.

Una útil práctica complementaria para quien está empeñado en un trabajo continuo, o en una actividad mental, es tomar súbita y deliberadamente un minuto o dos cada hora, si se puede hacerlo, y pasarlos en posición supina, con el cuerpo completamente relajado y lejos de lo que está haciendo en ese momento. Cuando le es imposible hacerlo, un breve momento de relajamiento al promediar la mañana y la tarde, será de gran ayuda. La cantidad de energía que se conserva recurriendo a ese estado de relajamiento entre los esfuerzos del trabajo es quizás infinitesimal en un momento dado, pero se vuelve considerable cuando se lo mide por la escala de los meses y años. Lo que el hombre indisciplinado pierde involuntariamente por una innecesaria o excesiva contracción de ciertos músculos, y por movimientos exagerados de todo el cuerpo, aunque sólo sean los movimientos inconscientes de las manos y los pies, muestra hasta qué punto es víctima de malas costumbres.

Los ejercicios de relajamiento sirven en los momentos en que un hombre se halla enfrentado con diversas clases de problemas. Una mente agotada por un suceso turbador o por la fatiga nerviosa puede lograr un mejor enfoque si recurre a esta postura muella y carente de vida y al mismo tiempo respira en una forma rítmica y lenta, o si aprovecha estos breves y estimulantes momentos de respiro, de los problemas que lo oprimen. Si tropieza con una de las muchas dificultades de la vida, que le causa ansiedad, temor o inquietud, el estudiante debe practicar la técnica física cada vez que le sea posible, o la técnica mental de relajarse en una completa calma, si no le es posible. Debe suspenderse todo juicio sobre una situación y recordar que al manifestar temor, por ejemplo, en realidad es un juicio. Debe detener toda consideración del asunto y descartarlo mentalmente hasta que pueda alcanzar el primer fruto emocional de la excelente práctica de relajamiento, que reduce en gran medida la propensión al temor, la preocupación o la ira.

La aplicación de estas técnicas a una difícil o amenazante

situación no es una forma de evasión. Enfrentar francamente los hechos, es evidentemente un consejo filosófico. Pero no debe enfrentarlos cuando está dominado por el pánico, el terror o demasiado trastornado para encontrarles una salida. Más bien debe juzgarlos después que sus ejercicios de relajamiento le calmaron los nervios y los sentimientos, le devolvieron su equilibrio, le eliminaron las tensiones y fortalecieron su juicio. Por cierto será entonces más fuerte y más sereno, y por eso más hábil para hacerles frente. Hasta será más sabio, en cuyo caso, tendrá más confianza y valor. No perderá nada en cuanto al tiempo, porque con tal enfoque será capaz de tomar decisiones más rápidamente y llevar a cabo las acciones necesarias con mayor velocidad.

En el caso de ese prolongado relajamiento que es el sueño, el hombre se beneficiaría si reconociese que las actividades del día sólo tienen valor por su final nocturno y se preguntase, como Pitágoras aconsejaba a sus discípulos: "¿Qué hice? ¿Qué es lo que no hice y hubiera debido hacer?" El resultado de estas preguntas debe utilizarse en las renovadas tentativas de autodisciplina. Es igualmente una práctica útil la de usar los primeros minutos después del despertar para autoexaminarse y autoprepararse. Ya es tiempo de pensar —aunque sea sólo unos instantes— en ponerse en armonía antes de empezar y llevar a cabo las tareas rutinarias del día.

Todo lo referente a librar las emociones y el pensamiento de cualidades negativas y al adiestramiento en el relajamiento y la meditación, fueron escritos antes con la intención de lograr un resultado espiritual. El proceso preliminar es inevitable en la mayoría de los casos para alcanzar tal resultado. Así como el labrador debe perder mucho tiempo preparando cuidadosamente la tierra y sembrando las semillas si desea obtener una buena cosecha, así también el aspirante debe preparar las condiciones correctas y desarrollar las cualidades correctas si desea una auténtica experiencia mística. Pero no sería justo para la Búsqueda guardar un silencio total respecto de los resultados físicos. La ciencia médica empezó, si bien con algún retraso, a investigar el origen psicosomático de las enfermedades y se vio forzada a ceder, aunque de mala gana, y llegar a la conclusión de que las enfermedades físicas tienen un origen psicológico.

La salud física es algo que sólo podemos controlar parcialmente obedeciendo a las leyes de la higiene física. Porque el

estado del cuerpo está inseparablemente vinculado con el de la mente. Se produce una interacción mutua y uno influye en el otro. El pensar equivocado, los sentimientos desagradables o las pasiones desordenadas producen, no en seguida sino con el tiempo, su efecto sobre la salud del cuerpo o hacen al hombre proclive a los accidentes.

Los pensamientos pueden beneficiar la salud o dañarla, pueden ayudar las funciones del cuerpo o impedir las. El hombre que acaba de sufrir una pérdida y se siente angustiado hasta un punto intolerable, puede comer y no digerir su alimento, debilitarse y adelgazar. "El cuerpo es afectado por la desdicha mental como el agua en una jarra por el hierro al rojo que se sumerge en ella", dijeron hace cinco mil años los sabios indios del *Mahabharata*. Algunas personas atribuyen la melancolía de Hamlet al mal estado de su hígado, pero deberían averiguar primero si el mal estado de su hígado no se debía a su melancolía.

El pensar equivocado suele reproducirse en los tejidos enfermos. Los trastornos emocionales son la causa oculta de la enfermedad física. Las actitudes morales no carecen de valor práctico. Los procesos mentales pueden repercutir en el cuerpo. La relación entre el pensamiento y el sentimiento y la enfermedad y la mala salud es fácilmente trazable: los pares no pueden separarse. El hombre que se aferra a una disposición de ánimo emocional y negativa, por bastante tiempo, lo verá reflejado, tarde o temprano, en condiciones físicas negativas. Si se inclina a criticar excesivamente a sus semejantes, puede producirle un flujo excesivo de bilis; la consecuencia será la creación de una condición biliosa. Si ello se prolonga por mucho tiempo, su hígado puede producirle un flujo excesivo de bilis; la consecuencia será la creación de una condición biliosa. Si ello se prolonga por mucho tiempo, su hígado puede resentirse permanentemente. Y si a la crítica añade el odio, que le llena siempre la mente, entonces por un obrar directo de la ley de la Naturaleza, con el tiempo el veneno llenará su sangre. Otros sentimientos negativos como la ira y la amargura, la frustración y el odio, los celos y la codicia, si son bastante fuertes y se mantienen por mucho tiempo, eventualmente se reflejarán en una enfermedad del cuerpo.

La corrupción de los pensamientos y sentimientos del hombre —un proceso largo y lento— llevan con el tiempo a la corrupción de su cuerpo y de sus órganos. Al mancillar al uno,

lleva la enfermedad al otro. En sus primeros días no necesitaba recurrir a los médicos porque eran innecesarios.

Si los pensamientos y las emociones negativas enferman el cuerpo ¿los positivos no mejorarán su salud? Si la mente puede crear involuntariamente la enfermedad ¿no será acaso capaz de crear conscientemente la buena salud? La lógica exige una respuesta afirmativa. No obstante, si es una verdad poco conocida pero muy necesaria la de saber que muchas enfermedades deben su origen a defectos del carácter o a errores en el pensamiento, es pura fantasía afirmar que todas las enfermedades se produjeron a causa de tales condiciones. La higiene física ocupa un lugar preponderante, y tiene sus leyes y principios.

Los momentos de iluminación

La diferencia entre la adoración mística y la religiosa es que en la primera el hombre se esfuerza por unirse, mediante la meditación, con un poder elevado, mientras que en la segunda busca el mismo resultado por medio de la plegaria. Lo que la separa del poder es en este caso reconocido y mantenido, mientras que el místico trata de vencerlo. Cada clase de adoración es necesaria y ocupa su propio lugar en la vida espiritual. La convicción de que hay un "Otro", un poder diferente y más elevado que el suyo, embarga al devoto religioso. La convicción de que el Otro es idéntico a su yo más recóndito, embarga al místico que medita. La meditación lleva finalmente a un sentimiento de gran fuerza porque quien medita se acerca a la unión con su yo elevado, y por lo tanto una parte de su fuerza empieza a penetrarlo. La plegaria, por otra parte, debido al sentido de distancia entre el devoto y Dios, lo hace humilde y débil. Por cierto, la plegaria no cumplirá su propósito si es pronunciada por alguien consciente de su fuerza y sabiduría, de su dominio de sí y de su propia importancia. Si ha de tener alguna eficacia, debe ser proferida en un espíritu de contrición, debilidad, dependencia y humildad. La devoción religiosa es una actitud correcta para todos los seres humanos. Como rayos de un sol espiritual, deben adorar su fuente; como seres imperfectos, deben amar al ser perfecto.

Debe anteceder a toda meditación un período de intensa

devoción, de ferviente aspiración, de amante adoración y humilde plegaria. Las emociones han de empeñarse profundamente en esa búsqueda. El pensamiento de autoprogreso es necesario, pero la oración de autohumildad no es menos necesaria. El principal valor de cualquier clase de adoración religiosa estriba en que libra la mente de las preocupaciones por los asuntos mundanales y le hace reconocer humildemente su relación con la fuente divina. Todos los hombres tienen derecho a rogar a su Yo superior. Al inclinarse mentalmente en su humilde y silenciosa adoración, el hombre obedece a un instinto sano y reclama lo que le es propio.

A veces en los períodos de relajamiento, plegaria o meditación, pero otras veces fuera de ellos, el aspirante experimenta momentos, disposiciones de ánimo, horas o hasta días de gran elevación, de serena exaltación o de inspiración extática. Estas son en verdad vislumbres, cercanas o lejanas, claras o coloreadas por el ego, del Yo superior. Tales momentos con su rico sentimiento y profunda comprensión perduran en la memoria y nunca pueden olvidarse. Imparten otra dimensión a la vida. El hombre llegará a querer estas poco frecuentes vislumbres, estas breves iluminaciones, porque para él representan lo que hay de mejor en la vida.

Junto con estas vislumbres se experimenta cuanto hay de más inspirado en el arte y que los artistas tratan de encontrar y expresar. Es el puro espíritu de la belleza. Habla a su intuición y a través de ella a la intuición de la humanidad, a cuyo desarrollo superior presta su ayuda.

La feliz experiencia del Yo superior puede o no producirse rápidamente, pero es siempre abrupta. En un momento el estudiante sigue siendo su ordinario yo egotista, que lucha con sus inquietos pensamientos y turbulentos sentimientos, en otro el ego de súbito desaparece, y todas las facultades se aquietan. Todo cuanto debe hacer es no resistir a la divinidad que se posesiona de él, recibirla con amor y no luchar laboriosamente. El cambio lo sorprende sin que se dé cuenta debido a su rapidez. Lo puede preceder una extraña y feliz premonición. Lo puede precipitar, marcar o ayudar un importante evento exterior, o una serie de tales eventos. Pero que ocurra o no, tendrá plena conciencia de un movimiento que lo aleja del centro habi-

tual de su sentir, pensar y hacer y lo lleva a un nuevo y totalmente diferente y superior nivel.

La proximidad de esta experiencia está señalada por varias señales. El intelecto está como en suspenso; la voluntad, el juicio, la memoria y el razonamiento se deslizan suavemente a un estado de expectación. Una honda serenidad, desconocida antes, se posesiona de él, y se siente sumergido en una exquisita tranquilidad. En esos momentos de gozosa belleza, el amargo pasado se borra y los hechos más horribles son redimidos. Con la mente profundamente aferrada por el Yo superior en una atmósfera de exaltación, los tormentos y las cargas de la vida se dejan oír débilmente a las puertas de la atención; las preocupaciones de una vida entera se desvanecen en la nada, los temores del futuro disminuyen hasta volverse triviales. La perspectiva del mundo se hace más amplia, se ennoblece y se ilumina, y ya no la limitan más los intereses comunes. Los velos que ocultan la verdad son levantados por un momento. La idea de poseer un yo elevado, la convicción de que es fundamentalmente un alma, aparece en su existencia con gran fuerza revelatoria, y siente que emerge a una luz gloriosa después de su espantoso viaje por un oscuro y largo túnel.

Pues, para que el Yo superior se entregue plena y perpetuamente a un hombre, es un raro y maravilloso acontecimiento. La mayoría de las veces se entrega por un breve momento. Esta vislumbre desaparece rápidamente, porque el hombre aun no está preparado para permanecer por largo tiempo en tan elevado orden de ser. La resplandeciente experiencia es gloriosa y memorable, pero retrocede porque es cegado por su luz. No puede retenerla porque no está preparado para hacerlo.

La gente se queja muy a menudo de que las exaltadas experiencias del Yo superior no son continuas, y en verdad están más allá del dominio del aspirante. El Yo superior parece abandonarlo, y la pérdida lo trae de vuelta a su yo acostumbrado. Este fenómeno no está sometido a su voluntad. No está en su poder repetirlo. La visita celestial aparece en el momento en que menos la espera, y en la misma forma misteriosa desaparece. Nunca será capaz de observar exactamente la mecánica de este movimiento. Esto indica que le son otorgadas por la gracia del Yo superior, o por la gracia de un hombre iluminado. Porque son tan excepcionales es una locura pedir su retorno, pero la

sabiduría lo prepara. Aquel que ha visto la meta, que sintió su sublimidad, que discernió su realidad, que gozó su belleza y conoció su seguridad, extrae de esta experiencia la fuerza necesaria para el duro ascenso. Ha de contemplar la breve vislumbre que le fue otorgada en el resplandor de esos momentos, los mejores de su vida, como un plano para su obrar futuro. Tiene que rehacer su propio ser de acuerdo con el modelo mental que tiene ante los ojos. La diferencia existente entre la idea y la realidad lo avergonzará constantemente y le obligará a empeñarse en renovadas tentativas, y hará que sus esfuerzos sean más serios, más frecuentes y arduos, y despertará en él un creciente anhelo de mejoramiento de sí. Le mostró las más bellas potencialidades de la virtud; ahora debe llevarlas a cabo. Todos los elementos de la personalidad han de ser reajustados para estar a la altura del ideal que vislumbró, así como toda la personalidad debe entregarse a él. Un trabajo que dura varios años tiene su raíz en un relámpago que dura unos pocos segundos.

La delicia de este exaltado momento y la fragancia de esta gracia celestial serán un recuerdo perdurable después de su desaparición. Su influencia en los años venideros y en el pensamiento es tanto más larga y benéfica cuanto la experiencia fue breve y bella. La experiencia no tarda en desvanecerse, pero el recuerdo de su certidumbre queda. Sirve para intensificar y ampliar su amor y apego a ella, y le procura hermosos recuerdos para sostener y sustentar su fidelidad a la búsqueda en los fatigantes y largos años de lucha y oscuridad.

En adelante debe dirigir al ser divino, que vislumbró en esta forma, todas sus plegarias, y ha de buscar ayuda en su recuerdo, confiando en él debe realizar todas sus tentativas, a su luz recorrerá los caminos de la vida, y a su compasión debe solicitar la gracia.

Muchas veces se pregunta por qué el yo interior está tan astutamente oculto, es tan completamente elusivo, tan enteramente alejado de la vista humana y de su búsqueda. ¿Por qué cuesta tanto encontrarlo? La respuesta es que los más grandes tesoros son los más difíciles de encontrar. Pero se debe también a que el Yo superior no puede llevar la vestidura de los pensamientos egoístas y de las formas animales sin traicionar su verdadero carácter. Nos corresponde a nosotros el desechar tales limitaciones y lograr así la capacidad de acercarnos a él.

Dios no tiene la intención de ocultarse siempre a los hijos cuya verdadera existencia es el resultado de la propia actividad de Dios. Poco a poco, a medida que aprenden a usar sus dotes naturales mientras crecen, se acercarán inevitablemente al Yo superior, el delegado de Dios en la tierra. Nada les es negado, salvo lo que no pertenece a la particular fase por la que están pasando. Tendrán que desplegar todas sus facultades de sentimiento, pensamiento y voluntad, luego de intuición, disciplina y equilibrio bajo el mando de la intuición. Hecho esto, de seguro la revelación se producirá y el Yo superior por propia voluntad derramará su luz espontáneamente, al comienzo en vislumbres y después plena y finalmente.

El Yo superior es el alma del hombre, su conexión con el Poder Absoluto. Una parte de él vive, sufre y goza en el tiempo y el espacio. Otra parte, misteriosa, casi desconocida, lo trasciende completamente y vive serenamente libre de todas sus mutaciones. Cada hombre en las honduras de su ser esencial es una emanación de la Mente-Mundo. Por lo tanto es más divino de cuanto conoce, más santo de cuanto parece, más sabio de cuanto cree. Su autoesfuerzo no trae la conciencia trascendental a la existencia, no la crea. Eterno e inmortal, siempre estuvo en la capa más profunda de la mente. Lo que hace es penetrarla y realizarla. Su ego finito está tan completamente separado de la Mente-Mundo que ni siquiera es posible una relación indirecta entre ellos. Existe un vínculo sagrado del Yo superior mediante el cual el ego puede ver su divina presencia. Es la individualidad superior, el permanente yo en él.

Pero la inmortalidad del Yo superior, aunque carece de edad para nuestras normas terrestres, sigue sometida al comienzo y al fin del ciclo cósmico. Es una parte del cosmos manifestado por la Mente-Mundo, cuya inmersión en la Mente señala asimismo su propia inmersión. Le es imposible a la imaginación humana concebir la duración de un eón cósmico. Es tan vasto que se lo puede tomar por sinónimo de eternidad. El Yo superior vive a todo lo largo de dicho eón y luego, con la retirada de la Mente-Mundo y su entero cosmos de todas las cosas y todos los seres en completa latencia, se sumerge en el Vacío último. Sólo se manifestará en el alborear de un nuevo día cósmico.

Cuando experimentamos la Mente a través de los sentidos

la denominamos *materia*. Cuando la experimentamos mediante el pensar o la imaginación la llamamos *Idea*. Cuando la experimentamos tal cual es en su puro ser, la llamamos *Espíritu*, o mejor dicho, Yo superior. Esto es penetración, esta comprensión espontánea de que la Mente siempre *es*, ya sea Vacío o mundo. Después de una bella intuición, una extática meditación mística, el místico cree que fue visitado por el Yo superior. Pero en verdad nunca puede visitarlo porque nunca dejó de estar en él. Es una presencia eterna, está siempre con él. Lo que cambia, lo que mueve, es el pensar. Que lo oiga o no, que lo escuche o no, el Yo superior le dice perpetua y silenciosamente: "YO SOY".

Sólo allí, en la conciencia que es por completo autosuficiente porque es completamente real, se puede pronunciar verdaderamente las palabras: "¡Yo soy!" Porque en los estados inferiores el hombre sólo puede decir: "Soy este cuerpo" o "Soy estos pensamientos" o "Soy estas emociones". Por eso aquello a lo cual el hombre no iluminado da el nombre de *Yo es* en verdad otra cosa. Y por eso debe aprender el arte de abstraerse del no yo, si desea la paz de la verdadera realización.

Lo que tiene que ver todo esto con la situación crítica del mundo en la actualidad se esclarece ahora. La conexión depende tanto de la verdad sobre la naturaleza del hombre como del propósito de su encarnación. El conjunto de hombres y mujeres llamado sociedad no está menos sometida a la necesidad de plasmar su vida de acuerdo con esta verdad y este propósito, que en el caso de un solo individuo. Sócrates lloró al ver la corrupción e ignorancia de Atenas y Jesús lloró al ver la corrupción e ignorancia de Jerusalén. Los hombres pasan toda la vida sumergidos en el error cuando podrían pasarla sumergidos en la verdad. Hacen el mal cuando podrían hacer el bien. De ello resulta el sufrimiento en lugar de la paz. Cuando las más importantes decisiones de la vida se toman en una condición de ignorancia espiritual, ¿qué otros resultados se pueden esperar que los desdichados? Es un momento amargo —y la conciencia de su error se hace dolorosamente sentir— cuando descubren que los fines perseguidos los condujeron a un callejón sin salida y que las ambiciones que alimentaron sólo les dejaron las manos llenas de cenizas.

El materialismo es inevitable como fase temporaria del empeño del hombre por comprender los hechos de la vida. Para aquellos que desean escapar de las presiones y tiranías del materialismo contemporáneo, la filosofía les ofrece el camino más efectivo y más seguro. Ayuda a comprender la verdadera relación entre lo divino y lo humano. Les permite llevar a cabo sus potencialidades espirituales.

El más importante problema de todas las naciones es la ignorancia humana de las leyes divinas. Que el crimen y la sordidez y los residuos de animalidad que se expresan en la brutalidad y la violencia, existen en la vida humana no puede ser negado, pero no es preciso detenerse en ello. El mal en la naturaleza humana es un hecho en lo relativo a los propósitos prácticos, por más relativos e ideacionales que sean en cuanto a los propósitos metafísicos. Aunque el sabio en su cima intelectual ve el divino bien por todas partes, el sabio en sus relaciones físicas con los hombres no puede dejar de ver los elementos oscuros de su disfraz ético. Por eso los aspirantes a la filosofía deben sopesar hasta qué punto es justo dejarse llevar por las corrientes de su tiempo y en qué punto deben resistirlas. Si ciertos hombres no se comportan bien, ellos tienen el placer de conducirse rectamente. Si otros son insensatos y egoístas, ellos tienen la satisfacción de ser sabios y altruistas. Si la humanidad va hacia el abismo, ellos siguen un camino ascendente.

FINIS

INDICE

CAP.	PÁG.
I — LA CRISIS EN LA SOCIEDAD	5
II — ¡NO HABRÁ UN MUNDO MEJOR SIN HOMBRES MEJORES!	15
III — LA EDAD DE LA MAQUINA	23
IV — LA CRISIS DE LA CIENCIA Y DEL INTELLECTO	35
El Programa Científico que Conduce a la Autodestrucción	35
El Hombre Animal, Intelectual, Espiritual	42
La Intuición que Está Más Allá del Pensamiento	49
V — EL EGO EN EVOLUCIÓN	52
La Crisis del Ego	62
El Desafío Interior de la Crisis	75
El Hombre Necesita un Poder Superior	79
VI — EL HOMBRE EN EL DOLOR Y EN LA FELICIDAD	86
La Escuela de la Experiencia Dolorosa	99
VII — LA VOLUNTAD DEL HOMBRE Y LA VOLUNTAD DE DIOS	109
Errores Comunes Concernientes al Abandono de la Vida	115
VIII — EL MAL DE NUESTRO TIEMPO	125
¿Hemos Progresado?	136
Nuestro Deber Práctico	144
IX — ¡DIOS ES!	158
El Tiempo y la Salvación	168
Dios y el Hombre	175
X — LA VOZ DEL PROFETA	185
La Religión Debe Volverse más Amplia	193
La Luz del Místico	201
XI — LOS RECURSOS INTERIORES	213
¿Dónde Está la Riqueza del Hombre?	223
XII — LA BÚSQUEDA	233
Totalidad y Equilibrio	239
Regeneración del Cuerpo	244
Reeducación de las Emociones	251
XIII — EL SILENCIOSO LLAMADO DEL YO SUPERIOR	259
La Aventura de la Meditación	267
Un Ejercicio Práctico de Relajamiento	274
Los Momentos de Iluminación	280

Este libro se terminó de imprimir el 15 de octubre de 1987
en Gráfica Yanina, República Argentina 2686, V. Alsina, Bs. As.

Tirada: 3.000 ejemplares